

# RUP

# REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

MONTEVIDEO, URUGUAY, AGOSTO DE 2023

**136**

**137**

## **Resonancias Psicoanalíticas**

**APU**

Asociación Psicoanalítica  
del Uruguay

**IUPP**

Instituto Universitario  
de Postgrado en Psicoanálisis



# RUP

REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

**136-137**

**APU**

Asociación Psicoanalítica  
del Uruguay

**IUPP**

Instituto Universitario  
de Postgrado en Psicoanálisis

# REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

Editada desde 1956

Publicación oficial de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU), integrante de la Asociación Psicoanalítica Internacional (API) y de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL)

© AGOSTO DE 2023, APU

## Redacción y Administración

**APU:** Asociación Psicoanalítica del Uruguay  
Canelones 1571  
Casilla de correo 813  
CP 11200 / Mvd-Uy  
Telefax: 2410 7418  
e.mail: revistaaruguayapsi@gmail.com  
www.apuruguay.org

Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores y no comprometen necesariamente la opinión de la revista.

## Directora de Publicaciones

STELLA PÉREZ

### Director suplente

ABEL FERNÁNDEZ

**Consejo editorial**  
MICHELE AIN  
LILIÁN ALONSO  
DANIEL CASTILLO SOTO  
SILVINA GÓMEZ PLATERO  
ROSA PICCARDO  
MARÍA ALEJANDRA VÁZQUEZ

### Colaboradora:

PATRICIA FRANCIA

**Comisión de Indización**  
MARTA DÍAZ  
PATRICIA FRANCIA  
SILVINA GÓMEZ PLATERO  
STELLA PÉREZ  
ROSA PICCARDO  
SOLEDAD SILVA

### Corrección

LAURA ROBASTO

### Revisión final

ELENA ERRANDONEA

**Traducciones**  
ABEL FERNÁNDEZ  
PEDRO MORENO

**Ilustración de portada**  
MARTÍN MENDIZÁBAL

**Maqueta, diseño y armado**  
JOSÉ DE LOS SANTOS  
delossantos.ja@gmail.com.uy

**Impreso en Uruguay**  
por MASTERGRAF S.R.L.

ISSN 0484-8268  
Depósito legal 357 193-2018  
ISSN 1688-7247 (en línea)

Comisión del Papel, edición amparada en el decreto 218/96

## Comité asesor internacional

GUILLERMO BODNER (Sociedad Española de Psicoanálisis, España)  
JORGE BRUCE (Universidad Católica de Perú, Perú)  
ALCEU CASSEB (Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de San Paulo, Brasil)  
ALBERTO CABRAL (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)  
ELIAS MALLET Rocha Barros (Brasil)  
ALDO L. DUARTE (Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre, Brasil)  
ABEL FAINSTEIN (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)  
LETICIA GLOSER (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)  
MÓNICA HAMRA (Asociación Psicoanalítica, Argentina)  
MARIANO HORENSTEIN (Asociación Psicoanalítica de Córdoba, Argentina)  
EZEQUIEL IPAR (Universidad de Buenos Aires, Argentina)  
GUSTAVO JARAS (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)  
LEMLIJ, MOISES (Sociedad Peruana de Psicoanálisis, Perú)  
SERGIO LEWCOWICZ (Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre, Brasil)  
CLARA NEMAS (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)  
ESPERANZA PÉREZ DE PLA (España)  
LEONARDO PESKIN (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)  
RENÉ ROUSSILLON (Sociedad Psicoanalítica de París, Francia)  
JAIME SZPILKA (Asociación Psicoanalítica de Madrid, España)  
VIRGINIA UNGAR (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)  
SUSANA VINOCLUR (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)  
MÓNICA VORCHHEIMER (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)  
WAJNBUCH, SILVIA (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)  
WARD DA ROSA, LAURA (Sociedad Brasileira de Psicoanálisis de Porto Alegre, Brasil)

## Grupo de lectores nacionales e internacionales

JULIA ALONSO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

MARINA ALTMANN (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

JOSÉ ASSANDRI (École Lacanienne de Psychanalyse, Uruguay)

ANA BALKANY HOFFMAN (Sociedad Brasileira de Psicoanálisis de San Pablo, Brasil)

CARLOS BARREDO (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)

RICARDO BERNARDI (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

GUILLERMO BODNER (Sociedad Española de Psicoanálisis, España)

ALBERTO CABRAL (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

JORGE CANTEROS (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

JUAN CARLOS CAPO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

ELINA CARRIL (Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica, Uruguay)

ALCEU ROBERTO CASSEU (Sociedad Brasileira de Psicoanálisis de San Pablo, Brasil)

ROOSEVELT CASSORLA (Sociedad Brasileira de Psicoanálisis de San Pablo, Brasil)

CLAUDIA CERONI (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

LUIS CORREA (Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica, Uruguay)

VERÓNICA CORREA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

ANA MARÍA CHABALGOITY (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

EURÍDICE DE MELLO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

NANCY DELPRÉSTITO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

ALDO LUIZ DUARTE (Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre, Brasil)

ABEL FAINSTEIN (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

SILVIA FLECHNER (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

GLADYS FRANCO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

CRISTINA FULCO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

SILVIA GADEA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

ALEJANDRO GARBARINO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

CAROLINA GARCÍA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

CRISTINA GARCÍA LEMA (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

JAVIER GARCÍA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

SUSANA GARCÍA VAZQUEZ (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

LUIS GRIECO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

MÓNICA HAMRA (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

GABRIELA HIRSCHL (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

SILVANA HERNÁNDEZ (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

MARIANO HORENSTEIN (Asociación Psicoanalítica de Córdoba, Argentina)

SONIA IHLENFELD (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

MARTA LABRAGA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

SERGIO LEWKOWICZ (Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre, Brasil)

CRISTINA LÓPEZ (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

AMELIA MAS (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

NATALIA MIRZA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

ALBERTO MORENO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

PATRICIA NATALEVICH (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

CLARA NEMAS (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)

ZULI O'NEILL (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

GONZALO PERCOVICH (École Lacanienne de Psychanalyse, Uruguay)

MARTHA PERRONI (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

LEONARDO PESKIN (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

EMA PONCE DE LEÓN (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

ADRIANA PONZONI (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

RUBÉN QUEFFERT (École Lacanienne de Psychanalyse, Uruguay)

GRISELDA REBELLA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

ANA ROZENBAUM (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

ANA MA. RUMI (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

JOSÉ SAHOVALER (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

JANI SANTAMARIA (Asociación Psicoanalítica Mexicana, México)

SILVIA SAPRIZA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

DAMIÁN SCHROEDER (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

PATRICIA SINGER (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

GUSTAVO SOGLIANO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

DIEGO SPEYER (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

DIANA SZABÓ (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

EVELYN TELLERÍA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

MARCELO TOYOS (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

CLARA URIARTE (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

NADAL VALLESPIR (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

BERTA VARELA (Psicología Médica, Uruguay)

OLGA VARELA (Asociación Psicoanalítica Mexicana, México)

LAURA VERÍSSIMO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

LUIS VILLALBA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

MÓNICA VORCHEIMER (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)

SILVIA WAJNBUCH (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

ANALÍA WALD (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

LAURA WARD DA ROSA (Sociedad Brasileira de Psicoanálisis de Porto Alegre, Brasil)

FELISA WIDDER (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

## Pretexto

El gesto en esa esquina como un  
continente de signos caído del cielo.

La huella que destruye el objeto  
original e inventa otro.

Se superponen los rayones.

Texto blanco ilumina fondo  
negro. Las frases se entrelazan.

La superposición hace que una  
palabra suceda a otra y esta  
a la siguiente.

Como ríos en un mapa.

La escritura tiende a desaparecer  
y quedarse en silencio,

contemplando la posibilidad de  
despertarse con otra mirada.

Hacer foco en esa presencia

Invisible para otros,

Sacarla de su contexto para luego  
devolverla sana y salva ...

y olvidarse de ella.

Martín Mendizábal







# Tabla de contenidos

EDITORIAL ..... 13

## TEMÁTICA



Presencia paterna en un mundo cambiante .....19  
*Heribert Blass*

La escucha de los procesos de renuncia y duelo  
en las configuraciones familiares actuales que son el resultado  
de la reproducción médicamente asistida.....40  
*Katy Bogliatto*

Una clínica engenerada. Hacia un psicoanálisis  
que empuje hacia adelante ..... 52  
*Elina Carril*

Vigencia del psicoanálisis en el trabajo  
con poblaciones vulnerables.....71  
*Denise Defey*

Envejecer es humano ..... 86  
*Silvia Flechner*

Un comentario irreverente. Trazas e inicios  
de un discurso psicoanalítico en el Uruguay.....111  
*Fernando García*



El cerno de la estructuración psíquica .....	127
<i>Susana García</i>	
Aproximando la pasión femenina .....	137
<i>Alicia Leisse</i>	
Trazos del cuerpo al papel. La creación del dibujo de la figura humana en el niño .....	147
<i>Corina Nin</i>	
Las deudas neuróticas y las sociales .....	160
<i>Leonardo Peskin</i>	
La interpretación justa.....	182
<i>Griselda Rebella</i>	
Problematizar no es estigmatizar .....	201
<i>Vivián Rimano</i>	

## POLEMOS



Legado de Madelaine y Willy Baranger a 62 años de la publicación «La situación psicoanalítica como campo dinámico».....	217
<i>Beatriz de León</i>	
Ambigüedad en la situación analítica como campo dinámico.....	224
<i>Abel Fernández</i>	
Comentario al trabajo «La situación analítica como campo dinámico de W. y M. Baranger» .....	230
<i>Damián Schroeder</i>	

La vigencia de un legado. «La situación analítica como campo dinámico». Revisitando el concepto de «baluarte».....	236
<i>Stella Yardino</i>	

PSICOANÁLISIS, COMUNIDAD Y CULTURA



Inquietudes en el psicoanálisis brasileiro.....	243
<i>Alice Becker Lewkowicz, Denise Vivian Lahude,</i>	
<i>Dionela Pinto Toniolo, Flávia Friedman Maltz,</i>	
<i>Joyce Goldstein, Magaly Wainstein, Rosangela Costa,</i>	
<i>Suzana Deppermann Fortes, Andiará Barbedo Fontana</i>	

CONVERSACIONES EN LA REVISTA



Dialogando con el grupo Psicoanálisis a la calle.....	261
<i>Silvina Gómez Platero, Stella Pérez, Rosa Piccardo</i>	

RESEÑAS



Dear candidate .....	277
<i>Daniel Castillo Soto</i>	
Coreografías inconscientes: escrituras erógenas del cuerpo.....	280
<i>Diego Speyer</i>	

NORMAS DE PUBLICACIÓN .....	283
-----------------------------	-----

TABLE OF CONTENTS .....	284
-------------------------	-----



# Editorial

La Comisión de Publicaciones que inaugura este período de gestión se propuso, para el primer número de la revista, realizar una convocatoria que propiciara recoger, con la mayor amplitud posible, los intereses teóricos y clínicos en los que se encuentran trabajando los psicoanalistas.

Luego de atravesar el difícil tiempo de la pandemia, en el que el desconcierto, el aislamiento y las pérdidas sufridas nos enfrentaron al desafío de continuar con nuestras vidas, pensamos que en este otro tiempo por el que vamos transitando era propicio que la revista le hiciera lugar, de un modo libre, a las inquietudes y reflexiones de nuestros colegas.

Ha sido muy grato constatar la receptividad ante la propuesta realizada, que nos ha permitido editar un número doble, al que llamamos «Resonancias psicoanalíticas».

Agradecemos especialmente a Martín Mendizábal, que nos ha permitido compartir una de sus obras de la serie Kiosco para ilustrar la portada de la revista.

Hemos optado, para esta edición, por un orden alfabético para los trabajos.

Heribert Blass nos propone pensar sobre los efectos de los cambios culturales en la comprensión de la posición del padre, tanto en el contexto edípico como en el preedípico, y su sentido en el desarrollo del niño. Sus planteos son ilustrados con un material clínico.

El trabajo de Katty Bogliatto despliega algunas facetas de la complejidad del trabajo psíquico de quienes se acercan a un servicio de procreación médicamente asistida con el deseo de ser padres. La autora enfatiza la importancia de dar lugar al trabajo de elaboración de renuncias psíquicas,

así como a los procesos psíquicos inherentes al trabajo de duelo. Comparte viñetas clínicas de su trabajo en un servicio de fertilidad asistida.

Elina Carril se interroga, desde su experiencia clínica con mujeres abusadas en su infancia, sobre ciertas verdades universales psicoanalíticas en relación con la violencia de género y los efectos psíquicos en la vida adulta.

La propuesta de Denise Defey es pensar sobre la vigencia del psicoanálisis, especialmente en intervenciones clínicas para situaciones de vida diferentes a aquellas para las que fue diseñada originalmente la técnica psicoanalítica. Su trabajo pretende aportar conceptualizaciones sobre el trabajo clínico con poblaciones vulnerables.

El trabajo de Silvia Flechner nos acerca a las variadas encrucijadas que se entrelazan en el envejecimiento como etapa de la vida, con el cuerpo, la psiquis, la sociedad y la cultura. Tomando aportes que van desde acontecimientos sociales, la literatura, experiencias personales y otros autores de la teoría psicoanalítica, se pregunta, entre otras cosas, sobre las dificultades para pensar y decidir sobre el final de nuestra función como analistas.

Fernando García nos traslada a 1935-1936, cuando, a propósito de un homicidio cometido por una joven hacia su padre, se realiza un informe legal y psiquiátrico, y aparece la voz del Dr. Valentín Pérez Pastorini, marcando una distancia con el discurso de la psiquiatría de la época con una referencia al psicoanálisis novedosa e inédita.

Susana García nos propone pensar sobre el concepto de *lo infantil* como lo central que nos constituye como sujetos, y lo describe como «masa de la que estamos hechos, generadora de deseo, de represiones, de escisiones, de afectos, de simbolización», diferenciándolo de la infancia como etapa del desarrollo y abriendo un camino para ampliar la mirada sobre este concepto.

En el trabajo de Alicia Leisse se destacan sus ideas en relación con la gestación de la pasión como marco de las vivencias tempranas de la constitución psíquica, especialmente en la mujer, en las que destaca el vínculo temprano madre/hija.

Corina Nin comparte sus reflexiones sobre lo que se pone en juego en el logro de la figura humana en el niño, planteado como «*montaje sig-*

*nificante de escrituras*, de armado de cuerpo erógeno, escritura marcada por la pérdida atravesada por el significante».

Desde la teoría lacaniana, Leonardo Peskin nos invita a pensar sobre las deudas en la constitución subjetiva y en la dinámica social. Finaliza su trabajo ejemplificando con un comentario acerca de la tragedia que pone en evidencia lo no resuelto y la solución extrema, siempre ligada a la muerte, para que la situación logre apaciguarse.

Griselda Rebella centra sus ideas sobre el espacio de creación de la interpretación psicoanalítica y sus efectos en la clínica. Se pregunta sobre los cambios en las formas de interpretar y los posibles excesos de las mismas.

A través de materiales clínicos, Vivían Rimano reflexiona acerca de la importancia de la escucha del sufrimiento de pacientes que presentan malestar con el sexo asignado al nacer. Resalta la tarea de todo analista de problematizar y no estigmatizar, teniendo en cuenta el inconsciente parental que parasita la asignación de género.

En la sección Polemos, compartimos la actividad realizada, en conjunto con la Comisión Científica el 5 de mayo de este año, sobre el legado de M. y W. Baranger con el trabajo «La situación analítica como campo dinámico». Ha sido una ocasión privilegiada para que Beatriz de León, Stella Yardino, Damián Schroeder y Abel Fernández aportaran su lectura sobre el mismo.

Nos ha parecido necesario darle un lugar especial en la revista al diálogo entre Psicoanálisis, comunidad y cultura, por lo que introducimos esta nueva sección y agradecemos la generosidad de Alice Lewcovitz y colaboradores para inaugurar la misma con su trabajo «Inquietudes en el psicoanálisis brasileño».

En Conversaciones en la revista, compartimos el diálogo con un grupo de jóvenes estudiantes y licenciados en Psicología, que desde hace algo más de un año crearon Psicoanálisis a la Calle. Compartiendo el interés y entusiasmo por el psicoanálisis, han buscado novedosos caminos para continuar su formación y difundirlo.

Las reseñas realizadas por Daniel Castillo Soto y Diego Speyer se detienen en los libros *Dear candidate: Cartas a un analista en formación*, de Fred Busch, y *Coreografías inconscientes: Escrituras erógenas del cuerpo*, de Javier García Castiñeiras.

Esperamos que encuentren en estas páginas un espacio de resonancia que posibilite nuevas preguntas y reflexiones sobre el pensamiento psicoanalítico actual. ♦

STELLA PÉREZ

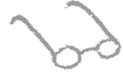
*Directora de la Comisión de Publicaciones*



**TEMÁTICA**



# Presencia paterna en un mundo cambiante<sup>1</sup>



HERIBERT BLASS<sup>2</sup>

DOI: 10.36496/N136-137.A1

ORCID ID 0000-0002-8004-1288

RECIBIDO: ABRIL DE 2023 | ACEPTADO: MAYO DE 2023

## RESUMEN

En los últimos más de cincuenta años, ha habido un cambio significativo en la comprensión de la posición del padre y su sentido en el desarrollo del niño. Mientras que, previamente, el padre era visto más como una persona distante y, en términos de la concepción freudiana de la constelación edípica, como un mediador de las prohibiciones edípicas para establecer el orden simbólico, un giro cultural ha llevado a nuevas constelaciones familiares y a nuevas concepciones de la posición del padre. Este trabajo se propone comparar y relacionar las recientes perspectivas psicoanalítica y de la psicología evolutiva sobre la importancia del padre con el concepto clásico del Edipo. Basado en la función básica del padre de proteger al hijo/a [*child*], el trabajo distingue la protección paterna de nivel preedípico de la de nivel edípico. Ambas se

1 Trabajo presentado en una reunión científica de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, el 10 de marzo de 2023.

2 Miembro de la Asociación Psicoanalítica Alemana. heribert@blass.io

complementan mutuamente y, de acuerdo con el autor, en una «posición antiincestuosa» del padre. Esta tesis es ilustrada a través de un ejemplo clínico.

**DESCRIPTORES:** FUNCIÓN PATERNA / PATERNIDAD / CUERPO ERÓGENO  
/ PROHIBICIÓN DEL INCESTO / CULTURA / MATERIAL CLÍNICO

## SUMMARY

Over the past more than fifty years, there has been a significant change in the understanding of the father's position and meaning in child development. Whereas previously the father was seen more as a distant person and, in terms of the Freudian conception of the Oedipus constellation, as a mediator of Oedipal prohibitions to establish a symbolic order, a cultural shift has led to new family constellations and to new conceptions of the father's position. This article aims to compare and relate recent psychoanalytic and developmental psychological views of the importance of the father with the classical Oedipal concept. Based on the basic father function of protecting the child, a father protection on the preoedipal level and oedipal level are distinguished. Both complement each other and, according to the author, lead to an «anti-incestuous position» of the father. This thesis is illustrated by a clinical example.

**KEYWORDS:** PATERNAL FUNCTION / PATERNITY / EROGENOUS BODY  
/ INCEST PROHIBITION / CULTURE / CLINICAL MATERIAL

## INTRODUCCIÓN

En los últimos cincuenta años, se ha desarrollado un cambio considerable en el mundo y la cultura occidentales. En el actual discurso de género sobre las identidades masculina y femenina, así como en el contexto de una gradual redistribución del trabajo en la sociedad, han surgido nuevas estructuras familiares que también desafían el rol tradicional del padre. En ocasiones, incluso el progreso técnico parece tener un efecto relativizador, ya que, a veces en tono de broma cómplice, a veces con decidida seriedad, me han dicho en sesiones de análisis que la posibilidad técnica de la donación de esperma haría mayormente prescindibles a los hombres y a los padres hoy en día –por supuesto que tales afirmaciones deben siempre ubicarse en su respectivo contexto transferencial-. Sin embargo, a menudo expresan decepción sobre el propio padre o compañero. En este sentido, la necesidad de la presencia paterna es habitualmente mayor que el deseo de la desaparición paterna. Pero la incertidumbre permanece, y entonces no es sorprendente que el cambiado rol del padre sea cada vez más frecuentemente tema de libros, revistas y diarios. De todas formas, afloran aspectos más cuantitativos que cualitativos.

Hace algunos años, encontré un artículo en un diario bajo el título «La generación de los super padres» [«Die Generation der Superväter»] (Gaschke, 4 de octubre de 2015), de acuerdo al cual 70% de los jóvenes padres de hoy juzgan que su *rol en la familia* ha cambiado marcadamente en comparación con el de sus propios padres, y lo valoran como una ganancia personal. Además, 80% de la población alemana esperaría hoy en día que un padre pasara tanto tiempo como le fuera posible con sus hijos. Y 76% de hombres jóvenes de entre 20 y 39 años querrían una compañera que *contara con ingresos propios* para vivir.

Esa última expectativa indica un cambio dramático respecto de la realidad ¡cincuenta años atrás! La introducción de la licencia laboral por paternidad en 2007 –*Bundeselterngehd und Elternzeitgesetz* (BEEG)– también representó un cambio social, con 43% de los padres que aprovecharon esta licencia paternal en 2022. Del total, sin embargo, la mayoría –concretamente, 75%– solamente eligió la duración más corta posible, de dos meses (Brehm *et al.*, 14 de diciembre de 2022). Hay mucha discusión

sobre la interpretación positiva o negativa de estas cifras. Sin embargo, no quiero abordarla en mayor profundidad, sino más bien enfocarme en la cuestión cualitativa y, por tanto, psicoanalítica: *si* un padre está presente, *¿cómo* puede estar presente para sus hijos, para su pareja y, por supuesto, para sí mismo?

#### CUALIDADES DE LA PRESENCIA PATERNA

¿Cómo se siente ser un *padre* después de *convertirse en un padre*? Me he encontrado con esta pregunta no solo conmigo mismo, sino repetidamente también con analizando varones en el curso de mi práctica clínica. La pregunta también surge cuando un hombre, en el contexto de las nuevas constelaciones familiares, no asume una paternidad biológica, sino social y, por lo tanto, también significativa.

La presencia paterna marca entonces una *cualidad* no solamente biológica, sino, sobre todo, *psicológica*. Sin embargo, el desarrollo psicológico en el contexto de la paternidad biológica ofrece el modelo básico para cualquier otra forma de paternidad, que hace a una presencia paterna posible en primer lugar. Elijo esta fuente biológica-psicológica como un punto de referencia para las ideas que desarrollaré y, asimismo, para la siguiente definición: como contraparte de lo maternal [*motherliness*], lo paternal [*fatherliness*] se basa en una relación amorosa de afirmación de la vida, y en este vínculo se conecta tanto física como imaginativamente con la procreación de la vida y de algo vivo. A partir de esta cualidad esencialmente creativa, se desprende, como otra característica de lo paternal, la defensa para su protección de esa vida en crecimiento, y llevar adelante la tarea requiere estar atento a la propia esposa como compañera y madre, al igual que al hijo que se comparte. Considero que la *procreación* y la *protección de la vida* son los dos pilares esenciales de lo paternal. Ambas pueden hallarse, más allá de su significado biológico inmediato, como actitudes mentales maduras en el mundo de las representaciones mentales de un hombre. No están entonces solo biológicamente vinculadas. No es coincidencia que en distintos contextos sociales se hable del «padre fundador» de un grupo u organización, y el acompañamiento atento o la guía de las estructuras en formación es una de las expectativas generales

respecto de ese tal padre fundador. La importancia de la función primariamente protectora del padre es, desde mi punto de vista, indiscutible en la literatura psicoanalítica. Es así como el padre fundador Freud (1930 [1929]/2001) habla de no poder encontrar «en la infancia una necesidad de fuerza equivalente a la de recibir protección del padre» (p. 73)<sup>3</sup>, e incluso D. Winnicott (1964/1984) –por el contrario, más interesado por la madre– valora el «apoyo moral a la madre» (p. 97) por parte del padre, su función «como un hombre que defiende el orden y la ley que la madre implanta en la vida del hijo» (p. 97) como una experiencia que el hijo necesita. M. Diamond (1997) habla de una «atenta protección paterna» (p. 445) del hijo. De acuerdo con J. Herzog (1994), la protección paterna se aplica no solo al hijo, sino también por momentos a su madre, cuando el esposo «parentaliza [*parents*] a su esposa» (p. 301). De este modo, el padre se ubica entre la madre y el hijo en una etapa muy temprana, y completa la diada madre-hijo para formar un triángulo familiar. Por supuesto que, en ese triángulo, el padre no se limita a su función protectora, ya que, en un desarrollo maduro, los padres retoman su vida sexual adulta. Sin embargo, esta transición es a menudo difícil y propensa a perturbaciones para bastantes parejas. Las disposiciones individuales de ambos integrantes de la pareja determinan aquí la futura relación. En cuanto al padre, el futuro del triángulo familiar estará determinado sobre todo por sus cualidades anímicas, las que Meltzer (Meltzer *et al.*, 2008) describe como «bondad, creatividad, utilidad, coraje, etc.» (p. 63). En mi opinión, estas cualidades abarcan todos los aspectos tempranos y posteriores de la paternidad. Al mismo tiempo, contienen un potencial para el conflicto que emerge en el curso del desarrollo del niño y de su familia, y en el que la relación entre la bondad y el coraje particularmente figuran la forma de la paternidad. Retomaré este punto en el ejemplo clínico.

Volvamos a la cualidad psicológica de la paternidad: de la misma forma que la paternidad no se encuentra unida exclusivamente a la paternidad

3 N. del T.: Traducción de J. L. Etcheverry. La traducción, así como el número de página, corresponde a: Freud, S. (1992). El malestar en la cultura. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21, pp. 57-140). Amorrortu (Trabajo original publicado en 1930 [1929]).

biológica, las cualidades recién mencionadas no tienen que estar necesariamente unidas personalmente a un padre. H. G. Metzger (2013) habla de un «espacio paterno» (p. 23), representado por el padre, pero también por la madre, porque la madre también le trasmite al hijo la imagen de varón representada en ella, y de esta forma contribuye a delinear el espacio paterno (p. 25). Puedo seguir fácilmente esta concepción ampliada de la paternidad, basada en las ideas de Klein (1932/1998), Lacan (1953/1966) y Ogden (1989), por ejemplo. Por razones de presentación, sin embargo, me concentraré ahora en la persona del padre en la dinámica triangular del desarrollo psíquico y también incluiré la significación del cuerpo paterno.

#### SOBRE LA POSICIÓN DICOTÓMICA DEL PADRE

El padre protege al hijo física y emocionalmente. Me parece que tiene sentido hablar de una *posición dicotómica del padre* en la relación con su hijo y en la experiencia mutua de padre e hijo. Permitir el amor y la ternura es aquí tan importante como tolerar y lidiar con los sentimientos de rechazo, incluso de odio, que de forma gradual o repentina irrumpen en una relación originalmente armoniosa. Además de la indispensable experiencia de ternura, la integración mental de los afectos agresivos en la relación padre-hijo en particular ayuda en la provisión de protección psicológica, que se transforma en la base de una autoestima estable y una duradera capacidad para establecer relaciones amorosas llenas de vida. Pongo énfasis en esta dicotomía porque solamente se puede desarrollar en una continua y prolongada relación y porque, por el contrario, muchos niños hoy en día crecen sin un padre o, debido a separaciones tempranas, con una pérdida cuando menos parcial de su padre. En el contexto de familias amalgamadas [*patchwork*], es posible encontrar un nuevo padre social. Para los padres sociales en particular, no obstante, puede resultar difícil no caer ni en una actitud exclusivamente concesiva ni en un completo rechazo del hijo. Mantener un equilibrio entre los sentimientos de amor y odio, que de por sí es difícil en las relaciones de consanguinidad, puede volverse precario en esta situación. Resulta fundamental conocer la inevitablemente conflictiva y dicotómica posición del padre en un vínculo duradero, que nosotros como psicoanalistas representamos tanto en la

sociedad como en nuestros tratamientos. De esta forma, podemos hacer una contribución contra la trivialización de los traumas por crisis y separaciones en las relaciones tempranas y podemos buscar en nuestros análisis reintegrar una u otra parte perdidas de una «parentalidad fragmentada» (Metzger, 2013, p. 17) hacia una imagen del padre más consistente.

Déjeme ofrecerles un ejemplo clínico: un hombre de mediana edad, el Sr. A, describía a su fallecido padre como un pelotudo [*asshole*] en nuestra entrevista inicial. Aunque este insulto ya muestra una cierta cercanía a una carga afectiva homoerótica<sup>4</sup>, me sorprendió cuando, al comienzo de su análisis, comenzó a recordar escenas de ternura corporal de sus tempranos días con su padre. Disfrutaba mucho recostarse en el diván, en su contrariamente deprimido y tenso estado. Asociaba el sentimiento de alivio con la gorda y suave panza de su padre, sobre la que había podido tiernamente hundir su cabeza cuando niño. Describía una armoniosa intimidad marcada por un suave y blando cuerpo paterno, sin ninguna tensión agresiva entre él y su padre. De manera similar, parecía usar las sesiones conmigo como una liberación de su vida diaria y de sus disgustos, ya que decía que se sentía mejorado en el análisis y que gradualmente encontraba la vitalidad nuevamente. Después de algún tiempo, sin embargo, expresó la idea de que su padre también había usado la expresión de afecto para su propia validación. Recordó historias presuntuosas en las que el padre se presentaba como un héroe en situaciones difíciles y esperaba su admiración. Como resultado, el Sr. A había empezado a dudar de su padre cada vez más a partir del comienzo de su preadolescencia y había empezado a contradecirlo de manera reiterada. Los relatos compinches sobre los amoríos sexuales anteriores del padre también se le habían vuelto demasiado cercanos. En disputas cada vez más frecuentes, su padre y él habían estado cada vez más enojados, pero también desesperados. Una vez su padre estaba tan enfurecido que lo persiguió por el jardín con una pala. Como niño, sin embargo, era más veloz y logró escapar al principio. Entonces el padre sufrió una crisis emocional, corrió hacia su moto y comenzó a darle arranque, haciendo rugir al motor. El Sr. A trató en vano de

4 N. del T.: *asshole* es un insulto; literalmente, «agujero del culo».

enfrentar al padre e impedirle salir disparado en precipitada excitación. El Sr. A se quedó solo. Durante su relato, el Sr. A me hizo sentir claramente que la resignación de su padre le resultaba más deprimente y peor para él que la violenta discusión precedente. Mi comprensión de la situación era que el padre del Sr. A se había dado cuenta de la pérdida de su soberanía afectiva, así como de su compromiso homoerótico-agresivo con su hijo, y había huido de la situación. Como resultado, el Sr. A había vencido a su padre, pero también había perdido algo para sí mismo en relación con la frustración y la huida de su padre. Mientras describía la escena, yo me preguntaba qué me esperaba en el curso del análisis.

Antes de entrar en eso, me gustaría usar la narrativa del Sr. A para describir algunas características generales de la paternidad temprana y tardía, pero también para ilustrar la relación conflictiva entre las dos actitudes.

#### SOBRE LA SIGNIFICACIÓN DEL CUERPO PATERNO

En primer lugar, la viñeta remite a la temprana significación del cuerpo paterno. La posibilidad de tocar el cuerpo paterno recién fue admitida socialmente en las culturas occidentales a partir de la segunda mitad del siglo pasado. En épocas tan tardías como el comienzo del siglo pasado y entrando en el período temprano de posguerra, el padre aún era considerado una persona físicamente distante. El cuidado temprano del hijo por parte del padre no era considerado como propio de hombres. Estas condiciones han ido cambiando desde entonces. La periodista Sibylle Tönnies (30 de agosto de 2009), por ejemplo, ha caracterizado el deterioro social del padre patriarcal con la pregunta: «¿Quién todavía encontraría atractivo a un padre que no sabe cómo sostener a un hijo en brazos?» (p. 11). La investigación psicoanalítica del desarrollo y la del apego también confirman la importancia del cuerpo paterno. Desde un comienzo, abre una perspectiva que conduce al hijo a un mundo que se encuentra por fuera de la relación con la madre (cf. Abelin, 1971, 1975; Rotmann, 1978) porque, desde los muy primeros días de vida, los padres tratan a sus hijos *de forma distinta* que las madres. Mientras que las madres tienen un contacto físico más cercano de nutrición, los hombres son *más distantes* en su

relación física con sus bebés, haciendo uso de la imitación, las muecas y la estimulación visual. Esta otredad del padre es interesante para los hijos porque posibilita nuevas experiencias. Nuevas experiencias son provistas por el contacto físico a menudo más riesgoso del padre con sus hijos, por ejemplo, cuando los padres lanzan a sus hijos por los aires, se balancean de arriba a abajo con ellos o hacen girar a sus bebés alrededor de sus propios ejes corporales. Estas acciones *peligrosas limitadas* están habitualmente asociadas con experiencias de placer mutuo para padre e hijo. Construyen confianza en las habilidades de sostén del padre de cara al peligro y estimulan experiencias corporales activas. Herzog (1994) ha llamado «juego kamikaze» a este juego corporal. La presencia corporal-emocional de un padre así de activo contribuye grandemente a la regulación afectiva del niño. Al mismo tiempo –y esto es una perspectiva genuinamente psicoanalítica que los investigadores del apego suelen desatender– este contacto físico también envía «mensajes enigmáticos» por parte del padre, que, junto con los enviados por la madre, contribuye al desarrollo de la sexualidad infantil del hijo (Laplanche, 1987/2011).

Incluso el padre temprano establece las primeras huellas de la identidad de género del hijo. En general, la especificidad del contacto físico paterno se encuentra en la promoción de la conducta exploratoria y expansiva, tanto en varones como en niñas. Sin embargo, los investigadores del desarrollo hacen énfasis en la existencia de diferencias específicas de género en la interacción del padre con su hijo y con su hija, y así, el padre experimenta a su hijo varón más como un espejo de sí mismo, mientras que puede permitirse más diversidad con su hija (Seiffge-Krenke, 2001). Con una hija, los hombres habitualmente son más cautelosos y tiernos, mientras que en su interacción con un hijo se muestran más combativos, pero también disciplinarios. Desde un punto de vista psicoanalítico, ambos sexos necesitan que su padre desarrolle en su interior las fantasías inconscientes eróticas y agresivas de ambos, que fluyen en dirección de la constitución de su propia sexualidad. Aunque hay énfasis específicos de género en la forma en la que los padres interactúan con sus hijos, las atribuciones de género clásicas se han vuelto fluidas. Una relación tierna entre el padre y su hijo varón no significa una homosexualidad manifiesta, de la misma forma en que un juego físicamente más intenso entre una hija y su padre

no conduce automáticamente hacia la emergencia de un «marimacho» [*tomboy*]. Un contacto tierno padre-hijo varón puede ayudar a prevenir que el inevitable conflicto edípico se vuelva destructivo. A la inversa, en el encuentro lúdico temprano con el cuerpo del padre, una hija puede desarrollar su propia vitalidad corporal, consciente e inconscientemente. De acuerdo a Harris (2009), un «erotismo controlado» de parte del padre juega un rol significativo en la libidinización de la niña. Según la autora, las niñas que no reciben de sus padres una respuesta físico-emocional jubilosa frente a su vitalidad se ven inhibidas en el desarrollo de su autoestima femenina. Un padre que se aparta cuando su hija adolescente cambia puede ejercer una influencia mortífera sobre su agresión, su ambición y su sentido del poder.

En su conjunto, todos estos aspectos subrayan la cualidad básica como objeto-libidinoso de la presencia paterna. Él es diferente de la madre, pero está amorosamente conectado con ella y tiene una activa influencia estimulante sobre el despliegue del poder y el erotismo, tanto sobre sus hijos como sobre sus hijas.

#### EL CUERPO PATERNO EN EL SR. A

El Sr. A describía un cuadro similarmente afectuoso de su padre temprano. Incluso la imagen de recostarse tiernamente sobre la panza «como embarazada» deja claro que en este caso las imágenes de objeto paterno y materno, masculino y femenino fluían entre sí. Con estos antecedentes, no era sorprendente que experimentara el período inicial de su análisis como tranquilizador y armonioso. En la transferencia, me percibía como más paternalmente cuidadoso porque su relación con su madre parecía más emocionalmente tensa. Aparentemente, en su relación temprana con su padre había desarrollado más apego que con su madre, y en la relación analítica revivió las experiencias tiernas y también amorosamente combativas con él. Sus comentarios sobre mí parecían en parte de cortejo, en parte de coqueteo homoerótico, pero también tenían un carácter burlón, como por ejemplo cuando me imaginaba como un niño, con un pelo en puntas y pantalones cortos de cuero. También me puso un nombre infantil. Sus afablemente presentadas fantasías evocaban sentimientos encontra-

dos en mi interior. Aparte de las reacciones divertidas, yo también sentía una cercanía intrusiva con la que él trataba de hacerme sentir pequeño para revertir así su sentimiento de ser pequeño y a merced de sí mismo. Al mismo tiempo, sexualizaba su contacto conmigo fantaseando sobre pantalones de cuero y un parcial desvestir asociado con ellos. De esta forma, me transmitía una yuxtaposición de diferentes actitudes: junto a una confianza básica con una presentación lúdica, ubicaba un erotismo, pero también sus dudas acerca de si yo podía ser tomado en serio como persona, como hombre y como padre. Yo entendía sus asociaciones cada vez más como comunicaciones inconscientes de que él no solamente necesitaba un padre afectuosamente tierno, no solo un «padre diádico» preambivalente en el sentido de Peter Blos (1985), sino que también buscaba un padre que pudiera resistirlo y resistir sus fantasías, tanto agresivas como sexuales. Buscaba a este padre en la transferencia porque carecía de esta correspondiente firmeza en sus relaciones profesionales y privadas. De forma inconexa, solamente conocía aspectos parciales tiernos o enojados de su padre. Frecuentemente lo aquejaba el sentimiento de no ser tomado lo suficientemente en serio en sus contactos, lo que yo entendía que era el resultado de una falta de seguridad en las situaciones conflictivas edípicas. Para permitir que su seguridad aumentara, hice un cambio en mis interpretaciones para enfatizar no solamente la dimensión erótica lúdica, sino para también prestarle más atención a las motivaciones de su rivalidad, las que había expresado, entre otras, en su fantasía sobre mí como un niño apático. Como resultado, cada vez relataba más sueños en los que había una persecución mutua entre dos o más hombres o grupos de hombres que lo hicieron despertar atemorizado varias veces. La temática de la agresión grave irrumpió en la atmósfera inicialmente armoniosa que había entre nosotros. Trajo consigo un estado de ánimo de acechante peligro que volvió al Sr. A más callado y al mismo tiempo más tenso.

De esta forma, después de alrededor de 150 sesiones, una nueva dimensión emergió en el análisis, la que comprendí como de protección paterna a nivel edípico. Esta dimensión más tardía de la protección paterna cambia la atmósfera anterior, al mismo tiempo que la preserva si funciona bien. Para explicar la protección paterna a nivel edípico en más detalle, dejaré la descripción del caso para realizar otra incursión por la teoría.

## EL CONCEPTO FREUDIANO DEL PADRE MUERTO ¿ES AÚN RELEVANTE HOY EN DÍA?

Freud efectivamente mencionó la protección temprana del padre (ver más arriba), pero su foco principal fue la fantasía del padre asesinado que describe en *Tótem y tabú* (1913 [1912-1913]/1999). La quintaesencia de su pensamiento era que los sentimientos de remordimiento y culpa entre los hermanos conducía al hecho de que «el [padre] muerto se volvió aún más fuerte de lo que fuera en vida» (p. 145)<sup>5</sup>.

En la perspectiva de nuestro tiempo, Green (2009) se pregunta sobre la relevancia de este padre muerto y del registro simbólico basado en él. Según Green, la representación mental del padre muerto es el resultado de la fase edípica y, a este respecto, solamente ayuda en la comprensión de los síntomas neuróticos. Green explica que las estructuras psicóticas y fronterizas [*borderline*] del presente carecen justamente del padre edípico que ha sido asesinado. Las personas con estas estructuras solamente conocen a un «padre en potencia» (p. 37). En la forma en que lo entiendo, la traducción al alemán de esta expresión contiene tanto una valoración como «padre en potencia» que murió demasiado tempranamente, antes de lograr la paternidad edípica, pero también la dimensión de fracaso de un «padre-como-sí». Para Green, el padre que murió demasiado tempranamente no pudo ser asesinado, sino, en el mejor de los casos, embalsamado para su conservación. Un padre así es, no ya como el fantasma del Hamlet de Shakespeare, sino más bien el fantasma de un fantasma. El sentido, entonces, es que mientras que el adolescente clásico lucha contra un padre que puede volverse un espíritu interno, el adolescente contemporáneo solamente encuentra la sombra de un padre y un espíritu paterno –y, en consecuencia, permanece emocionalmente solo-. Notablemente, D. Thomä (2008) formuló una conexión similar desde una perspectiva más sociológica, apuntando críticamente que los padres y madres del presente

5 N. del T.: Traducción de J. L. Etcheverry. La traducción, así como el número de página, corresponde a: Freud, S. (1992). *Tótem y tabú*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 13, pp. 1-164). Amorrorru (Trabajo original publicado en 1913 [1912-1913]).

ocupan el lugar de los jóvenes y buscan evadir el envejecimiento apropiado para su generación. Pero volviendo a Green, sugiere que la fantasía protectora del padre muerto, desde la cual se desarrolló nuestra cultura, ha sido remplazada por la destrucción cultural y psicológica con la que nos encontramos hoy. Green propone el siguiente remedio: el perdido padre edípico muerto solo puede ser recuperado a través de una *construcción mental*. Ubica esta construcción mental en dos niveles: habla de la situación analítica como su principal campo de trabajo, pero también realiza comentarios sobre la cambiada comprensión de la paternidad que encontramos en la modernidad. Quisiera presentar brevemente ambas áreas.

En primer lugar, la situación analítica: en ella, el padre edípico es solamente accesible a través de la *ausencia*. Green encuentra esta ausencia en el espacio *entre* un escucha y un receptor que puede resistir la destrucción. En concreto, quiere decir que si el analista no habla al comienzo y escucha en su interior lo que el analizando ha dicho, un espacio necesario emerge: un espacio *entre* la percepción inmediata de lo que es dicho y una representación que solo permite el recuerdo *subsiguiente* en la imaginación. Green ilustra este espacio con la famosa pintura de Miguel Ángel de *La creación de Adán*, que se encuentra en la Capilla Sixtina de la Basílica de San Pedro, en Roma: los rostros de Dios y del hombre enfrentados, mientras sus dedos, que se apuntan, están *separados por un estrecho pero visible espacio*. Esto marca una separación existencial que prohíbe cualquier fusión entre Dios y el hombre. El contacto causaría una explosión. El espacio vacío, sin embargo, deja abierta la posibilidad de pensar sobre la relación sin ninguna amenaza contra la pareja. Esta ausencia presente ahora conduce hacia el padre.

De acuerdo a Green, en la imagen freudiana de la relación tripartita, el padre está en una «posición antisexual» porque, excluido de la inmediatez de la díada placentera, funciona como un *observador* de la escena entre el hijo y la madre. Su visión de esta escena forma un lugar de tercero sobre el que el hijo proyecta todos sus sentimientos de displacer y las limitaciones que se oponen al fantasma de una situación fusional y plenamente satisfactoria con la madre. Para el hijo, el conflicto nuclear es inevitable: al final, sus padres comparten la misma cama. Esto da lugar a un verdadero odio hacia el padre porque su cuerpo gradualmente se interpone entre la

relación fusional de la madre con el hijo y limita el intercambio placentero. De esta manera, el padre comienza a existir como una entidad separada para el hijo, y el hijo también se siente a sí mismo como separado –pero al precio de la pérdida y el terror-. De este modo, el padre crea los puntos de referencia necesarios para una situación de conflicto: al ser quien separa, le permite al hijo, como a sí mismo, ser odiado; odiado por su prohibición de continuar algo no limitado. Al simultáneamente ofrecer su persona como sustituto de la pérdida, el padre se transforma en un Otro que se puede amar y por quien se es amado –de esta forma logra el rol de tercero que también garantiza *protección* (p. 41)-.

Sin embargo, Green no se queda en una mera reformulación de la concepción freudiana, sino que también se orienta hacia la cambiada comprensión del padre en la modernidad. Al hacerlo, se refiere explícitamente al *cuerpo del padre*, cuya naturaleza Green ve –de forma similar a los psicólogos del desarrollo– diseñada para el juego combativo. Sin embargo, marca una diferencia crucial: de acuerdo con la imagen del intersticio, el cuerpo del padre –en contraste con los pechos maternos, proveedores de placer– debe permanecer incluso más *distante para* el hijo para lograr mantener su función de tercero separador y protector, y para crear espacio para la «elaboración imaginativa» de las fantasías edípicas. Green critica a los «nuevos padres», como los teóricos del género, por frecuentemente tomar poco en consideración el sentido específicamente edípico de la paternidad en el contacto físico lúdico con sus hijos. No comprenden suficientemente que un contacto demasiado intenso con el cuerpo paterno es a menudo fuente de culpa y temor. Dice: los padres no son segundas madres ¡y no son compañeros! (p. 43).

Aunque las madres también podrían decir «no», el «no» del padre, que ha tenido que establecer normas y límites, y ha tenido que asegurar que se respeten, viene más desde afuera. Mientras que la madre es la única que tiene contacto carnal-sensual («carnal», p. 37) con los otros dos integrantes del triángulo, el cuerpo del padre se encuentra más alejado del cuerpo del hijo, de forma tal que su «no» tiene un efecto más poderoso. Lo mismo se aplica al analista: una actitud persistente, la protección del encuadre y las interpretaciones, junto con lo que Green llama «líneas axiomáticas de modos de deseo e identificación inconsciente» (p. 43), pueden transfor-

mar al padre, en la situación analítica, en un enigmático tercero que no solamente está él mismo ausente, sino que está ausente *con la madre*. Así, la paradoja siempre permanece del lado del hijo/paciente: cierto monto de *hostilidad* hacia el padre, pero también *confianza* y *amor* hacia el padre, ya que es –precisamente en conexión con esa angosta y firme distancia– un garante de la seguridad.

#### CONSIDERACIONES COMPARATIVAS Y CONCLUSIONES

Si contrastamos las diferentes conceptualizaciones sobre la paternidad, vemos diferentes énfasis que pueden entrar en conflicto entre sí, tanto en la vida familiar diaria como en la situación clínica. La primera perspectiva, compartida por los psicólogos del desarrollo y los teóricos analíticos de género, enfatiza una *parcialmente temprana* diada padre-hijo dentro del triángulo familiar, en la que el padre aparece como un lúdico entrenador para la exploración, la autonomía y el lenguaje, así como un libidinal promotor de la diferenciación masculino-femenino, que incluye una fluida gama de identificaciones masculino-femeninas. En la segunda perspectiva, hay una defensa ante el padre *edípico* desde el comienzo mismo, y la relación con el padre es concebida *de forma ambivalente* dentro del triángulo familiar. Aquí, el padre aparece, sobre todo, como el generador de distancia, espacio y límites. Con su –en palabras de Green– posición «antisexual», limita la lujuria entre madre e hijo, y establece las normas en su nombre. Por medio de la renuncia requerida, sin embargo, habilita al hijo al ingreso en lo simbólico, registro lingüística y culturalmente mediado.

¿Qué significa esto para nosotros hoy? Creo que una teoría psicoanalítica del padre que quiera hacer justicia con los actuales cambios socioculturales debe poner en discusión estas dos perspectivas, a pesar de las polémicas existentes entre ellas. Debemos distinguir de qué padre estamos hablando: si desde la relación concreta padre-hijo de la vida cotidiana, desde las imágenes del padre imaginado o desde la situación analítica. En cuanto a las relaciones padre-hijo de la vida diaria, me gustaría afirmar que los hallazgos empíricos prueban que la otredad específica del padre y su interacción física con el hijo no tienen el sentido de una duplicación de las interacciones madre-hijo. El cuidado del padre, el alivio en las noches

insomnes, el consuelo tienen una cualidad receptiva independiente. Su jugar, que es disfrutable, promueve la fortaleza y la autonomía en el desarrollo saludable, así como los sentimientos de mutua admiración y orgullo. Es fuente de temprana cercanía y de amor por el padre. La advertencia de Green contra el contacto físico denso de parte del padre en la vida diaria corre el riesgo aquí de convertirse en rígida y de buscar la vitalidad afectiva principalmente a nivel de las representaciones mentales. Las preocupaciones de Green, de todas formas, deben ser compartidas cuando el padre se mueve continuamente en un nivel diádico con su hijo. El cuerpo paterno continúa siendo libidinizante para el hijo solo si el padre simultáneamente continúa en una relación sexual genital con la madre de su hijo y no cruza la línea que limita la consumación del incesto real. Aquí entramos en un terreno conflictivo, porque por supuesto que hay fantasías incestuosas hetero y homosexuales entre los hijos e hijas y sus figuras paternas, las que, como fantasías corporales, enriquecen y fortalecen la vida anímica del hijo. De todas formas, la advertencia de Green de que el juego con el cuerpo paterno también puede disparar sentimientos de culpa en el hijo si hay mucha estimulación sexual debería ser indudablemente escuchada. Es tarea del padre respetar el espacio necesario para el establecimiento de distancia y normas en el contacto. Los hijos adolescentes buscan distancia por iniciativa propia, y el abuso comienza cuando un padre no respeta la búsqueda de distancia de su hijo. Una presencia paterna plenamente desarrollada se basa en el conocimiento de este límite entre el apoyo libidinizante y la posible destrucción incestuosa de las estructuras mentales. Dado esto, sin embargo, los conflictos internos e interaccionales son tan inevitables como las diferentes constituciones afectivas, las que a su vez afectan las fantasías inconscientes de todos. Un padre puede acompañar a su hijo de la mejor manera cuando puede enfrentar ambos polos de su posición dicotómica, es decir cuando, dependiendo de la situación, puede recurrir a una cercanía lúdica del cuerpo y también mantener los límites corporales.

Esto es aun más cierto cuando observamos los procesos psicoanalíticos y el padre que emerge en la transferencia. Aquí también el analista se encuentra en conflicto necesario de facilitar un contacto de apoyo lujurioso o de límite combativo, dependiendo de la situación. Como analista,

es un Otro en la medida en que finalmente observa desde una posición edípica de *tercero* y somete todo lo que emocionalmente experimenta de forma intensa a un constante proceso de reflexión. El padre edípico se instala para establecer el espacio para pensar una y otra vez, sin perder su vitalidad afectiva. En otras palabras, en el proceso analítico resulta útil que el analista como padre edípico preste atención repetidamente a los momentos en que se da, y de qué forma, que también hable y actúe como un padre preedípico. Al hacerlo, el momento de extrañeza repetidamente irrumpe en el sentimiento de familiaridad y causa necesariamente un sentimiento de decepción en ambos participantes, que incluso puede conducir a reacciones hostiles. Sin embargo, al poder concebirse como un padre muerto, el analista es capaz de abstenerse de actuar sus propios impulsos agresivos o sexuales. En su lugar, la alternancia de sus propios procesos afectivos y de pensamiento hace posible la interpretación, al servicio de la vitalidad del paciente.

Una vez más, en cuanto a la dimensión cultural: afortunadamente, en las últimas décadas, las habilidades de sostén físico tierno de parte del padre han recibido más atención en la sociedad occidental, así como en el psicoanálisis. Esto representa un gran progreso cultural y social. En las sombras de este progreso, sin embargo, la función edípica estructurante del padre amenaza con desaparecer. En otras palabras, en la actualidad parece haber un problema especial para combinar las funciones de sostén temprano del padre con la función protectora del padre edípico. Esto no solamente se corresponde con mi propia práctica clínica, sino que me veo aquí acordando con otros colegas analíticos que a veces describen la falta de internalización de una estructura paterna en jóvenes varones (Damasch, 2008, 2009) o a veces la evitación de la paternidad en varones adultos (Metzger, 2006). Otros fenómenos sociales, tales como la violencia juvenil excesiva o el aumento en la inseguridad del apego, especialmente en hombres, también pertenecerían a esta área. Sin querer presentar un resultado apresurado o en corto circuito, las descripciones de los jóvenes simpatizantes del terrorismo a las que he tenido acceso apuntan en la dirección de una representación del padre o bien despóticamente deformada, o bien decepcionante y débilmente desarrollada, sobre la que luego se actúa o la que se busca en el grupo militante (Kaddor, 2015; Schirra, 2015).

Este aspecto solamente puede ser esbozado acá, pero parece requerir más atención e investigación.

La ya difícil presencia paterna amenaza con fracasar cuando la necesaria tensión conflictiva entre la función de sostén y la de límite del padre es negada, y uno de los extremos se vuelve monopolítico, para desventaja del otro. Creo que una reformulación del concepto de Green de la «posición antisexual» del padre sería de utilidad aquí. Green efectivamente se refiere al deseo sexual de la madre y el hijo, pero si el padre hace una contribución significativa a la vitalización del hijo con su propio cuerpo, no puede ser antisexual. Por el contrario, el padre ayuda al desarrollo del espacio interno triádico del hijo al mantenerse en una conexión sexual amorosa con su madre, y en su contacto lúdico lujurioso con su hijo, mientras habilita las fantasías sexuales, puede mantener sus propios límites. A este respecto, prefiero hablar de una «posición antiincestuosa» del padre. La expresión combina la importancia de lo lúdico paterno y mantiene la tensión conflictiva entre los dos polos. El padre es entonces un extraño familiar (Blass, 2011). La «posición antiincestuosa» incluye la autorrestricción paterna y su renuncia a permanecer inmortal en la necesaria confrontación edípica. La tarea más difícil de las figuras paternas y de los analistas es la paradoja de enfrentar la lucha edípica y al mismo tiempo reconocer la norma generadora de tener que ir desapareciendo ellos mismos cada vez más hacia un segundo plano, sabiendo que su futuro se encuentra en la gradual distancia de su propio juego juvenil. En un plano inconsciente, esto significa ser capaz de dejarse matar, pero físicamente seguir vivo, no como un fantasma, sino como un ancestro respetado y quizás amado (Loewald, 1960, p. 29).

#### NUEVAMENTE CON EL SR. A, Y LA CONCLUSIÓN

Finalmente, me gustaría volver al Sr. A. Hablé de su necesidad de protección paterna a nivel edípico luego de haber buscado inicialmente la armonía conmigo. Con la armonía se había conectado con una protección paterna temprana, pero no le era suficiente como para sentirse una persona independiente y vital. Tenía que luchar conmigo para ver si yo lo tomaba en serio y lo reconocía, aun en sus discordantes deseos agresivos. Se volvió cada

vez más provocador y dudaba de mi habilidad para ofrecerle orientación. Repetidamente describió el análisis como un procedimiento de resultado incierto, se sintió obstaculizado en su desarrollo por la frecuencia de cuatro sesiones semanales y relataba sueños en los que daba muerte a seres horribles, pero aún no se sentía libre. Mis interpretaciones de que quería deshacerse de mí, pero no estaba seguro de que eso realmente ayudara, no parecían alcanzarlo y permanecían algo rancias, incluso para mí. Un día vino a sesión molesto y describió una discusión con un conductor de edad que se había puesto en su camino mientras él andaba en bicicleta, y sentía que lo había puesto en peligro. Le había gritado al hombre, que a su vez le devolvió el grito, y la discusión se había intensificado más y más. De pronto se sintió superado, apuntó su dedo índice a la cabeza del viejo y gritó desde las profundidades de su panza: «¡Que infartes!» [*Stroke!*]. Puso el grito «¡Que infartes!» en la sesión como una fanfarria. Sonriendo con curiosidad, agregó que después se había sentido atemorizado. Yo también me sentí sorprendido por la llamativa [*striking*] fuerza de su insulto y necesité algo de tiempo para lograr orientarme emocionalmente –sabiendo que el deseo de muerte estaba en última instancia dirigido a mí-. Me sentí afectado, pero con algo de distancia de la escena, encontré igualmente creativa su asesina exclamación. Recordé la escena de la persecución con la explosión de rabia y la huida de su padre, y después de un corto silencio, le dije algo parecido a la siguiente interpretación: «Hay una poderosa fortaleza en usted y logro sentir lo que puedo esperar de usted si me atravieso en su camino, pero también escucho su esperanza de que me quedará de todas formas y mantendré una cabeza despejada para su análisis». Después de un silencio más largo, el Sr. A empezó a llorar. La razón que me dio era que no sabía ser tomado en serio de esta forma. En sesiones posteriores pudo mostrarse más abiertamente enojado conmigo y, sin embargo, aceptar que yo no cediera a sus intentos por cambiar el encuadre y la frecuencia de las sesiones. Al reconocer su poder agresivo, pero resistir los impulsos (auto)destructivos, sus estados de ánimo depresivos desaparecieron y se sintió más vital. Desde la perspectiva de la presencia paterna, veo que la relación analítica padre-hijo había reconocido y transformado la relación padre-hijo preedípica. Con la representación interna de un padre amado, atacado, pero no destruido como tercero, el Sr. A pudo continuar viviendo de manera más segura.

Como analistas frecuentemente trabajamos con esta forma o con formas similares de conflictiva interna. Podemos hacer nuestra contribución a una presencia paterna sostenible en la sociedad actual si repetidamente hacemos de la inevitablemente necesaria tensión entre el sostén tierno y el sostén limitante un tema de discusión. ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Abelin, E. L. (1971). The role of the father in the separation-individuation process. En J. B. McDewitt y C. F. Settlage (ed.), *Separation-individuation* (pp. 229-252). International Universities Press.
- Abelin, E. L. (1975). Some further observation and comments on the earliest role of the father. *International Journal of Psycho-Analysis*, 56, 293-302.
- Blass, H. (2011). Der Vater als vertrauter Fremder. *AKJP*, 151(3), 369-388.
- Blos, P. (1985). *Son and father: Before and beyond the Oedipus complex*. Free Press.
- Brehm, U., Huebener, M. y Schmitzet, S. (14 de diciembre de 2022). *5 Jahre Elterngeld*. [https://www.bib.bund.de/Publikation/2022/pdf/15-Jahre-Elterngeld-Erfolge-aber-noch-Handlungsbedarf.pdf?\\_\\_blob=publicationFile&v=2](https://www.bib.bund.de/Publikation/2022/pdf/15-Jahre-Elterngeld-Erfolge-aber-noch-Handlungsbedarf.pdf?__blob=publicationFile&v=2)
- Damasch, F. (2008). Die Krise der Jungen: Statistische, sozialpsychologische und psychoanalytische Aspekte (pp. 9-28). En F. Dammasch (ed.), *Jungen in der Krise: Das schwache Geschlecht? Psychoanalytische Überlegungen*. Brandes & Apsel.
- Damasch, F. (2009). Der Junge ohne väterliche Struktur. En R. Haubl, F. Dammasch y H. Krebs (ed.), *Riskante Kindheit: Psychoanalyse und Bildungsprozesse*. Göttingen (pp. 49-66). Vandenhoeck & Ruprecht.
- Diamond, M. J. (1997). Boys to men: The maturing of masculine gender identity through paternal watchful protectiveness. *Gender and Psychoanalysis*, 2, 443-468.
- Freud, S. (1999). Totem and taboo. En J. Strachey (ed.), *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (vol. 13). Vintage. (Trabajo original publicado en 1913 [1912-1913]).
- Freud, S. (2001). Civilization and its discontents. En J. Strachey (ed.), *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (vol. 21). Vintage. (Trabajo original publicado en 1930 [1929]).
- Gaschke, S. (4 de octubre de 2015). Die Generation der Supervater. *Welt am Sonntag*, 4(40), 2-3.
- Green, A. (2009). The construction of the lost father. En L. J. Kalinich y S. W. Taylor (ed.), *The dead father: A psychoanalytic inquiry* (pp. 23-46). Routledge.
- Harris, A. (2009). Fathers and daughters. En B. Reis y R. Grossmark (ed.), *Heterosexual masculinities: Contemporary perspectives from psychoanalytic gender theory* (pp. 189-215). Routledge.
- Herzog, J. M. (1994). Patterns of expectant fatherhood: A study of the fathers of a group of premature infants. En S. H. Cath, A. R. Gurwitt y J. M. Ross (ed.), *Father and child*. Routledge.
- Kaddor, L. (2015). *Zum Töten bereit: Warum deutsche Jugendliche in den Dschihad ziehen*. Piper.
- Klein, M. (1998). *Gesammelte Schriften* (vol 2.). Frommann-holzboog. (Trabajo original publicado en 1932).
- Lacan, J. (1966). Funktion und Feld des Sprechens und der Sprache in der Psychoanalyse. En J. Lacan, *Schriften 1* (pp. 71-169). Walter-Verlag. (Trabajo original publicado en 1953).

- Laplanche, J. (2011). *Nouveaux fondements pour la psychanalyse*. PUF. (Trabajo original publicado en 1987).
- Loewald, H. W. (1960). On the therapeutic action of psycho-analysis. *International Journal of Psychoanalysis*, 41, 16-33.
- Meltzer, D. y Harris Williams, M. (2008). *The apprehension of beauty: The role of aesthetic conflict in development, art, and violence*. Karnac. (Trabajo original publicado en 1988).
- Metzger, H.-G. (2006). Das Erlebnis der Vaterschaft und die Angst vor der frühen Kindheit. En F. Dammasch y H.-G. Metzger (ed.), *Die Bedeutung des Vaters* (pp. 313-332). Brandes & Apsel.
- Metzger, H.-G. (2013). Fragmentierte Vaterschaften: Über die Liebe und die Aggression der Vater. Brandes & Apsel.
- Ogden, T. (1989). The primitive edge of experience. Jason Aronson.
- Rotmann, M. (1978). Über die Bedeutung des Vaters in der «Wiederannäherungsphase». *Psyche*, 32, 1105-1147.
- Schirra, B. (2015). *ISIS: Der globale Dschihad*. Econ.
- Seiffge-Krenke, I. (2001). Väter und Söhne, Vater und Töchter. *Forum Psychoanal*, 17, 51- 63.
- Thomä, D. (2008). *Vater: Eine moderne Heldengeschichte*. Hanser.
- Tönnies, S. (30 de agosto de 2009). Männer zu Vatern. *Frankfurter Allgemeine Sonntagszeitung*, 35, 11.
- Winnicott, D. W. (1984). *Kind, Familie und Umwelt*. Reinhardt. (Trabajo original publicado en 1964).

# La escucha de los procesos de renuncia y duelo en las configuraciones familiares actuales que son el resultado de la reproducción médicamente asistida



KATY BOGLIATTO<sup>1</sup>

DOI: 10.36496/N136-137.A2

ORCID ID: 0009-0000-3539-5311

RECIBIDO: ABRIL DE 2023 | ACEPTADO: MAYO DE 2023

## RESUMEN

En este trabajo, la autora se propone desplegar algunas facetas de la complejidad del trabajo psíquico al que se somete cada individuo cuando se acerca a un servicio de procreación médicamente asistida, con el deseo de ser padre y la esperanza de crear una familia. Se trata de una experiencia vital que pone a prueba el trabajo de transformación psíquica y de elaboración, no solo de lo sexual, con sus diferentes teorías sexuales infantiles. Sin embargo, es importante no omitir y dar un lugar a la importancia del trabajo de elaboración de renuncias psíquicas, así como a los procesos psíquicos inherentes al trabajo de duelo. La autora ilustra con viñetas clínicas la importancia del apoyo y del acompañamiento de las pacientes en el seno de un servicio de fertilidad.

**DESCRIPTORES:** PARENTALIDAD / DUELO / FERTILIDAD ASISTIDA  
/ HIJOS / MATERIAL CLÍNICO / INTERCONSULTA

1 Analista didacta de la Sociedad Psicoanalítica Belga. [katy.bogliatto@me.com](mailto:katy.bogliatto@me.com)

## SUMMARY

In this paper the author proposes to unfold some facets of the complexity of the psychic work to which each individual is subjected when he or she approaches a medically assisted procreation service with the desire to become a parent and the hope of creating a family. It is a life experience that puts to the test the work of psychic transformation and elaboration not only of the sexual, with its different infantile sexual theories. It is however important not to omit and to give a place to the importance of the work of elaboration of psychic renunciations as well as to the psychic processes inherent to the work of mourning. The author illustrates with clinical vignettes the importance of support and accompaniment of patients within a fertility service.

**KEYWORDS:** PARENTALITY / ASSISTED FERTILITY / CHILDREN / MOURNING / CLINICAL MATERIAL / INTERCONSULTATION

En línea con la evolución de la condición de las mujeres en la sociedad occidental, y en estrecha relación con el progreso de los métodos anticonceptivos, la sexualidad y la procreación se han vuelto claramente diferenciadas desde hace medio siglo. Simultáneamente, la evolución de las técnicas de procreación médica ha hecho posible la procreación sin acto sexual y ha abierto el campo a nuevas configuraciones familiares y a la emergencia de nuevas parentalidades.

Como señala el antropólogo Maurice Godelier (2004), tres «fuerzas y fuentes» principales han modificado la forma y el ejercicio del parentesco durante el siglo XX en las sociedades occidentales contemporáneas: la valorización de la libre elección (particularmente en lo relativo al amor y a la sexualidad), la norma de igualdad en las relaciones entre hombres y mujeres, y el movimiento histórico de valoración de la niñez, básicamente atribuido a la creciente importancia del deseo por los hijos.

En línea con el pensamiento sociológico y antropológico, el lugar del hijo ha ido evolucionando con el tiempo. Hoy en día, el hijo es el fruto de

un deseo y de un proyecto parental. Ya no se supone que los hijos llegan «por casualidad», ya que la futura figura parental elige el momento de hacer realidad la procreación: «ya no tenemos hijos para nuestros parientes, para perpetuar nuestro linaje, sino sobre todo para llevar adelante un proyecto personal, fundar una familia» (Courduriès y Tarnovski, 2020, p. 29).

Si seguimos la descripción antropológica de la diversificación de las trayectorias familiares en la sociedad occidental, la construcción de la relación parental halla sus raíces en el pilar del deseo por los hijos y en la elección hecha posible por las técnicas de procreación para generar nuevas constelaciones familiares. De tal forma, la evolución de la sociedad, las tecnologías y la ciencia inevitablemente influyen sobre la trayectoria, tanto de la sexualidad de los individuos como de la parentalidad, haciendo posible la realización de deseos y fantasías que eran imposibles en el pasado. Este camino permite acceder a nuevas filiaciones simbólicas, que no siempre se encuentran directamente en línea con la filiación genética.

Sin embargo, participar de un proceso de *procreación* médicamente *asistida* (PMA) no es una aventura menor. Puede ser el último recurso para algunos pacientes o, en algunos casos, la única opción para mujeres, hombres y parejas (tanto homosexuales y heterosexuales como transgénero). Es un proceso que no carece de escollos, que implica un desafío emocional y que pone a prueba tanto lo biológico como lo psicológico. El aparato psíquico se verá movilizado con sus diferentes mecanismos de defensa, que aparecerán en primer plano para poder atravesar este momento de la vida en el que el deseo de procrear y el de la parentalidad serán puestos a prueba. También será un período de la vida en el que diferentes representaciones, construcciones conscientes e inconscientes de la parentalidad –tanto de la maternidad como de la paternidad– serán revisitadas.

A nivel individual y desde un punto de vista psicodinámico, reconocemos la complejidad de las trayectorias conscientes e inconscientes que conducen a la parentalidad en estrecha conexión con un ambiente favorable (Benedek, 1959; Balsam, 2012). Desde el comienzo mismo de la vida individual, la construcción de las representaciones psíquicas se encuentra en funcionamiento y es el resultado de un largo proceso de tejido interno de diferentes elementos psíquicos que se originan en movimientos de identificación y contraidentificación con las figuras parentales y sus ca-

racterísticas relacionales intra e intersubjetivas. Este proceso se encuentra íntimamente conectado con la psicosexualidad infantil, se relaciona con la vida fantasmática individual y se ve influenciado por el impacto de los componentes transgeneracionales psíquicos y relacionales, así como por los elementos culturales y societarios. Es por eso un largo proceso de transformación que también participa en la elaboración de un espacio psíquico para la recepción del hijo por venir.

Mi objetivo en este trabajo es delinear diversos procesos psíquicos de renuncia y duelo que cada individuo encuentra antes, durante y después de una trayectoria de vida que conduce a la construcción de una familia con la ayuda de un centro de fertilidad.

Efectivamente, en esta vasta situación clínica, no solamente la incertidumbre respecto del resultado del nacimiento de un hijo es omnipresente, sino que es una travesía que, por la complejidad y la variedad de las experiencias, pone a prueba la capacidad individual para enfrentar la renuncia, la pérdida y el complejo trabajo de duelo. Renunciar a la expectativa de la concepción de un hijo sin la intervención de un tercero, renunciar a la filiación biológica (en el caso de recurrir a la donación de gametos/embriones), vivir el duelo de abortos de fetos cuyos embarazos no progresaban o en los que había fallado la anidación del embrión, el duelo por los hijos imaginados o fantaseados que nunca llegaron a nacer, el duelo por los embriones congelados que no fueron usados y cuya destrucción fue decidida por los padres... son algunos ejemplos de una lista no exhaustiva de renunciaciones y pérdidas que podemos encontrar en un servicio de fertilidad y que requieren de nuestra máxima atención al acompañar a los pacientes.

Como primer ejemplo, la elaboración de la herida y el dolor que acompañan a la renuncia psíquica de la concepción natural de un hijo invitan a encontrar un nuevo balance entre el cuerpo y la psiquis, entre la intimidad de la sexualidad y la unión de los cuerpos, y el entrelazamiento de los deseos y las pulsiones eróticas y sexuales. Para algunos pacientes, esta renuncia ya habrá sido parte de un proceso psíquico de elaboración, especialmente para las parejas homosexuales, confrontadas en su elección de objeto de amor con la imposibilidad de la reproducción biológica, dada la realidad de la ley de la naturaleza. Para otros, será un primer obstáculo

emocional de conflicto a ser elaborado [*working through*] de forma individual y en la relación de pareja, con resultados variados, no sin haber experimentado el proceso, de todas formas, con una variedad de emociones, que también podemos comparar con una «montaña rusa emocional».

Sin embargo, elementos psíquicos más arcaicos, con sus mecanismos de defensa específicos, pueden surgir en cualquier momento del proceso y aparecer en un marco temporal que a veces puede presentarse muy demorado en relación con el comienzo del tratamiento. No es infrecuente encontrar parejas, mujeres y hombres durante las consultas terapéuticas en los servicios de fertilidad que aún se encuentran en pleno sufrimiento y se muestran incapaces de resolver esta primera renuncia (Raphaël-Leff, 1986, 1992).

Este es el caso de Simone, que me derivan las enfermeras porque ha sufrido un ataque de pánico después de una inseminación. En nuestro primer encuentro pone énfasis en la intensidad de su ataque: «He tenido un ataque de pánico aun más fuerte que cuando estuve en el quirófano». Gradualmente, fui descubriendo que lo que Simone llamaba su «ataque de pánico» había estado ahí desde el inicio de su tratamiento en nuestro servicio de infertilidad «de origen indeterminado en la pareja», ocho meses antes de nuestro primer encuentro.

Nuestros encuentros fueron puntuales e inicialmente marcados por una descarga y un desborde de afectos reprimidos e indiferenciados que aparecían al comienzo de cada consulta. El rostro de Simone se veía inundado por lágrimas silenciosas tan pronto entraba en mi consultorio, con «lágrimas-afectos» que esperaban ser recibidos, transformados y traducidos por el analista, antes de que ella pudiera expresar palabras.

Nuestros encuentros le brindarán a Simone el beneficio de un tercer espacio terapéutico, un espacio transicional (en el sentido winnicottiano del término) dentro del servicio de fertilidad, que acogía y contenía sus afectos. Con el tiempo, estos afectos indiferenciados se transformarán en emociones y palabras. En un espacio transicional de emociones y pensamientos compartidos con la analista, será donde el material sensorial, somatopsíquico que había permanecido cristalizado y congelado, lo que ella llamaba «ataque de pánico», se irá transformando progresivamente, a través de la intermediación de la relación transferencial-contratransferencial y de la capacidad de *revêrie* de la analista (Bion, 1962/2003). Las

puntuales consultas terapéuticas permitirán una progresiva apertura de caminos hacia la comprensión y la representación de la vida fantasmática de Simone.

Simone compartirá el peso de sus pensamientos obsesivos, así como dos escenarios de fantasía en los que están implicados su marido y las enfermeras de la sala, subyacentes a sus ataques de pánico. La primera fantasía tiene que ver con un error de manipulación, cuya dramática consecuencia es que el esperma utilizado no sea el de su marido, sino el de un desconocido. «¿Qué certeza puedo tener de que es el esperma de mi marido, y no el de un extraño, si no puedo ver lo que ocurre en el laboratorio?», me dirá en una mezcla de pánico y enojo. El segundo escenario implica su percepción paranoica de las enfermeras que va conociendo en cada nueva intervención: «Después de la inseminación, *oía las risas de las enfermeras en su sala*; yo me encontraba asustada en mi habitación, y estaba segura de que se reían de mí...». Me lo decía con su rostro inundado por las lágrimas.

Evidentemente, podríamos escuchar estos escenarios en el plano de la realidad concreta como una situación plausible, ¡nadie es inmune al error humano! Además, a nivel anecdótico, en el momento de nuestras entrevistas, la prensa informaba de un escándalo en un servicio de PMA de los Países Bajos donde el médico jefe del servicio sustituía las pipetas de esperma por otras ¡con su propio esperma! Pero a nivel inconsciente, podemos escuchar esta historia como el escenario de una escena primitiva con tintes edípicos, donde se despliega la triangulación del ver y ser visto.

Como podemos ver en el primer escenario, los efectos psíquicos conflictivos (ataque de pánico) serían el resultado del deseo de Simone «de ver», y «no poder ver» lo que sucede en el laboratorio, una escena (parcial primaria) seguida por sus consecuencias, que se despliegan en su segundo escenario fantasmático de «ser vista» y que *se rían* de ella las enfermeras (temor y pensamientos paranoides).

O, dicho en otras palabras, ¿esta fantasía del primer escenario no escenifica un deseo inconsciente de tener un hijo con Otro (¿un padre?) distinto de su marido? ¿Esta fantasía aparece acompañada emocionalmente de las representaciones de los efectos inconscientes conflictivos, expresados en la culpa y la angustia por la retaliación de las madres-en-

fermeras burlonas? La necesidad de Simone de *ver y controlar lo que pasa en el laboratorio* parece condensar un vano intento de reapropiarse de la escena de procreación de su futuro hijo, cuyo deseo original tiene raíces en sus escenarios sexuales infantiles y en su exclusión de la escena primaria. Estas son hipótesis que la analista puede imaginar, sin omitir los elementos preedípicos, tales como sus ansiedades más paranoides frente a las enfermeras.

Pero la escucha de la analista de los elementos más arcaicos y sensoriales también tiene un lugar importante, ya que estos representan los afectos no simbolizados necesitados y en espera de transformación. Tampoco debemos olvidar –y entonces agregaremos al complejo abanico de la escucha del analista trabajando en una clínica de fertilidad– que la connotación paranoide de este escenario también puede ser comprendida como un mecanismo de defensa para enfrentar la pasividad a la que la mujer debe someterse durante la PMA para seguir las instrucciones médicas, los múltiples exámenes médicos, las inyecciones de hormonas, etc., así como el impacto de los actos técnicos y médicos de diversos grados de invasividad sobre el cuerpo sufriente. Huellas sensoriomotrices necesitadas y a la espera de transformación psíquica ¡también poniendo al psiquismo a prueba!

Sin embargo, al escuchar este material, es muy importante adoptar una postura muy cautelosa y no apresurarse hacia interpretaciones salvajes, ya que el marco en el que transcurren estas consultas no es el de la cura psicoanalítica. Más bien, la meta es ayudar a los pacientes a tomar consciencia de la importancia de escuchar sus reacciones psíquicas somatoemocionales y promover un proceso de transformación y pensamiento.

En el transcurso de nuestros encuentros, la escena sexual puede acercarse gradualmente. Simone hablará del conflicto, teñido de sentimientos de culpa y envuelto en una corola de afectos ansiofóbicos, de los que nunca se ha atrevido a hablar ni a su marido ni al equipo médico, y que ella nombra como su «negativa a aceptar que tiene que pasar por una procreación *médicamente* asistida para tener un hijo». Este rechazo se reflejará a lo largo del tiempo en sus representaciones de la maternidad, que para Simone siguen estando íntimamente ligadas a una escena primitiva en la que la disociación entre sexualidad y procreación es fuente de ansiedad

y de comportamientos obsesivos de control. Simone describe a su madre siempre dependiendo de su padre y a la pareja parental siempre haciendo «todo juntos». También me enteraré de que Simone sufrió un agotamiento [*burn-out*] «profesional», exhausta por controlar todos sus «expedientes profesionales actuales»... un año antes de llegar a PMA, período en el que la pareja intentaba tener un hijo.

Formaciones reactivas, reacciones defensivas del yo frente a un retorno de lo reprimido, tomando la vía fantasmática del miedo a un error de manipulación que conduzca a la utilización del esperma de otro hombre. Este escenario abre el camino a la exploración de su relación con sus padres, a la búsqueda de figuras de representación y a la identificación con sus objetos internos.

Simone describe que sus padres son una pareja «unida» y que su padre, a quien describe como un hombre que nunca muestra sus emociones, «¡ni siquiera cuando le diagnosticaron cáncer!», es una importante figura de identificación, que juega un papel importante en su vida adulta y de quien Simone trata de tomar distancia. De hecho, Simone describe que su padre siempre tiene una «mirada» crítica y expectante sobre su vida y sus logros profesionales. Además, retrata a su madre, en contraste con su padre, como una mujer que está siempre «preocupándose por todo y por nada». Trata de mantener distancia de ambos en su vida diaria para no verse abrumada por las angustias de su madre y las «miradas» críticas de su padre.

Simone ha puesto una distancia geográfica entre ella y sus padres para protegerse, en un vano intento por luchar contra sus turbulencias psíquicas, y contra el retorno de lo reprimido edípico –así como de los niveles preedípicos más arcaicos– que el proceso en el centro de fertilidad resalta, desencadena y revela «a plena luz del día». Las defensas psíquicas de Simone se focalizan sobre una dialéctica relacional e impulsiva con sus figuras y objetos internos, donde el lugar de la pareja parental original parece permanecer indisociado e investido con afectos ambivalentes.

Por último, el recorrido de Simone por el PMA pasará por un momento de «pausa», en el que interrumpirá de forma temporaria sus consultas con el equipo médico, pero continuará sus consultas terapéuticas conmigo. Para Simone, se trataba de reapropiarse de su proyecto de maternidad, de sus afectos y percepciones corporales, de redescubrir la intimidad sexual

con su marido y, según me dijo, de «descubrir una calma contemplativa cultivando un huerto y observando la fertilidad de la tierra...». Una historia que también puede escucharse como una fantasía sobre los orígenes de la vida y en un proceso de identificación con la fértil-Madre-tierra.

En la segunda viñeta clínica, quiero abordar la experiencia psíquica de pérdida, su futuro y la importancia del lugar a darle en las configuraciones familiares que son el resultado de la ayuda de la PMA. Dentro del término *pérdida*, incluyo los abortos y los embarazos sin evolución (posteriores a una transferencia de embriones o a una inseminación) y, más específicamente en el caso de las mujeres, también incluyo la pérdida de ovocitos, ya que, a diferencia de los hombres, las mujeres tienen una reserva ovárica única y limitada. Como ilustran estos dos ejemplos: la pérdida de ovocitos tiene lugar luego de la estimulación de los ovarios que permite la recolección de un número  $n$  de ovocitos, de los cuales solamente un número de  $n - x$  serán adecuados para su uso, donde  $x$  representa el número de ovocitos que se perderán; y el caso de la fertilización *in vitro*, donde varios ovocitos son fertilizados y se obtienen así varios embriones, pero algunos –o todos ellos– no serán adecuados para su transferencia o la criopreservación.

El impacto intrapsíquico e intersubjetivo de estas pérdidas, de origen biológico, tendrá como consecuencia el permear el proyecto parental de crear una familia, clásica o moderna. De esta forma, las huellas psíquicas, desde las más arcaicas (somatosensoriales) a los pensamientos más simbolizados, dejarán huellas psicosenoriales y serán una parte integral del tejido psíquico que fundará el proceso de parentalidad, tanto para las mujeres como para los hombres. Las huellas no-transformadas y no-representadas constituirán eventualmente vestigios cristalizados en diferentes niveles psíquicos, cubriendo el espacio psíquico de individuos que se han convertido en padres o no. Y el riesgo de repercusiones de distinto tipo en el entramado intersubjetivo de la relación figura parental-hijo en la futura constelación familiar a través de una narrativa de lo no-representado de la pérdida no es desdeñable.

Pero no todas estas pérdidas tienen la misma valencia psíquica económica, objetal ni narcisista, «situándose en el momento de la pérdida, en algún lugar entre la nada y el todo, entre la cosa y la persona en el continuo

proceso perinatal de humanización» (Missonnier, 2012, p. 63), teniendo un valor subjetivo y económico entre la pérdida de un objeto no totalmente representado que oscila con un nivel narcisista mayor de la pérdida y la aflicción. Es aquí donde el modelo de la *relación de objeto virtual prenatal* (Missonnier, 2009, 2012) enriquece la conceptualización de nuestra clínica. Este modelo nos permite escuchar el proceso de duelo con el que nos encontramos, un proceso de elaboración que, con una evidentemente amplia variabilidad individual, será confrontado al enfrentar la consecuencia de las pérdidas, cuya variabilidad de investimento puede oscilar entre un intenso investimento narcisista y un «más moderado» investimento (pre)objetal.

Será importante la escucha del analista de las narrativas, que a menudo toman la forma de un resumen condensado y médico de las diferentes etapas vividas, y tomarse el tiempo de deconstruirlo y desplegarlo para que se pueda esbozar una apertura posible hacia el camino de una elaboración necesaria de la pérdida, sin por ello –como hacemos en la clínica del duelo perinatal– adoptar un enfoque sistemático que favorezca un trabajo de elaboración del duelo: se tratará de respetar ante todo la narrativa de los pacientes.

En cuanto a Aline, a quien encuentro con su pareja, está enfrentando un *impasse* en el recorrido de su búsqueda de ser madre. Aline desea experimentar el embarazo, pero la aterra la idea de someterse a más manipulaciones médicas. Cuando le pido que me cuente más sobre su recorrido en nuestro servicio de fertilidad y me describa su experiencia de lo que ella llama «manipulación médica», Aline rompe a llorar. Sus lágrimas parecen transmitir una mezcla de dolor y enojo. Me dice que ¡ya no puede contar más el número de transferencias de embriones que ha tenido!

Sin embargo, a medida que empieza a contarme la historia de su trayectoria hacia la parentalidad y el proyecto de familia de ella y su pareja, me dirá que no vino a hablar conmigo del pasado, sino del futuro, ya que es en el futuro donde ella continúa proyectando su deseo de maternidad y el proyecto de familia de ambas integrantes de la pareja. El pasado representa el fracaso del que ella desea distanciarse porque la angustia por la repetición del fracaso invade su presente y la tetaniza.

A pesar de su requerimiento de no hablar del pasado, nuestros encuentros le permitirán hablar sobre su dolor y su tristeza, los que fácilmente relacionará con todos los «bebés que nunca nacieron». De forma

progresiva, Aline y su compañera comienzan a compartir pensamientos hasta entonces silenciados en relación con varios bebés imaginarios, con escenarios fantaseados durante el tiempo que pasaron en el centro de fertilidad, sin haberse atrevido nunca a expresarlos en voz alta. Pensamientos sobre el sexo, sobre la edad que tendrían hoy los bebés, así como sobre las diferencias de edades que habría en el imaginario grupo de hermanos, acompañados de diferentes escenarios imaginarios sobre el estilo de vida familiar que la pareja tendría si... Al ir reuniendo estas narrativas y mostrándoles la importancia de las huellas mantenidas en silencio en cada una de ellas dos y en la pareja, les propongo a Aline y su compañera que encontremos un ritual simbólico que pueda representar y contener las diferentes pérdidas que las dos integrantes de la pareja han experimentado para permitir un proceso de duelo de «sus bebés no-nacidos».

En una consulta posterior a que llegaron de un viaje a Italia, Aline y su pareja me describieron con emoción el ritual que habían creado juntas para simbolizar sus varias pérdidas, durante una jornada de senderismo en las montañas. Se turnaban para escoger piedras, que ubicaban una por una en un arroyo de la montaña. Cada piedra llevaba el nombre que habían elegido para cada embrión-hijo que no había alcanzado la vida... Un acto simbólico, cocreado y compartido por la pareja, que Aline me describió como un momento que simbolizaba el retorno al origen de la Madre tierra.

¿Y qué pasa con los hijos? Para finalizar, he elegido esta breve viñeta clínica que ilustra la importancia del trabajo psíquico de elaboración y transformación que tiene lugar en el hijo en relación con sus orígenes, con todo su corolario fantasmático, que pone en escena diversos escenarios sexuales infantiles.

Adam, de cinco años, despliega en su juego la historia de unos malvados ladrones de bebés, representados por animales elegidos entre los más feroces y carnívoros que encuentra en la caja de juego de mi consultorio. Me explica, con gran entusiasmo, que están todos bajo las órdenes del rey malvado, que les ordena robar los bebés del clan de las buenas mascotas. Sigue con una interminable e impotente batalla entre las imprudentes buenas mascotas y los feroces secuestradores de bebés. Es una batalla cruel y violenta que mantiene la decisión que resulta de la buena voluntad

del malvado rey, cuyos deseos y órdenes oscilan entre devolver los bebés a las buenas mascotas, mantenerlos presos o lanzarlos a un caldero para comerlos en la sopa!

Adam nació con la ayuda de la procreación médicamente asistida, fruto de una última esperanza de embarazo, de la última transferencia de embriones homólogos, luego de múltiples fracasos que se extendieron durante un largo período de tiempo. «Adam es un luchador», me dirá su padre, «incluso antes de nacer», mientras que la madre describirá la llegada de su hijo como la de un hijo para el que ella «había perdido toda esperanza».

Sin embargo, Adam aún no sabe nada sobre el camino de sus orígenes, pero sus representaciones fantasmáticas, escenificadas en su juego, muestran hasta qué punto el caldero psíquico del niño está tratando de liberarse de la sobredeterminación de las proyecciones parentales y sus deseos conflictivos de no poner en palabras su recorrido de reproducción asistida, con el duelo inherente a la misma, para crear su propia narrativa imaginaria sobre los orígenes y la filiación. ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Balsam, R. (2012), *Women's Bodies in Psychoanalysis*. Routledge.
- Benedek, T. (1959). Parenthood as a developmental phase – A Contribution to the Libido Theory, *J.Amer.Psychoanal.Assn.*, (7):389-417.
- Bion, W.R. (2003). *Aux sources de l'expérience*, Paris, P.U.F., 2003. (Trabajo original publicado en 1962).
- Courduriès, F. y Tarnovski, F. L. (2020). *Homoparentalités*. EFB.
- Freud, S. (2005). *Deuil et mélancolie*. En J. Laplanche (dir.), *Œuvres complètes* (vol. 13, pp. 261-280). PUF. (Trabajo original publicado en 1917).
- Godelier, M. (2004). *Métamorphoses de la parenté*. Fayard.
- Missonnier, S. (2009). *Devenir parent, naître humain*. PUF.
- Missonnier, S. (2012). Le fantôme de l'Atlantide intime: *Réduction embryonnaire et deuil périnatal*. *Cliniques méditerranéennes*, 86, 59-69. <https://www.cairn.info/revue-cliniques-mediterraneennes-2012-2-page-59.htm>
- Raphaël-Leff, J. (1986). Infertility: Diagnosis of life sentence? *British Journal of Sexual Medicine*, 13, 28-30.
- Raphaël-Leff, J. (1992). The baby makers: An in-depth single-case study of conscious and unconscious psychological reactions to infertility and 'baby-making' technology. *British Journal of Psychotherapy*, 8(3), 278-294.

# Una clínica «engenerada»: Hacia un psicoanálisis que empuje hacia adelante



ELINA CARRIL<sup>1</sup>

DOI: 10.36496/N136-137.A3

ORCID ID: 0000-0002-4123-0844

RECIBIDO: MARZO DE 2023 | ACEPTADO: MAYO DE 2023

## RESUMEN

El psicoanálisis ha descubierto verdades, que se han propuesto como universales, a las que hay que someter permanentemente a revisión para despejar en ellas su posible impregnación histórica. Este artículo propone trazar algunas líneas que reflejen la complejidad de algunas situaciones clínicas que nos enfrentan a tener que abrir caminos de comprensión y teorizar acerca de fenómenos tales como la violencia de género sobre las mujeres en el ámbito de las relaciones erótico-afectivas o los efectos psíquicos del abuso sexual infantil en la vida adulta. El psicoanálisis que incluye la perspectiva de género ha abierto vías fecundas de comprensión en la clínica, así como ha recusado la ilusión universalista de algunos

1 Miembro habilitante de la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica. [elicarril@gmail.com](mailto:elicarril@gmail.com)

postulados clásicos sobre la sexualidad y subjetividad de mujeres y varones. Desde esta perspectiva teórica, y con los aportes de J. Laplanche y S. Bleichmar, la autora comenta, a modo de ilustración, tres situaciones clínicas cuyo punto en común son mujeres abusadas en su infancia.

**DESCRIPTORES:** VIOLENCIA / GÉNERO / MUJER / MATERIAL CLÍNICO / IDEOLOGÍA  
/ MÉTODO PSICOANALÍTICO / ABUSO SEXUAL

## SUMMARY

Psychoanalysis has discovered truths that have been proposed as universals – these must be permanently reviewed to clear up their possible historical impregnation. This article aims at drawing some lines that reflect the complexity of some clinical situations, which confront us with having to open ways of understanding and theorizing about phenomena such as gender violence against women in erotic-affective relationships or the psychic effects of child sexual abuse in adult life. Psychoanalysis with a gender perspective has opened fruitful paths of understanding in the clinic and has also challenged the universalist illusion of classic postulates on the sexuality and subjectivity of women and men. From this theoretical perspective and with the contributions of J. Laplanche and S. Bleichmar, the author comments, by way of illustration, three clinical situations whose common ground is being women abused in their childhood.

**KEYWORDS:** VIOLENCE / GENDER / WOMAN / CLINICAL MATERIAL / IDEOLOGY  
/ PSYCHOANALYTIC METHOD / SEXUAL ABUSE

Pero, renunciamos de antemano a pretender validez universal para nuestras conclusiones y nos consolamos con esta reflexión: dados nuestros medios presentes de investigación, difícilmente podríamos hallar algo que no fuera típico, si no para una clase íntegra de afecciones, al menos para un grupo pequeño de ellas.

Sigmund Freud

El pensamiento freudiano que puso en jaque a las concepciones de la época acerca de la sexualidad e hizo visible los malestares producidos por los dispositivos represores, se ha convertido en algo más que una teoría acerca de los procesos que regulan y normativizan la sexualidad: es, como ha dicho Rubin (1975/1986), uno de esos mecanismos de regulación.

El psicoanálisis ha descubierto verdades que se han propuesto como universales, a las que hay que someter permanentemente a revisión para despejar en ellas su posible impregnación histórica. La respuesta frente a la diferencia de los sexos podría ser una de ellas. La castración o el complejo de Edipo, otras. Lo universal al cual aspira la teoría analítica es producido muy a menudo solo por la universalización de un particularismo cultural, el género, la sexualidad, la clase, la cultura o la etnia. Tales o cuales fantasmáticas de los sujetos particulares han sido elevados, con revisión escasa, a la categoría de características y ordenadores psíquicos universales (Bleichmar, 1999).

De mi trabajo con mujeres víctimas de violencia de género (en todas sus expresiones) o con mujeres que relataron, ya adultas, sus experiencias –terribles– de abuso sexual por parte de sus padres, abuelos, tíos o cuidadores, tomé como un imperativo ético creerles. También, como una toma de principios, pensar cuáles herramientas me estaban siendo útiles (les estaban siendo útiles) y cuáles artefactos teóricos debía dejar por el camino. Como sostiene Bletscher (2017), a través de la reproducción de discursos y posiciones de muchas instituciones psicoanalíticas, algunos postulados que han quedado alejados de las subjetividades contemporáneas se siguen sosteniendo en una maquinaria endogámica, que evita poner bajo caución las teorizaciones canónicas.

Propongo en este artículo trazar algunas líneas para pensar y poder practicar un psicoanálisis que, como dice Tajer (12 de mayo de 2020), no

nos avergüence. Que refleje en sus teorizaciones la complejidad y pluralidad deseantes de los sujetos contemporáneos, que pueda abrir más caminos de comprensión acerca del impacto subjetivo de fenómenos tales como la violencia de género sobre las mujeres o los efectos del abuso sexual infantil en la vida adulta.

La pregunta que formuló Wallerstein (1988) hace ya varios años sobre si se podría seguir hablando de un único psicoanálisis, dada la dispersión y multiplicidad de teorías dentro del propio psicoanálisis, ya se ha contestado: hay varios psicoanálisis. Como dice Jiménez (2004), la actualidad del pensamiento muestra una enorme pluralidad de posiciones teóricas y prácticas, por lo que es necesario asumir una concepción pluralista. Muchas teorías que, sin dejar de lado la necesaria vigilancia epistemológica, nos permiten comprender –no explicar– las formas actuales del padecimiento psíquico. Un psicoanálisis que nos habilite a pensar, por ejemplo, las diferentes formas de expresión de la sexualidad, deconstruyendo mitos y discriminando de esta manera las teorías sexuales que producen los niños de las teorías acerca de la sexualidad de los propios psicoanalistas, impregnadas de presupuestos patriarcales y heteronormativos. O un psicoanálisis y, por lo tanto, psicoanalistas que habiliten una práctica no desgajada del contexto social, que no miren para el costado y puedan escuchar dolores que no provienen –solo– de las peripecias de sus historias infantiles. Como han sostenido Lema y Tejería (junio de 2020):

Consideramos que nuestra construcción como psicoanalistas va de la mano de nuestra construcción como sujetos, y que, si fuimos sujetos de la modernidad, hoy somos sujetos de nuestro tiempo, construyéndonos a nosotros mismos y a nuestras prácticas, en constantes procesos identificatorios y desidentificatorios, interpelados por nuevos modos de sufrimiento, y por la necesidad de dar vuelta, de poner patas para arriba nuestras certezas.

Máxime en estos tiempos en que vemos resurgir de manera global, y en nuestra región en particular, un retroceso en algunas conquistas en materia de derechos, efecto de la acción de movimientos de extrema derecha, con sus discursos de odio al diferente, al pobre, a los excluidos en las sociedades

capitalistas, así como el recrudecimiento de los casos de violencia contra las mujeres y los femicidios y transfemicidios –particularmente en América Latina–, y la amenaza del avance de los fundamentalismos religiosos. En el año 2020, la pandemia del Covid-19 vino a dislocar muchas de nuestras certezas y nos enfrentó a la realidad, no siempre asumida, de la fragilidad de nuestra existencia, sin mencionar las gravísimas consecuencias económicas y sociales que tuvo y sigue teniendo para todas nuestras sociedades, así como los efectos subjetivos aún no estudiados en profundidad, dada la cercanía temporal con este fenómeno.

Toda práctica social es política, y el psicoanálisis es una práctica social; entonces, ¿el psicoanálisis es político? Para Tort (2016) existe una política del psicoanálisis, lo que quiere decir, por una parte, que las cuestiones políticas, en particular lo que desde los años veinte se denomina la «política sexual» –la de las relaciones de género y de sexo, y sus vínculos con los principios políticos de libertad, de igualdad– dividen a los psicoanalistas tanto como a los demás, como ciudadanos, como psicoterapeutas, como miembro de las instituciones o como francotiradores (pp. 39-40). Con frecuencia, ciertas aseveraciones contundentes que salen de los campos psicoanalíticos, lejos de resultar de la experiencia analítica, vienen de los más rancios prejuicios no analizados y obturan una acción. Sería necesario, continúa diciendo Tort, que los psicoanalistas tuvieran un mayor recaudo cuando son convocados a plantear sus opiniones en foros o debates respecto de algunos temas muy candentes: matrimonio homosexual, homoparentalidad, identidades trans, entre otros, para distinguir «lo que es propio de estereotipos milenarios vestidos con peletería psicoanalítica» (p. 40).

Cuando Freud se topa con la aparente sinrazón de los síntomas histéricos, disloca y hace estallar la explicación de la psiquiatría de la época y, en su lugar, cuestionando lo dicho, investigando y apoyándose en otros saberes, busca comprender para curar y después encontrar el sentido y el origen de los síntomas. Al habilitar la palabra a las protagonistas, funda un campo de conocimiento, que es a la vez ciencia y arte, teoría sobre lo psíquico inconsciente, tratamiento para el sufrimiento y método de investigación. Pero ¿cómo se puede seguir siendo freudiana y no quedar embarrada, atascada en tantos de sus postulados que hoy resultan erróneos?

Siguiendo a Silvia Bleichmar (2005), es necesario separar, por un lado, aquellos enunciados de permanencia que trascienden los cambios en la subjetividad que dependen de las modificaciones sociohistóricas y políticas, de los elementos permanentes del funcionamiento psíquico que no solo se sostienen, sino que siguen teniendo una gran vigencia, dado que, por ahora,

es el único horizonte explicativo posible para estos nuevos modos de emergencia de la subjetividad. Para ello es necesario tomar los paradigmas de base del psicoanálisis y, en muchos casos, darlos vuelta, «ponerlos sobre sus pies», sacudirlos en todas direcciones para que puedan quedar en condiciones de ser reposicionados en el campo general de los conocimientos del futuro. (p. 120)

Así como S. Bleichmar propone sacudir esos paradigmas, Jean Laplanche ya desde *Vida y muerte en psicoanálisis* (1970/1973) insiste en que hay que hacer con la obra freudiana una lectura literal, crítica e interpretativa. Y para eso, sostiene que hay que volver «sobre Freud». Este autor dice que se debe (o él debe) cuestionar, problematizar, poner en debate algunos de los conceptos que, habiendo partido de unos fundamentos extemporáneos al psicoanálisis, llevaron a una buena parte de la teoría a cierto punto muerto. Propone «nuevos ordenamientos» o «nuevos fundamentos» o, mejor, una organización nueva de postulados tales como la pulsión y el origen de la sexualidad, el narcisismo, la fundación de la tópica, o las fantasías primordiales (u originarias), poniendo así a trabajar al psicoanálisis (Laplanche, 1987/1989).

¿Qué entiende Laplanche por poner a trabajar al psicoanálisis? Hacer trabajar a un autor -en este caso, a Freud- es para Laplanche «empujar sus contradicciones para que den a luz», por así decirlo, para que entreguen el alma» (p. 150). Con estas frases, este autor se refiere a la aplicación del método psicoanalítico a la obra escrita de Freud (no al hombre como tal), es decir, a las fuerzas o razones intrínsecas a la producción teórica que habían trazado sus derroteros. No se trata de descartar algo como erróneo en sí mismo, sino de recuperar el movimiento que lo hace desembocar en una vía errada para, desde allí, rehacerlo. Para Laplanche, Freud en algunos momentos de sus teorizaciones tuerce el camino por el que venía traba-

jando y elige una «falsa vía», lo que desemboca en extravíos. Uno de los ejemplos más notables de esta falsa vía es el abandono por parte de Freud de la Teoría de la Seducción, que da lugar a la concepción cuasibiológica de la pulsión, es decir, de la sexualidad (infantil), afirmando así su carácter endógeno. Propone retomar donde Freud abandonó y establece la teoría de la Seducción Generalizada, que modifica la noción de pulsión, del origen del inconsciente y de la sexualidad. Ubica la sexualidad (infantil) como exógena y prioriza la presencia del otro en el proceso de la constitución del inconsciente. Otra falsa vía es la «tentación» binarista, estructuralista con el complejo de castración, y lo que llama, con razón, «la curiosa teoría de la sexualidad femenina».

#### SEXUALIDAD + GÉNERO + PSICOANÁLISIS

Al puntuar sobre la subjetividades sexuadas y los modos en cómo estas se han ido configurando, observamos que han sido significativas las consecuencias teóricas que la inclusión del género como dimensión han tenido dentro de la teoría psicoanalítica. Ya son numerosos/as<sup>2</sup> quienes en las últimas décadas han problematizado la comprensión de la subjetividad femenina (y masculina), deconstruyendo las trazas ideológicas con las que ha sido pensada y reconstruyendo, en su lugar, un cuerpo de conocimientos que incluye, entre otras categorías de análisis, el género. La visualización de las relaciones de poder y sometimiento entre los géneros y sus efectos en las subjetividades sexuadas permitieron desterrar algunos postulados que, como decía más arriba, parecían verdades inapelables, universales y transhistóricas.

Coincidiendo –casi que sin saberlo– con psicoanalistas de las corrientes intersubjetivas anglosajonas, en particular del psicoanálisis nortea-

2 Entre las analistas del Río de la Plata, señalamos a Ana María Fernández, Mabel Burín, Irene Meler, Emilce Dío Bleichmar, Debora Tajer, Patricia Alkolombre, Eva Giberti, Rosario Allegue, entre otras. Lxs psicoanalistas norteamericanxs Jessica Benjamin, Carol Gilligan, Muriel Dimen, Nancy Kulish, Adrienne Harris, Ken Corbett también han hecho aportes significativos a la articulación del psicoanálisis con el género. En el momento actual, a su vez, las categorías de género están siendo desafiadas en forma rigurosa y creativa (Butler, 1993, 1999, Layton, 1998, Dimen, 2003; Goldner, 2003; Harris, 2005).

americano, Laplanche (2001/2007) sostiene que, en el curso de la historia individual y la constitución de la identidad, el género es anterior al sexo: el género no viene a simbolizar o a interpretar la realidad anatómica del sexo, sino que, por el contrario, esta última –la diferencia sexual anatómica– le sirve al niño para simbolizar *après-coup* la realidad cultural del género, que le es transmitida y hasta impuesta desde el nacimiento en la relación con sus objetos significativos. Así, parece inevitable otorgar toda su importancia a la idea de «asignación». Laplanche dice que, para poder identificarse con algún género, antes el niño debe *ser identificado* (por los adultos cercanos) como perteneciente a ese género (p. 167). Pero esta «identificación primaria» –que es la asignación del género– no está libre de conflicto, y a diferencia de Stoller, insiste en este aspecto conflictivo. Según él, el proceso de asignación de género es un conjunto complejo de actos que se lleva a cabo a través de lo que llama *mensajes enigmáticos*: mensajes comprometidos –cargados de significaciones inconscientes– que el niño debe traducir o comprender *après-coup*, pero que son enigmáticos también, y en primer lugar, para el adulto que los propone. De modo que el proceso está «interferido» por las fantasías inconscientes de sus protagonistas adultos, sobre todo las que están relacionadas con la constitución de su propia identidad de género. El sexo, *la percepción del sexo y su interpretación* es lo que ayudará al niño a traducir o a dar sentido a esos mensajes enigmáticos recibidos desde el origen, que difieren según cada caso particular.

¿Por qué sostengo que el psicoanálisis que incluye la perspectiva de género abre caminos de comprensión en la clínica? En primer lugar, fue necesario –y aún lo es– llevar adelante un camino de elucidación crítica y deconstrucción de la teoría, poniendo en evidencia los rasgos sexistas de los parámetros de los que partía. Este camino partió, a su vez, no solo de posicionamientos teóricos e ideológicos, sino de la propia clínica en la que se pudo constatar la inoperancia –y en muchos casos, iatrogenia– de las intervenciones cuando se trataba de comprender algunas de las modalidades del sufrimiento de mujeres y varones.

Señalo algunos de estos hallazgos: la envidia del pene por parte de las mujeres describe únicamente algunos casos de histeria, no el entero proceso de sexuación femenina. La niña ¿deseará *siempre* un pene para

orinar, penetrar y, al límite, gozar? ¿O en todo caso habrá deseado ser un varón para tener algunas de las prerrogativas que la cultura les asigna (aún en estas épocas) a los varones?

Freud y los postfreudianos del *mainstream* psicoanalítico parten de la existencia de ciertas estructuras psíquicas como universales, y en particular en la universalidad tanto del complejo de Edipo como del conjunto de sentimientos que giran alrededor de la castración. Le dan un lugar central a la angustia de castración: angustia producida por el temor a un daño corporal en el varón –el cercenamiento de su pene– y por la constatación de un perjuicio –la ausencia del mismo en la niña–. Se describen dos complejos diferentes, en los cuales, en ambos la angustia tiene un lugar central y para ambos su presencia los precipitará a caminos diferentes que tendrán, a su vez, consecuencias psíquicas diferenciadas.

Y no son menores: pensemos, por ejemplo, en la concepción también diferenciada y de diferente valencia respecto al superyó. ¿Superyó femenino más débil? Fue esa la conclusión freudiana a partir de la idea de que la amenaza de castración a una castrada por naturaleza de poco podía servir... No se puede formular que sea realmente una evidencia que la angustia de castración es un universal siempre presente en todas las niñas. Frente a la diferencia anatómica, puedan sobrevenir otras angustias no necesariamente asociadas a la falta de pene, y más vinculadas a lo orificial (Dio Bleichmar, 1997), esas puertas de entrada –o salida– que no tiene por qué ser interpretadas como ansiedad de castración o envidia del pene. Quizás reaparezcan en la adolescencia y luego en la vida adulta como miedo a la defloración y ansiedad frente a la penetración. No hay ninguna evidencia que pueda sostener la existencia de la masculinidad inicial en la niña ni su feminidad innata. Es en esas interpretaciones donde han quedado visibles el plegamiento entre las teorizaciones infantiles y las teorías de los psicoanalistas, que han hecho, de aquellas, verdades universales. Otro hallazgo es la comprobación de que los Ideales del Yo son diferentes para unos y otras o la constatación de que, en contextos tradicionales, la niña va construyendo su Yo en y con relación a otros, y que en su proceso de subjetivación, la disposición inicial al apego queda fuertemente privilegiada. Las motivaciones de apego promueven y orientan el deseo con mayor carga motivacional (maternidad, cuidar de otros). Maternar, cuidar

de otros, padecer maltratos para cumplir con esos mandatos superyoicos que tienen origen en los arreglos sociales propios del patriarcado.

La comprensión de la clínica, entonces, se amplifica y transforma cuando se articulan las teorías psicoanalíticas centradas en el sujeto, sus pulsiones y objetos, el enfoque clásico endogenista, intrapsíquico y familiarista, con los aportes del psicoanálisis intersubjetivo, que tiene en cuenta el estudio de los vínculos y su nexos con lo social-histórico, en nuestro caso, las subjetividades construidas en el patriarcado (Carril, 2018). La teoría intersubjetiva describe las capacidades que surgen de la interacción entre el *self* y los otros. Lo que la define es el énfasis puesto en la representación del *self* y el otro como seres distintos, pero relacionados entre sí. Jessica Benjamin (1996) sostiene que las teorías intersubjetiva e intrapsíquica no son opuestas, sino que son formas complementarias de entender el psiquismo. Sin el concepto intrapsíquico del inconsciente, la teoría intersubjetiva se vuelve unidimensional. Lo que propone no es invertir la opción de Freud por el mundo interno y escoger el mundo externo: se trata de captar las dos realidades.

Los padecimientos psíquicos, formaciones sintomales y modos de expresión del malestar de los sujetos contemporáneos han obligado, como ya ha sido dicho, a repensar y revisar los paradigmas de los cuales ha partido el psicoanálisis. Tajer (2020) ha advertido que la inclusión del género en la clínica psicoanalítica introduce la dimensión política, siempre presente en las relaciones entre los géneros. Desde esta perspectiva, no está cuestionado el método psicoanalítico, sino que se hace otra lectura acerca de qué es lo que causa en algunos casos el sufrimiento psíquico.

En el presente, la visibilidad del fenómeno de la violencia de género, en particular en su expresión de violencia contra las mujeres, así como las formas no hegemónicas de las identidades sexuales que han conllevado a arreglos afectivos e intercambios eróticos novedosos han interpelado a las teorías y prácticas de los psicoanalistas tradicionales.

En un trabajo anterior (Allegue *et. al.*, 2014a, 2014b) sosteníamos que el campo de la violencia de género tenía un escaso desarrollo en el psicoanálisis y que la producción de conocimiento acerca del fenómeno, su impacto en la subjetividad y las determinaciones inconscientes en el establecimiento o la permanencia en una relación destructiva no han sido estudiados

en profundidad. Destacábamos, sin embargo, algunos trabajos de psicoanalistas, quienes desde una perspectiva de género han incursionado sobre la temática de la violencia y el abuso (Meler, 1997; Giberti y Fernández, 1989; Monzón, 1999; Mendy y Quirici, 2000, Goldner, 2004; Calvi, 2006; Friedman, 2019). El psicoanálisis -con algunas excepciones, pero desde casi todas sus corrientes- lo deja en el campo sociológico (depende de la marginalidad, de la exclusión social, las adicciones, la delincuencia) o busca sus explicaciones desde la psicopatología, simplificando el análisis.

Los sesgos androcéntricos de las teorías psicoanalíticas que podríamos llamar tradicionales han producido intervenciones clínicas que, lejos de iluminar las trazas de la subordinación en la subjetividad de las mujeres que viven situaciones de maltrato en sus relaciones afectivo-sexuales o que sufrieron abuso sexual en la infancia, las han cristalizado a partir de abordajes e interpretaciones iatrogénicas.

PATRICIA, VALERIA, FELICIA:

EL ABUSO QUE SE OCULTÓ VUELVE EN LA CLÍNICA<sup>3</sup>

Solo a modo de ilustración, me referiré a tres situaciones clínicas, cuyo punto en común fue el de haber sido mujeres abusadas en su infancia.

Cuando era una psicoterapeuta psicoanalítica en formación, atendí a Patricia. Presentaba marcados rasgos y síntomas histéricos -conversivos-, elementos depresivos, conflictos en su relación de pareja y severas dificultades para hacerse cargo emocionalmente de sus hijas (tres, y seguidas). La relación con ambos padres era ambivalente, pero fundamentalmente estaba signada por el rencor y la queja. Con el padre casi no se hablaba, tampoco hablaba de él en las sesiones, y cuando lo hacía, se le mezclaban la rabia y el rencor con algo más que no definía como amor, pero que se le colaba. El cuadro era cuasiperfecto: estaba delante de una histeria, era una neurótica. Habían pasado más de dos años de iniciado el tratamiento, cuando en una sesión y hablando de su padre, emergió con dificultad y mucha angustia el recuerdo de las escenas sexuales que tenían lugar en

3 Otra versión de este apartado está publicada en Carril (2016).

el escritorio de su padre. Estos hechos se habían sucedido desde que Patricia tenía aproximadamente cinco años hasta los nueve. Cuando llegó a la adolescencia, finalmente se lo contó a la madre, y esta no le creyó. La llevaron a consulta psicológica por fantasiosa, rebelde y mentirosa. Años después me lo contó a mí. Para mis adentros, yo tampoco le creí. Cuando relataba las escenas, la paciente ponía el énfasis en que no rehuía el encuentro cuando su padre la llamaba al escritorio, a sabiendas de lo que ahí sucedería. Su relato quedaba teñido por la culpa: ¿sería que ella era culpable de lo que le hacía su padre por no negarse?, ¿por recordar tenuemente que quizás «le gustaba»? Subrayo que esto sucedió entre sus cinco y sus nueve años.

Sostenida en que Patricia relataba que ella no se negaba y que le parecía que algo disfrutaba, el cuadro se me presentaba sin fisuras: la escena de abuso era una clásica fantasía edípica. ¿Cómo pude dudar del relato de Patricia acerca de los abusos de su padre? Hice casi lo mismo que había hecho su madre. ¿Y por qué digo «casi»? Porque basculaba entre lo que decía el psicoanálisis canónico y mis incipientes lecturas y posicionamientos feministas.

Felicia consultó por estar angustiada, tener problemas con su pareja (que fue quien hizo la derivación, un colega, treinta años mayor que ella), básicamente descritos por ella como celos e inseguridad respecto a su fidelidad, pérdida de la confianza, miedo a andar sola por la noche, grandes dificultades para poder estudiar y problemas de relacionamiento en el trabajo. Había iniciado un par de años atrás una carrera universitaria, la que abandonó por no «entender» (sic) lo que se hablaba. En el momento de la consulta, había iniciado otra, que también le ofrecía dificultades: nuevamente, no entendía, no podía concentrarse, daba los exámenes y los perdía. Su primera historia familiar delataba una infancia sumamente difícil: poco después de que sus padres se separaron, Felicia fue llevada por su padre a casa de los abuelos paternos para preservarla –supuestamente– de la locura de su madre, a quien durante años vio muy poco. (La madre salía y entraba del psiquiátrico). Vivió con ellos desde los cuatro hasta los dieciocho años. La angustia de Felicia parecía interminable y se expresaba a través de un llanto sostenido y quedo durante las sesiones. Felicia lloró todas las sesiones (esto sucedió los dos primeros meses) mientras relataba

sus dificultades con el estudio, su pareja o los compañeros de trabajo. Hasta que un día me dijo que había algo de lo que quería hablar, pero le costaba demasiado. Yo le pregunté: «¿Te da vergüenza?». «Sí», me dijo. Y ahí dio comienzo al relato acerca de los abusos de todo tipo que había sufrido desde que llegó a la casa de sus abuelos. El primero de la serie, su propio abuelo; luego, su tío, hermano menor de su padre. Le creí, claro, pero antes de eso, ya tenía –casi– la certeza de que había sido abusada. Felicia vivía con su pareja, pero en forma «oculta», «secreta»: la ocultaba en su consultorio. Y algunas veces debía deambular por las calles hasta que él terminara de trabajar. Finalmente, se fueron a vivir juntos. Pero la relación era totalmente asimétrica: ella se encargaba de todas las tareas del hogar, él le daba algún dinero (para el transporte, para la terapia) y también era él quien decidía sobre todos los asuntos domésticos y conyugales. Todo sucedía en el filo del maltrato y la sumisión. Nuevamente.

Uno de los síntomas de Felicia era su dificultad para estudiar (en la universidad, porque cursó primaria y secundaria sin problemas), no entendía nada. Lo que no entendía era cómo su abuelo podía ser alternativamente su objeto de apego y sostén en la dimensión de lo autoconservativo, y al mismo tiempo el perpetrador de su intimidad. No entendía cómo podía quererlo, si le había hecho esas cosas. Esta no comprensión se traducía en la no comprensión de otros textos. Pero era su texto el que se había convertido en algo indescifrable.

Valeria me había consultado por violencia de género. Durante su proceso terapéutico, logró separarse de su marido y encarar la vida con sus hijos, y dio por terminado el tratamiento. Años después, volvió a consultar, y fue en ese momento que empezó a hablar del abuso sexual del que fue víctima cuando tenía ocho años, y que nunca había mencionado. Siempre lo tenía presente, pero no podía hablar:

Yo no me olvidé. Yo hice de cuenta que eso no había pasado, sabiendo que había pasado. Me decía: «No pasó, no pasó». Lo dejé para un costado, ¿me entendés? Pero sabiendo que estaba ahí. Mi madre y mi padre me decían «Bueno, ahora te tenés que olvidar».

Felicia fue violada por su tío, pero ella no lo significaba así.

Yo tenía trece años... y él era bueno conmigo. Cuando yo volvía del liceo, tomábamos la merienda y veíamos dibujitos en su cuarto. Y así empezó... Yo creo que me gustaba. No me negaba, además, porque él me amenazaba con contarle a toda la familia que yo lo había buscado [provocado].

Patricia, Felicia, Valeria y otros y otras han sido algunas de mis pacientes que han sufrido abuso sexual durante la infancia. Ninguna de ellas refirió, como motivo de consulta inicial, el abuso vivido. Y son bien diferentes entre sí. Como diferentes fueron sus historias, sus primeros objetos significativos y la circulación de los acontecimientos de abuso en el grupo familiar. ¿Todas las experiencias de abuso sexual sufridas por las niñas/os en la infancia determinan los mismos síntomas, definen las mismas personalidades, desembocan en los mismos trastornos psíquicos en la vida adulta? Esta casi es (o debería ser) para nosotros una pregunta retórica. Sabemos la respuesta: no siempre.

Pero estos sucesos fueron traumáticos porque, como decía S. Bleichmar (2014), pusieron en riesgo la forma en la que el yo se representa la conservación de la vida. Hay situaciones en las que el niño/a es sometido a un exceso de estímulos que no logran ser evacuados; por lo tanto, ¿qué hace? Tiene que protegerse de ellos o ligarlos para que no se produzca una ruptura que signifique una desorganización psíquica (Calvi, 2006).

En estos casos es frecuente encontrarnos con representaciones yoicas pobres, contenidos y mandatos superyoicos implacables, percepción amenazadora del mundo y defensas paranoicas frente a la angustia, sentimientos de desamparo, conflictos en el área de la sexualidad que pueden abarcar desde la ausencia de vida sexual hasta una actividad sexual compulsiva. Personas que tienen dificultad para controlar los impulsos y con tendencia a establecer vínculos de sometimiento y maltrato.

Dice Valeria:

-Y cuando Juan [el marido] me tocó la pierna, me quedé dura, no pude seguir y me puse a llorar. Me acordé del médico, creo que era el forense, que me abrió las piernas, así, fuerte, y me decía: «Abrí más, abrí más», y luego dijo: «Ah, no tenés nada». Me sentí como un pedazo de carne.

-¿En ese momento?

-No. Ahora. Con Juan, y más después de lo que pasó [él le fue infiel]. Y cuando me acuerdo, lo vivo con la misma intensidad que cuando me enteré la primera vez. Me sentí que abusó de mi confianza...

Al recordar el hecho (la revisión forense luego de la denuncia), lo significó. Cuando tenía seis años, solo podía sentir dolor, miedo y vergüenza. Y yo me detuve ahí, en «abusar de mi confianza». Ese abuso de confianza la reenvió al otro abuso, al de su infancia, cuando quien tenía que cuidarla (su vecino, una persona de confianza de la familia) se desnudaba y le hacía sacar la bombacha, y luego se masturbaba, al tiempo que le decía que no dijera nada, que eso no tenía nada de malo. Cuando Valeria se enteró de la infidelidad de su pareja y de quién se trataba, relataba convencida de que esta mujer (que a su vez era colega) la miraba con desdén y se reía de ella... La risa la asoció luego a que cada vez que se encontraba con su abusador por la calle (eran vecinos), él la miraba y se reía... Valeria interpretaba esta risa como el triunfo del abusador sobre su persona.

¿Cómo se articula el natural y esperable proceso de eroginización con el atentado que irrumpe, violentando los límites corporales, y conlleva el arrasamiento psíquico? En lo que Laplanche define como «situación antropológica fundamental», la cría humana está, desde que llega al mundo, intentando responderse y procurando significar todo lo que le viene de fuera (y de adentro...). Entre tanto ruido, la sexualidad del otro. Nacemos «sexuados», pero no sexuales. El niño/a se confronta con una sexualidad ante la cual no tiene la respuesta adecuada; entre otras razones, ahí radica su prematurez. Es una sexualidad opaca para quien la implanta (porque es inconsciente) y enigmática para quien la recibe. Por eso es traumática. La sexualidad infantil no surge de manera endógena, hay otro que la introduce a través de mensajes, mensajes verbales y no verbales, que se cuelan y se implantan (Laplanche, 1987/1989, 2001/2007).

Muchos niños/as cuando fueron abusadas/os no contaban con las posibilidades de darle significación a la experiencia y no había palabras para traducir e inscribir en el psiquismo las marcas en el cuerpo en esas zonas de intercambio, punto de focalización de los cuidados de la madre/el padre (Laplanche, 1987/1989). Siempre se trata de traducir y autoteorizar luego (hacer teoría, darle un sentido, buscar un significado) eso que viene del

otro/s. Pero acunar y bañar amorosamente –y, de paso y sin saberlo, implantar sexualidad– no es lo mismo que toquetear, mostrar y, al límite, violar.

Quien fue objeto de experiencias aterrorizantes y, como efecto de las mismas, ha visto severamente la función simbólica y la construcción de significados difiere de aquel que reprimió algo desagradable, pero ha podido mantener intacta la capacidad de atribuir sentidos a la experiencia (Bleichmar, 2005). En este caso, el contenido representacional (el recuerdo) y la palabra que le estuvo asociada son afectados por represión. En lo que llamo la desmemoria del abuso (Carril, 2018), el yo muchas veces apela a la desmentida y se escinde: una parte sabe de la existencia del abuso, pero se actúa como si se desconociera (Calvi, 2006; Monzón, 1999). Es imperativo investigar cómo lo pulsional (los deseos sexuales infantiles) se ha ido particularizando y, en cada caso, cómo se fue diversificando y articulando con las necesidades de apego. Cómo y cuáles son las defensas que el yo (en muchos casos, inmaduro) ha podido poner en marcha para evitar la angustia o el efecto de los estímulos agresivos. Cómo se fueron (siempre hablando de la sexualidad) articulando con el proceso de construcción del género.

#### PARA EL FINAL

El psicoanálisis (los psicoanálisis), que tiene una potencia transformadora y brinda las herramientas para la resolución –o, por lo menos, alivio al sufrimiento psíquico–, ve aumentada esa potencialidad cuando se permite ser transversalizado por otros campos del conocimiento.

No nos alcanzan, para comprender las ferocidades de los vínculos violentos, teorías que únicamente ponen el acento en lo intrapísquico y que no nos habilitan a comprender el peso de la cultura patriarcal en los procesos de subjetivación de hombres y mujeres, así como sus prácticas y arreglos afectivos sexuales. Las violencias cotidianas, subraya Fernández (2009), también son políticas. No tienen sexo.

Los niños y niñas abusados/as soportan violencia de todo tipo. Sin embargo, la mayoría de los psicoanalistas, aún en la actualidad, tienen dificultades (resistencias) para reconocerla como una entidad propia (Calvi, 2006). Para Calvi, es probable que estas resistencias tengan como origen los cuestionamientos e interrogantes que las/los pacientes abusa-

das/os les plantean a la teoría. ¿Cuántas mujeres y cuántos varones pasaron por terapias, análisis, dejando esas historias afuera? Tuvimos que deconstruirnos también como analistas para poder darnos cuenta de que teníamos inscritos a fuego en nuestra psique esquemas escritos por las leyes del patriarcado.

No alcanza la mirada intrapísquica, centrada en las fantasías inconscientes y en la fuerza de un deseo sexual que parte siempre del niño/a y que justifica –perversamente– el ataque incestuoso, pedófilo. No alcanza con insistir machaconamente en el Edipo como destino siempre universal que da lugar a la novela entre el nene, papá y mamá, obviando el efecto traumático y la marca indeleble que estas atrocidades dejan en la subjetividad toda. Dice Silvia Bleichmar (2014):

El Edipo debe ser concebido entonces como la prohibición con la cual cada cultura pauta y restringe, a partir de la preeminencia de la sexualidad del adulto sobre el niño, la *apropiación gozosa* del cuerpo del niño por el adulto. (p. 129; el resaltado es mío)

En estos casos y en otros de «apropiación gozosa» por parte de padres (escasas veces, también madres), cuidadores, vecinos, sujetos desviantes feroces y perversos que usan el cuerpo del niño/a, la fantasmática tejida en torno a los progenitores adquiere características particulares. Las marcas de experiencias traumáticas con sus objetos primordiales complejizan el trabajo analítico. Es con sumo cuidado que intentamos reconstruir una historia infantil no reprimida, sino renegada, más signada por el horror que por el amor. Los parámetros del encuadre tradicional (que incluye la regla canónica de la neutralidad) han debido ser revisados a los efectos de comprender y sostener situaciones clínicas que, por su gravedad o riesgo, desbordan los límites de los tratamientos convencionales. El recurso único de la palabra como instrumento prínceps de la interpretación cede muchas veces su importancia a la acción (que no es *acting*) del terapeuta. Muchas veces las/los pacientes no tienen representación psíquica de su conflicto, por lo que las sesiones pueden estar dedicadas a favorecer un proceso de simbolización y de reorganización de sus recursos yoicos.

Las víctimas lo son, lo fueron, pero el trabajo analítico consiste también en «desposicionar» paulatinamente a las/los pacientes de ese lugar, en un *tempo* individual y permitiendo un proceso de reconstitución subjetiva.

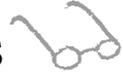
Como ha dicho Hornstein (2018), la práctica psicoanalítica no depende de la espontaneidad del terapeuta. La práctica no es sencilla porque confluyen en ella más que solamente la escucha analítica, la instalación y el manejo de la transferencia, la atención a la contratransferencia y los esquemas ideológicos de los terapeutas. Para nada la práctica es espontánea. Para nada es sencilla. Es una confluencia de la escucha analítica con muchas variables, algunas de las cuales se señalan en este artículo. ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Allegue, R., Carril, E., Kohen, V. y Tejería, S. (2014a). Violencia doméstica y psicoanálisis: Parte 1. *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, 8(3), 57-72.
- Allegue, R., Carril, E., Kohen, V. y Tejería, S. (2014b). Violencia doméstica y psicoanálisis: Parte 2. *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, 8(3), 73-85.
- Benjamin, J. (1996). *Los lazos de amor: Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Paidós.
- Bleichmar, H. (1997). *Avances en psicoterapia psicoanalítica: Hacia una técnica de intervenciones específicas*. Paidós.
- Bleichmar, S. (1999). Subjetividad y constitución del psiquismo. *Revista de Ateneo Psicoanalítico*, 2.
- Bleichmar, S. (2005). Sostener los paradigmas desprendiéndose del lastre. En S. Bleichmar, *La subjetividad en riesgo*. Topía.
- Bleichmar, S. (2014). *Las teorías sexuales en psicoanálisis: Qué permanece de ellas en la práctica actual*. Paidós.
- Blestcher, F. (2017). Psicoanálisis y género: Alegato por cierta a-normalización. *Psicoanálisis Ayer y Hoy*, 15. <https://www.elpsicoanalisis.org.ar/nota/psicoanalisis-y-genero-alegato-por-cierta-a-normalizacion/>
- Butler, J. (1993). *Bodies that matter: On the discursive limits of sex*. Routledge.
- Butler, J. (1999). *Gender trouble: Feminism and the subversion of identity*. Routledge.
- Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. Paidós. (Trabajo original publicado en 2004).
- Calvi, B. (2006). *Abuso sexual en la infancia: Efectos psíquicos*. Lugar.
- Carril, E. (2016). Abuso sexual infantil: Las marcas en la vida adulta. *Intercambio Psicoanalítico*, 4. [www.intercambiopsicoanalitico.com/wp-content/uploads/2022/07/MARSENAC.doc](http://www.intercambiopsicoanalitico.com/wp-content/uploads/2022/07/MARSENAC.doc)
- Carril, E. (2018). El género en el espacio psicoanalítico. *Topía*, 84, 22-24.
- Dimen, M. (2002). Deconstructing difference: Gender, splitting and transitional space. En D. Dimen y V. Goldner (ed.), *Gender en psychoanalytic space: Between clinic and culture* (pp. 41-61). Other.
- Dio Bleichmar, E. (1997). *La sexualidad femenina de la niña a la mujer*. Paidós.
- Fernández, A. M. (2009). *Las lógicas sexuales: Amor, política y violencias*. Nueva Visión.
- Freud, S. (1989). Duelo y melancolía. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 235-258). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917 [1915]).

- Fridman, I. (2019). *Violencia de género y psicoanálisis: Agonías impensables*. Lugar.
- Giberti, E. y Fernández, A. M. (comp.) (1989). *La mujer y la violencia invisible*. Paidós.
- Goldner, V. (2002). Toward a critical relational theory of gender. En M. Dimen y V. Goldner (ed.), *Gender in psychoanalytic space: Between clinic and culture* (pp. 63-90). Other.
- Goldner, V. (2004). When love hurts: Treating abusive relationships. *Psychoanalytic Inquiry*, 24(3), 346-372.
- Harris, A. (2002). Gender as a contradiction. En M. Dimen y V. Goldner (ed.), *Gender in psychoanalytic space: Between clinic and culture* (pp 91-118). Other.
- Harris, A. (2002). Gender as a contradiction. En M. Dimen y V. Goldner (ed.), *Gender in psychoanalytic space: Between clinic and culture* (pp. 91-115). Other.
- Harris, A. (2008). «Fathers» and «daughters». *Psychoanalytic Inquiry*, 28(1), 39-59.
- Hornstein, L. (2018). Escucha y práctica psicoanalítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 126, 106-121.
- Jiménez, J. P. (2004). Validez y validación del método psicoanalítico: Alegato sobre la necesidad del pluralismo metodológico y pragmático en psicoanálisis. *Aperturas Psicoanalíticas*, 18. <https://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=0000309>
- Laplanche, J. (1973). *Vida y muerte en psicoanálisis*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1970).
- Laplanche, J. (1988). *Problemáticas 2: Castración, simbolizaciones*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1980).
- Laplanche, J. (1989). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis: La seducción originaria*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1987).
- Laplanche, J. (1991). Algunas falsas vías del freudismo. *Trabajo del Psicoanálisis*, 4, 11-12.
- Laplanche, J. (2007). Le genre, le sexe, le sexual. En J. Laplanche, *La sexualité élargie au sens freudien* (pp. 153-193). PUF. (Trabajo original publicado en 2001).
- Lema, M. y Tejería, S. (junio de 2020). *Efectos de los movimientos sociales en la construcción clínica*. Ponencia presentada en actividad interna de la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica. Inédito.
- Meler, I. (1997). Violencia entre los géneros: Cuestiones no pensadas o «impensables». *Actualidad Psicológica*, 22(247). [http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/bitstream/handle/123456789/1548/Meler\\_1997\\_ActPsi-247.pdf?sequence=1](http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/bitstream/handle/123456789/1548/Meler_1997_ActPsi-247.pdf?sequence=1)
- Mendy, A. M. y Quirici, T. (2000). *Hasta que la muerte los separe*. Trabajo presentado en las Jornadas Interdisciplinarias sobre Masculinidad, Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica, Montevideo.
- Monzón, I. (1999). Abuso sexual contra menores: Violencia de la desmentida. *Revista del Ateneo Psicoanalítico*, 2, 1-24.
- Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres: Notas sobre la «economía política» del sexo. *Nueva Antropología*, 8(30), 95-145. (Trabajo original publicado en 1975).
- Tajer, D. (12 de mayo de 2020). Esta pandemia tiene muchos componentes de género. *El Grito del Sur*. <https://elgritodelsur.com.ar/2020/05/debora-tajer-psycoanalysis.html>
- Tajer, D. (2020). Sin el psicoanálisis no se puede: Con el psicoanálisis solo, no alcanza. En D. Tajer, *Psicoanálisis para todes*. Topía.
- Tort, M. (2016). La subjetivación patriarcal y la función paterna de rechazo a lo femenino. En M. Tort, *Las subjetividades patriarcales: Un psicoanálisis inserto en las transformaciones históricas* (pp. 67-78). Topía.
- Wallerstein, R. (1988). One psychoanalysis or many? *International Journal of Psycho-Analysis*, 69, 5-21.

# Vigencia del psicoanálisis en el trabajo con poblaciones vulnerables



DENISE DEFEY<sup>1</sup>

DOI: 10.36496/N136-137.A4

ORCID ID: 0000-0002-6569-4731

RECIBIDO: ABRIL DE 2023 | ACEPTADO: MAYO DE 2023

## RESUMEN

La teoría psicoanalítica ha iluminado como ninguna otra la comprensión del funcionamiento psíquico en condiciones de precariedad e indefensión extremas. El presente trabajo pretende aportar conceptualizaciones sobre el trabajo clínico con poblaciones vulnerables, las cuales traduzcan dichos aportes en intervenciones clínicas relevantes y pertinentes para situaciones de vida diferentes a aquellas para las que se diseñó originalmente la técnica.

**DESCRIPTORES:** TÉCNICA PSICOANALÍTICA; / PSICOTERAPIA / COMUNIDAD / SALUD MENTAL / VULNERABILIDAD / IATROGENIA

1 Miembro del Centro de Intervenciones Psicoanalíticas Focalizadas. denisedefey@vera.com.uy

## SUMMARY

Psychoanalytic theory has shed light like no other to the deep understanding of psychic functioning in extreme helplessness and precarious conditions. This paper intends to provide conceptualizations as to clinical work with vulnerable populations which imply the possibility to expand the contributions of psychoanalysis as relevant and adequate interventions aimed at persons different from which it originally addressed.

**KEYWORDS:** PSYCHOANALYTICAL TECHNIQUE / PSYCHOTHERAPY / COMMUNITY / MENTAL HEALTH / VULNERABILITY / IATROGENY

## JUSTIFICACIÓN Y CONTEXTO DEL TRABAJO

**E**n mi práctica profesional, me he desarrollado como terapeuta de orientación psicoanalítica durante varias décadas. Otras tantas las he transcurrido en hospitales públicos, con tareas docentes y asistenciales. En las últimas décadas, me he concentrado en ofrecer formación en psicoterapia y otras intervenciones psicosociales, estando además muy cercanamente involucrada con múltiples programas e instituciones sociales, en tareas docentes, de supervisión, orientación y cuidado de equipo.

Esta combinación de experiencias y recorridos me ha llevado desde hace ya un tiempo a la necesidad de depositar un considerable esfuerzo en conjugar la tradición psicoanalítica (mía, de la disciplina y del contexto más cercano) con las realidades y necesidades asistenciales en Salud Mental de personas, colectivos y familias que viven en condiciones de extrema carencia, exclusión social y deprivaciones.

Ya Freud hablaba en 1919 de la necesidad de un «psicoanálisis para el pueblo» (p. 2492), impactado por los efectos de la guerra sobre los más vulnerables. Afortunadamente, en nuestro país no hay guerras..., pero sí vastos sectores de la población que se ven enfrentados a situaciones de vida

(y de muerte) que tensan la capacidad de sufrimiento psíquico al máximo. Múltiples experiencias en diversos contextos institucionales muestran que es posible conducir procesos que parten de una comprensión psicoanalítica y adecuan sus métodos para dar acceso a los tratamientos psicológicos como parte de los derechos universales a la salud.

#### ANTECEDENTES Y FUNDAMENTACIÓN

En este trabajo haremos una serie de revisiones y propuestas que pueden ser discutidas y discutibles, cuestionadas y cuestionables. Por ello, nos parece importante explicitar su génesis.

En inicios de la década del ochenta, un grupo de jóvenes psicólogas ofrecíamos en el hospital asistencia a las mujeres que transitaban embarazos llamados «de alto riesgo». Sin posibilidad de formación específica en aquel momento histórico del país, hacíamos con nuestras pacientes lo que recibíamos de nuestros terapeutas y analistas: superar los mecanismos de defensa para llegar lo más profundamente posible a la angustia subyacente, explicitando los temores y fantasías que veíamos negar y desmentir. La crítica cuidadosa de nuestros compañeros médicos nos hizo detenernos y reflexionar. ¿Era razonable generar esos montos de angustia en pacientes que, luego de la consulta, volvían a sus casas y sus carencias vitales, siendo que probablemente no las veríamos más? ¿Estábamos teniendo en cuenta las repercusiones de tal movilización en pacientes vulnerables somáticamente (cardiopatías, hipertensión, etc.)? ¿Era lo que les ofrecíamos («pensarse», «hacerles ver») lo que precisaban de nosotros o lo tomaban por «obediencia informada»? ¿Los problemas de esas personas (que implicaban riesgo inminente de vida para ellas y sus hijos en gestación) tenían que ver con su subjetividad o con su realidad tangible, que muchas veces solo podían tolerar con una consistente negación, la cual nosotros nos preocupábamos en dismantelar?

Estas preocupaciones y cuestionamientos nos hicieron detener nuestra práctica e iniciar un camino de revisión y exploración de abordajes asistenciales más adecuados, relevantes y respetuosos de la realidad y las necesidades de estas personas y sus familias.

Un segundo momento de reflexión lo constituyó, en la década de los noventa, la oportunidad que tuvimos, junto con algunos colegas, de ofrecer formación psicoterapéutica a los psicólogos que cumplían tal tipo de funciones en el ámbito del Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay (INAU) del Uruguay. Enorme fue nuestra sorpresa –y desazón– al ver que todos aplicaban al pie de la letra las pautas de una psicoterapia psicoanalítica clásica, estimulando la transferencia y procurando que el niño o adolescente reviviera sus experiencias anteriores en su relación con el terapeuta. Esta modalidad de abordaje resultaba agobiante para los terapeutas, que hora tras hora se veían colocados en el lugar de padres que abandonan, abusan, maltratan y explotan a sus hijos. Por otra parte –y más grave aun–, siendo una asistencia en el marco institucional, ocurría que perdían contacto inesperadamente con sus pacientes y que ellos mismos, en tanto funcionarios, también eran removidos a otro servicio o renunciaban, en aras de su desarrollo profesional personal. No es difícil imaginar el efecto iatrogénico sobre sus pacientes, que no solo vivían un nuevo abandono (esta vez, de una persona que se ofreció como alguien confiable), sino que muchas veces esta separación se daba en medio de eclosiones de hostilidad en la transferencia que hubieran sido sanadoras de continuar el vínculo, pero terminaban generando –a los ojos de los pequeños pacientes– un nuevo abandono y confirmando que el o los anteriores se debieron a su maldad y mal comportamiento.

Un tercer momento fundante de las reflexiones y propuestas que aquí se presentan lo constituye, en la década de 2010, el contacto con el caso de un niño de nueve años, institucionalizado en un Hogar de veinticuatro horas, que, en una salida de visita a su madre, sufre múltiples violaciones por parte de diferentes adultos presentes. Al retornar al Hogar nada comenta, no manifiesta modificaciones en su conducta y todo transcurre como si nada hubiera sucedido. Pasados varios meses de esta reacción, el equipo técnico del Hogar decide iniciar un proceso psicoterapéutico (inconsulta con el niño, por otra parte), buscando dismantelar la desmentida y abordar los recuerdos angustiosos del momento vivido. El niño reacciona con un quiebre psicótico que permanece al día de hoy. Similares experiencias en otros casos y contextos similares condujeron a reiterados intentos de autoeliminación en adolescentes.

## REPENSANDO NUESTRAS PRÁCTICAS

Todas estas experiencias -vivas intensa y dolorosamente- obligan a una revisión de algunos principios que rigen -muchas veces, de forma implícita- nuestra práctica psicoterapéutica. ¿Será cierto que, como nos han dicho, «la verdad os hará libres»? Por lo pronto, parecería que -al menos en algunas situaciones- nos hará un daño inconmensurable.

¿Será cierto que es productivo y saludable explorar el pasado en busca de elaborar lo vivido y de la «reconstitución de la memoria» (como hoy en día se describe desde la neurociencia el mecanismo principal de la psicoterapia)? Algunos recuerdos parecen demasiado intolerables (los sobrevivientes al tsunami asiático dicen que la única manera de sobrevivir psíquicamente es «no pensar»). Sabemos hoy, por otra parte, que el trauma temprano inhibe el desarrollo del hipocampo, que constituye la «caja de los recuerdos» del funcionamiento cerebral.

¿Todo lo vivido (y lo perdido) puede ser elaborado o hay límites que la mente humana no puede pasar y es imprescindible desmentir y escindir lo vivido? ¿Todas las pérdidas pueden ser elaboradas o algunas son tan devastadoras que solo pueden superarse -y sobrevivir a ellas- por medio de la sustitución de objeto en la vida real (como vemos en las madres a las que se les quita judicialmente a sus hijos e inmediatamente se embarazan)?

La senda que recorre toda terapia exploratoria pasa por la deconstrucción, la exploración y (en algunas de ellas) el revivir la experiencia dolorosa para lograr una posterior reconstrucción. Se busca en la deconstrucción que se pueda comprender el significado profundo de aquello que se quiere abordar y resolver: los síntomas, las dificultades, las inhibiciones y todo aquello que genere sufrimiento y lleve a buscar una ayuda. La exploración de las causas lleva ineludiblemente a «viajar» al pasado, el cual se busca revivir en la transferencia.

Sin embargo, el tránsito productivo por este camino requiere condiciones que no son consistentes con las condiciones de vida de la persona en situación de vulnerabilidad y desamparo, que nunca podría, además, «suspender su vida» para realizar este viaje interior. Es frecuente oír/leer, respecto a su respuesta a los tratamientos prolongados ofrecidos, la frase

«no sostiene». Sería interesante preguntarnos si no sostiene o nosotros le ofrecemos tratamientos «insostenibles» para sus condiciones de vida, tanto por la continuidad, el ajustarse a lugares/horarios y, especialmente, por su extensión en el tiempo. En frases de una paciente del hospital, luego de su primera sesión de psicoterapia:

Mire, doctora, yo le agradezco mucho que usted me quiera ayudar, pero yo no voy a poder venir más. Usted me explicó que esto es conversar y que tengo que venir todas las semanas durante varios meses. Eso es imposible para mí. Vivo lejos, y entre ir, venir y conversar con usted, pierdo uno de los cinco días de la semana de limpiezas que hago. Por otro lado, para venir tengo que dejar a mis hijos solos... Vivimos en un barrio bravo: en la calle es peligroso, y encerrados, también...

En relación con el uso de la transferencia y contratransferencia como herramientas, tanto diagnósticas como terapéuticas, es importante cuestionarse si se dan las condiciones de *tabla rasa* donde, a modo de pantalla de proyección, el paciente ve en el terapeuta las figuras de su pasado y su mundo interno, en un proceso en el que el terapeuta no puede ni debe tomar acciones que puedan modificar el curso de vida de sus pacientes. Esto directamente es imposible en los procesos terapéuticos en estas condiciones, pues el terapeuta puede verse obligado a denunciar situaciones de abuso, violencia o explotación sexual. Esto genera lo que se ha denominado *transferencia radioactiva*<sup>2</sup>, pues el profesional tiene poder -por así decirlo- de «vida o muerte» sobre su paciente, haciéndole perder lo más valioso: los hijos a sus padres, los padres a sus hijos.

El trabajo sobre los mecanismos de defensa invita nuevamente a la reflexión. Es un criterio clásico plantear su exploración y modificación en aras del despliegue de mecanismos más evolucionados. Sin embargo, en determinadas condiciones de vida o en situaciones extremas, los mecanismos más radicales, que solemos identificar como «primitivos», resultan ser im-

2 Aporte de un participante no identificado en un taller sobre este tema en el marco del Congreso de APU sobre «Desamparo» (2018).

prescindibles, y parece imprudente intentar modificarlos, al menos sin una revisión exhaustiva de la cualidad de aquello de lo que deben «defendernos».

Esto nos lleva a un asunto fundamental en esta revisión conceptual y técnica: el lugar de la realidad tangible y actual en el psiquismo y, por lo tanto, en la psicoterapia. Considerado unánimemente la forma más completa y compleja de comprender la mente humana, el psicoanálisis ha echado luz sobre los procesos más arcaicos de su constitución, jerarquizando el papel de la infancia en la construcción del psiquismo. El contacto cotidiano con personas que viven situaciones extremas de dolor, humillación y traumatismo en la vida adulta lleva a cuestionarse si esa construcción del psiquismo no se continúa en la vida adulta por parte de la realidad externa y el contexto de vida (apoyada, obviamente, en la génesis pretérita e iluminada –u oscurecida– por la misma). Como Samuel Fuks, pionero de la Salud Mental Comunitaria, ha expresado claramente<sup>3</sup>: el contexto se vuelve texto. Un ejemplo dramático (que lleva el tema más allá de lo vinculado estrictamente a la pobreza) es la reciente identificación, en Suecia y Nauru, del *síndrome de resignación*, por el cual niños y adolescentes refugiados y en un limbo legal sobre su futuro caen en un coma psicógeno, que se revierte al solucionarse la situación legal de sus familias.

Esta es una discusión vigente dentro del psicoanálisis que, pensamos, se ilumina con los aportes de Pichon-Rivière, que ha introducido la dimensión social e incluso sociopolítica dentro de la disciplina, y el concepto de situación, introducido por W. y M. Baranger con la idea de *situación analítica*. Esto ha sido profundizado por H. Fiorini con sus aportes sobre el diagnóstico y abordaje situacionales, en los cuales se complementa la mirada hacia el pasado y el mundo interno, con una perspectiva sobre lo real y actual, así como el proyecto de vida.

## LOS APORTES CONCEPTUALES Y TÉCNICOS DEL PSICOANÁLISIS

Muchos son los desarrollos que aportan a la comprensión de los efectos de la vulnerabilidad y el desamparo, especialmente en las primeras etapas del desarrollo. Estos van desde el concepto de *falta básica* de Balint al de *angustia de desmoronamiento y miedo al derrumbe* de Winnicott, los desarrollos sobre los efectos de la pérdida temprana tanto de Bowlby como Spitz (que mostró, con el concepto de *depresión anaclítica*, los efectos potencialmente letales en pequeños infantes de la ausencia de vínculos de apego).

Por otra parte, en aportes más recientes, Killingmo ha planteado la crucial importancia para la técnica de distinguir entre patologías de déficit y de conflicto. En estas últimas -sobre las que se desarrolló inicialmente el psicoanálisis-, el trabajo consiste en *develar* el sentido de los síntomas y el sufrimiento subjetivo. En las patologías de déficit, por el contrario, se trata de *construir un sentido* que ha estado faltando a causa del deficiente desarrollo del psiquismo. En la misma línea, Fanny Schkolnik ha desarrollado en diversos trabajos el concepto de lo arcaico en la neurosis, jeraquizando la importancia de modificar la técnica, jeraquizando la *construcción* como recurso técnico fundamental para el abordaje de estos aspectos arcaicos.

## REVISIONES CONCEPTUALES

### Elaboración/sustitución

La sustitución de objeto en la vida real ha sido considerada generalmente una resolución patológica de las pérdidas y relegada, cuando ha resultado salvadora, a relatos de casos. Magullanky ha señalado la diferencia entre la sustitución maníaca y la sustitución trófica. En la primera, el objeto perdido es denigrado, el dolor de la pérdida suprimido y la sustitución es inmediata y total. En la sustitución trófica, por lo contrario, se produce un proceso de duelo que permite valorar lo perdido y aceptar el dolor por la pérdida, buscando un nuevo objeto que ocupe un lugar similar, pero no anule el de la figura perdida.

No resulta razonable (ni lo vemos en los encuentros reales) esperar una capacidad de elaboración en historias de múltiples y reiteradas pérdidas a lo largo del tiempo, junto con una constitutiva fragilidad, en personas en las que, a la vez, la capacidad de simbolización está muchas veces jaqueada por las carencias proteicas en el desarrollo temprano y prenatal del cerebro. La sustitución de objeto (aun en su versión «maníaca») resulta un recurso espontáneo y protector en situaciones potencialmente devastadoras, como la pérdida de hijos por decisión judicial, como mencionábamos al inicio de este trabajo.

### **Paradigma de conflicto vs. paradigma de privación**

Una concepción centrada en la ambivalencia presente en los vínculos afectivos, especialmente el de maternidad, nos resultó insuficiente en nuestro trabajo en las maternidades públicas para comprender las dificultades de los padres (especialmente las madres) en la demostración de afecto y el cuidado de sus hijos. Esto nos llevó (tomando el concepto de estructura de déficit de Killingmo) a desarrollar el concepto de *paradigma de privación* versus el de *paradigma de conflicto* (ambivalencia afectiva) que regía hasta entonces nuestro modo de entender estas dificultades en los cuidados parentales. El concepto fundamental es que quien no ha sido querido y cuidado tiene grandes dificultades para querer y cuidar, dados tanto procesos de identificación como de una especie de *aprendizaje procedural* de ausencia de cuidados y demostración afectiva. A esto muchas veces se suma la construcción de un estilo de apego evitativo que hace que las personas se aparten de los vínculos afectivos para no volver a sufrir, como ha vivido en el pasado, situaciones de maltrato o abandono.

### **APORTES PARA LA TÉCNICA**

En el trabajo sostenido de décadas con lo que se denomina *poblaciones vulnerables*, tanto en contextos institucionales como de trabajo en calle, comunitario o en servicios de salud, la sensibilidad clínica y la vibración empática de los técnicos y operadores ha conducido a una rica y diversa caja de herramientas de intervenciones psicológicas. Algunas de ellas pueden,

sin duda, ser conceptualizadas desde otras corrientes teóricas, pero muchas son instrumentaciones de profundas comprensiones de raigambre psicoanalítica y constituyen, a nuestro modo de ver, invalorable aportes que enriquecen la técnica y hacen honor a la teoría que les da sustento. Dada la distancia entre la práctica y la producción escrita sobre ella, hemos hecho un esfuerzo por recopilarlas, conceptualizarlas y nombrarlas (Defey, 2018).

A su vez, otros colegas (*e. g.*, Charbonnier *et al.*, agosto de 2018; Mora y Queirolo, agosto de 2018; Rodríguez y Hounie, 2020) e instituciones (*e. g.*, El Abrojo, 2018) han procurado recoger por escrito sus experiencias de intervención, dando cuenta de ellas.

En este apartado del presente trabajo, pretendemos compartir algunas de estas propuestas técnicas que son, a nuestro modo de ver, desarrollos actuales -muchas veces cuasianónimos- de la práctica psicoanalítica. Lo que aportamos proviene de experiencias de trabajo reales de múltiples profesionales e instituciones; lo que pretendemos es conceptualizarlas y hacerlas conocer.

## El encuadre

Los intentos por mantener la práctica habitual de procesos de alta frecuencia y duración extendida no han encontrado eco en este contexto de trabajo. Creemos que se explica por la transitoriedad de las vidas de las personas en situación de vulnerabilidad y desamparo, así como su dificultad para confiar en otro -dadas sus experiencias vinculares traumáticas previas- y la limitación en la posibilidad de explorar el propio pasado.

M. Knobel (1987) ha introducido -a partir de su trabajo en hospitales públicos en Brasil- el concepto de *encuadre disponible*, que, combinado con el concepto de *encuadre interno*, implica la posibilidad de realizar la intervención en tiempos y lugares diferentes de los habituales. En nuestro medio, la propuesta del Portal Amarillo -nodo del trabajo con adicciones de la Administración de los Servicios de Salud del Estado (ASSE) del Uruguay-, que ha creado la metodología de Grupos T, ha resultado extraordinariamente exitosa y se ha divulgado a otras instituciones asistenciales. Su metodología se basa en «danzar» con el funcionamiento psíquico de su población usuaria, dando un tiempo en el que la asistencia, horarios y terapeutas son libres (T = transitoriedad, transicionalidad), hasta que los potenciales

pacientes puedan, finalmente, «anclar» en un espacio regular y estable de trabajo grupal (T = terapia), donde despliegan el temor al derrumbe y la angustia de desmoronamiento de los que hablaba Winnicott, junto con el doloroso relato de sus historias de abandono, abuso, deprivación y trauma.

### El lugar de la palabra

Definido tradicionalmente como «cura por la palabra» (*talking cure*), el psicoanálisis y otras formas de terapias llamadas expresivas o exploratorias han jerarquizado este modo de trabajo, no solo como modo de comunicación con el paciente, sino como vía prínceps para lograr procesos de mentalización y simbolización que permitan resolver problemáticas, no solo del orden neurótico, sino también de origen arcaico.

Si bien este lugar sigue siendo jerarquizado en todas las experiencias relatadas, es imprescindible tener en cuenta hechos tan tangibles y candentes como el volumen de léxico que surge de las diferentes trayectorias de vida y educativas. Se ha investigado en nuestro medio la diferencia sustancial en el volumen de léxico de niños en contexto de pobreza y de clases medias y altas<sup>4</sup>. También los contextos de vida y cultura de la vida adulta inciden: quien trabaja en el campo o la pesca, así como quien vive en calle, no da el uso privilegiado a la palabra de quienes sostenemos una vida urbana y valoramos el desarrollo intelectual. Por otra parte, hay experiencias extremas de vida para las que no alcanzan las palabras.

Anne Brun (2011) ha conceptualizado dentro de la mirada psicoanalítica el uso de *mediadores* en el trabajo terapéutico, lo cual ha sido retomado y desarrollado por J. Mora y S. Queirolo (agosto de 2018) en relación con el proyecto de psicoterapia en calle extrema desarrollado por el INAU y otras instituciones. La *intermediación del encuentro*, en combinación con el encuadre disponible, permite un acercamiento paulatino. Este hace que se genere un vínculo de confianza que dé luego paso a la alianza terapéutica en quienes temen vincularse.

4 A. Cuadro: comunicación personal en el año 2010.

Los *actos de valor simbólico* sustituyen muchas veces de manera excelente el recurso a la palabra. En el proyecto de psicoterapia en calle extrema, el terapeuta esperó durante varios días (también bajo lluvia y frío) que pudiera acercarse el adolescente con el que pretendía trabajar, bajo la atenta mirada del muchacho. Este, escondido pero dando señales de presencia, precisaba de ese tiempo y demostración de disponibilidad real para poder atreverse a un vínculo que luego permitió dos años de trabajo terapéutico sumamente productivo.

### La actitud del terapeuta

Junto con otros autores, creemos que es necesario rever la actitud del terapeuta que no demuestra expresividad en la sesión cuando trabaja con pacientes con historias plenas de deprivación afectiva. El sustento de esta necesaria revisión se halla en los estudios en nuestro medio sobre el efecto sobre el desarrollo y la salud mental de la ausencia de expresividad y explicitaciones por parte de la madre en condiciones de pobreza (Bernardi *et al.*, 1996), junto con las múltiples investigaciones sobre los efectos en el desarrollo del niño por parte de madres que cursan una depresión durante las fases tempranas de desarrollo del hijo.

Por otra parte, como hemos desarrollado en otro apartado, la tendencia en estas historias de vida es a la sustitución de objeto en la vida real, lo cual genera un dilema ético y técnico: el terapeuta pretende trabajar en y con la transferencia, pero esto, junto con la extensión e intensidad del proceso, se transforma desde el lado del paciente en una extraordinaria (y peligrosa) oportunidad de sustitución. Creyendo encontrar (¡por fin!) el vínculo permanente y confiable que ha buscado toda la vida, se verá nuevamente enfrentado a una pérdida -vvida como nuevo abandono- al concluir el tratamiento.

Hemos desarrollado el concepto de *espontaneidad responsable* (Defey, 2018) para conceptualizar una actitud del terapeuta que no deprive afectivamente al paciente, pero, por otra parte, evite la ilusión respecto a un vínculo que está ineludiblemente condenado a terminar. Este cuidado va directamente asociado a temas de intensidad y frecuencia que desarrollaremos en el apartado siguiente.

## La consulta terapéutica

Conceptualizada originalmente por Winnicott y desarrollada luego por B. Cramer para el trabajo con madres/padres y niños pequeños, el dispositivo por el cual se conjugan la instancia diagnóstica y terapéutica en un solo encuentro (*consulta terapéutica*) ha demostrado en múltiples contextos ser una forma óptima de lograr encuentros terapéuticos que cumplan su función de tales y protejan de los efectos deletéreos mencionados. En la medida en que cada encuentro es válido por sí mismo, surge el poder extender/profundizar la intervención en relación tanto con las posibilidades reales de encuentro entre las partes como con las posibilidades internas del «paciente» de exploración de la propia historia y el tolerar compartirla con otros. Esta modalidad también «danza» adecuadamente con la transitoriedad de la vida, los vínculos y los lugares de residencia, así como lo que hemos conceptualizado (Defey, 2018), como necesidad de «menor dosis» en los vínculos y los encuentros. En nuestro medio, este modo de trabajo se vio materializado en el servicio de atención psicológica telefónica de ASSE durante la pandemia por Covid-19.

### *¿Insight... o oversight?*

En un encuentro sobre trabajo en calle organizado por el Ministerio de Desarrollo Social (MIDES) del Uruguay, una persona, que vive en calle y fue invitada a compartir con la audiencia su experiencia y vivencias, decía que la ayuda fundamental para él por parte de «los muchachos del refugio» fue ayudarlo a percibir que su situación de calle tenía otros determinantes externos (sociales, políticos, etc.), y no se debía exclusivamente -como él pensaba- a sus fallas y omisiones.

Esta observación nos ha llevado a desarrollar el concepto de *oversight* (Defey, 2018), o *insight sociopolítico*, directamente relacionado con los conceptos de fortalecimiento y dignificación que han sostenido la mayoría de los proyectos de intervención social en nuestro país en su diseño original. Esto pretende ser complementario a la exploración de los aspectos propios en juego en la situación de vida y dificultades, dando un lugar también a la dimensión de realidad externa (actual y pasada) que mencionábamos en

un inicio. El poder asignar la situación de vida, no solo al propio accionar y dificultades, sino a factores externos (generalmente, fuera de la posibilidad de toda influencia) constituye un acto de dignificación que abre, a su vez, la posibilidad de explorar la propia contribución al devenir de vida, con la consiguiente posibilidad de modificarla o, al menos, comprenderla.

### Los mecanismos de defensa

El trabajo con estas historias de dolor y la resultante fragilidad –muchas veces oculta en aparentes fortalezas y actitudes desafiantes– requiere por parte del terapeuta de un exquisito balance entre tener presente el dolor de la realidad actual y el pasado que la condiciona, junto con el tacto y cuidado de proteger a su paciente de una percepción tan dolorosa que se vuelva insoportable.

Una mujer viviendo en calle ha construido con un colchón y un nylon cuidadosamente adosado a la pared un refugio que denomina «mi casa». ¿Sería productivo cuestionar esta negación/desmentida? A nuestros ojos claramente no es una casa, pero es imprescindible comprender que esto no es solo necesario, sino un signo de salud mental, puesto que es posible para ella pensar en una casa-hogar y que tiene, además, la envidiable capacidad de verla donde solo hay indicios de la misma.

De la misma forma, la escisión/desmentida respecto a aspectos intolerables de la propia historia (que pueden ir desde la prostitución hasta el infanticidio) es el único recurso psíquico que permite sobrevivirlos. Por otra parte, la descarga por la acción que denominamos *acting out* es, en muchos niños y jóvenes que han vivido situaciones de abuso y maltrato, una forma de dignificación y «ponerse tablas» con la vida y con el mundo adulto. Esto, en un contexto de contención y aceptación, permite a lo largo del tiempo reorganizar su mundo interior y sus vínculos.

Desde el punto de vista técnico, creemos que en el trabajo con poblaciones vulnerables, la comprensión psicoanalítica de los mecanismos de defensa desplegados es esencial e ineludible, pero su abordaje requiere de cuidadosas evaluaciones que no dejen que nos determinen nuestros paradigmas culturales y de clase sobre la validez de ciertos mecanismos adaptativos en diferentes contextos de vida. ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Balint, M. (1993). *La falta básica*. Paidós.
- Baranger, W. y Baranger. M. (1961). La situación analítica como campo dinámica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 3-54.
- Bernardi, R., Cannetti, A., Cerutti, A., Roba, O. y Zubillaga, B. (1996). *Cuidando el potencial del futuro*. CSIC.
- Brun, A. (2011). *Les médiations thérapeutiques*. Eires.
- Charbonnier, A., González, M. y Varela, C. (agosto de 2018). *Particularidades de una clínica en situaciones de desamparo*. Trabajo presentado en el 10° Congreso de la Asociación Psicoanalítica el Uruguay, Desamparo.
- Defey, D. (2018). Adecuaciones técnicas de la psicoterapia para el trabajo con poblaciones vulnerables. *Revista Brasileira de Psicoterapia*, 20(3), 241-254.
- El Abrojo (2018). *30 años: 30 historias*. Irrupciones.
- Freud, S. (1981). Los caminos de la psicoterapia psicoanalítica. En L. López-Ballesteros (trad.) *Obras completas* (vol. 3). Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1919).
- Killingmo, B. (1989). Conflicto y déficit: Implicancias para la técnica. *Libro anual de psicoanálisis del International Journal of Psychoanalysis*, 70, 111-126.
- Knobel, M. (1987). *Psicoterapia breve*. Paidós.
- Mora, J. y Queirolo, S. (agosto de 2018). *Navegando entre la vulnerabilidad y la creatividad: Intervenciones terapéuticas con adolescentes en situación de calle extrema*. Trabajo presentado en el 10° Congreso de la Asociación Psicoanalítica el Uruguay, Desamparo.
- Rodríguez, C. y Hounie, A. (2020). *Ficciones verdaderas*. Isadora.
- Schkolnik, F. (1995). *Lo arcaico en la neurosis*. 9 Jornadas Psicoanalíticas de APU.
- Winnicott, D. W. (1993). El miedo al derrumbe. En D. W. Winnicott, *Exploraciones psicoanalíticas 1*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1963).

# Envejecer es humano<sup>1</sup>



SILVIA FLECHNER<sup>2</sup>

DOI: 10.36496/N136-137.A5

ORCID ID: 0000-0003-2808-7825

RECIBIDO: ABRIL DE 2023 | ACEPTADO: JUNIO DE 2023

## RESUMEN

El objetivo de este trabajo es poner en consideración el envejecimiento como etapa propia del final de la vida. Varias encrucijadas son las que se entrelazan a partir del hecho de envejecer; se hace hincapié en el cuerpo, la psiquis, la sociedad, la cultura en la cual dicho envejecimiento se encuentre inmerso, considerando a su vez el fenómeno del envejecimiento poblacional actual, así como también la situación global actual en la cual nos encontramos inmersos. La hiperconectividad, la violencia, el suicidio, la desintrincación de las pulsiones de vida y muerte que apuntan hacia la auto y heterodestructividad.

**DESCRIPTORES:** ENVEJECIMIENTO / NARCISISMO / PSICOANALISTA / MUERTE / PULSIÓN DE MUERTE / CULTURA

**DESCRIPTOR PROPUESTO:** LONGEVIDAD

- 1 Flechner, S. (2022). Envejecer é humano. *Revista De Psicanálise Da SPPA*, 29(3), 365-386
- 2 Miembro titular en funciones didácticas de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. silvifr77@gmail.com

## SUMMARY

The objective of this paper is to consider aging as a stage of the end of life. The fact of aging intertwines several crossroads. Emphasis is placed on the body, the psyche, society, and the culture in which said aging is immersed - considering, in turn, the phenomenon of current population aging as well as considering the current global situation in which we find ourselves immersed. Hyper connectivity, violence, suicide, and disentanglement of life and death drive lead us toward self and hetero destructiveness.

**KEYWORDS:** AGING / NARCISSISM / PSYCHOANALYST / DEATH / DEATH INSTINCT / CULTURE

**CANDIDATE KEYWORD:** LONGEVITY

Varias encrucijadas son las que se entrelazan a partir del hecho de envejecer. Entre ellas, se dan cita el cuerpo, la psiquis, la sociedad, la cultura en la cual dicho envejecimiento se encuentre inmerso. Pero, por sobre todo, la cita más importante es la que nos damos con nosotros mismos al intentar escribir sobre un tema tan removedor. Tal vez por ello me sea difícil escribir este texto en tercera persona, algo de lo íntimo y también de lo ajeno se expone en este trabajo.

Sabemos que nuestra vida es finita, imperfecta e incompleta. A lo largo de ella, iremos cambiando transformándonos, contradiciéndonos, sintiendo que llevamos dentro nuestro una innumerable cantidad de mundos interiores que hemos de visualizar en la medida que van pasando los años. La diversidad de aspiraciones por la que va recorriendo nuestra vida puede generar logros y también inevitables fracasos, y si bien se puede trabajar sobre ellos, nosotros –analistas– maduramos continuamente la idea de que el análisis personal constituye una herramienta fundamental para transitar esos duros momentos de la vida.

Desde el punto de vista psicoanalítico, ha sido invaluable la escucha, que durante años me ha permitido –a través de la transferencia-contratransferencia– comprender, aprender, acompañar, madurar y ¿por qué no?

envejecer junto a numerosos pacientes. Los años han ido pasando, y con ellos se da el crecimiento personal y profesional, mientras que a su vez voy notando una cierta nostalgia con el paso del tiempo.

Mientras voy plasmando mis ideas, me voy preguntando por los espacios en los que el envejecimiento se muestra y se oculta. Logramos estar atentos a las fragilidades e inestabilidades que se nos hacen visibles con su arribo. Sin embargo, transitamos nuestro envejecimiento sin notar a cada paso y en cada momento lo que va ocurriendo en nuestro cuerpo y en nuestra psiquis.

Entonces, ¿cómo se transita? ¿Cómo sé que estoy declinando? ¿Lo sé, pero no quiero reconocerlo? Será así necesario explorar los vínculos con uno mismo y también con el otro. Nos encontraremos con los peligros de los retraimientos depresivos, melancólicos, con los ataques contra nosotros o contra los demás, con las negaciones y con aceptaciones tristes que hablan solo de finales concluyentes, aun cuando estos puedan transformarse en momentos creativos y productivos.

Dicha etapa nos conducirá a realizar una labor forzosamente ardua: la revisión de nuestra propia vida, ya que de la forma en que haya sido vivida dependerá, entre otras cosas, nuestra manera de envejecer. Este hecho será fundamental para transitar duras pruebas, tales como no sentirse ya vigente, efectivo, con una autoestima fluctuante y un cierto temor al mañana. No siempre se puede realizar ese esfuerzo de salida hacia adelante porque el sufrimiento, el dolor, las pérdidas y el duelo existen.

Espacio, tiempo y subjetividades pueden encontrarse en un estado de angustiada disolución. Habrá incertidumbres que permanecerán a oscuras, habrá tiempo que no pasa, como si de pronto retornáramos al desamparo inicial, que de alguna forma siempre estuvo acompañándonos, dejando sus huellas desde épocas muy tempranas.

Como psicoanalistas, nos encontramos en el marco de una profesión que –entre sus aspectos positivos o negativos– no consta de un límite de edad de retiro. Será así como, más tarde o más temprano, tendremos que encarar el trabajo de renuncia a las pasiones afectivas que ello genera.

Parece difícil en muchas ocasiones ser conscientes de que la hora del retiro puede haber llegado. Es entonces cuando aparecen otras voces –generalmente, críticas– que generan en cada analista una pérdida en la

autoestima. Esta puede ir acompañada de cierta pérdida de la autocrítica personal. Sin embargo, el efecto de esas voces puede vivirse como una reunión de colegas, amigos, compañeros con los cuales los vínculos se habían caracterizado por el respeto, la complicidad y el trabajo en conjunto, mientras que, de pronto, ese mismo grupo se vuelve hostil, crítico e insensible. No es extraño entonces que hagan aparición situaciones de agresividad, violencia, soberbia; innumerables situaciones que de pronto nos producen una sensación de desconocimiento hacia los demás y a su vez hacia nosotros mismos.

La dificultad de aceptación del límite para el psicoanalista colisiona con el complejo contexto institucional. La marca del paso del tiempo, en función de los proyectos e ideales trazados -aun cuando estos se hayan logrado- genera heridas narcisistas. Dichas heridas se viven como experiencias lejanas, como si fueran situaciones que les sucederán a los otros cuando aún la vejez parece ser lejana. Sin embargo, en algún momento aparece aquella herida que alguna vez observamos, mostrándose ineludible, transportándonos a vivir o quizás sobrevivir bajo el manto oculto del deseo de revivir aquellos momentos trascendentales del pasado una y otra vez.

Marcos Lijtenstein nos aclara, en su trabajo *La soledad del analista* (1984):

No solo el analizando está condenado a repetir lo que no recuerda. El analista puede perder de vista que no todo lo que pasa en el análisis es análisis [...]. Así como múltiples horas de «aquí ahora conmigo» podrían deformar al analista en la creencia de que es el ombligo de sus analizandos [...]. Cuánto más fácil -frente a tanto riesgo- encerrarnos en la convicción de que el paciente nos necesita. Solo que la noble convicción puede también volverse una racionalizadora convicción [...]. No puede un analista bajar la guardia frente a estos centros ilusorios de poder: si nos dejamos atrapar acabaremos asfixiados de nosotros mismos, esto es, de narcisismo. (pp. 97-98)

Somos conscientes de la posibilidad de terminar asfixiados en nuestro propio narcisismo, lo somos también con respecto a nuestra omnipotencia, pensando que el paciente nos sigue necesitando; mientras, a veces la

situación puede ser muy diferente: que sea el paciente –aun a sabiendas– que no logre dejar al analista, ya muy mayor y tal vez enfermo. Podrán ser culpas u otras razones, tantas como situaciones han ido apareciendo a lo largo de los años. Ejemplos sobran, cada uno de nosotros ha pasado por la experiencia de «saber» que el tiempo del análisis, supervisión, docencia, grupos de estudio ha llegado a su fin, pero, aun así, ¿quién se atreve a insinuar que el final ha llegado?

#### A DES-TIEMPO

En el tiempo que me llegó la invitación para escribir sobre este tema tan profundo, me encontraba, a su vez, supervisando a un candidato que se encontraba analizando a una paciente de veintidós años, estudiante avanzada de medicina. El análisis había comenzado con algunos malestares físicos de la paciente, fundamentalmente con relación a las vías digestivas. En la supervisión subsecuente, el supervisando llegó francamente angustiado, dado que a su paciente le habían diagnosticado un cáncer de recto en estado avanzado con metástasis hepáticas. Siempre había resaltado de ella su excelente nivel académico, su astuto humor y sus deseos de finalizar su carrera para comenzar a ejercer.

Ese día le anunció que tenía cáncer, que sabía que le quedaba poco tiempo de vida e intentó hacerle un comentario con cierta dosis de humor, tal vez notando la angustia en la cual quedó de pronto sumido su analista. Así fue como le respondió: «Para bien mío, no voy a llegar a sufrir los dolores de la artritis ni artrosis, ni me voy a operar de cataratas, ni me van a tratar de vieja chota, como les sucede a todos los viejos».

Luego, rompió en llanto; conocía bien los tratamientos de oncofertilidad (Kimelman y Taranto, 2022) en mi país para poder dejar óvulos para su fecundación, pero no tenía pareja, era hija única de padres separados. Noté qué difícil era para un analista joven (unos años mayor que su paciente) aceptar el irremediable dolor de una próxima muerte. Fundamentalmente cuando esta aparece cambiando ese orden cronológico u «ordenesperado», en el cual los padres mueren antes que los hijos.

Se notaba en el analista un dolor intenso, un malestar que no lograba expresar más que como una cierta confusión. Tal vez fuera esa herida narcisista

que comenzamos a conocer luego de emprender un largo viaje como analistas adentrados ya en nuestra profesión. Pero, en este caso, su angustia no permitió que surgieran preguntas en forma inmediata, sino que aparecieron en supervisiones posteriores: ¿Por qué a ella? ¿Por qué a *mi* paciente? «No tengo aún herramientas suficientes para enfrentarme a la próxima muerte de una mujer tan joven... Me podría haber pasado a mí...».

Su situación me llevó a preguntarme si es que los analistas mayores -lo cual significa, en este caso, con más experiencia- estamos más preparados para este tipo de situaciones, ya sea por experiencias de vida y trabajo, análisis, supervisión, o es en realidad nuestra propia historia, que nos dispuso y preparó para poder brindarle a un joven analista la contención necesaria que, junto con el análisis, le permitiera acompañar a un paciente terminal sin que la angustia, el dolor y sus identificaciones lo desbordaran.

Cuando el albor de la vida se extingue tempranamente, solo queda el duelo, la angustia y el sufrimiento ante la pérdida irremediable de existencias que se desvanecen precozmente. Cuando la muerte aparece en forma repentina en niños o jóvenes cuya vida aún no ha logrado disponer de la posibilidad de historizarse, deja una marca imborrable que cambiará para siempre el transcurrir de la historia de los sobrevivientes.

Si la vida del ser humano logra su propia continuidad, otras serán las marcas del recién nacido y su entorno, pero siempre contamos con los factores traumáticos que se van sumando en cada vida y, como guijarros en el camino, van marcando el territorio somato-psíquico de cada ser humano. La vida de todos nosotros está atiborrada de situaciones desconocidas que nos mantendrán permanentemente en un estado de alerta porque, en muchos momentos y por diferentes razones, no somos amos de nuestros destinos.

## MORIR O VIVIR MUERTO

En estos tiempos violentos que transcurren a lo largo del siglo XXI, sabemos que, tal como ha sucedido en siglos anteriores, las muertes no suceden de a una, sino que las guerras, los desastres naturales, las enfermedades que han arrasado y aún arrasan el planeta pueden aniquilar a un número incalculable de vidas humanas. Pueden también dismantelar nuestras certezas, llevándonos a vivir con un indudable temor que nos acompañará en

forma invariable, generalmente sin que lo notemos ni lo concienticemos, hasta que alguna situación precisa lo deje en evidencia. La pandemia nos ha demostrado una vez más nuestra fragilidad, a otros los ha conducido por el camino de la absurda omnipotencia. Otros optaron por encerrarse, esconderse, sin que ello signifique tampoco la salvación.

Las pandemias, así como las guerras o los desastres naturales, nos llevan a agruparnos en portadores de un trauma colectivo. Cuanto más frágil sea un colectivo, más fácil es penetrarlo. En esta pandemia que hemos vivido y aún padecemos, el colectivo más frágil se conoció como «grupo de riesgo», que, traducido a cualquier idioma, significa hombre o mujer mayor de 65 años con alguna patología previa (sobre todo, respiratoria). A la enfermedad y la muerte no es preciso darles pistas, saben dónde quieren ir (Flechner, 2020). La célebre frase «Quédate en casa», «Stay home», escrita en todos los idiomas supuso una forma de cuidado, mientras que, por otro, favoreció que psiquismos frágiles finalizaran desestructurándose.

En muchas ocasiones –tal vez, la mayoría– no hemos podido siquiera despedirnos de nuestros seres queridos y, por lo tanto, cargamos con un dolor más, faltó ese apoyo, único e irrepetible, una mano sobre otra, que de alguna manera para quien queda vivo deja ese sentimiento de haber estado presente hasta la partida final.

El miedo y la angustia nunca es ajeno al ser humano; tal vez lo que percibimos hoy son nuevas formas de enfrentarnos a ciertos miedos que pueden permanecer latentes, pero de pronto algún acontecimiento puede activarlos de forma inédita. Un ejemplo actual de ello es la hiperconectividad de las redes sociales; esta se ha convertido también en una especie de «nueva horda primitiva» que, en los intersticios de su escritura, logra generar situaciones de odio, racismo, malestar e incluso agresiones y embestidas personales o grupales, sin otro motivo que no sea una expresión de violencia, odio y degradación de cualquier ser humano.

Este nuevo modelo parecería lograr generar movimientos humanos que recurren a este instrumento para realizar los mismos ataques que conocemos desde hace siglos, mostrándose ahora con un poco más de sofisticación y el anonimato brindado por la tecnología que se manifiesta en forma descontrolada. El miedo o pavor que estas situaciones generan no son desconocidos; los ataques genocidas que se presentan en cualquier

lugar del planeta y asesinan a niños, jóvenes, adultos, grupos LGTBQ provocan inevitablemente situaciones traumáticas de tal magnitud que algunas tienen un carácter irrecuperable. Por lo tanto, vivir en la muerte, rodeado de muerte o esperándola es casi sinónimo de no pertenecer más al feudo de los mortales<sup>3</sup>.

Ya se lo preguntaba Freud (1915/1976a)

*¿Por qué los individuos-pueblos en rigor se menosprecian, se odian, se aborrecen y aún en épocas de paz, y cada nación a todas las otras? Es bastante enigmático. Yo no sé decirlo. Es como si, al reunirse una multitud, por no decir unos millones de hombres, todas las adquisiciones éticas de los individuos se esfumasen y no restasen más que las actitudes anímicas más primitivas, arcaicas y brutales.* (p. 290)

En varios momentos de mi vida me pregunté si las hordas a las que hizo referencia Freud tendrían tal vez cierto símil con la biología y tal vez la genética. Pensemos que si, en determinado momento de la vida y a cualquier edad, puede generarse una mutación celular, dicha mutación desencadenará la mutación de numerosas células que dan por resultado la manifestación, por ejemplo, de un cáncer, las hordas de células malignas se van agrupando e invadiendo un órgano. Puede haber un cierto control a través de tratamientos inmunológicos, pero en un sinnúmero de casos, triunfa la malignidad.

Me encontré entonces con el trabajo de J. C. Ameisen (1999), quien explica que «la deconstrucción del cuerpo, a medida que este se construye, es uno de los componentes esenciales de la complejidad. La apoptosis<sup>4</sup> es un proceso de autosupresión ordenado» (p. 65). Así, los procesos de

- 3 La muerte de niños baleados en colegios por sus propios compañeros es una situación que genera un enorme estado de conmoción a padres, alumnos y docentes. Son masacres cometidas en numerosos países, sea Estados Unidos, Rusia, Brasil, etc. Los actos de violencia dejan hoy en día un innumerable saldo de familiares y amigos para los que reponerse del trauma resulta imposible.
- 4 Apoptosis es el nombre que los antropólogos John Kir y Andrew Miller propusieron en 1972. Basada en la comparación con la necrosis, la apoptosis exhibe características singulares. «En tanto que la necrosis da la imagen de un fenómeno de explosión, la apoptosis se asemeja a un fenómeno de implosión» (Goutal-Valière, 2003, p. 21).

autodestrucción obedecen a señales, al igual que el proceso de creación. En cada etapa del desarrollo, la muerte «esculpe» la forma del embrión (Green, 2007/2014b).

Ameisen (1999) se refiere también a que

el destino de cada una de las células depende de la calidad de los vínculos provisorios que ha tejido con su entorno, cada una de nuestras células tiene a lo largo de su existencia y en todo momento el poder de autodestruirse en algunas horas. Y la supervivencia del conjunto de células que nos componen - nuestra propia supervivencia - depende de su capacidad de encontrar, en el medioambiente de nuestro cuerpo, las señales que les permitan reprimir día tras día, el desencadenamiento de su suicidio. (p. 65)

En consecuencia, y de acuerdo con Green (2007/2014b), todos tenemos los días contados, la vida no es más que la neutralización de los poderes autodestructivos.

Hoy en día parecería que no hay un deseo de morir (salvo en aquellos casos donde la muerte es buscada, tanto sea por suicidio, por accidentes provocados en forma inconsciente, por enfermedades terminales que nos llevan a cuestionar siempre su aparición). Morir parecería ser una trampa desvergonzada a los esfuerzos que invariablemente notamos por alcanzar la eterna juventud, la instantaneidad del mundo virtual, la inmortalidad.

Los viejos rituales y ceremonias en honor al difunto se han acortado, a veces son casi inexistentes, tan mal llevados que nos preguntamos si realmente tienen sentido. El período de duelo -si no adviene un duelo patológico- parece haberse acortado, alcanzará con unos meses: más largo parece indecoroso, menos tiempo parecería extraño.

*¿Y el famoso diablo faustiano? El diablo solo pide el alma, abandonó el lugar, ya no hay pacto, ya estamos muertos muy frecuentemente porque lo que atormenta ahora parece ser la vida. Uno y mil sustitutos han llegado para evitar la queja, el dolor, la vida extenuante: así apareció el antidepresivo, el ansiolítico, la morfina, la marihuana que inicia la cadena de sustancias que realizan esa acción mágica de olvidar el propio duelo y también el deseo. Sin olvidarnos también del alcohol, ese primer anti-depresivo de duración tan corta que siempre debemos volver a él porque*

logra convertirse en el objeto perdido, corriendo el riesgo de perder la propia identidad, llegando a los abismos de la destrucción. Con todos los actuales sustitutos, quedamos desarraigados, desinvertidos, sin lograr seguir un itinerario medianamente claro, mientras que, a su vez, millones de seres humanos permanecen también sin territorio, sin espacio, sin hogar, sin identidad.

*¿Será que ya no queremos morir o ya estamos muertos? La muerte se ha vuelto una burla insostenible a los esfuerzos de mantener la juventud eterna, de instantaneidad de los mundos fantaseados y de los mundos virtuales. ¿Cómo desembalsamar aquellos cuerpos aturridos en el vértigo, en una anestesia continua donde el aumento de objetos logra aturdirnos? ¿Qué preservamos de aquella soledad en compañía? ¿Dónde quedó el fantaseado albergue familiar?*

#### LA PULSIÓN DE MUERTE NO ES LA MUERTE

La cualidad de los afectos y sus palabras tienen como objetivo mantener unido al Yo y su correlato, el narcisismo. El narcisismo es una piedra angular en la construcción de la pulsión de muerte. *Más allá del principio del placer* (Freud, 1920/1976d) da cuenta, entre otros temas esenciales, de una desilusión acerca de la creencia en el placer como guía de la construcción del mundo psíquico. Fue Green (1983/1986) quien se preguntó qué ocurre con la teoría del narcisismo en relación con los conceptos de pulsión de vida y pulsión de muerte. Mientras que el primero aspira a la unidad del yo y ejerce una función objetualizante, el segundo expresa la tendencia a llegar al grado cero de excitación, al servicio de una función desobjetualizante, actividad bajo la dominación de la pulsión de muerte. Propuso entonces distinguir, dentro de la teoría freudiana tardía, un narcisismo de vida que se superpondría en general con el descrito por Freud en 1914, y un narcisismo de muerte. Lo que hay que admitir es el par construcción-destrucción y amor-odio en antagonismo y agonismo, porque estamos hechos de él y todo lo que hacemos no es otra cosa que la consideración de su intrincación y desintrincación.

La finalidad fundamental de la pulsión de muerte es la desinversión y el desenganche. Manteniendo la idea de que la pulsión de muerte es primeramente dirigida hacia el *self* y luego, subsecuentemente, vuelta hacia

fuera contra el objeto en forma de agresión, Green ve en la tendencia a la autodestructividad, el primer exponente de la pulsión de muerte. En su forma más radical, no ataca solamente el objeto o la relación de objeto, sino que también afecta el ego o los procesos de catexis en sí, empobreciendo la función mental y desvitalizando y vaciando los estados psíquicos. Esta retracción de catexis o función desobjetalizante le ha servido para entender los casos severos psicopatológicos, tales como depresión suicida o psicosis.

Cuando nos toca entrevistar a un adulto fatigado y maltrecho en su vida afectiva, que se ha dejado abatir hasta ser un desecho humano, recordaremos que es aquel cuerpo, el del recién nacido, tan pequeño, el que habla en él y reclama una atención que ningún adulto puede ni pudo prodigarle. Estas situaciones parecen dar testimonio de una aspiración incoercible al fracaso, al displacer, al sufrimiento, a la fuerza de la autodestructividad de la pulsión de muerte.

En *El malestar en la cultura*, Freud (1930 [1929]/1976b) hacía referencia al instinto agresivo natural del hombre, la hostilidad hacia el otro, que fue expresado con la frase «*homo homini lupus*» («el hombre es el lobo del hombre»), oponiéndose al programa civilizatorio que corre el riesgo de desintegración de la sociedad civilizada.

Sin embargo, no podemos dejar de lado las perversiones que también posee la pulsión de muerte, así lo refiere Judith Butler en el campo de los procesos legales: haciendo referencia a la pena de muerte, expresa que cuando el Estado mata y lo justifica, promulga venganza a través del proceso de su razonamiento, la violencia legal no tiene diferencias con la ilegal, excepto que ahora el Estado realiza el acto y expresa sus justificaciones. La violencia incluida en el acto de la pena de muerte no es destructiva forzando la pena de muerte *per se*, sino que lo es el proceso legal que la justifica. Ese acto que la justifica es una idealización de una pulsión de muerte desactivada, una perversión caracterizada por su silenciosa fecha límite.

#### LAS ELIPSIS DE LA VIDA

Vivimos entonces en una elipsis, a la cual vamos agregando más interrogantes que parecen sumarse a las ya existentes. Este término gramatical podría auxiliarnos para vislumbrar nuestro inicio y nuestro fin en la vida.

Una elipsis es la suspensión u omisión intencional de una o más palabras de una frase que desde el punto de vista gramatical debería estar presente; sin embargo, se sobreentiende. Es también la supresión o ausencia de algún acontecimiento dentro de la linealidad temporal del relato, el discurso o la historia. Representa una pausa, sugiere algo intencionalmente no dicho. En suma, son los famosos tres puntos utilizados como herramienta de los escritores porque logran simbolizar un cierto silencio en su texto.

¿Acaso no comenzamos y finalizamos nuestra vida con esa ausencia y desconocimiento de nuestras futuras vivencias, así como también de nuestra propia muerte? El desconocimiento de lo que nos deparará nuestra vida queda así marcado por una elipsis. Cuando nuestra psiquis adquiere la posibilidad de presentir que habrá un futuro, comenzará el fantaseo consciente de ciertos hechos que existieron desde nuestro nacimiento, pero aún no había palabras para nombrarlos, el despertar a la existencia de un futuro generará diferentes encuentros con nuestros deseos, conscientes e inconscientes. Sin embargo, sabemos que nuestra vida -me refiero a la de todos los seres humanos- no es lineal, dependerá de numerosos factores; algunos tan iniciales que creíamos conocer también nos son ajenos.

Así lo expresa Ricoeur (1960/1970):

Yo nací en algún sitio: una vez «puesto en el mundo», en lo sucesivo percibo ese mundo por una serie de cambios y novedades a partir de ese lugar que ni escogí ni puedo evocar con mi memoria. Entonces mi punto de vista se desgaja de mí como un destino que gobierna mi vida desde fuera. Mi nacimiento como acontecimiento para los demás, no para mí. El que yo haya nacido en Madrid o en Barcelona es algo que afecta a los otros. Por mi parte, yo estoy aquí y con relación a este aquí los otros están allí abajo o allá arriba. Mi nacimiento, como acontecimiento para los demás tiene lugar con relación a ese allí que para el otro constituye su aquí. Por consiguiente, mi nacimiento no pertenece a mi aquí primordial, y yo no puedo engendrar todos mis «aquí» a partir de mi lugar de nacimiento; al revés, partiendo del aquí *absoluto*, que el aquí-ahora -el *hic et nunc*- es como yo pierdo el rastro de mis primeros «aquí» y necesito mendigar de la memoria de los otros, el recuerdo de mi lugar de nacimiento. Esto equivale

a decir que mi lugar de nacimiento no figura entre los «aquí» de mi vida y que por lo tanto no puede engendrarlos.

El recién nacido está entregado a otro; si todo sale medianamente bien, tendrá una madre y un padre, un posible entorno familiar, pero dependerá -entre las numerosas dependencias que requiere- de los estados de ánimo de quienes lo rodean. En los momentos que siguen al parto, probablemente su estado emocional y espiritual no esté tan desligado de la madre y del mundo uterino, pero sí lo está su cuerpo; será a partir de ese cuerpo biológico y en forma paulatina que dicho cuerpo alcanzará la cualidad de cuerpo erógeno activado por ese auxiliar: madre o sustituto, que no solo lo asiste, sino que le brinda ese plus afectivo y amoroso.

Será un estado de dependencia primaria que busquemos y del que rehuimos con enorme energía a lo largo de toda nuestra vida en mayor o menor grado.

#### VIDA Y MUERTE DE LOS AFECTOS

Desde los inicios, Freud plantea la hipótesis acerca de la disociación del afecto y de la representación, dándoles un tratamiento diferente a ambos. El lenguaje del afecto es fisiológico y se experimenta en términos energéticos y de inervación corporal, mientras que la representación está relacionada con las trazas mnémicas.

Así lo refiere C. Chabert (2016). La representación no cambia de *naturalidad* porque ella es consciente o inconsciente, pero lleva consigo el riesgo de la «infidelidad», muy precisamente con las percepciones. El afecto no tiene más que una vía de expresión directa; puede ser transformado, modificado, ignorado, vuelto en su contrario, pero en la experiencia del sujeto, ocupa un estatuto de existencia cuya realidad no puede ser negada, excepto para denegar, en el mismo movimiento, la existencia del sujeto que lo experimenta.

Si el afecto es una mirada al cuerpo perturbado, el afecto atrapado en la red del narcisismo sería una mirada «desexualizada», que busca mantenerse del lado de la vida, pero corre el riesgo de morir por desgaste de sus propias fuerzas de vivir, un enigma evocador y traumatizante.

Así relató Bioy Casares cómo se enteró de la muerte de su amigo Jorge Luis Borges:

Después de almorzar en La Biela, decidí ir hasta el quiosco para ver si tenía «Un experimento con el tiempo». Un individuo joven, con cara de pájaro [...] me saludó y me dijo, como excusándose: «Hoy es un día muy especial». Cuando por segunda vez dijo esa frase le pregunté: «¿Por qué?». «Porque falleció Borges. Esta tarde murió en Ginebra», fueron sus exactas palabras. Seguí mi camino, sintiendo que eran mis primeros pasos en un mundo sin Borges. Que a pesar de verlo tan poco últimamente yo no había perdido la costumbre de pensar: «Tengo que contarle esto. Esto le va a gustar. Esto le va a parecer una estupidez». Pensé: «Nuestra vida transcurre por corredores entre biombos. Estamos cerca unos de otros, pero incomunicados. Cuando Borges me dijo por teléfono desde Ginebra que no iba a volver y se le quebró la voz y cortó, ¿cómo no entendí que estaba pensando en su muerte? Nunca la creemos tan cercana. La verdad es que actuamos como si fuéramos inmortales. Quizá no pueda uno vivir de otra manera. Irse a morir a una ciudad lejana tal vez no sea tan inexplicable. Cuando me he sentido muy enfermo a veces deseé estar solo: como si la enfermedad y la muerte fueran vergonzosas, algo que uno quiere ocultar. (en Cadierno, 14 de junio de 2020, párr. 7-11)

Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares cultivaron una amistad paradigmática en la que no había secretos, como lo prueban sus diarios íntimos. Borges murió en 1986.

«Yo podría quemar mis manos jurando que lo que quería era que lo trajeran acá», afirmó Bioy, luego de relatar una anécdota sobre un diálogo entre ambos, al final del cual Borges sostuvo: «Yo quisiera estar en el cementerio de acá...», en alusión a la Recoleta. (Redacción Perfil, 15 de marzo de 2009, párr. 2)

Lo dijo Bioy el 3 de febrero de 1999, 35 días antes de su propia muerte, a un equipo periodístico.

La elipsis en el habla se expresa en oraciones que dejamos sin terminar por una variedad de razones. Tal vez olvidamos lo que queríamos decir o tal vez nuestros oyentes ya saben lo que diremos, por lo que no es necesario que lo digamos. ¿Sería esta la razón por la cual Borges cortó la comunicación con Bioy? Por escrito, esta ocurrencia se representa con puntos suspensivos. Lo doloroso, lo vergonzoso, pero también la soledad que nos recorre cuando nuestros seres queridos, familiares y amigos se van es perder, en la oscuridad de sus muertes, parte de nuestra propia vitalidad e ilusiones. Ya sea dicho o escrito, las emociones que estos hechos generan son puntos suspensivos que en cierta forma son propios del transcurso de la vida de cada uno de nosotros.

La muerte no es solo el instante irremediable en el que cesan las funciones vitales, o quizás ese sea un tipo de muerte. Está la otra, la de la soledad, la de la angustia y el dolor. Es cierto que quedarán algunos acompañándonos, pero los otros que se van sumando son demasiados y sus recuerdos nos abruma.

## LA FINITUD

Podría creerse que se puede empezar directamente una meditación filosófica sobre la finitud partiendo de la consideración del cuerpo propio. Es cierto que todas las pruebas de finitud me remiten a la relación insólita que me une con mi cuerpo. Pero ese nudo de finitud no es lo primero que aparece: lo que aparece primero, lo que se manifiesta, ante todo, son las cosas, los vivientes, las personas que se mueven en el mundo... ¿Diré entonces que mi finitud consiste en que el mundo no se me descubre más que por mediación del cuerpo?

Paul Ricoeur, 1960

El término *finitud* proviene del latín *finitudo*, de *finis*, cuyo significado es «límite». Características de las cosas que tienen límite. En la filosofía griega, *péras* es el límite como propiedad de las cosas que poseen definición, armonía, orden, perfección, en oposición a lo ilimitado, *ápeiron*, que es a la vez informe, imperfecto e inacabado.

De Hegel proceden las diversas y divergentes teorías filosóficas modernas sobre la finitud: entre otras, la de Heidegger, para quien la pregunta por el sentido del ser es también la pregunta por la finitud del hombre, raíz de su temporalidad y su historicidad, y hasta su «ser para la muerte».

Melich nos dice, en *Filosofía de la finitud* (2012), que la finitud no es la muerte, sino la vida. Si somos finitos es porque vivimos siempre en despedida y no podemos controlar los deseos, recuerdos y olvidos porque el nuestro es un mundo que nunca nos pertenece del todo ni será plenamente cósmico, ordenado o paradisiaco. Somos el resultado del azar y de la contingencia, y no tenemos más remedio que elegir en medio de una terrible y dolorosa incertidumbre. Una vida finita no conseguirá eludir la amenaza del caos ni estará capacitada para cruzar las puertas del paraíso. Ser finito significa que no podemos crear a voluntad nuestra existencia porque, querámoslo o no, recibimos una herencia que nos obliga a resituarnos a cada instante.

Freud ha sido claro en «Nuestra actitud hacia la muerte» (1915/1976a), sosteniendo que la muerte propia no se puede concebir, ya que sobrevivimos como observadores, sosteniendo que, en el fondo, nadie cree en su propia muerte o, lo que viene a ser lo mismo, decir que, en el inconsciente, cada uno está convencido de su inmortalidad.

Atrévernos a pensar en envejecer generará para cada cual diferentes sensaciones, sentimientos, emociones. Implica ante todo aceptar las pérdidas, las nuestras y las de nuestro mundo circundante. Sabemos que nuestro potencial físico está destinado a disminuir; sin embargo, si la psiquis sigue abierta, hacia uno mismo y hacia los demás, si no caímos en las garras del Alzheimer o la demencia, ¿es posible cambiar la mirada hacia la vejez?

*Atraverse* parece ser un término que podría guiarnos hacia el camino de evitar la reducción a «matar el tiempo», desplomándonos así en la inactividad, el duelo y el dolor, hasta que realmente nos llegue inexorablemente la muerte. Si logramos desviarnos de este camino tan conocido, tendremos que aceptar el desafío de ir en busca de cierta transformación, proponiendo un proyecto de vida para el tiempo que nos queda. Dicha transformación es solo posible si estamos dispuestos a aceptar que la muerte llegará algún día, sin sentarnos a esperarla; que llegará es nuestra única certeza.

¿Existe acaso el término «envejecer bien»? Es cierto que algunos lo logran. Olivia Rodrigo<sup>5</sup>, de 94 años, cantó y compuso durante toda su vida; fue uno de sus nietos quien descubrió sus composiciones, la alentó a cantar sus propias melodías juntos, y consiguió así un triunfo inesperado: el Grammy a la mejor «nueva» artista, en 2022.

Sin embargo, podemos también negarnos. La negación del envejecimiento puede ser la resultante de un desconocimiento hasta cierto punto positivo si es que ello nos permite seguir avanzando. También podemos reconocer los signos del envejecimiento e intentar adaptarnos a ellos. Tal como un péndulo, cada uno ajusta y reajusta estos movimientos antagónicos, intentando encontrar una forma de equilibrio a lo largo de la vida. La búsqueda de este equilibrio es, justamente, el trabajo de toda una vida, sabiendo que sufriremos mucho más si las representaciones de la vejez son violentas. El camino de la creatividad humana, los encuentros con seres queridos permiten al menos interrogarnos sobre algunas fortalezas y muchas fragilidades que se pondrán en juego a lo largo del envejecimiento.

¿EXISTE UN CIERTO MALESTAR ESPECÍFICO HACIA LA VEJEZ ACTUAL?

En *El malestar en la cultura*, Freud (1930 [1929]/1976b) ya se refería a un mecanismo de resexualización de la moralidad cultural civilizada, de apropiación de instancias superyoicas individuales y colectivas por necesidades instintivas (que habían sido reprimidas), tanto sexuales como ligadas a la pulsión de muerte, que conducen a un debilitamiento de la figura de autoridad legítima. Añade que una profilaxis psicológica colectiva de esta situación es deseable, pero que es imposible porque ya no existe ningún lugar de autoridad legítima desde donde promulgarla, ya que es precisamente el superyó cultural civilizado colectivo el que se ve afectado por el «malestar». Nuestra evolución contemporánea valida esta hipótesis.

Sin embargo, hoy en día los conflictos parecen haberse complejizado aun más: *La barbarie con rostro humano*, como expresa Henri Lévi

5 Grammy awards 2022 Olivia Rodrigo de 94 años, cubana de nacimiento y nacionalizada estadounidense fue la ganadora del Grammy como mejor nueva artista.

(1977/1978) en el título de su propio libro, ya no es la civilización la que no logra superar la bestialidad en el ser humano, sino la barbarie de siempre que, en forma altanera, muestra su ineptitud e incompetencia. El término *destrucción*, de sí mismo y de los otros, y tal como lo refiere Green (2007/2014a), destrucción también del alma y del psiquismo, ya es más difícil de apreciar, puesto que siempre se sospecha que la vida está enmascarada por las apariencias. La destrucción del alma es lo que, en la guerra, busca toda empresa de sojuzgamiento y dominación, que se opone al otro: el extranjero, el malo, el aborrecido. ¿Y, por qué no, el viejo?

Tristemente, envejecemos observando la imparable ausencia de límites a la violencia perversa y psicopática constituida cada vez con más fuerza. El recrudecimiento de las violencias privadas, interindividuales e intrafamiliares, de conductas antisociales. Envejecemos observando que la trama social se descompone, mientras el individualismo triunfa, formulándonos nuevamente la misma pregunta: ¿nos queda algo por hacer?

Supimos ser solidarios, supimos también vivir en conjunto o en familia, sin que ello implicara una implacable violencia degradante. Hemos observado, trabajado, investigado e intervenido desde el punto de vista psicoanalítico y también como miembros de la sociedad a la cual pertenecemos en forma activa con respecto a la violación de los límites, de familias o individuos. Así se ha trabajado también en ciudades o países violentados de formas crueles.

Surge así una pregunta más: ¿se trata acaso de una nueva forma de subjetivación o una nueva forma de dominio y autoridad? Ninguno de estos hechos nos es ajeno; son parte de la historia de la humanidad, solo que ahora están iluminados con luz propia e hiperconectada. Es esa misma luminiscencia inquietante la que parece dar autoridad a las masas y sus líderes de volver creíbles discursos enceguedos de odio que se vuelven insoportables al mostrar la miseria psíquica colectiva.

#### LA REVOLUCIÓN DE LA LONGEVIDAD

Este es el título del libro escrito por Theodore Roszak (2001), en el sentido de una verdadera transformación social y política que tiende a disolver la legitimidad del modelo tecnocrático y militarista imperante.

El tema de la longevidad comenzó a adquirir notoriedad en los inicios de los setenta, apareciendo así una nueva filosofía proedad que emergió en el seno mismo de lo social, de los propios activistas y protagonistas que encarnaban el nuevo peso numérico y político del sector más longevo de la sociedad. Fue el propio Roszak quien años después habló sobre la *revolución de la longevidad*. Allí señala que

esta no es una de esas revoluciones que se pelean en las barricadas y que raramente acaban en el resultado planeado. La de la longevidad es una revolución sin líderes ni plan, tan silenciosa como inevitable. No puede ser derrotada, no puede fracasar, ya que es una faceta inherente al desarrollo de la moderna sociedad industrial. Parecería ser un derivado natural y deseable del progreso y civilización. Parecería ser un movimiento a favor de la vida, invencible por ser expresión del más simple y elemental anhelo del corazón humano: el de vivir un día más. (pp. 5-6)

Sin embargo, la contracultura sesentista combatió las estructuras y valores establecidos, abrazó las causas de todos los grupos oprimidos: derechos civiles, feminismo, antipsiquiatría, etc., pero la fuente de sufrimiento y de injusticia se centró en el olvido y postergación de los más viejos. Por el contrario, los mayores tenían para el movimiento de la contracultura otra connotación, eran los villanos con sus odiosas ideas conservadoras a los que había que derrotar.

Curiosamente, fue el mismo historiador Roszak (1969), creador del término *contracultura*, quien expresó que no podía imaginar a nadie cambiando el curso de la historia que no fueran los jóvenes, a no ser los más jóvenes aun. Sin embargo, su fervor sesentista tuvo un vuelco inesperado al enfermarse gravemente y salvarse gracias a la tecnología de científicos no tan jóvenes y con mucha experiencia. Siguió escribiendo y posteriormente se refirió de manera muy diferente a lo que pensaba en los años sesenta.

Así lo expresa Roszak (2001):

Creer que el cambio viene del fervor ideológico, que la historia se hace a través de imponer ideas brillantes no probadas, es un triste aunque muy común malentendido [...]. Es necesario algo de crecimiento y algo de maduración

para aprender que los cambios duraderos provienen no de teoría o principios, sino de la sabiduría del corazón –con lo cual quiere decir verdades que uno aprende de una vida completa y bien examinada-. (p. 170)

Las primeras medidas humanitarias y sanitarias que a la larga desembocarían en una creciente población de adultos mayores estaban destinadas a niños y bebés. Nadie lo predijo en su momento, pero ese era el primer paso en la dirección de la longevidad masiva. Aumentar los índices de sobrevivencia de los bebés era el plan fundamental, pero el resultado no previsto fue el de un creciente número de personas mayores.

Si bien el envejecimiento poblacional es un fenómeno demográfico sin precedentes en la historia, es un hecho que preocupa cada vez más a gobiernos y organizaciones, estudiado por sus implicaciones económicas y sociales. El vertiginoso progreso científico y tecnológico del siglo XX y lo que va del XXI parecería hacernos vivir en un futuro de ciencia ficción. Las tasas de natalidad en constante caída muestran en forma silenciosa el envejecimiento poblacional.

Sin embargo, la longevidad para familias de bajos recursos, empobrecidas, para ciudades sin infraestructura, para países con enormes diferencias con respecto al trato del anciano no deja de ser un problema de difícil solución. Tal vez uno de los elementos fundamentales esté centrado en el hecho de cómo vivir la vejez, tener un techo propio, tener el dinero suficiente para que no sean los hijos los que tengan que sustentar a los mayores, que puedan aunque más no sea comer y vivir en un lugar decente.

Depende del envejecimiento y su entorno, pero depende también del hecho de querer seguir viviendo o no. Por un lado, sabemos que uno de los mayores índices de suicidio se encuentra justamente en esta franja etaria, mientras que, por otro, en mi país, Uruguay, se ha otorgado ya media sanción a la ley de eutanasia. Este es, desde mi punto de vista, uno de los caminos más sensatos y prudentes a través de los cuales se puede decidir, por diferentes causas analizadas y estudiadas, *finalizar la vida por propia voluntad*.

## ¿SUICIDIO, HOMICIDIO, DEMENCIA SENIL O CONTINGENCIA?

En mi ciudad, un parque sumamente espacioso, grande y hermoso se encuentra rodeado por numerosos edificios que consiguen tener una vista vastamente despejada. Desde algunos de ellos se observa a lo lejos el mar, desde otros se observa el verde de los árboles centenarios que dan un respiro a la enorme muchedumbre que ocupa los departamentos alrededor del parque. La plaza de juegos para niños se encuentra siempre llena, generalmente a partir de las primeras horas de la tarde; los asientos se encuentran lo suficientemente distanciados como para que quien desee pueda disfrutar de un momento relajado. A la mañana, se pueden observar personas realizando deportes, niños con sus padres camino a las escuelas de la zona. En la tarde los jóvenes irrumpen en el césped prolijo formando diferentes rondas, mientras que en otras zonas puede verse la llegada de personas de todas las edades que sacan a pasear a sus mascotas luego de volver del trabajo. Es muy extraño observar esa extensión verde vacía, sin gente.

Sabemos que estamos viviendo en un mundo excesivamente inquieto, incierto, aunque siempre pensamos que las situaciones extrañas suceden en otro lado, y no en nuestra ciudad.

Esa mañana, algunos meses atrás, miré a través de mi ventana y noté que era un hermoso día de sol, a pesar de estar en invierno. Era temprano, pero no tanto, los niños ya estaban en clase, los deportistas seguramente se preparaban para salir a su trabajo y yo me encontraba parada frente a la ventana, justamente, mirando las copas de los árboles.

De pronto, sentí un estruendo ensordecedor, cuya sensación revivo mientras escribo este texto. Pensé que algo había explotado en mi casa, los cuadros que tenía colgados en la pared, muy cerca de donde me encontraba, comenzaron a caer. Creí sentir un movimiento sísmico, pero pensé que sería una fantasía debida a la angustia. Ante tal impresionante explosión, quedé inmóvil, paralizada, viendo de pronto caer vidrios de mi propio edificio desde pisos más altos; caían también vidrios de edificios de alrededor del parque.

La imagen era aterradora, pero más aun el sentimiento de incertidumbre de no saber qué estaba sucediendo y si estaba preparada para un nuevo sonido de explosión. Las noticias sobre la guerra en Ucrania me

mantenían en vilo, y pensé en un primer momento en un atentado, quizá un terremoto... Rígida e inmóvil, no logré hacer otra cosa que no fuera quedarme mirando, intentando entender o quizás solamente pensar.

Momentos después, cientos de cabezas comenzaron a asomarse de los ventanales de los edificios y noté que del otro lado del enorme parque comenzaban a llegar numerosas ambulancias, policías, vallaron de la zona. La gente se agolpaba frente a un edificio lejano. A pesar de la gran distancia, se distinguía una enorme estela de humo negro que comenzó a emerger de un departamento del otro lado del parque y muy lejano al mío.

Hoy en día la globalización y las tecnologías nos permiten, para bien y para mal, saber inmediatamente lo que sucede en gran parte del mundo. Mi teléfono comenzó a sonar, no lograba leer la cantidad enorme de Whatsapps que iban apareciendo sin pausa.

Aún espantada por el ruido de la explosión, me llamó la atención que, incluso desde otros países, algunos pacientes también repetían la misma pregunta que me hacían mi familia y mis amigos: «¿Estás bien?». «¿Te pasó algo?». «¿Fue en tu edificio?». A esa altura, estaba prendido el televisor de mi casa, mostrando muy de cerca lo que yo veía de lejos: la explosión de un departamento que además había derribado la pared lindera de otro edificio.

El departamento estaba habitado por un matrimonio, un hombre de 89 años y su mujer, de 85. La razón de la explosión, según la prensa y los vecinos, fue causada por un escape de gas. El edificio quedó estructuralmente dañado y, por lo tanto, todos sus habitantes tuvieron que abandonarlo por riesgo de derrumbe.

El matrimonio debió ser internado en el centro de quemados. La muerte de ambos no fue inmediata; primero falleció el hombre y, varias semanas después, su esposa. Acontecimientos como este suceden en todas partes del mundo. No siempre son noticia, pero cuando se trata de una ciudad y un barrio donde las personas más o menos se conocen, la noticia pasa a hurgar aspectos personales que nos hacen cuestionar los motivos de determinadas situaciones.

Lentamente fui conociendo la historia del matrimonio que, a instancias de este trabajo, no tiene demasiada importancia; tal vez lo que realmente importa en este caso es que cuando la historia nos involucra y pensamos que quizás podríamos llegar a estar en una situación similar, es cuando

tocamos ese punto que Freud ha sabido expresar tan bien en su trabajo sobre *Lo ominoso* (1919/1976c), *Heimlich-Unheimliche*. El propio hogar se volvió una cámara de gas, y así fue que falleció el matrimonio.

Freud se anticipa con este texto al mecanismo de identificación proyectiva, proponiendo la idea de que el sentimiento ominoso no es creado por la incertidumbre sobre si un objeto está vivo o muerto, sino por el deseo o la creencia infantil que lo relaciona al «doble»: el sujeto se identifica con alguien más, así entra en duda sobre cuál es él, o sustituye el *self* extraño por su sí mismo. En otras palabras, hay un desdoblamiento, una división intercambiable del *self*. El doble es una defensa ante las ansiedades de muerte, un reaseguro contra la destrucción del yo y negación del poder de la muerte. Pero, tal como Freud establece, el doble puede revertir su aspecto: de ser un reasegurador de la inmortalidad se puede volver un presagio: lo ominoso mortífero.

¿Fue suicidio? ¿Fue homicidio? Podríamos responsabilizar a la edad del matrimonio, a la vejez, al prejuicio y perjuicio que hay sobre la edad de los mayores. ¿Alcanza? No, no alcanza. Los propios vecinos del edificio acusaron a las víctimas de causar la explosión. Parecería que, en diferentes circunstancias aterradoras de la vida, es necesario encontrar un culpable. Prejuicio en este caso de ¿acto criminal? ¿Debemos acaso catalogar todo acto que provoca muertes y heridos como un acto criminal? ¿No conocemos acaso seres humanos aborreciblemente criminales que parecen gente de bien?

La palabra que me surgió en aquel momento fue en inglés: *wild*, que se traduce normalmente por «salvaje», pero también podría decirse de alguien que no está «domesticado», este sería también salvaje; sin embargo, esto no define lo que es, sino lo que se espera del otro. Aun domesticados, seguimos conservando ese lado salvaje, sin refinar, que nos hace repetir una y otra vez los mismos horrores de tantos siglos de masacre, hostigamiento y muerte.

Quizás para muchos seres humanos exista la creencia (o prejuicio) de que estamos constituidos tempranamente por buenos valores u hondas ideas espirituales que se encuentran dentro del cuerpo. Estos preconceptos tan errados son prejuiciosos, logran producir profundos malestares cuando determinadas situaciones se vuelven el reverso de lo esperado. Así

sucede con la violencia descarnada, las violaciones en masa, la destructividad sin límites producto de guerras sangrientas con las cuales también se juega con el ser humano, se lo ata, se lo viola para matarlo luego de haberlo fustigado, azotado y degradado. Allí donde se cree sin prejuicio en la virtud del otro, nos encontramos con seres deshumanizados que provocan desilusiones letales.

Para finalizar, deberemos reconocer que el envejecimiento tiene la cualidad de no tener color, ni bandera ni sexo. Nos toca a todos; por lo tanto, tendremos que aceptar que es un hecho simplemente humano. ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Ameisen, J. C. (1999). *La sculpture du vivant: Le suicide cellulaire et la mort créatrice*. Seuil.
- Butler, J. (2014). Politics of the death drive: The case of the death penalty. En J. Butler, *On cruelty: The death penalty*. LRB.
- Cadierno, G. (14 de junio de 2020). Un mundo sin Borges. *InfoRegión*. <https://www.inforegion.com.ar/2020/06/14/un-mundo-sin-borges/>
- Chabert, C. (2016). Transfers d'affects. En J. André y C. Chabert (dir.), *Vie et mort des affects*. PUF.
- Flechner, S. (2020). De un cuadro de Blanes a la pandemia por el Corona. En E. Palacios (coord.), *Ventanas: Miradas y voces sobre la pandemia*. Prismática.
- Freud, S. (1976a). Nuestra actitud hacia la muerte. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1976b). El malestar en la cultura. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930 [1929]).
- Freud, S. (1976c). Lo ominoso. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 17). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919).
- Freud, S. (1976d). Más allá del principio del placer. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- Goutal-Valière, H. (2003). La sculpture du vivant: Le suicide cellulaire ou la mort créatrice de Jean-Claude Ameisen. *Revue Française de Psychosomatique*, 1(23), 181-190.
- Green, A. (1986). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1983).
- Green, A. (2014a). Actualización a modo de despedida. En A. Green, ¿Por qué las pulsiones de destrucción o de muerte? Talleres Gráficos Color Efe. (Trabajo original publicado en 2007).
- Green, A. (2014b). La apoptosis, la muerte celular autoprogramada. En A. Green, ¿Por qué las pulsiones de destrucción o de muerte? Talleres Gráficos Color Efe. (Trabajo original publicado en 2007).
- Kimelman, D. y Taranto, F. (2022). *Oncofertilidad: Aspectos prácticos y abordaje interdisciplinario*. Oficina del Libro.
- Levy, B. H. (1978). *La barbarie con rostro humano*. Monte Ávila. (Trabajo original publicado en 1977).
- Lijtenstein, M. (1984). La soledad del psicoanalista. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 62, 96-102. <http://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/949/785>
- Melich, J. M. (2012). *Filosofía de la finitud*. Herder.

Redacción Perfil (15 de marzo de 2009). Yo quisiera estar en el cementerio de acá. Perfil. <https://www.perfil.com/noticias/columnistas/yo-quisiera-estar-en-el-cementerio-de-aca-20090314-0053.phtml>

Ricoeur, P. (1970). La patética de la miseria y la reflexión pura: La perspectiva finita. En P. Ricoeur, *Finitud y culpabilidad* (pp. 50-55). Taurus. (Trabajo original publicado en 1960).

Roszak, T. (1969). *The making of a counter culture: Reflections on the technocratic society and its youthful opposition*. Doubleday.

Roszak, T. (2001). *Longevity revolution: As Boomers become elders*. Berkeley Hills.

# Un comentario irreverente: Trazas e inicios de un discurso psicoanalítico en el Uruguay<sup>1</sup>



FERNANDO GARCÍA PRESS<sup>2</sup>

DOI: 10.36496/N136-137.A6

ORCID ID:0009-0004-5928-4121

RECIBIDO: ABRIL DE 2023 | ACEPTADO: MAYO DE 2023

## RESUMEN

El 12 de diciembre de 1935, Iris Cabezudo, una «joven normalista», asesina de varios balazos a su padre, Lumen. La noticia fue publicada por múltiples periódicos de la época, cobrando así gran relevancia pública. Un año más tarde fue publicado el informe médico legal realizado por el psiquiatra Camilo Payssé. Allí aparecía un hito que podemos considerar iniciático y fundamental: el psiquiatra Valentín Pérez Pastorini realizó un comentario haciendo una referencia al psicoanálisis, novedosa e inédita. El comentario, realizado desde una posición de irreverencia, hace inteligible una distancia con el discurso de la psiquiatría de la época. Discute la utilización fragmentaria de las teorías psicoanalíticas, subrayando

- 1 El presente trabajo consta de partes seleccionadas y reescritas de la tesis presentada para obtener el título de *Magister* en Ciencias Humanas, en la Universidad de la República, de Uruguay.
- 2 Analista en formación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. fgarciapress@gmail.com

la importancia del método para poder llegar a conclusiones psicoanalíticas. Quedaba atrás cierto eclecticismo característico de la psiquiatría de comienzos del siglo veinte. Del psicoanálisis ya no se iba a poder hablar de cualquier manera.

**DESCRIPTORES:** HISTORIA DEL PSICOANÁLISIS /  
PSICOANÁLISIS / PSIQUIATRÍA / PARRICIDIO  
**AUTOR-TEMA:** PÉREZ PASTORINI, V.

### SUMMARY

On December 12, 1935, Iris Cabezudo, a «young student teacher», murdered her father Lumen with several bullets. The news was published by multiple newspapers of the time, thus gaining great public relevance. A year later, the forensic medical report by psychiatrist Camilo Payssé was published. There appeared a milestone that we can consider initiatory and fundamental: the psychiatrist Valentín Pérez Pastorini made a commentary making a novel reference to Psychoanalysis. The commentary, made from a position of irreverence, makes intelligible a distance with the Psychiatry discourse of the time. He discusses the fragmentary use of psychoanalytic theories, highlighting the importance of method in order to reach psychoanalytic conclusions. A certain eclecticism characteristic of psychiatry at the beginning of the twentieth century was left behind. Psychoanalysis could no longer be talked about in the same way.

**KEYWORDS:** PARRICIDE / PSYCHIATRY / PSYCHOANALYSIS / HISTORY OF PSYCHOANALYSIS  
**AUTHOR-SUBJECT:** PÉREZ PASTORINI, V.

## INTRODUCCIÓN

Pensar acerca de los inicios del psicoanálisis es una tarea compleja. La ilusión de poder circunscribir el inicio a tal o cual hecho puede ser tramposo, desconocer esfuerzos anteriores o diferentes formas de circulación de las ideas.

Andreas Mayer y Lydia Marinelli (2011) consideran que las aproximaciones historiográficas al psicoanálisis pueden englobarse en dos grandes grupos. Por un lado, aquellas que tienden a un estilo biográfico, y por otro, las que tienden a un revisionismo. El estilo biográfico utiliza la cronología vital de un autor-héroe-institución con el fin de hacer la historia de la disciplina; en este sentido, podemos citar a los múltiples biógrafos de Freud o aquellos esfuerzos de historizar las instituciones psicoanalíticas. Esta construcción de un origen-mito idealizado descontextualiza y desarticula el psicoanálisis de posibles relaciones filiatorias con otras disciplinas o discursividades. Por otro lado, el estilo revisionista resalta las figuras disidentes y oponentes al psicoanálisis, y destaca las líneas de continuidad, omitiendo lo novedoso y rupturista de su propuesta.

La ilusión de *La interpretación de los sueños* como texto iniciático o la propuesta de la editorial Amorrortu, que formula y propone un momento de inicio del psicoanálisis al establecer textos prepsicoanalíticos y textos psicoanalíticos, son ejemplos de cómo hay referencias constantes a pensar un inicio del psicoanálisis. ¿Pero no hay en algunos textos llamados prepsicoanalíticos formulaciones tan o más psicoanalíticas que en otros publicados más tardíamente? Hay cierto carácter de equívoco ineludible en el momento de establecer un inicio, equívoco que no pretendo eludir en el presente texto.

Esta introducción nos sirve para visualizar lo complejo implicado en pensar un momento de consolidación de un campo psicoanalítico en el Uruguay. Si tomáramos cierta historiografía tradicional, hagiográfica, podríamos circunscribir la historia del psicoanálisis a la de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay o a la de sus miembros fundadores. Así, tendríamos 1955 como momento iniciático, acto constitutivo del campo psicoanalítico. Lejos de desmerecer la importancia de la institucionalización de la disciplina, considero que sería reducir la complejidad de la circulación de

las ideas. Si pensamos otra opción posible, sería la de tomar las primeras referencias al psicoanálisis o a Freud para poder ver así cómo esta teoría estaba integrada a una cientificidad de la época. Nos acercaría a diferentes publicaciones, principalmente de la década de 1910, teniendo a las grandes eminencias de la psiquiatría de la época como primeros interlocutores<sup>3</sup>.

En el presente texto realizaremos otra propuesta, a sabiendas de cometer cierto equívoco. Pensar los inicios en función de las líneas de continuidad y ruptura implica poder hallar aquellas marcas que nos muestran ciertos cambios en relación con el saber de una época. A partir de un comentario publicado en la *Revista de Psiquiatría del Uruguay* realizado por la primera persona en autodefinirse *psicoanalista* en dicho país, veremos cómo la consolidación de un campo psicoanalítico se dio en simultáneo a una ruptura y discriminación en relación con el discurso de la medicina.

#### UN COMENTARIO EN LA SOCIEDAD DE PSIQUIATRÍA

El 12 de diciembre de 1935, Iris Cabezudo, *una joven normalista*, asesinó de varios balazos a su padre, Lumen. La noticia fue publicada por múltiples periódicos de la época y cobró gran relevancia pública. La narrativa de las noticias se organizaba de la siguiente manera: el muerto no sabía valorar lo que tenía frente a sí, una familia, sus hijos, su esposa –a quien amenazaba de muerte una y otra vez–, y vivía apesadado por los celos y en actitudes despóticas hacia su familia. Su esposa fue considerada por el discurso mediático como la verdadera víctima, ya que vivía el calvario del encierro celotípico. El acto realizado por su hija, apretar el gatillo, cobró el valor de un acto de justicia. Las noticias no ponían al muerto como víctima, sino como «hacedor del drama familiar», y «en ese mismo movimiento producen la inmediata exoneración de culpa de Iris» (Capurro y Nin, 2018, p. 32)<sup>4</sup>. «Lo mató antes de que él matara a su madre», sería la formulación

3 El médico Luis Morquio hizo una referencia al Freud neurólogo en 1900; Bernardo Etchepare (1913), realizó la primera referencia al Freud psicoanalista.

4 El caso de Iris Cabezudo fue trabajado largamente por los psicoanalistas Raquel Capurro y Diego Nin en el libro *Extraviada* (2018).

de la época. La conmoción que presentó este caso, no solo como hecho de sangre, se sostuvo en lo paradójico de que una joven estudiante de magisterio, *educada, civilizada e inteligente*, un caso ejemplar de moral civilizada y vareliana, haya sucumbido a un acto bárbaro e impetuoso.

El caso se compuso de un escrito de decenas de páginas de la esposa del asesinado, las declaraciones de los testigos y de la inculpada, entre otros, y contó además con un peritaje que, un año más tarde, iba a ser publicado por la *Revista de Psiquiatría del Uruguay*. Precisamente en esta publicación apareció un hito que considero iniciático y fundamental: un tal Valentín Pérez Pastorini realizó un comentario al texto, haciendo referencia al psicoanálisis de una manera novedosa e inédita.

#### VALENTÍN PÉREZ PASTORINI

Valentín Florencio Pérez Pastorini nació en la ciudad de Florida el 21 de diciembre de 1895. Tras sus estudios secundarios en España, realizó su carrera de Medicina en Montevideo. Luego estudió Psiquiatría en la década del veinte, formándose en la clínica de los grandes maestros de la psiquiatría de la época, entre ellos, Bernardo Etchepare, Santín Carlos Rossi y Francisco Rodríguez<sup>5</sup>.

Su interés por el psicoanálisis surgió a finales de la década del veinte, acercándose a textos de psiquiatras y psicoanalistas franceses (Donya y Florio, 2019; Milán y García, 2019), y se definió como psicoanalista en la década del treinta. Esto puede verse en la sección «tarjetero profesional» de la *Revista de Psiquiatría del Uruguay* de la época. En 1936, Valentín Pérez se definía como psiquiatra y psicoanalista<sup>6</sup>. En la década del cuarenta se acercó a la Asociación Psicoanalítica Argentina, donde realizó sus estudios, se analizó con Ángel Garma, realizó supervisiones y fue psicoanalista

5 La cátedra de Psiquiatría fue creada en 1908, pero en la década del veinte no existía una especialización en Psiquiatría, motivo por el cual la formación de psiquiatras se realizaba participando de las clínicas de los docentes.

6 En 1929 y 1930, su nombre apareció en la sección «tarjetero profesional» de la *Revista de Psiquiatría del Uruguay*, lo que nos puede dar cuenta de su recorrido disciplinar. En 1936 publicó un anuncio en el que se presentaba como «psiquiatra y psicoanalista». En 1938 se presentaba como psicoanalista.

didacta, aquí en Uruguay, de Gilberto Koolhaas y Rodolfo Agorio, ambos miembros fundadores de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Su temprana muerte en 1948 significó que no haya podido ser parte de la fundación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay y que por mucho tiempo haya sido desconocida su relevancia al pensar la historiografía del psicoanálisis del Uruguay. En el presente texto veremos cómo a partir de un comentario suyo a «Psicogénesis de un parricidio» (Payssé, 1936), publicado por la *Revista de Psiquiatría del Uruguay*, nos permite reconocer la existencia de una práctica y especificidad psicoanalítica en la época.

Veamos primero algunos detalles del texto presentado por el médico especializado en psiquiatría Camilo Payssé.

#### PSICOGÉNESIS DE UN PARRICIDIO

El texto «Psicogénesis de un parricidio» (Payssé, 1936) es un informe médico-legal<sup>8</sup> publicado en la *Revista de Psiquiatría del Uruguay* en 1936. En el mismo año, en la sección destinada a la presentación de tarjetas profesionales, Valentín Pérez Pastorini se presentaba como *psiquiatra y psicoanalista*, y participó de varias reuniones de la Sociedad de Psiquiatría; la respuesta al texto de Payssé fue su primer comentario publicado.

La presentación de Payssé fue realizada, según la fecha publicada en la *Revista de Psiquiatría del Uruguay*, un 25 de junio de 1936, en la cual participaron diez psiquiatras referentes de la época.

El resumen de la sesión publicado en la revista reza lo siguiente:

Trabajos del día:

I- Dr. Payssé- Psicogénesis de un parricidio.

7 Camilo Payssé (1879-1955) fue un médico que estudió psiquiatría egresado de la Facultad de Medicina en 1904, de la primera generación de médicos estudiosos de la Psiquiatría, contemporáneo al Dr. Bernardo Etchepare.

8 Según el psiquiatra Elio García Austt (1937), el objetivo de una pericia es saber «si al tiempo del delito, el encausado padecía enfermedad mental y si esta enfermedad perturbó su estado moral, privándolo de la voluntad para determinarse libremente, o de conciencia para apreciar la ilicitud del acto criminoso» (p. 5). Michel Foucault lo categorizó como intermediario –*shifter*– entre lo médico y lo jurídico.

Discusión: Dr. García Austt. Cree fundamental el estudio de la psicología infantil de la parricida y las relaciones afectivas con su padre para llegar a si hay existencia o no en este caso, de complejos maternal y paternal.

Dr. Pérez Pastorini: Opina del mismo modo que el doctor García Austt, y que no es posible llegar a conclusiones psicoanalíticas, utilizando el material de orden psiquiátrico.

Dr. Fco. Rodríguez: Hace constar que la delincuente, según referencias de compañeras, tenía una conducta de aspecto introvertida o esquizoide. Sigue una interesante discusión sobre la posible psicogénesis del delito. (Sección de anexos, 1936, p. 10)

Como se puede ver, tras la lectura del texto por parte del Dr. Payssé, hay tres comentarios destacados y luego una «interesante discusión»; es destacable para nosotros la mención a un conocimiento psicoanalítico por parte del médico floridense. Retomaremos este aspecto más adelante.

Adentrándonos en la exposición de Payssé (1936), mencionaremos tan solo aquellos elementos que nos sean de interés para nuestra presente elucidación.

El texto desarrolla elementos de la personalidad de Iris, la victimaria, de Lumen, la víctima, así como de la madre de Iris, considerando haber realizado un *examen en profundidad*. Se destacan los valores ajustados al estado vareliano que la joven poseía –«cuidadosos trabajos manuales», «espíritu de orden» y «prolijidad», «trabajo asiduo», «notas elogiosas de sus maestros», «intelecto de equilibrio perfecto», criterio «medido, sesudo, justipreciado» (p. 42)- y que pueden contraponerse a un crimen de semejante envergadura. La estrecha relación que la joven tenía con su madre y los hechos de constante violencia que el padre ejercía hacia esta habrían motivado el crimen. Para el médico, la joven no revestía ningún peligro para lo sociedad, y a través de este informe, justificaba el crimen, así como la eximía de culpas y responsabilidades.

Payssé utilizó el psicoanálisis –referido también como *psicología de la profundidad*- para realizar una «demostración más extensiva» (p. 60) para reafirmar su posición, el «convencimiento tan afirmado» que ya tenía el perito. Para esto, referenció la criminología psicoanalítica, es decir, autores vinculados a esta corriente del psicoanálisis. Desarrolló una «mínima citación»

de la «psicología profunda» con el fin de realizar un «estudio psicoanalítico de la personalidad» (p. 60). Describió el ello, el yo y el superyó, mencionó los deseos, lo inconsciente, así como la idea de «complejo materno», «complejo anti-padre» (p. 47) -citando a Jung para definir la idea de *complejo* (p. 49)-.

Esta forma de utilización instrumental y fragmentaria del psicoanálisis no era rara para la época. Los autores vinculados al psicoanálisis que el médico referenció son Sigmund Freud, Alfred Adler, Carl Jung, Franz Alexander, Hugo Staub, Camargo y Marín, Gimenez de Azúa, Emilio Mira y López, Genil Perrin. La conclusión del médico, apoyado en la categoría de *delito neurósico* -un delito consecuencia de su neurosis, la cual desaparecerá tras el acto delictivo-, era sostener cierta inocencia de Iris. El médico a través de este escrito procuraba exculpar a la joven parricida.

Consideramos de particular relevancia el comentario realizado por Valentín Pérez Pastorini. Como vimos, hubo varios comentarios que fueron realizados, entre ellos, uno de Elio García Austt, uno de Francisco Rodríguez, así como una discusión acaecida posteriormente a dichas participaciones. Estos se encuentran publicados en el resumen de la sesión de manera abreviada. En el cuerpo de la revista fue publicado únicamente la totalidad del que realizó el médico floridense, que es de cerca de una carilla de extensión, y no así los de García Austt y Francisco Rodríguez, médicos de mayor reconocimiento y trayectoria. ¿Qué motivó dicha selección? ¿Habrá sido dicho el comentario relevante para la discusión y para el contexto médico-psiquiátrico?

#### UN COMENTARIO INICIÁTICO

El trabajo presentado por el Dr. Payssé estaba claramente direccionado y se encontraba inmerso, como ya mencionamos, en los discursos hegemónicos de la época. Lo interesante del caso, lo novedoso, no se encontraba en la personalidad de esta joven normalista, instruida e inteligente, sino en la ironía que el caso presentaba para una sociedad que se pretendía en la cúspide de lo civilizatorio. El análisis se posicionó desde el discurso de un viejo psiquiatra, el discurso ya establecido y hegemónico.

El comentario de Pérez Pastorini fue el único publicado. Se acompañó tan solo por una pequeña réplica realizada por Payssé. Sus pala-

bras contenían cierto sesgo de irreverencia. No en la forma, ya que, al comenzar su comentario, destacó «el buen deseo» del médico perito para «comprender el alma de esta delincuente», fin para el que aplicó «diversas psicologías», y que este proceder «está bien» ya que «juzgar sin psicología es imposible» (Pérez Pastorini, citado en Payssé, 1936, p. 69). Lo irreverente estaba en la pregunta que instaló y que subrayaba el punto de ruptura y distanciamiento de cierta posición específica del psicoanálisis con el discurso médico-científico.

#### UN PROBLEMA PROFUNDO

Adentrémonos un poco en el comentario. Si bien Pérez Pastorini consideraba que la utilización de la psicología era necesaria, cuestionó la forma en que esto fue realizado por el perito. Sostenía que la aplicación de *diversas psicologías* –procedimiento que era muy frecuente en el ámbito psiquiátrico de la época y que podía representar una forma de jerarquizar la psiquiatría por sobre lo psicológico– tenía como consecuencia vincular «puntos de vista que se contraponen», lo que imposibilitaba «darnos una idea exacta de los mecanismos psíquicos que en esta delincuente la llevó al crimen» (p. 69). La sumatoria de referentes teóricos en lugar de favorecer una mejor comprensión del hecho la obstaculizaba. Este procedimiento, de una sumatoria de autores y referentes teóricos, frecuente en una psiquiatría que tuvo al eclecticismo en su base, era cuestionado por el médico, ya que dejaba al que lo utilizaba «enredado en esta madeja de psicologías tan contradictorias», imposibilitándose el acceso al «alma» de esta «delincuente». «No se le puede pedir más a esta psicología de superficie» (p. 69). Un elemento importante del comentario que realizó Pérez Pastorini fue precisamente este, se distanció de esta forma fragmentaria de utilización de las teorías.

Payssé en su texto mencionó su interés por utilizar la *psicología profunda*, mientras que Pérez Pastorini le respondió cuestionando ciertas aproximaciones, catalogándolas *de superficie*. Este último establece una oposición relevante entre dos tipos de psicologías: una de lo profundo y otra de la superficie. Es menester tener en cuenta que Freud necesitó encontrar formas en las que se contrastara la metodología y especificidad del psicoanálisis

con las otras psicologías de la época. En los primeros años, ya habiendo inventado el término *psicoanálisis* (Freud, 1896/2012b), lo llamaba también *psicología científica*, quedando ambas nominaciones homologadas (Herrera, 2013). En 1910 Eugen Bleuler acuñó el término *psicología profunda* para designar los procedimientos y las teorizaciones de Freud. En 1913, el médico vienés lo utilizaba «por la necesidad de distinguir la metapsicología de la psicología canónica» (Herrera, 2013, p. 166), distinción que

es la concepción de una tópica psíquica, la intelección dinámica de los procesos psíquicos y la especificación de los sistemas en que esos juegos anímicos tiene lugar; en suma, se trata nuevos argumentos y contenidos. «A causa de este empeño he recibido también el nombre de psicología de lo profundo». (pp. 166-167)

La relación entre psiquiatría y psicoanálisis podría ser análoga a la de la superficie y la profundidad: «ofrecía proveerla de una base sólida para mitigar su estrechez y elevarla a la condición de Psiquiatría científica» (p. 167). Freud (1923 [1922]/2012a) definió al psicoanálisis en tres dimensiones: procedimiento de investigación, método de tratamiento y una construcción teórica y de intelecciones psicológicas (p. 247).

En 1924, Freud consideraba el psicoanálisis como «doctrina de los procesos anímicos más profundos [...] psicología de las profundidades» (p. 218). En *¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial* (1926/2012d), en un intercambio ficticio con un *no médico* caracteriza el psicoanálisis por su *profundidad*, lo diferencia de otras psicologías adjetivándolo como *profundo*, homologando inconsciente a profundo.

Retomando el comentario del médico floridense, podemos ver que se centra en esta oposición, al considerar lo siguiente:

Pero, entra el autor a tratar el caso. El punto de vista psicoanalítico (también de la psicología de Adler, que no comentaremos) aplicando los conocimientos de esta ciencia a la comprensión y explicación de este caso de crimen. Y nos da una interpretación analítica y hasta nos habla tal o cual complejo. Y aquí, a mi criterio, el error fundamental, pues *su estudio está basado en la psicología tradicional que no puede llegar al inconsciente*, que

por ende lo desconoce; olvida que *el Psicoanálisis tiene su técnica propia, y que es imprescindible usar*, (y con más razón en este caso «práctico») *si se quiere alcanzar ese plano conflictual inconsciente*. (Pérez Pastorini, citado en Payssé, pp. 69-70; itálicas mías)

Puede verse que el objetivo del párrafo es realizar la distinción entre psicoanálisis y otras formas de aproximación a lo anímico, entre psicoanálisis y psiquiatría, allí precisamente donde Freud la realizaba, en las profundidades. Fue Pérez Pastorini el que dispuso esta oposición y estableció una jerarquía y relevancia de lo profundo por sobre lo superficial.

Es la primera vez, en el ambiente médico uruguayo, en la que se aproximaron las intelecciones psicoanalíticas a su procedimiento, siendo este último imprescindible para poder realizar consideraciones psicoanalíticas. Y daba un paso más: el estudio y el conocimiento del psicoanálisis no era suficiente, sino que se hacía necesario hacerlo; algo del psicoanálisis se «entiende solo después de «hacer» psicoanálisis» (p. 70). Para terminar, insistió: los motivos inconscientes

no pueden ser apreciados y diagnosticados más que por la psicología en profundidad y a él se llega con el instrumental psicológico, repetimos, que es distinto al que el perito psiquiatra posee. Con un espíritu racionalista y consciente no se pueden juzgar los fenómenos del inconsciente. (p. 70)

La irreverencia se ubicaba allí precisamente en una forma de concepción de la psiquiatría, de limitarla y delimitarla, dando lugar así a la especificidad del psicoanálisis. Quedaba atrás cierto eclecticismo, un psicoanálisis descolgado. En otras palabras: del psicoanálisis ya no podía hablarse de cualquier manera.

#### UN ACTO CONSTITUTIVO

El comentario de Valentín Pérez Pastorini no solo vinculaba una práctica psicoanalítica, hasta entonces segmentada y fragmentada, con la definición freudiana, con la tríada *método de investigación, método de tratamiento, corpus teórico o conceptualizaciones*, sino que también representaba un intersti-

cio, delimitándose allí lo que Foucault (1969) llamaba una *función de autor*. Tengamos en cuenta que la función de autor clasifica, incluye y excluye, se sitúa en un lugar de ruptura, ofrece cierta unidad –imaginaria– a una agrupación de textos. Como acto de poder, ejercido a través de un comentario, se instalaba algo del orden de lo homogéneo que daba cierta unidad y posibilitaba que luego existieran diferentes teorizaciones y corrientes en el psicoanálisis. Pero hay un paso más en esta crítica. El planteo del médico floridense se erigía en un movimiento identitario, pero lo que definía era una diferencia. No solo daba lugar a cierta homogeneidad, sino que definía un adentro y un afuera del psicoanálisis, lo que a la vez iba a posibilitar construir las futuras diferencias internas en el campo psicoanalítico. A partir de este acto, podremos hablar de una acumulación teórica que abrió sus ramas a una psicósomática, un kleinismo u otras formas de marcar transformaciones, deformaciones y recorridos de un discurso psicoanalítico.

#### UN PROBLEMA CON CUERNOS

La irreverencia involucraba también a la ciencia en su totalidad. En el comentario aparece una cita a Nietzsche en la que vale la pena detenerse. El problema en el que el perito se encontraba era «un problema con cuernos» según la expresión *nietzscheana* (Pérez Pastorini, citado en Payssé, p. 69). Es interesante que sea esta la expresión que utilizó el médico, ya que la misma fue utilizada por Nietzsche a la hora de realizar cuestionamientos a la ciencia. Con esta cita, podemos pensar que subraya la problemática de la psiquiatría a la hora de trasvasar sus límites, su insuficiencia y su contradicción –al utilizar concepciones de manera parcial y desarraigadas–. Puede pensarse que realizó un desplazamiento hacia el campo de la ciencia, «al problema de la ciencia misma – la ciencia concebida por vez primera como problemática, como discutible» (Nietzsche, 1872/s. f., p. 1). El surgimiento del psicoanálisis estuvo estrechamente vinculado con el fracaso de la psiquiatría al expulsar al sujeto, dejarlo fuera de la ecuación, de la búsqueda de la ilusión objetivista del cientificismo.

En este sentido, es la posición de exterioridad que el médico floridense subrayaba lo que posibilitaba estas precisiones. Es necesaria verla desde fuera, con la óptica del artista (Nietzsche, 1872/s. f.). «Tal carácter proble-

mático de la ciencia no es, sin embargo, un problema que pueda aparecer en su propio terreno; no alude a un problema que ella misma plantee, que surja dentro de ella» (Fink, 2000, p. 23).

Fue precisamente su exterioridad en relación con la psiquiatría, su ya existente práctica psicoanalítica, lo que le permitió al psicoanalista decirle a Payssé que se encontró con un problema con cuernos, destacar el carácter problemático y sospechoso de sus planteos y oponerla a «una especie completamente distinta de verdad» (p. 23). Nietzsche habló de *verdad de la tragedia*, que nombró *Dionisos*. La mirada del psicoanalista abría una pulsación, cuestionaba, interrogaba, ponía en juego la dimensión problemática de la ciencia.

En este sentido, no era una referencia ingenua; el *problema con cuernos* refería a aquello que la ciencia no podía hacer entrar en su campo. Pérez Pastorini ya se encontraba realizando una práctica psicoanalítica en sus tres vertientes. A este comentario, que destacaba y subrayaba la importancia de una correspondencia entre el método y las consideraciones psicoanalíticas, se le sumaba su *hacer*. El psicoanálisis y la sexualidad, los sueños y su interpretación ya estaban presentes en la práctica del médico floridense. Como ejemplo, podemos ver unas anotaciones clínicas de su archivo personal, de sus cuadernos clínicos, anotaciones que dan cuenta de que, en su ejercicio del psicoanálisis, en 1935, ya utilizaba los sueños para su análisis y su interpretación, así como conceptualizaciones acerca de la «castración» y su simbología, las «tendencias reprimidas», la «bisexualidad», la «transferencia», la «sexualidad»; en otras palabras, una terminología y una técnica psicoanalíticas.

Este comentario tuvo como carácter iniciático lo público y lo irreverente, a la vez que hacía inteligible la diferencia entre una práctica que articulaba las tres dimensiones propuestas por Freud y otras formas de utilización de las teorías freudianas. Las tres dimensiones freudianas – método de investigación, método terapéutico y conceptualizaciones teóricas – quedaban necesariamente articuladas, y en su unión se distanciaban del discurso médico-psiquiátrico. El psicoanálisis tenía *otro método*, así como *otro objeto*, y esto se tornó ineludible. Al hacer esta mención en un caso público, que fue publicada, Pérez Pastorini imprimió una identidad al discurso psicoanalítico que sería fundacional para cierta forma de hablar y de referir al psicoanálisis en el ámbito médico uruguayo.

## LA DELINCUENTE

Encontramos en su comentario también otro elemento que nos es de interés para dilucidar qué estatuto de verdad le da Pérez Pastorini al peritaje realizado por su colega (Payssé, 1936). Leyendo el peritaje, uno encuentra múltiples formas de nombrar a Iris: «señorita X», «I», «autora del suceso de autos», entre otras, y el acto es mencionado como «acto delictuoso». Como vemos, en ningún momento es nombrada como delincuente. Esto no debe sorprender, ya que todo el informe está escrito con el propósito de demostrar cierta inocencia, de exculparla de su delito, de proponer una inocencia basada en que «si delinquiró, fue impulsada por un estado de desarmonía psíquica» (p. 66). ¿Por qué entonces Pérez Pastorini médico la llama delincuente al menos dos veces en su comentario?

Podemos realizar algunas hipótesis. Como vimos, el discurso del médico perito se encontraba alineado con un discurso hegemónico -acorde a lo publicado por los diarios de la época-. El carácter de delincuente de la joven implicaba una ironía. ¿Es que Pérez Pastorini notó algo de la contradicción del caso?

Entre las notas y apuntes personales<sup>9</sup> de Pérez Pastorini, así como en el texto de Payssé, hay referencias al libro *El delincuente y sus jueces desde el punto de vista psicoanalítico*, de Franz Alexander y Hugo Staub (1928/1961). El argumento que da sostén al trabajo de estos autores es precisamente la implicación social que genera un crimen no resuelto o una pena injusta. Cuando esto sucede, se horada el «sentimiento jurídico», que consiste en

mantener ciertas autolimitaciones individuales, necesarias a la comunidad. Su lesión produce [...] una regresión, que empieza en el descontento y termina en la rebeldía, llegada la cual el hombre no se presta ya a inhibir voluntariamente sus instintos, como haría en estado normal. (p. 29)

Para los autores, era precisamente el psicoanálisis el que podía alcanzar los móviles, siempre inconscientes, del crimen, y así poder favorecer

9 Cuadernos y anotaciones que contienen borradores de trabajos, peritajes y cuadernos clínicos.

un proceso judicial que llegara a una pena justa. Una pena individual era considerada fundamental para un proceso social, una justicia social. No debe sorprendernos que Pérez Pastorini no haya dado por sentado la inocencia de Iris, ya que, precisamente, para poder tener una conclusión al respecto, necesitaba del método psicoanalítico.

Raquel Capurro y Diego Nin (2018), a partir de una lectura psicoanalítica del caso, dan lugar a esta problemática. Consideran que dejar a la joven sin una pena contribuyó al desencadenamiento de la locura de Iris, quien dos décadas más tarde ingresó al Hospital Vilardebó con diagnóstico de «episodio delirante con una personalidad psicopática paranoica».

#### ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

Comenzaba así a construirse una nueva etapa del psicoanálisis en Uruguay configurándose lo que Christian Dunker y Eduardo Zanetti (2017) denominan *cambio en el umbral de epistemologización*. Se define como un primer momento de positividad en el que, dentro de un campo discursivo existente, se hace inteligible un hecho que marca un corte y una diferencia con la discursividad existente. Hace un recorte de la mirada novedoso y que produce efectos específicos. Es un momento preanalítico que no necesariamente requiere de una coherencia discursiva, sino de una inquietud que ubica al que lo individualiza en cierta posición de alteridad. Ese es el lugar en el que se encuentra Valentín Pérez Pastorini, el de cierto extrañamiento novedoso. Luego iba a suceder la historia conocida ya por nosotros: su camino de formación en el psicoanálisis en la Asociación Psicoanalítica Argentina, su acercamiento a la psicósomática, su análisis con Ángel Garma y su lugar como el primer analista didacta uruguayo. En la década del cuarenta, su práctica llevó el psicoanálisis al Hospital Vilardebó (único hospital monovalente de agudos en el Uruguay), la utilización del narcoanálisis con pacientes internados en dicho nosocomio, la aplicación de conceptos psicoanalíticos en peritajes y el acercamiento a una criminología psicoanalítica, la transmisión a sus colegas y a los miembros fundadores de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Ya en este comentario podemos vislumbrar las marcas que lo iban a hacer recorrer los caminos de la psicósomática, su solución de compromiso entre

lo médico y lo psicoanalítico. Pero aquí destacamos este movimiento, tan irreverente como fundacional, en el que, a partir de la discriminación de un discurso de la psiquiatría, aparecen las trazas de un campo propio del psicoanálisis. ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, F. y Staub, H. (1961). *El delincuente y sus jueces desde el punto de vista psicoanalítico*. Biblioteca Nueva. (Trabajo original publicado en 1928).
- Capurro, R. y Nin, D. (2018). *Extraviada*. Una piraña.
- Donya, G. y Florio, M. (2019). Entre «magos, persas y poetas»: La biblioteca psicoanalítica del Dr. Valentín Pérez Pastorini. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 129, 165-189.
- Dunker, C. y Zanetti, C. (2017). Construção e formalização de casos clínicos. En C. Dunker, H. Ramirez y T. Assadi (org.), *A construção de casos clínicos em psicanálise* (pp. 23-45). Annablume.
- Etchepare, B. (1913). Ceguera histérica. *Revista Médica del Uruguay*, 113-119.
- Fink, E. (2000). *La filosofía de Nietzsche*. Alianza.
- Foucault, M. (1969). Qu'est-ce qu'un auteur? *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, 7, 73-104.
- Freud, S. (2012a). Dos artículos de enciclopedia: «Psicoanálisis» y «Teoría de la libido». En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18, pp. 227-254). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923 [1922]).
- Freud, S. (2012b). La herencia y la etiología de las neurosis. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 3, pp. 139-156). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1896).
- Freud, S. (2012c). Presentación autobiográfica. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 20, pp. 71-164). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925 [1924]).
- Freud, S. (2012d). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 20, pp. 165-244). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).
- García Austt, E. (1937). Delitos pasionales, delitos delirantes. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*, 11, 3-47.
- Herrera, A. (2013). *Epistemología del psicoanálisis*. Palibrio.
- Marinelli, L. y Mayer, A. (2011). *Soñar con Freud*. Teoría y ensayo.
- Milán, G. y García, F. (2019). Un caso de mutismo (1925): Cura, palabra, poder. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 129, 139-164.
- Nietzsche, F. (s. f.). *El nacimiento de la tragedia*. La Cueva. <https://web.seducoahuila.gob.mx/biblioweb/upload/Nietzsche%20Friedrich%20-%20El%20nacimiento.pdf> (Trabajo original publicado en 1872).
- Payssé, C. (1936). Psicogénesis de un parricidio. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*, 4, 35-70.
- Sección de anexos (1936). *Revista de Psiquiatría del Uruguay*.

# El cerno de la estructuración psíquica<sup>1</sup>



SUSANA GARCÍA VÁZQUEZ<sup>2</sup>

DOI: 10.36496/N136-137.A7

ORCID ID: 0009-0006-7147-4774

RECIBIDO: MARZO DE 2023 | ACEPTADO: JUNIO DE 2023

## RESUMEN

En el intercambio realizado sobre el tema de *lo infantil*, la autora plantea que dicha denominación es pertinente, aceptando que las palabras nunca dan cuenta de la profundidad que pretenden, siempre que aceptemos que eso que llamamos infantil son marcas originarias que se juegan en la estructuración psíquica, muchas intraducibles a la palabra, soterradas pero con efecto significativo en la estructura, y que no se trata de la infancia, sino que nos acompañan durante toda la vida y pueden emerger en forma de actos, soma o creatividad.

Esto plantea problemas en la práctica psicoanalítica si nos limitamos a la escucha del discurso verbal y a la asociación libre.

1 Trabajo presentado en 2021 en actividad científica de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay «Acuerdos y desacuerdos sobre lo infantil en psicoanálisis: Intercambio y debate» (Susana García: *Lo infantil que no es la infancia*; Javier García: *¿Lo infantil en psicoanálisis?*).

2 Miembro titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. sgarvaz@gmail.com

A veces es en el analista donde se producen ocurrencias, captando indicios e introduciendo hipótesis en una puesta en palabras que es imprescindible, pero aceptando que son siempre imprecisas y que intentan bucear en lo irreductible de lo infantil, generador de repeticiones y dolor, pero también de creatividad.

**DESCRIPTORES:** SUBJETIVACIÓN / SEXUALIDAD INFANTIL / HUELLA  
MNÉMICA / MEMORIA / TRANSFERENCIA / LO ORIGINARIO

### SUMMARY

In the exchange carried out on the topic of *the infantile*, the author says that this denomination is pertinent, accepting that words never account for depth they seek, as long as we accept that we call childish are original marks that are played in the psychic structure, many of them untranslatable into words, buried but with a significant effect on the structure and that is not about childhood but they accompany us throughout our lives, and they can emerge in the form of acts, soma or creativity.

This raises problems in psychoanalytic practice, if we limit ourselves to listening to verbal discourse and free association. Sometimes it is in the analyst that occur, capturing clues and introducing hypotheses in a putting into words that are essential but accepting that they are always imprecise and that they try to dive into the irreductible of the infantile generates repetition and pain but also creativity

**KEYWORDS:** SUBJECTIVATION / INFANTILE SEXUALITY / MEMORY  
TRACE / MEMORY / TRANSFERENCE / THE ORIGINARY

captar lo que hay de real en lo real con  
 una pasión  
 que rechazará todo extremismo, toda  
 temeridad.

Pier Paolo Pasolini<sup>3</sup>

Una de las noches, en el jardín donde Marco Polo hace el relato de sus viajes, Kublai observa que hay una ciudad de la que no habla nunca y que esa ciudad es Venecia (Calvino, 1972/2017). El viajero le responde de inmediato con una pregunta: «¿De qué crees que hablaba, entonces? [...] Cada vez que describo una ciudad digo algo de Venecia. [...] Para distinguir las cualidades de las otras debo partir de una primera ciudad que permanece implícita» (p. 64). Esa es Venecia... «Quizá tengo miedo de perder a Venecia toda de una vez si hablo de ella. O quizás, hablando de otras ciudades, la he ido perdiendo poco a poco» (p. 65).

Este maravilloso fragmento da cuenta para mí del modo como pretendo encarar lo infantil. Esa Venecia implícita en cada relato, en cada recuerdo, en cada creación, en cada ausencia, en *cada* dolor, en cada pérdida, de la que no se puede hablar porque no hay palabras o porque se pierden las palabras del otro y también las propias.

En psicoanálisis usamos con frecuencia el artículo *lo*, que pretende ser neutro, aspecto este siempre problemático en español. Así *lo* infantil, lo inconsciente, lo negativo, etc. Todo esto abarca un sinnúmero de malentendidos, puntos de vista y conceptualizaciones diversas. ¿De qué inconsciente hablamos? ¿De qué infantil? ¿Del niño? Esto obliga a tomar una posición, que es la que pretendo transmitir en este trabajo.

*Lo infantil* que me interesa es el cerno sobre el que se constituye el sujeto. Es la masa de la que estamos hechos, generadora de deseo, de represiones, de escisiones, de afectos, de simbolización.

Con esto digo que lo infantil no es la infancia, no es una etapa de la vida, no es un momento del desarrollo -aunque también los incluye,

3 Citado por Badiou (2016, p. 88).

obviamente-, sino las marcas con sus efectos, que nos acompaña desde el nacimiento hasta la muerte.

¿Cómo se arma, como se constituye esto que llamamos *lo infantil*? Pienso que es inseparable, que está absolutamente intrincado con la sexualidad infantil, el deseo, las fantasías «originarias», lo que se vincula de manera compleja con la temporalidad y la memoria.

Laplanche (1987/1989) señala que hay términos a los que es necesario que el psicoanálisis les otorgue un lugar, sin que ello implique que sean fundamento de la disciplina. Por ejemplo, *biológico, desarrollo, historia, apego, fijación, regresión*, entre otros.

Plantea que hay un extravío biologizante en psicoanálisis; eso no implica desconocer que, para el armado de una estructura psíquica, se requieren montajes reguladores biológicos; que hay, desde el inicio de la vida, desarrollo de potencialidades ya presentes que se despliegan, que también pueden tener un orden determinado, pero no se pueden excluir las reorganizaciones, las mutaciones, por tanto, es un desarrollo dialéctico que tiene que incluir en la partida a la madre o el ambiente.

Lo mismo respecto a la historia. Daniel Gil decía que el análisis empieza cuando termina el «cuéntame tu vida», y así es. Lo central de la cura no es la historia que contamos -que, ya sabemos, es subjetiva, parcial, armada por el yo, imaginaria-, aunque esa historia lingüística es necesaria. No solo porque importa reconocer y escuchar lo que el paciente cuenta, sino porque hay tiempos que son históricos en el armado psíquico, y no son míticos. Hay tiempos reales, acontecimientos que marcaron al sujeto que tienen consecuencias significantes. Sin embargo, es importante distinguir lo acaecido, «los hechos», recuerdos propios o de otros sobre lo ocurrido, siempre parciales, de lo que es el acontecimiento, configurado por lo producido sobre lo que acontece, que puede tener diversos destinos, según la trama que cada sujeto pueda construir, lo que configura una alta individualidad<sup>4</sup>.

4 «La realidad del acontecimiento es una cosa, pero hay otra cosa además: es la historicidad del acontecimiento, es decir, algo flexible [*souple*] y decisivo que fue una impresión en el sujeto, y que dominó y que es necesaria para explicar la continuación de su comportamiento» (Lacan, 1952/s. f., p. 7).

Lacan (1952/s. f.) en su estudio de El hombre de los lobos, nos dice que hay *dos memorias*: «El niño se acuerda de algo que ha existido y que no puede ser rememorado sobre el plano simbólico. Y esto determina sin embargo *todo* su comportamiento ulterior» (p. 12).

Yo cuestionaría que el niño «se acuerda», claro que también «se acuerda», y en el análisis, en la movilización transferencial, surgen recuerdos silenciados, olvidados, ignorados, desmentidos, pero no solo recuerda -y este es el problema y tal vez es un interesante punto de debate-, sino que puede producirse algo nuevo en la escena transferencial.

Ya he planteado mi coincidencia con autores que teorizan sobre una memoria no rememorable, «huellas imborrables de impresiones precoces dejadas por influjos reales que se ejercieron sobre la vida pulsional y fantasmática» (Enriquez, 1990, p. 118); estas huellas están inscriptas en el cuerpo y en la psiquis, y parte de esas huellas quedan sepultadas por la represión primaria, como lo plantea Freud, y otras en cambio logran traducción a cosa o palabra.

Sin embargo, algunos de esos signos no traducidos tienen efectos generadores de compulsiones, de actos, que se repiten sin cesar y en algunos casos, y siempre parcialmente, logran traducción en transferencia, siempre dejando restos, pero ese movimiento puede no emerger a través de la palabra y frecuentemente está desmentido y denegado. Son signos sin palabras; sabemos que también lo podemos llamar lenguaje, pero creo que vale la pena diferenciarlos porque cambia la forma de abordaje.

¿Cómo llega el paciente? ¿Cómo saluda? ¿Cómo se va? ¿Cómo se sienta? Cuáles son sus gestos, sus rasgos de carácter (palabra esta muy despreciada en psicoanálisis), su tono de voz, su modo de expresar afecto, alegría, rabia son indicios que pueden abrir caminos y se pueden convertir en palabra en el analista. Indicios, como dice Pierce (1986) haciendo una extensión a su método racional y filosófico para nuestro quehacer, que se podrían traducir por la abducción: «El índice no afirma nada; solamente dice “¡Allí!”» (p. 60). Agarra nuestros ojos, por así decir, y los dirige a la fuerza [*forcibly*] hacia un objeto particular, y ahí se detiene. «Es la sensación de que algo me ha golpeado o de que yo estoy golpeando algo; podríamos llamarla sensación de colisión o choque» (p. 60).

«Allí», ¿qué es eso? Es enigmático para el analista, y a veces construye

hipótesis y conjeturas en silencio. Huellas indestructibles, están fijadas y son ¿inconcientes?, ¿preinconcientes? Otro debate que es demasiado para abordar en este momento. Yo las pienso como inconcientes y sepultadas, pero a través de los efectos que evidencian puede suceder, transferencia mediante, que se produzca el reensamblaje de marcas que hacen ruido, que son actuales y efectivas, y que puedan insertarse siempre parcialmente en una cadena significativa. Algo tuerce la cabeza y dice «Allí». ¿Qué es? No lo sabemos. Pero puede valer la pena conjeturar. Silvia Bleichmar (2006) señala que en la historia que el paciente relata, lo importante son sus fracturas, sus omisiones, pero también todo lo «inligable capaz de producir efectos y que debe ser volcado a una simbolización eventualmente posible para evitar los efectos compulsivos que acarrea para el psiquismo» (p. 142).

Estas marcas, estos gestos, estos modos de estar ahí son a mi juicio lo que puede llamarse «lo infantil en psicoanálisis». No es que llevemos un niño adentro, no es el niño mítico que también se evidencia en los relatos, sino las marcas dejadas por el otro y siempre transformadas de modo heterogéneo por el niño o por el adulto que devendrá.

Laplanche (1981/1987) señala que «el inconciente no es el discurso-deseo del otro, es el resultado de un metabolismo extraño que lleva consigo descomposición y recomposición» (p. 130). Y eso lo convierte en altamente individual. Marcas del otro/Otro nos constituyen como sujetos y permanecen por siempre en nuestra estructura psíquica, con sus transformaciones, condensaciones, desplazamientos, con palabras, siempre escasas, siempre limitadas.

Marcas significantes que podemos denominar como lo infantil, o lo primario, o lo originario, sin que resolvamos fácilmente los problemas que se configuran con estas palabras. En eso acuerdo con Abadi (1984)<sup>5</sup>: «el adjetivo “infantil” no denota al niño. Connota lo que tiene de específicamente humano la sexualidad del *anthropos*, que se estructura desde y en la infancia» (p. 5).

5 Texto que aportó Javier García en el intercambio científico que tuvimos.

Y hablando de esas marcas, tomemos este fragmento literario:

El dolor de Lucila (la madre) formó parte de nuestra infancia, y más tarde de nuestra vida adulta, sin duda *nos forjó* a mi hermana y a mí. Sin embargo, toda tentativa de explicación está destinada al fracaso [...]. La escritura es impotente. Como mucho permite plantear preguntas e interrogar la memoria. (De Vigan, 2011/2019, p. 41; destacado mío)

Coincido con la escritora; su intento de reconstruir la historia familiar la encuentra reuniendo datos, versiones, fragmentos dispersos, que con solo ordenarlos los convierte en ficción. Es la memoria que recuerda, el Yo que busca, que anota, que registra la historia que podemos contar y que, alentados por el momento analítico, podemos buscar, rectificar, confirmar con nuestros hermanos, nuestros padres, en fin.

Pero soy de las que piensan que la historia que se va construyendo en el análisis, los afectos que se juegan, la movilización estructural que se produce en transferencia es un acontecimiento nuevo.

Vale que nos interroguemos por las formas diversas de expresión de lo acontecimental y por las diferencias humanas para sobrellevar, resistir situaciones altamente traumatizantes o convertirlas en literatura, pintura, creación. O sea que esas marcas traumáticas también pueden convertirse en belleza y se puede tratar de ponerles palabras.

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!  
 Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,  
 la resaca de todo lo sufrido  
 se empozara en el alma... ¡Yo no sé!  
 (Vallejo, 1919/1983, p. 59)

¿Cómo es posible convertir en belleza *la resaca* de todo lo sufrido que *se empoza* en el alma?

Laplanche plantea que el análisis es una reapertura a la situación originaria; puede ser discutible, pero es pensable. Hay momentos intensos de captación, de expresión de signos generadores de desestabilización, perturbación psíquica, en los que algo de lo fijado se desengancha y algo

nuevo se liga, y que no pasa necesariamente por la palabra, aunque sea fundamental buscar ese pasaje, pero sí pasa por la transferencia.

Coincido también con Abadi (1984) cuando dice que la sexualidad infantil «es humana, inconsciente, endogámica, histórica, biográfica, cultural, prohibida, mítica, simbólica, polimorfa [...], sustituible, sublimable, imaginaria» (p. 11), y no perversa.

Pero este autor no destaca algo que creo central, y que es el aspecto parcial, que es una característica fundamental de esta llamada sexualidad *infantil*, y de ese modo Abadi se desmarca –a mi entender– de los cambios que se producen en la adolescencia y del lugar diferente y de gran importancia que tiene la relación con el objeto. Como mínimo, podemos decir que la sexualidad llamada *adulta* suele tener un objeto menos aleatorio y una represión secundaria, por desgracia y por suerte, mucho más establecida. «El objeto parcial apenas es un objeto, más cercano al indicio» (Laplanche, 1987/1989, p. 148). Es necesario distinguir el objeto parcial del llamado objeto *objetal*; difícil denominación, también, porque tiene consecuencias clínicas y diferencias estructurales.

¿Por qué llamarla infantil? Sin duda que es discutible, pero el principal partido se juega en los orígenes del sujeto; no el único, pero sí el fundamental. Por eso yo creo que el motivo que generó este intercambio, que fue título del 52º congreso internacional de Psicoanálisis: «Lo infantil: Sus múltiples dimensiones», deberá destacar este lado constitutivo y central de lo llamado infantil, que tiene consecuencias sociales, culturales, personales de gran gravitación.

Seguimos dando vueltas en redondo: lo infantil, sexualidad infantil, lo primario, lo originario, los fenómenos residuales, en fin, ¿no será que no hay palabras para dar cuenta del armado psíquico, sumamente individual, imposibilitando definiciones precisas? Barthes (1975/2018) dice que «para que el psicoanálisis pueda hablar es preciso que se apodere de otro discurso, de un discurso un poco torpe» (p. 193).

Yo creo que de algún modo hay que llamarlo porque creo que estamos todos de acuerdo en que el partido principal de la estructuración psíquica se juega en los primeros cinco años de vida. Obvio que se producen cambios en la adolescencia y la adultez, pero las marcas traumáticas que

desarticulan la estructura, aun en épocas posteriores, son, desde mi perspectiva, marcas originarias. «Lo originario es algo que trasciende el tiempo, pero que permanece al mismo tiempo ligado al tiempo» (Laplanche, 1987/1989, p. 66).

Dice Barthes (1975/2018):

Del pasado lo que más me fascina es mi infancia; sólo ella, al mirarla, no me hace extrañar el tiempo abolido. Pues no es lo irreversible lo que descubro en ella; es lo irreductible: todo lo que aún está en mí, a veces. (p. 193)

Esto es lo que podemos denominar como lo infantil, no siempre irreversible, que también puede serlo, pero siempre irreductible.

«Vivía como un don nadie y soñaba como un don nadie. A mi paso en lugar de huellas quedaban tan sólo unas pequeñas hendiduras llenas de nada» (Tibuleac, 2019, p. 155), dice un personaje con una relación materna muy dañada por el desamparo y lleno de odio. «Tal vez si hubiéramos nacido al revés –yo la madre y ella el hijo– todo habría salido mejor» (p. 155).

Y pudo llevar a cabo algo que con frecuencia vemos en la clínica: un hijo que ocupa el lugar materno, en un desesperado intento de reparar esas huellas fijadas y no del todo simbolizadas, generadoras de angustias arrasadoras e impensables. Pero ese recurso no implica la posibilidad de restaurar esas marcas soterradas.

Así lo expresa también De Vigan (2011/2019): «una memoria que parece quedar intacta, que nunca se borrará del todo, lo mismo que el dolor que las acompaña» (p. 66).

Como dije, esas marcas, esos signos tienen distintos destinos y distintos modos de expresión, y para algunos de ellos no es la interpretación de lo reprimido secundariamente el mejor camino.

Barthes (1975/2018) dice que tenemos una

pasión constante (e ilusoria) de aplicar a todo hecho, aun el más nimio, no la pregunta del niño: *¿por qué?*, sino la pregunta del griego antiguo, la pregunta por el sentido, como si todas las cosas se estremecieran de sentido. (p. 194)

Esto es lo que puedo atisbar con respecto a lo infantil, aceptando, como dijo Freud (1926 [1925]/1992), que «si no podemos ver claro, al menos veamos mejor las oscuridades» (p. 118). ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Abadi, M. (1984). El malentendido acerca de la sexualidad infantil. *Imago*, 11, 5-11.
- Badiou, A. (2016). *En busca de lo real perdido*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 2015).
- Barthes, R. (2018). *Roland Barthes por Roland Barthes*. Eterna Cadencia. (Trabajo original publicado en 1975).
- Bleichmar, S. (2006). La deconstrucción del acontecimiento. En L. Glocer Fiorini (comp.), *Tiempo, historia y estructura*. Lugar.
- Calvino, I. (2017). *Las ciudades invisibles*. Crasis. (Trabajo original publicado en 1972).
- Enríquez, M. (1990). La envoltura de la memoria y sus huecos. En D. Anzieu, D. Houzel, J. Guillaumin, A. Missenard, M. Enríquez, A. Anzieu, J. Doron, E. Lecourt y T. Nathan, *Las envolturas psíquicas*. Amorrortu.
- Freud, S. (1992). Inhibición, síntoma y angustia. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 20, pp. 71-164). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926 [1925]).
- Lacan, J. (s. f.). Notas de Seminario 1952: el hombre de los lobos (Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados, trad.). *Lacanterafreudiana*. (Trabajo original publicado en 1952). <https://www.lacanterafreudiana.com.ar/2.5.1.3%20%20%20EL%20HOMBRE%20DE%20LOS%20LOBOS,%201952.pdf>
- Laplanche, J. (1987). *Problemáticas 4: El inconciente y el ello*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1981).
- Laplanche, J. (1989). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1987).
- Pierce, C. (1986). *La ciencia de la semiótica*. Nueva Visión.
- Tibuleac, T. (2019). *El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes*. Impedimenta.
- Vallejo, C. (1983). Los heraldos negros. En C. Vallejo, *Obra poética completa*. Alianza. (Trabajo original publicado en 1919).
- Vigan, D. de (2019). *Nada se opone a la noche*. Anagrama. (Trabajo original publicado en 2011).

# Aproximando la pasión femenina



ALICIA LEISSE DE LUSTGARTEN<sup>1</sup>

DOI: 10.36496/N136-137.A8

ORCID ID: 0000-0002-4177-9917

RECIBIDO: MARZO DE 2023 | ACEPTADO: MAYO DE 2023

## RESUMEN

Las líneas recorridas pretenden destacar cómo se gesta la pasión o los estados pasionales, marco de las vivencias tempranas del desarrollo psíquico, deteniéndonos en eso particular que hace a la mujer. Nos hemos movido en el terreno de los comienzos de la vida, donde reinan las satisfacciones narcisistas, gestoras del sí mismo, al tiempo que las vivencias polares del todo o nada, de las gratificaciones dentro de la ilusión de completud que colorean ese mundo temprano. El advenimiento progresivo de la condición de sujeto encara al pequeño ser con la falta, motor del deseo, vía fantaseada en su proceso de subjetivación, condición de vida.

**DESCRIPTORES:** AMOR / PASIÓN / NARCISISMO / FEMINEIDAD  
/ RELACIÓN MADRE – HIJA / SUBJETIVACIÓN

1 Miembro titular en función didáctica de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas. aleisse@gmail.com

## SUMMARY

The lines covered are intended to highlight how passion or passionate states are gestated, a framework of the early experiences of psychic development, dwelling on that particular thing that makes women. We have moved into the terrain of the beginnings of life, where narcissistic satisfactions reign, managing the self, as well as polar experiences of all or nothing, of gratifications within the illusion of completeness that color that early world. The progressive advent of the condition of subject faces the small being with the lack, motor of desire, fantasized way in its process of subjectivation, condition of life.

**KEYWORDS:** LOVE / PASSION / NARCISSISM / FEMINITY / FATHER-DAUGHTER RELATIONSHIP / SUBJECTIVATION

## ALGUNAS IDEAS PARA COMENZAR

Desde el discurrir histórico, en el que la mujer se ha visto supeditada al hombre en casi todos los órdenes de la vida, nos corresponde indagar sobre los efectos que han traído investigaciones psicoanalíticas divergentes de algunos enunciados freudianos, en procura de salir de una suerte de determinismo más apoyado en la biología, desconocedor de la condición de cambio de un sujeto siempre en movimiento. Es el caso de lo que tiene que ver con lo femenino y la mujer, a quien Freud terminó por considerar «un continente oscuro» (1926/1976d); eso sí, abierto a la exploración de psicoanalistas mujeres, que estarían más cerca de dar con ello.

Desde hace unos cuantos años, el tema de la pasión es tratado psicoanalíticamente en forma específica por algunos autores. Entre ellos, las ideas más originales y abundantes son las de Piera Aulagnier (1923-1990), psicoanalista francesa de quien parto para las reflexiones que hoy recojo. Muchos otros escritos aportan desarrollos que teorizan alrededor de lo que refiere a los comienzos de la vida psíquica, la estructuración del sí

mismo, las vivencias correspondientes al intercambio inicial con los objetos, los déficits, entre tantos tópicos, aspectos estrechamente vinculados a la comprensión psicoanalítica de la pasión. En la década de los noventa, comencé a pensar en la importancia del narcisismo temprano como punto de partida de la organización psíquica del sujeto. Y es que sin quitar el destacado papel que la resolución del Edipo ejerce en cada sujeto: renuncia a la omnipotencia -no se lo es todo- y aceptación de la castración -no se lo tiene todo-; las vivencias que se tienen desde el narcisismo de los comienzos hacen efecto en el ensamblaje con el que transita cada quien, pilares para la construcción estructural que cada individuo exhibe.

En las ideas que queremos destacar, nos encontramos con dos aristas centrales: el papel del amor y su entronque temprano con la pasión. En *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud (1921/1976c) habló sobre el enamoramiento, destacando su carácter pasional cuando afirma:

El yo resigna cada vez más todo reclamo, se vuelve más modesto, al par que el objeto se vuelve más grandioso y valioso; al final llega a poseer todo el valor de sí mismo del yo y la consecuencia natural es el autosacrificio de este. El objeto, por así decir, ha devorado al yo. (p. 107)

Expresión que consideramos desde los amores de los comienzos de la vida, con su cualidad de intensidad y efectos definitorios a lo que hace al sí mismo, al tiempo que da cuenta de un elemento fundamental, el profundo compromiso en la relación amorosa con un otro, del amor a sí mismo y la recuperación, en ese otro, de aquello que le falta y busca completar, esencia del narcisismo y eje de la constitución del sujeto humano.

Este es un punto central a considerar en la pasión. Recoge los efectos de las vivencias tempranas en sus logros y en sus faltas, es decir, en la ilusión de lo que se querría tener y en la frustración de lo que nunca se tuvo. Digo central porque nos permite entender por qué la pasión amalgama lo vital llevado al éxtasis con lo destructivo, en la falacia del éxtasis buscado.

Voy a considerar a continuación algunas ideas que refieren específicamente a *la pasión femenina*.

En un trabajo anterior, al detenerme en las vivencias derivadas de la relación temprana, me encontré con particularidades que refieren a lo que

ocurre en la niña que permiten aproximaciones relevantes. Para empezar, no podemos ignorar la dirección que marca la cultura a lo largo de los siglos, cómo define al varón, cómo a la niña y cómo interviene en lo que compete a cada uno. De la misma manera que hay un Edipo femenino y una expresión particular de la castración, ocurre lo propio con la pasión. Algunas afirmaciones la señalan como femenina, en tanto en la mujer que vive una pasión interviene la demanda de amor narcisista. No podría yo suscribir este aserto excluyendo al varón. Sí que esta demanda toma vías particulares en cada quien, con variantes inéditas. Como señala Ana Teresa Torres en su texto *Elegir la neurosis* (2002), a propósito de las relaciones entre la histeria y la feminidad:

Ocurre un fenómeno de observación clínica: la mayoría de las mujeres tienen una estructura histérica y la mayor parte de los sujetos histéricos son mujeres. A mi modo de ver esta relación no se debe a un destino o hecho casual, tiene que ver con la manera con que la cultura ha situado a la mujer y cómo la mujer ha quedado inserta en el orden sexual. De modo tal ocurre que, cuando describimos muchas de las características de la histeria, nos encontramos describiendo puntos muy comunes de la psicología de la mujer. Decir que la histeria es femenina no sería exacto, que la feminidad es histérica tampoco. (p. 61)

Y sigue:

La histeria es un producto cultural, como, por otra parte, me parece que es la neurosis en general, y que por lo tanto la histeria es la respuesta de la mujer a un cierto discurso de la cultura occidental. (p. 62)

De manera análoga, encuentro que decir que la mujer está marcada por el amor y el hombre por el poder responde a estereotipos culturales que pueden tener valor transitorio, en tanto los enunciados cambian. Los estudios sobre género que se llevan adelante abundan en estas cuestiones, procurando nuevas perspectivas de aproximación a la mujer y al hombre, tanto como a las dimensiones de lo femenino y lo masculino. No cabe en este trabajo detenerme en estas importantes cuestiones que

ocupan indagaciones en diversas áreas del conocimiento, también del psicoanálisis.

¿Cómo se gesta la pasión? El deseo, motor de la vida psíquica, está presente desde el comienzo de la vida. El nacimiento del deseo ocurre en el encuentro con el pecho, vía de satisfacción de la necesidad, al tiempo que gestora de la vivencia de placer. La especularidad, telón de fondo que sostiene este encuentro, dejará en el *pequeño ser un resto* que hace presencia en representantes psíquicos muy primitivos. Me refiero a primitivos como no discernidos y en los que no hay cumplimiento de deseo; son realizados allí mismo en una suerte de bidimensionalidad pictográfica para Aulagnier (1975/2010), condensada o desplazada para Freud (1900 [1899]/1976b). Es desde allí que el deseo surge por la añoranza de esa primera experiencia de satisfacción perdida, generadora de un estado deseante que abre lugar para que el sujeto se constituya como tal. La imposibilidad de reencontrar ese objeto en el mismo instante y de la misma manera nos permite sostenernos como sujetos deseantes, y es por eso un deseo indestructible. La pasión se hará portadora tanto del deseo que busca satisfacción a toda costa como del anhelo que ha sido denegado, mientras que la pulsión pulsa, rodeando, al decir de Lacan. Pero al toparse con la imposibilidad, en tanto escenario de la sexualidad infantil inconsciente, la pasión arrastra una suerte de doble inscripción: conlleva un deseo insatisfecho, a la par que su resolución siempre está incompleta.

La ruta de lo que hace a la *pasión* en el sujeto de los inicios, también en su recorrido vital, advierte un sentimiento mágico de encuentro incondicional de algo perdido o nunca tenido. Es la condición de necesario y el carácter de incondicionalidad lo que lleva a pensar que, más allá del efecto que deja la pérdida edípica por la amenaza de castración, se ha producido un hiato, suerte de corte en la afirmación narcisística, registro indispensable para que el placer tenga lugar fuera del orden de lo obligante. En este contexto, el sujeto de la pasión puede ser portador de importantes daños en su narcisismo en cualquiera de sus variantes, ser querido, deseado, anhelado o acompañado. De allí la creación de un escenario que promete -artificialmente, claro está- una reivindicación. Para McDougall (1976/1982) la estructura del ser pasional es frágil. La falta de integridad narcisista y de la propia estima proviene de una mirada trunca que deja un vacío. Por eso,

llenarla se convierte en una necesidad psíquica fundamental. La identidad se busca en el otro porque el referente ha sido inexistente o insuficiente. Aferrarse a ese otro muestra que su necesidad se llena solo con la presencia que supla la imagen ausente. La relación sexual con frecuencia cumple esa función. Las ideas que da Aulagnier (1979/1980) muestran la pasión como uno de los destinos en la búsqueda de placer. Su fuerza y el objeto al que se dirige satisfacen a un tiempo las pulsiones de vida y de muerte. Pero el punto de partida –para esta autora– es huir del sufrimiento psíquico, dejando fuera los pensamientos perturbadores.

### ¿POR QUÉ FEMENINA?

Decíamos antes que corresponden nuevas aproximaciones, en tanto los asertos freudianos sobre la mujer no se sostienen. El feminismo y el psicoanálisis se constituyen como una línea de indagación sobre la diferencia sexual como elemento central de sus investigaciones. Otros psicoanalistas han empleado el término *género* para referir al contenido social de la construcción de la feminidad y la masculinidad.

Veamos más de cerca qué sucede en la *niña*. Nuestro enfoque apunta a una vía más estructural. Me refiero a eso particular que interviene en la constitución de su subjetividad. La pasión refiere al terreno de la idealización y de las satisfacciones narcisistas. Ello nos conduce al lugar en el que la pequeña se encuentra, sin saberlo, con ese alguien que será su primera referencia, su primer objeto de amor. Para hacerse sujeto, tiene que dejar de ser eso confundido con la madre, eso fusional. La madre no es más el soporte especular o la relación fusional, o aun la relación dual de marcada dependencia. Es la niña misma la portadora de una falla estructurante gestora de la vida psíquica, de la misma manera que el corte del cordón umbilical marca el ingreso a la vida fuera del útero materno. Ha quedado dividida de la madre y ocurre la paradoja de que, para ser ella misma, necesita esa imagen referente. Reencontrará en ella esa unidad perdida, y esa mirada será fuente de reconocimiento, de cohesión. Pero no se encuentra en la diferencia como el varón, lo que asoma la trascendencia que hace en su articulación psíquica que el espejo materno le devuelva una imagen de su mismo sexo, otra doble. Su identificación originaria es al cuerpo de la

madre. El varón tiene un cuerpo que es diferente y que es significado como tal. Esta diferencia será simbolizada como que posee un soporte propio. La madre es una figura muy poderosa para la niña, y la pérdida arcaica de lo que ello comporta representa una suerte de túnel que debe atravesar, con inevitables secuelas narcisistas. La mujer buscará todo aquello que la haga ser. Por eso desea el deseo, porque como todo sujeto humano, se ha constituido en función del deseo del otro, otro materno, y por eso pretende hacer el deseo infinito. El deseo satisfecho deja de ser deseo para procurar eso otro inalcanzable. La niña pierde a su madre para ser ella misma, pero la pierde también cuando no es objeto de su deseo sexual. Es del mismo sexo del progenitor que la ha engendrado. Ambos sexos, niña y varón, se definen en referencia a la mujer y, más tarde, al hombre. El varón se sabe, se siente, se percibe deseado. A la niña la rodea el silencio sobre su ser deseada porque se interpone la barrera sexual. La madre no inviste de la misma manera los genitales de la niña que los del varón, ni su sexualidad está tan estimulada ni tan exhibida. Recordemos que, en materia de erotismo, la madre es la primera iniciadora, a través de los cuidados del cuerpo. Su deseo sexual es determinante en el despertar sexual del bebé. La niña puede sentir esto con el padre, pero en los comienzos él está detrás de la madre, ausente ante sus ojos y ausente como deseante. Para algunos autores, ello marca la insatisfacción que comporta el carácter de la mujer, nunca contenta con lo que es, siempre en busca de algo diferente, ¿otro cuerpo deseable para la madre?

Las ideas de Lemoine-Luccioni (1976) señalan la diversidad de vínculos que tiene la niña con cada uno de sus progenitores, destacando el nuevo encuentro que sucede cuando el padre se introduce. Representa la liberación de la dependencia del poder de la madre, al tiempo que es percibido en su conducta física y emocional como un otro separado estimulante, y en tanto tal, excitante. Esa vuelta al padre recoge el efecto de la partición con respecto a la madre, haciéndose un ideal de amor, alguien único, inamovible. Mientras más retenga ese carácter, más pasional se hará el amor y más recogerá los restos de las vivencias afectivas fundamentales y fundantes de la psique femenina. Ese amor que busca resarcir la división hará del hombre un padre-madre. Interpretando las palabras de la autora, su discurso sería: «Sin ti soy nada, espero todo de ti, seré como tú quieras,

a condición de que me ames». Se da toda a cambio de amor; quiere que la deseen y le den vida. Nos movemos en el terreno, no de un desenlace inevitable, pero sí de la incubación de la pasión, porque la dependencia le da un carácter de necesario al deseo. Se trata del nudo pasional «Si me abandonas, muero; si no me abandonas, me pierdo a mí misma puesto que me convierto en ti». La demanda de amor hace presencia y a cambio de ella se esclaviza, pero al encontrarse en el otro se desdibuja su condición de sujeto. Podría afirmarse que la mujer se rige por un régimen narcisista, privada de la mitad de sí misma en su gesta identificatoria, esa otra mitad de la que se separa la empuja en la dirección de lo que no está, lo que puede favorecer el camino a la insatisfacción. En la mujer, cuenta la intensidad relacionada con el amor a un hombre; por ello su felicidad depende de él. Priva también el temor a no ser lo bastante amada, pero, paradójicamente, el hombre no es apto para la reparación narcisista de la mujer porque su manera de mostrar sus sentimientos no circula tanto con palabras de amor, se muestran más desde la posesión. Recuperar la unidad de su persona, la estima infantil y el cuerpo deseado es un proyecto que recoge la pasión, pero que no conseguirá porque la época en que ello era posible ya pasó. Lo insatisfactorio de aquella primera relación difícil la lleva a hacer lo que sea para lograrlo todo, puerta abierta para la alienación al deseo del hombre. Eso es lo que encuentra cuando pretende buscar en el hombre lo que no encontró en la mujer-madre. La vieja secuela que quedó de la relación con la madre la llevará al encuentro con el hombre, buscarse a sí misma a través de otro. La relación sexual es también un camino abierto donde la mujer podrá sentirse más completa.

#### LA PASIÓN Y EL NARCISISMO

Pensamos que ni el amor pasional -ese desbordamiento de la libido sobre el objeto- ni el amor de la mujer por su hijo -amado en un principio como una parte de ella misma o por su compañero- no es otro que el ideal del yo masculino e, incluso, en palabras de Freud (1914/1976a), «el conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres, que en su trasmudación al amor de objeto revela inequívoca su prístina naturaleza» (p. 88).

He elegido esta hermosa cita de Freud porque recoge de manera central el propósito de estas líneas: reflexionar acerca de *la vieja historia del amor*, y cuando hablo de vieja, me estoy refiriendo al pasado, a los orígenes del ser en su encuentro con el exterior preñado de intensas vivencias disruptivas que en el plano del odio y del amor dejarán su sello para toda la vida. Refiere a la articulación del yo, a cómo se hace el sujeto a partir de las referencias que aporta un otro, de las significaciones que le atribuye y donde el amor es centro de esas atribuciones. Es una suerte de piso fundamental para lo que se está construyendo. El pequeño ser es narcisizado, una suerte de diseño de la propia estima, en el que la imagen que es para otro es la vía para poder acceder a las suyas.

Bien sea desde la perspectiva del déficit -terreno donde lo que falta tiene cualidad de exceso que hace difícil la simbolización y aun su representabilidad- o la perspectiva del conflicto -en el que reina la dinámica del enfrentamiento entre exigencias internas irreconciliables-, toda la experiencia humana será significada por lo que acontece en los comienzos de la vida. De esta manera, las diversas variantes clínicas muestran una problemática con el amor, en el entendido que el sujeto se constituye como ser narcisista, puntal de referencias que define un sí mismo articulado en un escenario que ofrece la ilusión de serlo todo para otro, la madre o quien haga su función, ilusión que nunca abandonará, buscando restituir en un algo o alguien la experiencia velada para siempre, con los recursos de los que se vale el inconsciente. Es así como puede zafarse de aquel primer vínculo, por demás imposible de sostener, en su acceso a la condición humana. De no ocurrir así, harán presencias patologías que tienen en común el quedar alienado a ese otro del que no puede separarse. Es la insuficiente o ausente delimitación de lo que se es, de la problemática que refiere a la identidad del ser. Estamos hablando del soporte narcisístico que refiere a la constitución del sujeto, diferente del soporte edípico que definirá su inserción dentro del orden que marca la ley, el reconocimiento de la diferencia de los sexos, de las generaciones y la castración.

## LA PASIÓN: NEXO INDISOLUBLE CON EL DESEO

De lo afirmado en las líneas anteriores, podemos considerar que la mujer quedaría particularmente marcada en su desear, en tanto pierde tempranamente a la madre como ser deseante, con efectos en su constitución temprana. Haría un efecto específico en lo que Lacan conceptualizó como *la falta en ser*, común a los dos sexos, pero en ella, al parecer, de sutura más compleja. Podríamos aventurar que su condición de demandante queda subrayada porque también carga con la confirmación de su ser deseada. Nos seguimos moviendo en los terrenos de la construcción del narcisismo de los comienzos y, en tanto tal, la gesta de la pasión. ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Aulagnier, P. (1980). *Los destinos del placer*. Petrel. (Trabajo original publicado en 1979).
- Aulagnier, P. (2010). *La violencia de la interpretación*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1975).
- Freud, S. (1976a). Introducción del narcisismo. En. J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- Freud, S. (1976b). La interpretación de los sueños. En. J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 4). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900 [1899]).
- Freud, S. (1976c). Psicología de las masas y análisis del yo. En. J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).
- Freud, S. (1976d). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? En. J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 20). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).
- Hamon, M. (1995). *¿Por qué las mujeres aman a los hombres? Y no a su madre*. Paidós.
- Kofman, S. (1997). *El enigma de la mujer*. Gedisa.
- Lemoine-Luccioni, E. (1976). *La partición de las mujeres*. Amorrortu.
- Lemoine-Luccioni, E. (1990). *¿Las mujeres tienen alma?* Argonauta.
- McDougall, J. (1982). *Alegato por cierta anormalidad*. Petrel. (Trabajo original publicado en 1976).
- Torres, A. T. (2002). *Elegir la neurosis*. Fondo Editorial Sociedad Psicoanalítica de Caracas.

# Trazos del cuerpo al papel: La creación del dibujo de la figura humana en el niño



CORINA NIN<sup>1</sup>

DOI: 10.36496/N136-137.A9

ORCID ID: 0009-0007-0150-4234

RECIBIDO: ABRIL DE 2023 | ACEPTADO: MAYO DE 2023

## RESUMEN

El logro de la figura humana en el niño pondrá en juego lo que llamaremos un *montaje significativo de escrituras*, de armado de cuerpo erógeno, escritura marcada por la pérdida atravesada por el significante. En circulación deseante, el otro/Otro imprimirá marcas, registros primordiales que conformarán psiquismo. En este acto creativo el niño re-crea la falta de donde se partió y dará cuenta de los recorridos escriturales de su cuerpo. Lo plantearemos como un salto del espejo al papel. Y el asombro presente por la capacidad de encontrar una vez más una representación unificada imaginaria y a la vez simbólica de su cuerpo. Este salto estará sostenido por la respuesta asombrada y jubilosa del adulto, que nom-

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. corinanin@gmail.com

bra, valida y certifica la unidad de la imagen realizada. Esto hace referencia a la inscripción de lo humano en su carácter simbólico.

**DESCRIPTORES:** INSCRIPCIÓN / YO CORPORAL / ESTADIO DEL ESPEJO / ESTRUCTURA PSÍQUICA / TÉCNICA PSICOANALÍTICA CON NIÑOS / DIBUJOS / MATERIAL CLÍNICO

#### SUMMARY

The achievement of the human figure in the child will involve what we will call a *significant montage of writings*, the assembly of an erogenous body, writing marked by loss traversed by the signifier. In the desiring circulation, the other/Other will impress marks, primordial registers that will shape the psyche. In this creative act, the child re-creates the lack from which they started and will account for the writing journeys of their body. We will posit this as a leap from the mirror to the paper. And the wonder present in the ability to find, once again, a unified imaginary and symbolic representation of their body. This leap will be sustained by the amazed and joyful response of the adult, who names, validates, and certifies the unity of the image created. This refers to the inscription of the human in its symbolic character.

**KEYWORDS:** INSCRIPTION / BODY EGO / MIRROR PHASE / PSYCHIC STRUCTURE / PSYCHOANALYTIC TECHNIQUE IN CHILD / DRAWINGS / CLINICAL MATERIAL

Un pequeño en su andar aún tambaleante se topa al descuido con un papel, un crayón o un lápiz; en un hallazgo inesperado o imprevisto, sin evidenciar ni mostrar signos de búsqueda, raya, traza e imprime en la hoja-superficie huellas duraderas que volverá a encontrar y a repetir en un aparente desdén. Más tarde reconocerá la impresión transformándose en un *escritor de superficie*, repitiendo movimientos circulares y rayas sin unidad. Muchas veces, en movimientos agitados e ininterrumpidos de sus manitas,

vuelve a dejar huellas en la hoja, que quizás caigan sin ser recogidas o puedan ser tomadas nuevamente por él, y de esta manera irá encontrándose con sus marcas e irá reconociéndolas porque vuelve sobre ellas.

Sí, el hallazgo evidencia un acto significativo, hay una superficie que permite su transformación, puede afectarse, puede tolerar el frenesí del rayado, se encuentra allí para ser transformada y permite que perduren sus trazados. El pequeño encontrará que existen superficies a imprimir, y ahora, en este descubrimiento, lo encontraremos en una búsqueda placentera e incansable, rayando paredes, mesas, hojas y cuanta superficie pueda encontrar, incluso su propio cuerpo y el de los otros.

La potencia del hallazgo: una superficie a afectar, signar, que permite imprimir una marca perdurable.

Más tarde, en el fervor del rayado informe se irán delineando pequeñas circunferencias, líneas que se cierran, primer encuentro con trazos ocluidos que tendrán como matriz el contorneo libidinal de lo propiamente humano: el círculo de un rostro, el de su madre, de sus ojos y su mirada, de la boca, de su boca que en la fruición por el alimento y en el recorrido de su lengua, esculpirá el círculo en donde penetra el pezón. Trazos tallados en su cuerpo en los encuentros envolventes de miradas, de caricias, del tacto, de la voz, que bordean una superficie, recobrados en el garabateo que ahora se cierra y le hacen posible reencontrar signos de las marcas impresas en su propio cuerpo.

Luego alcanzará un logro que marcará un salto cualitativo: la realización del monigote, primera representación de la figura humana en el niño. Este salto implicará una marca diferencial, en la medida que se transformará en un signo a descifrar, ahora compartido con el otro, con su entorno, que implicará el ingreso en la expresión y manifestación gráfica de la cultura.

#### EL CUERPO, SUPERFICIE MARCADA: ESCRIBIENDO CUERPO

Para que el pequeño logre realizar en el papel una elemental figura humana, deberá haber pasado por escrituras previas que permitan ir labrando, trazando un Yo cuerpo (Nasio, 2008) o la imagen inconsciente del cuerpo, como la llama Françoise Dolto (1986). Esta autora la define

como las primeras impresiones que quedan inscriptas en el psiquismo a través de las sensaciones corporales, en el contacto afectivo, carnal y simbólico con su madre. Lo refiere como una huella de una sensación intensa experimentada por el bebé, como un impacto psíquico. Dirá: «La imagen inconsciente del cuerpo es el inconsciente embrionario y la matriz del inconsciente es el cuerpo mismo [...] es la memoria del cuerpo infantil» (pp. 24-25).

Nos quedaremos con este aspecto que señala Dolto, que retomo como *impacto efectivo*, agregando que, más que de una sensación, se trataría de una excitación intensa [*reiz*] ligada a la pulsión, configurando, bordeando, bordando las zonas erógenas.

El bebé no se inscribe a través de la pura sensorialidad, sino por la pérdida de la Cosa, el *das Ding* freudiano. Collette Soler (1987/1994) advierte que el cuerpo es el que está atravesado por el significante. Dirá que la pérdida es de su propio cuerpo en el destete, en la medida que el seno es parte de sí mismo, «se trata de un seno prensible que se engancha a la madre» (p. 6), de la misma manera las heces en su desprendimiento remitirán a la castración.

Se introduce la dimensión de pérdida –como corte significativo– que abre la posibilidad del deseo. Imbriano (2 de octubre de 2008) plantea que «la posición del sujeto como morador del lenguaje lo ordena en la función significativa que se puede definir como la función de encuentro-pérdida-reencuentro, pero que jamás captura. El deseo no captura su objeto, la repetición no alcanza su meta» (párr. 6), y así se relanza una y otra vez.

Serán tiempos de la represión originaria, fundante del psiquismo<sup>2</sup>. Es el deseo del Otro el que pondrá en marcha el circuito pulsional erógeno, labrando, horadando, invistiendo, dando espesor fantasmático a un psiquismo en ciernes. Sin el deseo pulsante del otro/Otro, el pequeño desfa-

2 Siguiendo a Freud, quien parte del desamparo inicial (*Hilflosigkeit*), en estas primeras inscripciones se dará la fijación de la pulsión a un representante, es decir, la inscripción y la ligazón de la energía pulsional, donde aquello ligado no será admitido a la consciencia ni descargado a la motilidad, estableciendo lo reprimido originario. Lo escindido primario se mantendrá bajo la tutela de la censura psíquica. Acompasarán este proceso la acción específica, la vivencia primaria de satisfacción, la realización alucinatoria del deseo, «el desengaño», la fijación, fundamento de la represión originaria y del deseo (Freud, 1950 [1895]/1996d, 1900 [1899]/1986b, 1911/1996a, 1915/1996c).

llece, como lo advierte Spitz (1972) en su descripción extrema del marasmo de los bebés hospitalizados. En su indefensión y desvalimiento inaugural, el otro «auxiliador» (Freud, 1950 [1895]/1996d) tendrá un protagonismo inusitado. El bebé no será un objeto a alimentar, cambiar, bañar, en un ordenamiento puericultor del vínculo.

Es la dependencia absoluta de los primeros tiempos, como lo plantea Winnicott, en los cuales su supervivencia dependerá de la entrega incondicional, libidinal y deseante de su madre o, como lo plantea Bion, en su función de pensar-soñar a su hijo.

Myrta Casas de Pereda (2015) realiza un aporte significativo cuando plantea:

Para que ocurra esa pérdida (afirmación y expulsión) -llámese represión primaria, negatividad creadora, metáfora o simbolización-, lo que se vuelve imprescindible es encontrar respuesta en el deseo del otro; no satisfacción, sino respuesta. Ese lado realizativo de la subjetivación. (p. 35)

En el devenir de esa cadencia de circulación deseante, de encuentros y desencuentros, de presencias y ausencias, se irán generando escrituras corporales, marcas diferenciales, pulso rítmico de danzas alternadas cincelando cuerpo en su trazado signifiante. Javier García (2019) de manera sugerente las llamará «coreo-grafías».

La erogenización será dada por el circuito de la pulsión, en el zigzagueante montaje del intercambio de los orificios -sin ton ni son, como diría Lacan (1964/2005)-.

Así el bebé será marcado por vísceras que chillan por alimento, su llanto-grito que clama por él, boca que succiona, lengua que rodea y registra la saliva en el paladar, así como el líquido tibio de la leche materna, por la incorporación del alimento que traga con placer o desagrado, que calma o que expulsa. Narinas que olfatean, que reconocen o desconocen olores. Por el encuentro de miradas que acercan, alejan, que penetran, ojos que se encuentran, acarician, que se abren, que se cierran, que envuelven, que contornean un cuerpo. Por voces disonantes y consonantes, suaves, agudas, graves, previstas e imprevistas, lejanas, que rodean y nombran su corporalidad. Piel que registra. Orina y heces que marcan orificios. Signos

diferenciales dados en un contexto de presencias y ausencias, por pausas, ritmos continuos y discontinuos, macrorritmos y microrritmos.

Cuerpo erógeno que sucesivamente se irá contorneando, dibujando, dejando huellas perdurables, configurando psiquismo.

Es importante considerar que es el otro/Otro el que es causa de la división subjetiva, la que será posible en tanto exista una madre en una activa y vital búsqueda de responder, interpretando el llamado de su hijo como demanda. La madre deberá dar lugar a la falta en la satisfacción de la demanda posibilitando el surgimiento del deseo. «La formación de un fantasma no es otro que la ratificación imaginaria de ese objeto perdido» (Chemama y Vandermersch, 2004, p. 143).

Así la madre irá apalabrando su llanto, sus gritos, su pataleo, sus sonrisas, su placidez, sus tiempos, sus apetencias. Primeras marcas que irán dando espesor psíquico a la superficie corporal, encuentros que irán tejiendo una malla que permitirá hacer posible la vivencia de unidad de superficie.

Donald Meltzer realiza un interesante aporte relativo al *conflicto estético*, partiendo de la emocionalidad primitiva de tipo estético; dice que en la relación boca-lengua-pezón y la intensidad ojo a ojo es donde realmente se elabora el primer teatro de los fantasmas que él sitúa en el «teatro de la boca»; plantea que en ese teatro se ejercen no solo conexiones manos-boca, sino las vocalizaciones que considera como un ejercicio fantasmático.

En oposición con esa atención recíproca penetrante del pezón-ojo y de la boca-ojo, existe en cada uno de los dos, madre y bebé, una forma de atención caracterizada por más pasividad y espera, que implica un elemento de abandono a lo desconocido, al misterio, a la alegría sometida a esa experiencia de estar envuelto por el objeto estético, al poder de su belleza exterior, a lo desconocido del interior oculto. (Haag, 2004, p. 7)

De acuerdo a lo que hemos planteado, pensamos que *el teatro* se extenderá al *montaje de las primeras escrituras*, dado por el entramado de cuerpo erógeno.

Tiempos lógicos de escrituras primeras, de contorno, de borde, de superficie y de profundidad, dados por los intercambios que podrán ser pasivos, penetrantes, «torbellinezcós», al decir de Haag, y placenteros.

El telón de fondo se dará por una ritmicidad que marca diferencias, que permitirá e irá construyendo la posibilidad de cierta espera apacible en la alternancia presencia-ausencia, tiempos que definirán los avatares de la pulsión, demandando objetos siempre parciales y contingentes, nunca alcanzados, siempre añorados.

Estos tiempos lógicos (y no cronológicos) primordiales serán condición para que pueda darse la represión propiamente dicha, fundamento de la estructuración psíquica.

El encuentro en el espejo marcará un hito en el devenir del pequeño. Su imagen reconocida en la lámina de cristal permitirá la identificación imaginaria con alguien que no es. La unidad corporal se vivirá con ajetrete y algarabía, y permitirá *a posteriori* percibir la ortopedia del cuerpo fragmentado. Este hallazgo configura un nuevo acto psíquico fundante.

#### LA CREACIÓN DE LA FIGURA HUMANA EN EL PAPEL

Los mitos, referencia ineludible respecto de la creación humana, aluden al origen del dibujo. Un mito corintio de la Grecia del siglo VII a. C. nos dice que Kora, hija de Butades, quedó cautivada por un joven que pronto marcharía a la guerra. Durante la última noche antes de su despedida, Kora despertó de su sueño y descubrió cómo el perfil de su amado se perfilaba en la pared, proyectado por la luz de una vela. Tomando un trozo de carbón, repasó el perfil de la sombra para no olvidar su imagen.

Otros autores hacen referencia a que el primer trazo de una línea la hizo un padre en torno a la sombra de su yerno ausente para consolar a su hija. Una variación del mito dice que fue Narciso quien habría inventado el dibujo a partir del reflejo de su imagen en el agua. En todo caso, se piensa que el primer trazo intentaba representar la figura humana a partir de una sombra o de un reflejo (Uribe, 2013).

La ausencia, la pérdida y la imagen recobrada hacen referencia a un aspecto sustancial del sujeto: la imagen traspuesta, trasladada a una superficie a través de algún tipo de trazado, de escritura, permite que se contornee el vacío y que a través de él algo de lo perdido se transforme en constituyente.

Siguiendo a Lacan (1959-1960/2003), quien toma de Heidegger el concepto de vacío para el movimiento del deseo, diríamos que sucede como el

alfarero que contornea el vaso alrededor de un vacío, permitiendo hacer surgir el objeto en el lugar de la falta. Es un acto de recreación, de reescritura de la falta estructural, recrea aquella falta de la que se partió (aspecto diferencial del sello fantasmático que apunta al completamiento narcisista; no es la completud, sino la ausencia, la que hace surgir el objeto).

El alfarero construye el cántaro, hace las paredes y el fondo, pero esto no es lo que contiene el cántaro. El continente es el vacío del cántaro. El alfarero da forma a un vacío. Es a partir de él que se construye el cántaro –dice Heidegger– el que determina todos los gestos de la producción. (Gil, 2011, p. 76)

Lo que hace del vaso una cosa no reside en la materia que lo constituye, sino en el vacío que lo contiene. ¿Cómo podríamos pensar este salto cualitativo cuando el niño pasa a representar la figura humana?

Ricardo Rodulfo (1999/2015) relata una sesión de una niña que, al ver su imagen en el espejo, intenta delinear sus rasgos con una tiza sobre él, pero solo logra realizar unos trazos de manera discontinua, fragmentada, de su imagen. Luego va hacia una hoja de papel e intenta dibujarse, pero no lo logra, por lo que vuelve nuevamente al espejo repitiendo su intento de transponer, reduplicar su imagen. Repite infructuosamente este acto, y cada uno de sus fracasos lo culmina comiéndose un trozo de tiza (p. 12).

El encuentro de su imagen en el espejo no supone un momento de júbilo y algarabía que augura su unidad. Por el contrario, su fracaso la lleva a la búsqueda repetida de una imagen en el espejo que le permita encontrar cierta unidad. Posiblemente la hoja en blanco le haya producido una intensa angustia ante el vacío, lo que la lleva a la búsqueda infructuosa de tallar, delinear su imagen repetidamente en el espejo porque solo logra realizarla en trozos.

De esta manera se enfrenta a sus propias vivencias fragmentadas y a los fracasos en las primeras huellas, marcas en el encuentro fallido con el otro/Otro. Se come la tiza, buscando incorporar alimento, solo logrando reavivar experiencias de un no alimento psíquico nutritivo, libidinal y deseante que le hubiese permitido un tallado corporal táctil entre otros, escópico en el espejo, representacional y simbólico a través del dibujo de su propio cuerpo.

Tomaremos este ejemplo paradigmático que nos permitirá ir pensando el proceso de escrituras previas del cuerpo erógeno, marcas que van delineando su propia superficie, sus bordes, sus aberturas, sus pliegues, sus cierres en el contacto tan próximo del cuerpo deseante de su madre, hacia la asunción de su Yo en el espejo y el pasaje a la hoja de trazos que perfilan la imagen de sí, reencontrada cada vez.

El logro de la figura humana supondrá, entonces, lo que llamamos un *montaje significativa de escrituras*, de armado de cuerpo erógeno, acto inaugural que irá dejando inscripciones escriturales en un interjuego sincrónico y diacrónico, en continuidades y discontinuidades, de ritmos zigzagueantes propios de la circulación pulsional, consustancial de los avatares de la constitución psíquica.

El encuentro del niño en el espejo, tendrá el valor de «nuevo acto psíquico», ya que su imagen, privilegio de la pulsión escópica, cobrará una dimensión de reconocimiento y unidad de alguien que no es. Por eso Lacan la llamará identificación alienante. El júbilo y la algarabía acompañarán este hallazgo, en tanto haya Otro que sostenga con su mirada y su deseo, haciendo posible la entrada de lo simbólico. Como plantea Nasio (2008), siguiendo a Lacan,

el descubrimiento de la silueta humana en el espejo preforma su yo [*moi*] imaginario y anticipa su yo [*Je*] simbólico. Su resultancia: un cuerpo unificado, en un enlace y entramado narcisista, en el goce que da la prestancia de la unidad imaginaria. (p. 52)

Considerando ahora *el salto que se produce del espejo al papel* cuando la imagen hallada en la lámina de cristal ahora es trazada en una hoja en blanco, en una reducción a mínima: un gran círculo y unas líneas que emergen de él, representación de lo humano alcanzado en el espejo luego del periplo pulsional significativo.

Cuando el pequeño comienza a realizar trazos informes, lo hace con el deseo de repetir esa huella impresa en el papel. Lentamente irá realizando movimientos que se cierran, hasta que el círculo cobre una dimensión, no de movimiento azaroso, sino como trazo que puede repetir una y otra vez.

El monigote, primera representación del cuerpo humano realizada por el niño, tiene una forma, con-forma una imagen con una pregnancia tal que nos permite y le permite reconocerse en unas pocas líneas cerradas y otras abiertas. Los trazos dejados en el papel serán extensión del cuerpo que deja de serlo, la pérdida anunciada por una marca, una huella, un trazo. Algo cae, queda en el papel como registro o representación, el No presente en este acto inaugural.

Cuando el niño por primera vez hace un monigote provoca en el que lo mira el asombro, el regocijo, que produce la unidad, la representación figurada en una reducción mínima de lo humano: un redondel con rayas, ojos, manos enormes y brazos extendidos. Comienzo de lo escrito, de la escritura en el papel, en donde la cultura se hace presente.

El ejemplo de la niña que trazaba las líneas en el espejo se hallaba imposibilitada de realizar el salto del espejo al papel, en la medida en que el montaje significativo quedaba obturado por la ausencia de impresiones psíquicas que sustentaran el nuevo recorrido libidinal, que implica el salto de representar una imagen que no está presente y la hoja en blanco que duplica la ausencia. Para ella queda el abismo, angustias inenabrazables que imposibilitan el júbilo de la representación gráfica, de la posibilidad de contornear libidinalmente el cuerpo vivido, sentido, significado cuando se grafica.

Cuando el pequeño alcanza la realización del monigote, se superponen y circulan los montajes pulsionales, dibuja los trazados erógenos que le permiten unir, condensar esa representación a mínima ESCALA en donde todos nos reconocemos.

Rodolfo (1999/2015) lo refiere como un «nuevo acto psíquico», en la medida que

se vuelve a plantear el ligar su cuerpo, ligarse a su cuerpo. Con este giro, el dibujo pasa a ser uno de los modos fundamentales, uno de los trabajos concretos, en que toda esta ligazón se opera, lo cual, de un golpe, aclara su universalidad en determinado período de la vida. (p. 87)

Françoise Dolto (1986) plantea que, dibujando, el pequeño «se dibuja». Este montaje de con-formación de cuerpo vuelve a ligarse cuando el

pequeño delinea su silueta, que en primer lugar será representante de lo humano, para luego poder darle un carácter personal y nombrarse mientras dibuja. Más adelante se abrirá un mundo de representación lúdica y creativa, expresión privilegiada en la infancia.

#### EL ESTATUTO DE ACTO CREATIVO PROVENDRÁ DEL OTRO

Consideremos un aspecto significativo de este salto cualitativo en la representación gráfica. Cuando el pequeño comienza a realizar el monigote, no se detiene sobre su creación. Sus papeles pueden caer con descuido a un costado o sobre el piso, sin que se detenga sobre él. En este momento sustantivo para el niño, será el otro/Otro quien le aporte una significación singular. Este salto estará sostenido por la respuesta asombrada y jubilosa del adulto, que nombra y percibe la unidad de la imagen realizada, que hace referencia a la inscripción de lo humano en su carácter simbólico. Confirma con su mirada y sus palabras la prestancia de la unidad imaginaria que ha creado gráficamente el niño.

El pequeño recibe el júbilo del adulto y la certificación de que lo hizo él. Le confiere un estatuto de *acto creativo* que apela a una constitución simbólica que marca un hito diferencial.

Este reconocimiento tiene efecto de estructura y lo hace protagonista de la proeza en tanto ella es validada; en tanto marca, tiene efecto significante simbólico.

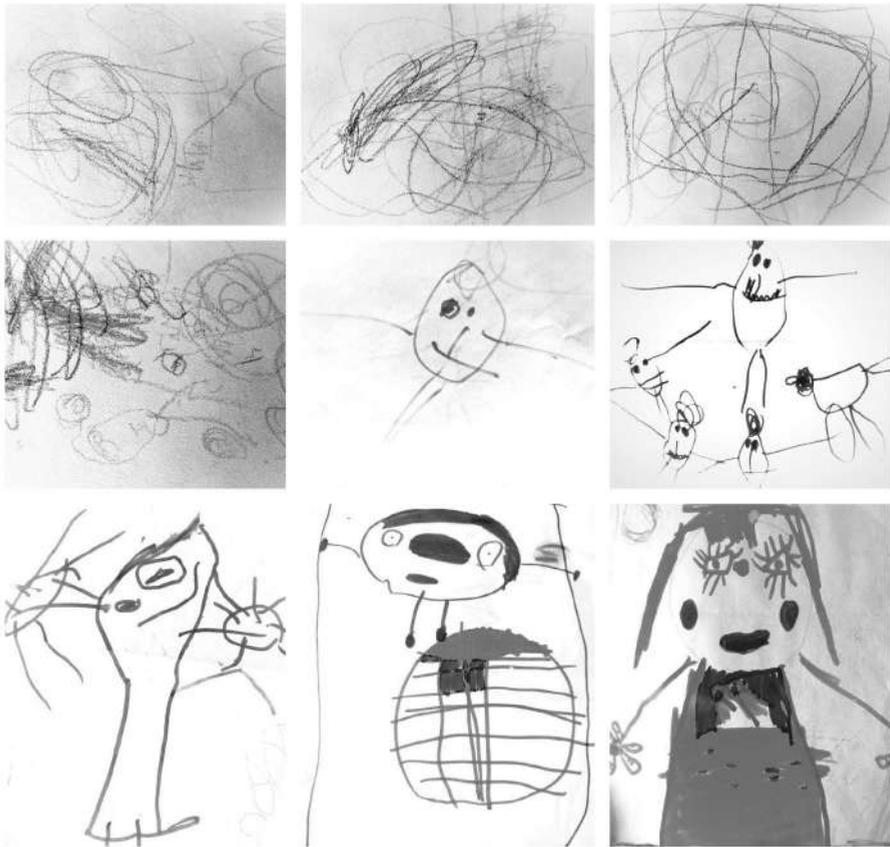
El niño recibe el asombro afirmativo que pone en palabras la hazaña de haber logrado la figura humana. El asombro y el júbilo que sienten los padres o su entorno significativo tiene un efecto de resignificación de su propia experiencia imaginaria con el espejo en donde se percibió unitariamente en su imagen.

Una vez que se percibe en este reconocimiento, podrá ser él mismo quien se sienta jubiloso de realizar una y otra vez la figura, cedida como un don a quienes sostuvieron simbólicamente su mirada. Este gran logro del pequeño tiene como referencia el movimiento deseante del Otro, que le hace posible resignificar los montajes escriturales significantes de los primeros tiempos lógicos. Retomando nuevamente el planteo de Dolto (1986) cuando expresa que el niño «se dibuja», vemos que grafica su recorrido

pulsante, que dejó huellas significativas que recorrieron y conformaron cuerpo. Dibuja el *montaje significativo de escrituras*.

Es claro que cuando hubo fallas en estos recorridos, el niño muchas veces no logra realizar la figura humana o la realiza precariamente, como la niña que trazaba su imagen en el espejo, imposibilitada luego de llevarla al papel.

Aquellos analistas que trabajamos con pequeños sabemos de la importancia de este acontecimiento. La posibilidad de realizar una figura humana configura un aspecto clínico que no podemos soslayar. Estamos advertidos de que el logro de la misma o su imposibilidad tiene una resultado significativo en la medida que reconocemos su referencia a escrituras previas estructurantes o no del psiquismo.



En nuestro encuentro clínico, el dibujo en general y la figura humana en particular cobran un efecto sustantivo y permiten pensar en los recorridos previos a la posibilidad de representación gráfica. En su ausencia nos encontramos con huellas que nos advierten de las fallas estructurales de los primeros tiempos; por el contrario, cuando el niño alcanza su representación en el papel, da cuenta de inscripciones que instauran división psíquica y de los recorridos libidinales significantes en el encuentro deseante de «sus próximos». ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Casas de Pereda, M. (2015). Estructuración psíquica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 120, 24-38.
- Chemama, R. y Vandermersch, B. (2004). *Diccionario del psicoanálisis*. Amorrortu.
- Dolto, F. (1986). *La imagen inconsciente del cuerpo*. Paidós.
- Freud, S. (1996a). Formulación sobre los dos principios del acontecer psíquico. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12, pp. 217-232). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1911).
- Freud, S. (1996b). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 4). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900 [1899]).
- Freud, S. (1996c). La represión. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 135-152). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1996d). Proyecto de psicología. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1, pp. 323-446). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950 [1895]).
- García, J. (2019). Coreo-grafías inconscientes. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 129, 13-29.
- Gil, D. (2011). *Errancias: Freud y Lacan en los pagos de San José de Mayo*. Trilce.
- Haag, G. (2004). *Sexualidad y Yo corporal*. Topique 87.
- Imbrano, A. H. (2 de octubre de 2008). El goce es la satisfacción de la pulsión. *elSigma*. <https://www.elsigma.com/colaboraciones/el-goce-es-la-satisfaccion-de-la-pulsion/11796>
- Lacan, J. (2003). *El seminario de Jacques Lacan, libro 7: La ética del psicoanálisis*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1959-1960).
- Lacan, J. (2005). *El seminario de Jacques Lacan, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1964).
- Nasio, J. D. (2008). *Mi cuerpo y sus imágenes*. Paidós.
- Rodolfo, R. (2015). *Dibujos fuera del papel: De la caricia a la lecto-escritura*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1999).
- Soler, C. (1994). El cuerpo en la enseñanza de Lacan. En V. Goralí (comp.), *Estudios de psicología* (vol. 1, pp. 93-114). Atuel. (Trabajo original publicado en 1987).
- Spitz, R. (1972). *El primer año de vida del niño: Génesis de las primeras relaciones objetales*. Aguilar.
- Uribe, N. (2013). Concepciones psicoanalíticas del dibujo en la clínica del niño. *Affectio Societatis*, 10(19), 48-59.

# Las deudas neuróticas y las sociales



LEONARDO PESKIN<sup>1</sup>

DOI: 10.36496/N136-137.A10

ORCID ID: 0009-0007-1322-5769

RECIBIDO: ABRIL DE 2023 | ACEPTADO: MAYO DE 2023

## RESUMEN

El escrito aborda el tema de las deudas, tanto en los pasos de constitución subjetiva como en la dinámica social. Describe la deuda como derivada del anudamiento de los tres registros propuestos por Lacan. Especialmente, en los casos en los que lo Real no logre ser resuelto por lo Simbólico y lo Imaginario pretenda hacerse cargo de resolver ese déficit. Termina ejemplificando con un comentario acerca de la tragedia que evidencia en acción lo no resuelto y la solución extrema, siempre ligada a la muerte, para que la situación logre apaciguarse.

**DESCRIPTORES:** DEUDA / SUPERYÓ / SENTIMIENTO DE CULPA / LO SIMBÓLICO / TRAGEDIA

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Argentina. leonardopeskin@gmail.com

## SUMMARY

The paper addresses the issue of debt, both in the steps of subjective constitution and in social dynamics. It describes debt as deriving from the knotting of the three registers proposed by Lacan. Especially in cases where the Real fails to be resolved by the Symbolic and the Imaginary pretends to take charge of resolving this deficit. It ends with a commentary on the tragedy that shows in action the unresolved and the extreme solution, always linked to death, so that the situation can be appeased.

**KEYWORDS:** DEBT / SUPER-EGO / SENSE OF GUILT / THE SYMBOLIC / TRAGEDY

El hombre está poseído efectivamente por el discurso de la ley, y con él se castiga, en nombre de esa deuda simbólica que no cesa de pagar cada vez más en su neurosis.

¿Cómo puede establecerse esta captura, cómo entra el hombre en esa ley, que le es ajena, con la que, como animal, nada tiene que ver? Para explicarlo Freud construye el mito del asesinato del padre.

J. Lacan, Las psicosis

## INTRODUCCIÓN

**E**stamos en un mundo en el que, en muchos casos, las deudas son tratadas de un modo típicamente neurótico, ya que adquieren un carácter imaginario, habiendo sido concebidas, contraídas e incluso escritas simbólicamente. Esta práctica de transformar lo simbólico en estrategias imaginarias la observamos en la economía de los países y en muchas negociaciones judiciales, públicas y privadas. Quizá no son prácticas del todo novedosas, pero se fueron sofisticando hasta transformarse en un hábito sociocultural muy difundido.

En realidad, habría que aclarar que cualquier acto humano, sea el que fuese, implica los tres registros establecidos por Lacan: imaginario, simbólico y real. No obstante, podemos estudiar cuál protagonizarán, en mayor o menor medida, tal o cual operación psíquica. Podemos decir que el déficit de solución de lo real en el anudamiento con lo simbólico y lo imaginario crea un «débito de estructura», y eso se nos presentará como síntoma, el cual es, en definitiva, un intento de solución. Podríamos aseverar que todo síntoma implica una deuda.

#### LAS DEUDAS

Si aceptamos que el síntoma es algo ineludible para el ser hablante, es decir, que el sujeto mismo es un síntoma, los habrá logrados, tal como se aspira a conseguir en un fin de análisis, o malogrados, como el que padece el neurótico, y que lo atormenta. La deuda como expresión sintomática muestra algo que, si bien forma parte de la estructura, debiera permanecer velado, y en tanto se asume como expresión sintomática neurótica, adquiere un valor clínico, algunos de cuyos rasgos característicos trataremos de describir.

Las deudas, las que se presentan habitualmente como atormentadoras para un sujeto, son aquellas que precisamente no terminan de poder resolverse, de una manera u otra, por un inadecuado intento de arreglar una cuestión asumida en un registro desde una operatoria fallida en otro. Por ejemplo, alguien puede haber asumido una deuda económica pautada en términos clásicamente simbólicos, tales como montos, plazos, intereses, y un buen día, en vez de cumplir con todos los requisitos pactados, tratar de saldarla con una disculpa. En ese momento se pondrá en juego si esa disculpa es un subterfugio imaginario o si alcanza un valor de resarcimiento simbólico, ya que, en ciertas condiciones, una disculpa adquiere un valor simbólico, pero en otras es una parodia narcisista, negadora de que solo se pretende simbólicamente desmentir lo pactado bajo la Ley según la cual se convino la deuda.

Los registros pueden suplirse entre sí, pero eso debe lograrse, lo cual no es ni automático ni sencillo. Cuando estas suplencias son fallidas, se produce un «dislocamiento» que caracteriza en buena medida las cualidades del Superyó, quien es el gran protagonista en este tema; más adelante

lo vamos a describir para poner en evidencia que las deudas que este cobrador universal viene a querer cobrar son lisa y llanamente impagables. Fueron «diabólicamente» diseñadas para que no puedan ser pagadas, y así atormentar al sujeto desde una instancia supuestamente elevada, como se presenta el Superyó con su apariencia de moral, y que, sin embargo, opera al servicio del goce, es decir, al servicio de otra instancia, el Ello. Un ejemplo referencial es «la libra de carne» de *El mercader de Venecia*. Esto puede acontecer o porque no haya pago que sea suficiente, es decir, que un sujeto se pase toda una vida intentando pagar algo que nunca termina de pagar, o por mecanismos maníacos, es decir, de negación y omnipotencia, al pretender que no se debe nada, cuando en realidad esa deuda existe y pesa en su inconsciente, o cae sobre el sujeto desde la realidad, ya sea por vía judicial o por cualquier tipo de exigencia de pago. Queda claro que por los mecanismos endeudantes se logra un dominio entre sujetos o sistemas, y es común que la pretensión sea que la deuda no se pague. De esta forma, se logra vehiculizar otras intenciones muchas veces francamente tanáticas, encubiertas con la administración del poder en nombre del «bien». En estos mecanismos se apoyan las mafias, los déspotas o las relaciones sadomasoquistas de parejas o familiares.

Sabemos que muchas deudas son pagadas con accidentes, enfermedades o humillaciones, pero está claro que son caminos fallidos. Tal sucede, como se describe en la neurosis, con el retorno de lo reprimido por el fracaso represivo, o como en las psicosis, en las cuales lo forcluido retorna desde lo real y lo adeudado se hace presente de muchas maneras, también retorna.

En cuanto a los pagos sacrificiales, como algunos suicidios, o los sacrificios que aparecen en las tragedias (Ifigenia, Antígona, etc.), podemos decir que, si satisfacen una ecuación simbólica, pueden resolver para el sujeto o la sociedad una deuda. Pero cuando estos sacrificios no operan a nivel simbólico, pueden ser inútiles o satisfacer un goce desenfrenado, como en los suicidios melancólicos. Diferente es el caso de algunos suicidios, como el de Sócrates o el «seppuku» de los japoneses. Luego ampliaremos el tema de la tragedia.

Así, se abre un gran capítulo acerca de las permutaciones posibles de los modos de pagar alguna deuda. Reitero que pagar una deuda asumida simbólicamente por caminos imaginarios o reales no es imposible, pero

depende de cómo se logre; es diferente un suicidio como acto logrado que un suicidio como acto fallido. Entendamos que un acto pleno que afecte la posición del sujeto en relación con lo real puede saldar deudas si eso se logra.

En esta vía entramos en las complejidades de las venganzas o las revanchas, que pueden ser martirios inútiles de víctimas y victimarios, o pueden ser el único camino de resarcimiento para cerrar crímenes o injusticias; no hay casos exactamente iguales, también en este tema hay que analizar caso por caso. Quizás esto se vincula a los hechos terroristas tan difundidos en nuestros días, que terminan demostrando ser un discurso para «reclamar deudas» por un antiguo camino, potenciado hoy por la tecnología, lo cual intensifica un decir violento. No es demasiado diferente a otros discursos tecnológicamente apalancados, tales como el del nazismo con su «solución final» y los campos de exterminio o las bombas atómicas.

No es exagerado afirmar que todas las guerras son intentos de resolver deudas derivadas de situaciones anteriores, las que resultaron impagas o no reconocidas. La guerra termina uniformizando desde lo real de la destrucción y la muerte a los deudores y acreedores, en general, preparando en lo no resuelto la próxima guerra.

Un ejemplo referencial es el análisis que realiza Freud en lo que podemos denominar como un sexto historial, que es el del presidente Wilson, donde más allá de intentar, por medio de referencias históricas, caracterizar la personalidad de Wilson, deja muy en claro cómo la supuesta conclusión de la Primera genera la nefasta Segunda Guerra Mundial.

#### EL SUPERYÓ COMO SEDE DE LA EXIGENCIA ENDEUDANTE

Caracterizaciones paradigmáticas del pensamiento freudiano para estos casos son el «delincuente por sentimiento de culpabilidad», aquel que delinque para ser castigado por algún crimen que no logró subjetivizar, y «los que fracasan al triunfar», aquellos sujetos que no llegan a asumir su éxito, ya que adeudan inconscientemente algo que hace ilegítimo su logro; dos aportes muy interesantes del psicoanálisis a la criminología y para la comprensión de algunos fracasos terapéuticos; en estos hechos, el Superyó tiene un rol preponderante, camino teórico que da sustento

a la tesis doctoral de Lacan sobre la paranoia con mecanismos de autopunición. Y en esta misma línea tenemos la famosa novela *Crimen y castigo*, de Dostoievsky, atormentado autor al que Freud le dedica un muy interesante artículo. Esta dinámica es una de las tantas para situar la repetición como una de las tendencias inerciales de aquello que insiste al no lograrse inscribirse.

En realidad, hay muchos puntos de vista para enfocar lo que es una deuda para los seres hablantes: en las fábulas y en la mitología, incluso los animales son capaces de asumir deudas, como aquel león que salva la vida de un joven que lo había librado en otro momento de las molestias de una astilla clavada en una pata, o aquel elefante memorioso que reconoce y protege a ese hombre que había sido amigable con él. Sin embargo, sin recurrir a esas metáforas antropomórficas, también en la etología son reconocibles conductas de ayuda mutua entre especies y podrían ser concebidas «humanamente» como deberes que se asumen como deudas, siendo estas en realidad preasumidas por mecanismos genéticos. Estas conductas van desde los microorganismos hasta las formas más desarrolladas de las especies. Estas deudas como predisposiciones genéticas hacen a la hipótesis profantasmática de Freud como núcleo del Ello en conexión directa con el Superyó. En los duelos, en particular en la melancolía, esto es evidente, y lo mismo en los tormentos obsesivos. Es en esos casos que Freud nos lleva a revisar el Superyó y la posición yoica y subjetiva frente a este amo.

También podríamos referirnos a deudas económicas o de otra índole, tales como deudas morales, pautadas y establecidas por leyes específicas. Algunas son punibles judicialmente, sus incumplimientos generan culpa y necesidad de castigo, con multas o prisión; otras son dependientes del honor, en algunas culturas, con la muerte o la mutilación, o, como acontece en ciertas organizaciones como el ejército, con la deshonra. De un modo trascendental cultural debemos mencionar el pecado original religioso como núcleo de espera del perdón de Dios por ser hablantes y pensantes. Este modo de hacernos cargo de una trasgresión originaria por desobediencia está en el núcleo de la dinámica superyoica. El enigma de «así como el padre debes ser, así como el padre no te es lícito ser» sostiene una ambigüedad que nos lleva a ser transgresivos para constituirnos y

sumisos obedientes para no excedernos. Este imperativo nunca se logra con demasiada exactitud, y quizá la solución pasa por dejar de tener la figura paterna idealizada como referente para ser. Se trataría de ir más allá del padre y sostener un ser menos atormentado por alcanzar estas idealizaciones o fracasar frente a ellas.

También se puede hablar de deudas sociales de los gobiernos hacia sus pueblos o deudas de los pueblos hacia sus prohombres. Como es de notar, el tema es vasto, pero nos vamos a referir a cómo el psicoanálisis explica la vigencia de una deuda para los seres hablantes y por qué estos la viven como un compromiso capaz de atormentarlos o de llevarlos a los actos más loables o detestables. Luego retomaremos el papel del Superyó, que es una pieza central en el armado de cualquier tormento, sea neurótico, psicótico y aun perverso. Ya que el supuesto de que el perverso goza encubre que esto es al servicio de un imperativo, oficiaría al servicio del Otro. Pero antes consideremos cómo se origina la deuda.

#### ¿QUÉ ES UNA DEUDA PARA EL PSICOANÁLISIS?

El ser hablante es deudor por «naturaleza» ya que recibe «prestado» el lenguaje para su humanización; entiéndase que precisamente por eso lo de «naturaleza» es solo metafórico, ya que nada es natural en el sentido de lo dado espontáneamente a partir de desarrollos instintivos o genéticamente determinados, sino que todo lo humano proviene del Otro. Cuestión que allana el camino a la religión para ser asumida y buscada, porque da consistencia a ese Otro en la configuración de un Dios, cualquiera que sea, al que en todas las religiones se invoca y a quien le debemos todo, la vida, los bienes y los males.

Las religiones y las culturas afirman deudas condenatorias anteriores a nuestra llegada al mundo, como el pecado original en el mito de Adán y Eva, o compromisos adquiridos como supuestos pactos con los temibles patriarcas bíblicos que reclaman sus derechos adquiridos hace miles de años. Recordemos que la palabra en hebreo que nomina la circuncisión significa «pacto». En otra variante nos encontramos con el reclamo por el padecimiento de Cristo, que nos pesa como deuda ineludible porque todos somos culpables de tan tremenda injusticia, ya que él se hizo cargo de los pecados del mundo.

Pero en el mismo momento en el que el sujeto advierte esta cuestión de ser deudor, se le presenta la tentación de eludir la deuda, suponiendo que puede apoderarse para cualquier propósito de lo que le fue dado siempre bajo cierta Ley, la cual dicta las condiciones de uso de ese psiquismo otorgado; la tentación del pecado.

Entiéndase que uso *psiquismo* como sinónimo de *lo otorgado por el Otro*, ya que, sin esa asistencia de una alteridad -los padres y, tras ellos, el significante y la cultura que los determina-, no se constituye un ser humano viable. Podría sí surgir, prescindiendo de estos soportes, un autista, una psicosis grave o alguna de las formas que se suelen caracterizar de infrahumanas por la anomia que implican. Precisamente esos casos, así como los niños pequeños, son aquellos de los que se suele decir que no le deben nada a nadie; están habitualmente exentos de deuda ante la justicia, la religión y la sociedad. Aunque en algunos casos son los que se entregan como ofrenda sacrificial para pagar deudas a deidades ávidas de los más dolorosos pagos. Esas víctimas saldan los pecados del conjunto para hacer más doloroso el sacrificio y acentuar así el sistema que obviamente no es justo ni equitativo, sino un dispositivo piramidal de organización de goce y poder para lograr la humanización.

#### LA OPERATORIA DE LA REPRESIÓN COMO BASE DE LA HUMANIZACIÓN

Replanteando lo expuesto en términos psicoanalíticos, podríamos decir que la condición para la organización de un psiquismo que dé lugar a la subjetividad neurótica es la represión. Esta se conquista o se impone cuando las pulsiones renuncian a sus objetos para sustituirlos por otros, legislados. Si bien es cierto que hay una pérdida de goce incestuoso, se toman nuevos objetos, ya no pulsionales, sino deseantes, y estos provienen del significante. A partir de esta transacción, el sujeto vive la asunción de una deuda; el Otro le proveyó la sustitución de los objetos primarios pulsionales (orales, anales, mirada y voz) que, luego, bajo el ordenamiento fálico, se tornan en objetos causa de deseo; el deseo sujeto a la Ley normativiza este otro Goce, regulándolo.

Los pasos de estas complejas operaciones, que implican cierta cronología, son eminentemente *lógicos y van configurando mitos* que tipificamos

tomando dos referentes trágicos: Edipo y Narciso. Relatos que caracterizan caminos recorridos por el proceso de humanización y que terminan trágicamente, precisamente porque se rehúsan a pagar las deudas de humanización. Pero, como sabemos, estas historias tienen un propósito aleccionador: mostrar qué acontece con aquel que quiere apoderarse del mundo simbólico sin reconocer las deudas, es decir, las restricciones de uso de ese mundo, y terminan castigados, como modo de saldar dichas deudas.

La primera parte de estos mitos es el desenfreno, tal como el *infans* viviría sus primeros momentos; luego viene la asunción del límite o la aparición de la imposibilidad de existencia por lo monstruoso que implica traspasar los límites. Es decir que se termina definiendo una caracterización de los límites del uso del cuerpo y de los objetos del mundo que permite la organización gregaria del sujeto. Lo que varía de un modo extremo es cuál es la Ley que va a regir la inserción de un sujeto en cierta cultura. Pero un hecho implícito en este pasaje de ser a existir es que nadie lo puede hacer de un modo absoluto, ya que una dimensión del ser permanece como tal. Y además nos encontramos con lo que el mito de Edipo muestra en su primer tiempo, el sujeto comete sus excesos antes de saber lo que está haciendo, y se encuentra en deuda sin haberse dado cuenta de que la estaba adquiriendo. Sin llegar al parricidio y el incesto, como Edipo, el haber mamado de los pechos maternos y aun el haber habitado el cuerpo de la madre se resignifica como un goce problemático a resolver<sup>2</sup>.

El Edipo tebano está dedicado a la ética del bienestar, sin saber que era un pecador. Luego se ve sucedido por Edipo en Colona, regido por otra ética, atormentadora, podríamos llamarla del malestar, de los remordimientos, ya que asume los pecados cometidos en el tiempo previo al arrancamiento de los ojos, símbolo freudiano de la castración, y ahí emerge la sabiduría que lo lleva a la verdad de haber sido un maldito al nacer; aquí el pecado de Layo cae como repetición sobre Edipo, y este termina

2 «En el pecho de la mujer coinciden el amor y el hambre. Érase un joven, dice la anécdota, gran venerador de la belleza femenina; cierta vez en que la conversación recayó sobre la bella nodriza que lo amamantara, exclamó: "¡Me pesa no haber aprovechado entonces mejor esa buena ocasión!". Suelo servirme de esa anécdota para ilustrar el aspecto de la posterioridad en el mecanismo de la psiconeurosis» (Freud, 1900 [1899]/1991a, p. 218).

haciéndose cargo, trágicamente (Lacan, 1959-1960/1988). Luego volveremos a mencionar la tragedia, en analogía con la constitución subjetiva.

Freud (1913 [1912-1913]/1991c), para hacernos comprender estos pasos lógicos de humanización, propone otro mito complementario al de Edipo. Es la hipótesis de que haya habido un momento evolutivo en la historia de la humanidad en el que los hombres, acosados por las glaciaciones, por la falta «edénica» de alimentos y confort, cambian hacia la formación de nuevas organizaciones tribales. Estas, en un principio, estarían constituidas por un padre que, al modo de los machos de las especies animales, sería el poseedor de todas las mujeres y de cierto territorio. Luego, en un mítico hipotético momento posterior, los hijos varones habrían sido expulsados y se habrían agrupado en una «alianza fraterna», dando muerte al padre gozador. Después habrían realizado un banquete en el cual se habría devorado al padre muerto, erigiendo como símbolo del mismo la figura de un tótem.

En su «retorno a Freud», Lacan realiza una relectura completa de estas propuestas y va señalizando el hecho de que Freud, al realizar esta formalización en *Tótem y tabú*, crea uno de los últimos mitos acerca del origen de la humanidad (mito demostrado como tal por los antropólogos, dado que no hay evidencia alguna de que esto haya acontecido). En este mito, lo interesante es considerar cómo se van haciendo caminos que intentan encontrar solución a una dimensión claramente definida en *Tótem y tabú*, la de un padre gozador, padre de la horda –vinculado al concepto de goce de Lacan–, y cómo ese personaje que encarna el goce determina que esta condición gozadora debe ser reducida, por eso debe ser muerto y retransformado para que adquiera un nuevo valor. Sabemos que el goce es por definición irrepresentable, pero en la descripción que nos hace Freud aparece encarnado en el padre, como un gozador según su capricho: es el dueño de todas las mujeres, de todos los bienes, de una hipotética libertad absoluta. Freud postula esta transformación como la necesidad de muerte e incorporación oral de ese padre. Así se describe que ese concentrado de goce es necesariamente reducido a partes menores y distribuido entre todos los partícipes del homicidio en el banquete totémico. Ahí devoran colectivamente al padre con el fin de lograr generar un proceso de simbolización, que es la transformación de ese impulso directo en una instancia

simbólica. Freud va a describirlo a través de mecanismos del tipo de la formación reactiva, ya sea por vía de la culpa u otros modos para lograr la renuncia al goce. Es interesante que la interrupción del goce del padre implique un homicidio como acto gozoso de la alianza de los hermanos, pero esta alianza básica es ya un esbozo de Ley, con lo cual queda demostrado que el goce sigue siendo el sustento de los mismos mecanismos que lo quieren resolver, y es ineludible en la especie humana, sea como fuere, que un sujeto se culturice.

#### LA ADMINISTRACIÓN DEL GOCE: DEL GOCE ÚNICO A LA PLURALIDAD DE LOS GOCES

Tenemos, por un lado, que esta solución, al «distribuir» la pulsión (el goce) entre todos, y así disminuir su intensidad y transformarla de modo que sea simbolizante, dejaría a cada sujeto con un pedacito de ese padre «metido adentro» y efectivizando la violencia del crimen. Parece una solución. Ese pedacito metido adentro sería condición necesaria y suficiente para sostener una determinada cultura. Por este pacto todos se unirían y, a través de la incorporación de este padre, pertenecerían a un mismo mundo, compartirían una estructura o la manera en que, entre todos, se harían cargo de resolver el velar por un cierto orden. Nótese que lo incorporado es un trozo de real para producir este pacto simbólico.

Este tema es retomado y vuelto a discutir por Freud (1939 [1934-1938]/1989) en su trabajo sobre Moisés, donde se refiere a lo mismo con similar desarrollo.

Veremos que, en todas estas vicisitudes, el desafío más importante es cómo resolver ese goce, ese *quantum* pulsional, ese trozo de animalidad originaria que sigue vigente, dado que no puede abolirse por completo. Sigue siempre existiendo de alguna manera.

Lacan pone a trabajar esta interrogación: ¿Cómo es que ese trozo de goce o de real nunca desaparece del todo, nunca se resuelve del todo en relación con la simbolización posible? Me tomo la licencia retórica de homologar *pulsión* y *goce*, que no son sinónimos, aunque tengan algún parentesco.

También podemos hacer notar que la compleja negociación deja goces, usufructos y deudas, en tanto que nunca los pasos son los suficien-

temente ajustados como para que no dejen saldos impagos o excesos de utilización. ¿Cómo saber la exacta necesidad de destituir al padre? O, más precisamente, ¿cuál es la magnitud de destitución de lo que es siempre mayor que la fuerza que habría sido necesaria? Esta es la maquiavélica trampa en la que el ser hablante queda envuelto; aquello que en un momento parece imperioso y de cierta magnitud, dada por las pasiones primarias, luego siempre parece excesivo, ya que lo que la Ley pide es bastante menos que lo que el Superyó, intérprete «tramposo», coloca, como ya lo aclaramos, al servicio del Ello. Por eso Lacan, desde la perspectiva imaginaria, califica al Superyó de «figura obscena y feroz, que empuja al goce»; no es apaciguante ni buen legislador. Esta es una visión diferente a las que postulan algún grado de transformación protectora del Superyó.

Aquí se abre el interesante tema de los tiempos lógicos y cronológicos, los tiempos de la humanización y los tiempos de la constitución subjetiva. Los primeros pasos de un sujeto son dados en condiciones de desvalimiento, bajo una enorme presión de lo real pulsional y lo real de los desajustes del ámbito, que en los orígenes de la humanidad era la inclemencia del hábitat, y en la crianza del *infans*, en tiempos más confortables, son los incontables desencuentros en la relación con los padres reales y los aspectos fallidos de cualquier cultura.

Esto lleva a los niños a tomar «decisiones» tempranas antes de concebir la auténtica necesidad de realizar represiones y a vivir ciertas experiencias transgresivas, que quizá no son tales. Tal vez esto reproduce analógicamente algunos de los dilemas del hombre prehistórico y quizá se asemeja al héroe trágico griego.

Los momentos de las decisiones muestran claramente cierta secuencia que ubica los tiempos, tal como Lacan nos enseñó, de manera tal que se concluye antes de conocer. Cuando se conocen, los hechos ya fueron conclusivos; el saber nunca termina de anticiparse lo suficiente. A todo esto, debemos agregar que el niño es un experimentador en acto, no consulta las enciclopedias porque simplemente no las entendería, y además porque su investigación está motorizada por los imperativos pulsionales. En ese recorrido -que no es otro, en alguna medida, que el de cualquier hombre en su vida corriente- nunca sabe de antemano en qué se está metiendo, como cuando elige pareja, tiene un hijo o entra en un análisis, por ejemplo.

Llevado al tema que tratamos hoy -qué deudas se están contrayendo al firmar esos contratos-, no debemos olvidar que cualquier contrato tiene una serie de artículos en letra chiquita que no se suelen leer, como los niños que no leen las enciclopedias, sobre todo antes de saber leer, y además, aunque leamos la letra chiquita, cualquier decisión común, por más leguleya que sea, va a implicar riesgos imponderables a los que inexorablemente estaremos expuestos. Cuántos de ustedes habrán comprado bienes o servicios que los llevaron a pagos inesperados y situaciones laberínticas, algunas maquinadas por algún canalla, pero otras propias de los compromisos más honestos que tienen sus riesgos imprevisibles. Sin embargo, las cosas hay que hacerlas de todas maneras; luego quedan las deudas.

Es importante resaltar que toda contabilidad tiene una precondition: el reconocimiento de una falta. Tómese como falta la referida a la ausencia de algo; solamente como una analogía para alcanzar intuitivamente la idea, cito el cero en la serie de los números naturales, o un conjunto vacío en la teoría de conjuntos. Esto permite existir al sujeto y operar con las nociones, tanto de presencia y ausencia como de pérdida o ganancia. Por supuesto, esto le permite también saber si ha saldado sus cuentas.

La otra acepción de falta, que es totalmente diferente y, sin embargo, vinculable, es la falta moral. Es una falta de cumplimiento con lo pactado con el Otro en su origen como sujeto.

En las deudas se despliega una singular complementariedad entre ambas faltas; el número reclama ser tenido en cuenta como cantidad sin solución, cantidad que no se resuelve con ningún pago adecuado, y la presión moral condena emocionalmente al sujeto con los típicos modos del remordimiento de conciencia y las diferentes variantes de la culpa, que constituyen todo un capítulo en sí mismas. Por estas razones el registro simbólico tiene un protagonismo central en el tema de las deudas, pero vuelvo a resaltar que estas se deben pensar en relación con los tres registros y sus intentos o fallas en las suplencias producidas para resolver el anudamiento.

Es interesante desarrollar «la diferencia ética» que hay entre la histeria y la neurosis obsesiva. La histérica se ve sorprendida por haber gozado y tiene que resolver un goce que se le instaló de un modo en el cual ella fue netamente objeto de un abuso por parte del Otro. En cambio, al obsesivo le «gustó», lo hizo, lo llevó a cabo; lo que le hicieron un poquito, él fue y

se lo hizo al Otro, y mucho, y después trata de esconder el acto realizado. Mientras que el obsesivo intenta lavarse las manos de algo que ya hizo, en tanto lo hizo, lo esconde y lo sigue haciendo, la histérica sigue buscando cómo resolver una responsabilidad, sin lograr hacerlo a través de la famosa pregunta, la pregunta de la feminidad, la pregunta de qué fui yo en esa ocasión, para poder ubicarse como sujeto frente a ese goce. En nuestra clínica, el qué fui -o qué soy yo- para ese hombre nos resuena en todas las historias amorosas femeninas.

El llamado «Discurso de la histérica» es una demanda, es una pregunta ética hacia alguien acerca de «en qué lugar me tengo que poner para que esto se arregle», una interrogación femenina, propia de una forma ética posible para la feminidad.

En el seminario *La ética del psicoanálisis*, Lacan (1959-1960/1988) dice que Antígona va hasta el fondo en ser consecuente con el deseo, en su preocupación acerca de cómo resolver éticamente la tragedia. No todas las histéricas ni todas las mujeres son como Antígona, ni sería aconsejable que lo fueran, pero es una referencia paradigmática de una conducta femenina. Algo de esto encontramos en la histérica, que estaría siempre preguntando dónde se tiene que poner para resolver ese goce que la excede, a pesar de lo que Freud (1933/1986) cuestiona de las mujeres que subordinan la noción de justicia a la envidia.

El obsesivo estaría ubicado en una ética diferente, elucubrando cómo hacer para esconderse y que no lo responsabilicen por ese goce.

La histérica presenta el deseo insatisfecho como si dijese «Déjenme un poquito de ese goce sin resolver hasta que yo lo pueda ubicar». «Deseo insatisfecho» que debe seguir estando para dar cuenta de un poco de goce suspendido, y no cerrar la cuestión. En cambio, el obsesivo asevera que el deseo es imposible, como diciendo: «Esto no lo hice yo porque no puede ser que yo, con mi rectitud, lo haya hecho...». Si la histérica usa un discurso de demanda, el obsesivo lo hace de imposición.

Vemos que la histérica tiene un discurso propio, en tanto que el obsesivo toma prestado lo que se llama el «Discurso del amo». No es exactamente que él sea quien encarna al amo, sino que, de algún modo, configura un discurso similar, pero con un cierto padecimiento subjetivo que lo diferencia y lo ubica en la neurosis. En definitiva, su aspiración es

la de lograr la imposición aparentando el modo del Discurso del amo, siempre con alguna excusa que lo justifique para no responsabilizarse auténticamente.

Hablando de la deuda y del obsesivo, es inevitable citar al «Hombre de las Ratas» (Freud, 1909/1988), historial freudiano que gira alrededor de una deuda que este joven soldado intentaba saldar en medio de lo que Freud denomina un «delirio». Deuda que se va descifrando como transgeneracional; el padre militar dilapida el dinero del regimiento por deudas de juego, a esto se le agrega el matrimonio con la madre por conveniencia económica, marcando así un origen dudoso de los deseos en juego. Por otra parte, las ratas (*Raten*) descritas en un tormento relatado por el paciente son vinculables a las cuotas (también *Raten* en alemán) que aluden a la deuda.

Lacan (1953/1993) retoma este historial en un seminario muy temprano, y potencia la lectura del mismo jerarquizando el eje que será central a lo largo de su enseñanza: la función del padre. En definitiva, toda deuda simbólica apunta al cumplimiento de ese mandato paterno –o lo fallido del mismo–, cuestión que da lugar al controversial aforismo bíblico: «Los pecados de los padres los pagan los hijos»<sup>3</sup>; Ezequiel y Jeremías conminan a poner fin a este tratamiento de las deudas, que se transforme, dicho vulgarmente, en «El que las hace las paga». Es el mismo tema que se ve en el centro de la tragedia de Edipo: ¿Quién carga con el error? ¿Layo, y a partir de ahí una teoría del filicidio, o Edipo, de donde parte la teoría del parricidio? Probablemente todo ataque a la Ley pueda ser considerado parricidio en tanto que la función paterna es la sostenedora de la Ley, aunque se trate del asesinato de un hijo.

Quizás esto despeje algunas controversias sobre cuál es el crimen primordial (Legendre, 1994). Ya hemos aclarado que no hay ser hablante que pueda considerarse inocente de haber gozado; a partir de ahí, todos somos padres de la deuda.

3 Comentario acerca de la Biblia, en relación con la vinculación del dolor como castigo enlaza la creencia de que «los hijos pagan los pecados de sus padres». Este es el origen del proverbio: «Los padres comieron el agraz y los dientes de los hijos sufren la dentera» (Ez. 18, 2-4); el profeta Ezequiel anunciará el final de esa creencia: «No repetiréis más ese proverbio» (Ez. 18, 2-4). Y Jeremías sentenciará: «Cada uno por su culpa morirá: quienquiera que coma el agraz tendrá dentera» (Jer. 31, 29-39).

Recordemos el adagio «el crimen paga»: ahí la ambigüedad no permite dilucidar si el que paga es el criminal o alguien paga por él, podría ser la víctima, o que el crimen es redituable. Nosotros diríamos que el «paga» de esta frase deja abierta la brecha entre la universal deuda a la Ley, dado que esta es simbólica, y el acto criminal que siempre satisface lo real de la pulsión.

#### LA TRAGEDIA COMO PARADIGMA DEL IMPERATIVO DE RESOLVER LA DOLOROSA DEUDA PARA CERRAR UN DUELO

Dice Ignacio Lewkowicz<sup>4</sup>: «Si la tragedia es el arte de decidir sin saber, el discurso histórico es el saber *a posteriori* producido por la decisión, el discurso histórico es el discurso que conecta la consecuencia con la decisión».

Para comenzar a avanzar con algunas reflexiones sobre la tragedia, consideremos cómo para Freud la dramática de la experiencia de dolor da lugar al origen del deseo, lo que significa en el *infans* dar por perdido algo que de todos modos es irrealizable. De algún modo, al estar registrada la huella de dolor, el *infans* tiene un registro del que no quiere saber. Freud aclara que esa huella de la experiencia de dolor está pero se rehúye, hay algo que, aunque esté marcado, no se quiere «saber».

Aunque el protosujeto «decide» impulsivamente apostar al deseo rehuyendo aceptar el dolor, tarde o temprano tendrá que asumir esa pérdida del bienestar. Si el deseo conserva el carácter alucinatorio, incestuoso, será la dura realidad la que se impondrá para hacerle saber que ese real es imposible. El paraíso del Yo de placer purificado debe darse por perdido para acceder al principio de realidad. El complejo de Edipo queda anudado al drama de esta renuncia que significa la constitución subjetiva por vía de simbolizar lo faltante, o sea, ese objeto que supuso consuelo frente al dolor. Enfatizamos que, en el duelo edípico asumido, aceptada la renuncia, se trata de elaborar una carencia a la que el sujeto se debe resignar, ya que implica aceptar la ausencia de un objeto natural dado el desarraigo instintivo. Esta carencia debe lograr volverse una ausencia simbolizada, darle

un borde al vacío presimbólico. Recién cuando el sujeto deseante logra legislar la falta con límites, es que la capacidad simbólica tiene posibilidad de dar destinos no incestuosos a la pulsión.

En la tragedia, la situación primordial de abandono y carencia de recursos en la que se encuentra el protagonista, como la del *infans*, es esencial para que la alternativa que se juega sea heroica. Si no estuviera tan solo el héroe trágico, abandonado a un destino aciago, no daría cuenta del desvalimiento originario previo a la humanización que lleva a una decisión tomada en la ignorancia. En general esa soledad se produce en la medida en que el personaje se lanza a un accionar, desoyendo advertencias que no logra dimensionar. Esto queda dramatizado en el Edipo de cualquier sujeto cuando renuncia a la madre como objeto incestuoso, siendo que ya estaba perdida por las rupturas inexorables de la unidad indiscriminada vinculada al narcisismo primario. Este estado de renuncia desde la perspectiva narcisística deja al sujeto en la padeciente soledad de un enamorado que pierde al objeto amado y sin recursos para elaborar simbólicamente esta pérdida. Solamente asistido simbólicamente por el Otro puede llegar a superar ese esbozo de tragedia y, si lo resuelve, queda una marca umbilical, una cicatriz de tan doloroso daño yoico. Cuando persiste en resistirse a las conminaciones y límites, aparecen la soledad irreparable y los excesos.

El drama es ir asumiendo que las cosas no eran como se ilusionó en las fases preedípicas, cuando, en plena fusión narcisística, la madre parecía ocupar el lugar de ese objeto que daba plena satisfacción. El interjuego imaginario yoico en el apogeo de la negación cree ser el exclusivo poseedor de la madre, hasta que en el típico giro paranoico hay una vivencia de desilusión. Si el doloroso desengaño no es tolerado, acarreará efectos graves sobre la posibilidad de adecuación a la vida.

En la lógica de la tragedia aparecen fases iniciales de triunfo o satisfacción que parecen encubrir los costos que luego necesariamente sobrevendrán. La tragedia reactualiza esta dramática en términos del abuso que significa la imposición a la renuncia, especialmente cuando esta es forzada por un otro injusto que no realiza sus propias declinaciones.

Un sujeto logrado requiere de una doble castración, la del Otro como castrado en tanto no es omnipotente y la del sujeto que admite su falta en

ser para constituirse. El Otro en lo trágico es encarnado como voluntades de padres, reyes, brujos, etc. En otros casos, estos actúan como intermediarios de un Otro de mayor abstracción, siguiendo designios de dioses que son cuestionados por el héroe trágico.

Esta confrontación ha sido valorada como expresión del no sometimiento a lo arbitrario y la emergencia de un sujeto en disidencia u oposición. Sin embargo, dentro de la trama misma se hace necesario que el héroe sucumba porque en su demostración de rebeldía atenta contra las reglas que lo determinan. La otra posibilidad sería que no fuese sacrificado y hubiese un viraje o una consideración especial; entonces cambiaría el género a drama, relato épico, comedia o a otra variedad. Una de las esencias es que el castigo ejemplar se imponga sin atenuantes y adquiera una intensidad despiadada.

La tragedia suele ser una escenificación donde hay un Otro inquebrantable, por debilidad, y que no reconoce su propia castración; como la cobardía de Layo frente al oráculo, que lo lleva a querer matar a Edipo. Frente a este Otro, hay un sujeto que se rebela de un modo directo, sin atenuantes metafóricos o sublimatorios. Si la rebelión fuese sutil, desplazada o atenuada, y el Otro admitiese relatividades, también saldríamos del género.

En una línea de la valoración positiva del género, Nietzsche (1872/2003) considera esta fuerza transgresiva como expresión de la esencia vital del hombre, ligada a estos modos sublevados contra la imposición simbólico-imaginaria que intenta oprimirlo. Luego comentaremos algo más de esto.

Volviendo al psicoanálisis, vemos la ampliación del Edipo en la constitución de la *psicología de las masas* (Freud, 1921/1976b) que ya fuimos mencionando, y, reiteramos, es ahí donde según Freud se puede evidenciar cómo la organización de una sociedad humana tiene momentos trágicos que debe resolver para subsistir. Es a partir de *Tótem y tabú* que Freud (1913 [1912-1913]/1991c) crea, en el mito del origen de la cultura, la necesidad trágica del asesinato del Padre de la horda (Padre del goce) para acceder al Padre simbólico.

En ambos horizontes, el social y el individual, se requiere ir construyendo un fantasma a través de diferentes tiempos para que se logre simbolizar algo que estaba pendiente de ser resuelto. Lo no resuelto se impone como deuda que abre el camino a la repetición hasta que se logra

saldar o, por lo menos, prorrogar, como suele hacerse en lo social. El reclamo acerca de lo no resuelto produce efectos nefastos en el héroe y en lo que lo rodea (la peste en Tebas, lo podrido en Dinamarca). Las deudas impagas desencadenan la violencia como retorno de lo real en búsqueda de descarga tanática. Es un tema interesante la comparación entre Edipo y Hamlet; Edipo es un héroe en acción, pleno impulso y consecuencias; Hamlet es una invocación a la subjetividad, aun frente a una circunstancia injusta a resolver. Sería un largo tema compararlos como hace Freud, pero son interesantes como dos maneras culturales en tiempos diferentes de evidenciar conflictos comparables y sujetos distintos, que en cierto modo se unen al haber un modo trágico por vía del asesinato y la propia muerte del héroe de saldar la deuda, la propia y la de los otros.

#### A MODO DE CONCLUSIÓN

Por los caminos que fuimos comentando, el neurótico se encuentra en deuda siempre, pero, como cualquier deudor acorralado, asume una nueva deuda, porque todo neurótico tiene un núcleo de mentira acerca de sus promesas de pago; debe, vuelve a pedir más crédito para no pagarlo. Habitualmente lo que la Ley pide es un límite a la demanda y al goce, cosa que el neurótico no logra asumir. En el momento en que el ser hablante acepta ese límite, se resuelve retroactivamente lo adeudado, pero Narciso o Edipo o los miembros de la alianza fraterna en realidad nunca estuvieron del todo dispuestos a renunciar a ser como esos padres todopoderosos que pactaron destituir. De ahí la añoranza humana que lleva a seguir creando ídolos y reyes malvados, que siguen representando lo no renunciado.

Todo neurótico inconscientemente sigue gozando, es decir, gastando a cuenta; no está auténticamente dispuesto a aceptar la castración, el límite.

En muchos países, tanto gobernantes como ciudadanos cumplen con la vocación neurótica de una u otra manera, piden más crédito sin estar dispuestos auténticamente a pagar porque quizás añoran a los padres todopoderosos y se preocupan poco por la transformación de estos en leyes más abstractas y de carácter férreamente simbólico.

Por eso al comienzo decía que se asumían deudas simbólicas para luego ofrecer engaños narcisistas como forma de pago, siempre con un

matiz de excepción. El neurótico siempre se supone un ser excepcional, lo horroriza lo estándar, no puede aceptarse como un hombre común; esa sería una figura interesante de la castración, aceptarse como uno más de los mortales, ni mejor ni peor.

Para los excedentes de narcisismo y de deseos incestuosos habría que buscar otros destinos en la creación y la sublimación. Quizá tengan algún valor en ese sentido la versatilidad subjetiva, la libertad de criterios, la sustitución del hacer por imperativos por un hacer basado en el juicio del sujeto, creando así destinos con la discreta excepcionalidad que da la singularidad, contrapuestos a aceptar mentirosamente las deudas y las fallas de la Ley cuando caen trágicamente sobre el neurótico.

Hoy en día, de todas maneras, no hay vida humana que pueda hacerse cargo de la deuda asumida por el desecho insignificante que en la actualidad se produce al tirar una bolsita de polietileno a la calle. Esto de todas maneras tiene el antecedente que, dada la condición mortal del humano, antes del polietileno también existían deudas inasumibles, pero quizá no se planteaban efectos milenarios derivados de los actos del hombre común; estos estaban reservados a los dioses o a los héroes. Siempre conviene tener en cuenta que nadie debe aspirar livianamente a la condición de dios o héroe, porque siempre alguien paga caro ese error. Desgraciadamente, en nuestra sociedad, no suele ser el causante de los orígenes de las deudas; recordemos las afirmaciones contrapuestas de los profetas Ezequiel y Jeremías. Quizás este sea el punto central de la controversia: los hijos, en lo social el pueblo; en lo individual, cualquier neurótico... ¿se tienen que hacer cargo de los errores y crímenes de los padres? ¿O los hijos son víctimas inocentes sobre los que cae la deuda?

Lo que denota este antiquísimo debate son las fisuras de la Ley, que permite este tipo de abusos; quizás en la medida en que disminuya la laxitud imaginaria de la Ley, que debiera ser férreamente simbólica, la deuda caerá en quien corresponda y habrá juicios y castigos a los auténticos culpables. Pero tengamos en cuenta que nuestro imaginario social es proclive, por razones del narcisismo, a promover líderes caudillescos autorizados a gozar para ser admirados y seguidos.

Voy a terminar evocando una sabia afirmación que formularon los Baranger y Mom, que suelo utilizar como guía.

El destino dilacerado de la humanidad, tanto en lo individual como en lo colectivo, exige la historización de los traumas en el afán de hacer retroceder lo in-nombrable siempre presente. El mito del pecado original, tan absurdo e inasimilable en una *Weltanschauung* racionalista, no hace sino poner de manifiesto esta verdad: nacemos sexuados y mortales. Nuestra historia traumática nos ayuda a pormenorizar esta condición común y a ordenar en una forma que tenga algún sentido los «pecados» cometidos por otros contra nosotros, por nosotros contra los demás. (Baranger *et al.*, 1987, pp. 745-774) ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Baranger, M., Baranger, W. y Mom, J. (1987). El trauma psíquico infantil, de nosotros a Freud: Trauma puro, retroactividad y reconstrucción. *Revista de Psicoanálisis*, 44, 4, 745-774.
- Foucault, M. (1995). *La verdad y las formas jurídicas*. Gedisa. (Trabajo original publicado en 1978).
- Freud, S. (1986). Conferencia 33: La feminidad. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 22, pp. 104-125). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1933).
- Freud, S. (1988). A propósito de un caso de neurosis obsesiva. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 10, pp. 119-252). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909).
- Freud, S. (1989). Moisés y la religión monoteísta. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 23, pp. 1-132). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1939 [1934-1938]).
- Freud, S. (1991a). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 4). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900 [1899]).
- Freud, S. (1991b). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 5). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900-1901).
- Freud, S. (1991c). Tótem y tabú: Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 13). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913 [1912-1913]).
- Freud, S. (1976a). Más allá del principio de placer. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- Freud, S. (1976b). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).
- Freud, S. y Bullitt, W. C. (1997). *El presidente Thomas Woodrow Wilson: Un estudio psicológico*. Acme-Agalma. (Trabajo original publicado en 1964).
- Lacan, J. (s. f.). *El seminario de Jacques Lacan, libro 22: R. S. I.* <https://www.lacanterafreudiana.com.ar/2.1.10.1%20CLASE%20-01%20%20S22.pdf> (Trabajo original publicado en 1974-1975).
- Lacan, J. (1983). *El seminario de Jacques Lacan, libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1954-1955).
- Lacan, J. (1984). *El seminario de Jacques Lacan, libro 3: Las psicosis*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1955-1956).

- Lacan, J. (1986). *El seminario de Jacques Lacan, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1964).
- Lacan, J. (1988). *El seminario de Jacques Lacan, libro 7: La ética del psicoanálisis*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1959-1960).
- Lacan, J. (1993). El mito individual del neurótico. En J. Lacan, *Intervenciones y textos 1*. Manantial. (Trabajo original publicado en 1953).
- Lacan, J. (2000). *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad: Posición teórica del problema de la psicosis paranoica*. Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1932).
- Lacan, J. (2006). *El seminario de Jacques Lacan, libro 10: La angustia*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1962-1963).
- Lacan, J. (2009a). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En J. Lacan, *Escritos 1* (vol. 2, pp. 99-106). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1966).
- Lacan, J. (2009b). El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada: Un nuevo sofisma. En J. Lacan, *Escritos 1* (vol. 1, pp. 193-208). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1966).
- Legendre, P. (1994). *El crimen del cabo Lortie: Tratado sobre el padre*. Siglo XXI.
- Nietzsche, F. (2003). *El origen de la tragedia*. Libertador. (Trabajo original publicado en 1872).
- Peskin, L. (2004). Las deudas neuróticas y la Argentina actual. *Actualidad Psicológica*, 318.
- Peskin, L. (2008a). La violencia y el psicoanálisis. En L. Glocer Fiorini (comp.), *Los laberintos de la violencia*. Lugar.
- Peskin, L. (2008b). *Los orígenes del sujeto y su lugar en la clínica psicoanalítica*. Paidós. (Trabajo original publicado en 2003).
- Peskin, L. (2015). *La realidad, el sujeto y el objeto*. Paidós.

# La interpretación «justa»: Paradojas del exceso



GRISELDA REBELLA<sup>1</sup>

DOI: 10.36496/N136-137.A11

ORCID ID: 0009-0004-9607-9354

RECIBIDO: FEBRERO DE 2023 | ACEPTADO: MAYO DE 2023

## RESUMEN

La autora intenta incursionar en las complejidades del trabajo transferencial-contratransferencial, en el que el riesgo de exceso en la interpretación es piedra corriente del análisis. Relacionándolo con la clínica, toma algún ejemplo para dar cuenta de la imposibilidad de refrenar estas interpretaciones con ribetes excesivos, en respuesta al exceso de las experiencias intensamente vivenciadas por el paciente a la vez, y generalmente sin palabras. Será mediante el análisis, en los tiempos en que el analista puede ofrecer una interpretación que apunte a la reintroyección de los contenidos metabolizados en la mente del analista, que estos podrán ser transformados en elementos pensables que aporten al entendimiento de lo que pasa en la mente del paciente, del analista y de la dupla.

**DESCRIPTORES:** INTERPRETACIÓN / CAMPO PSICOANALÍTICO / CONTRATRANSFERENCIA / TÉCNICA PSICOANALÍTICA / TIMING / TRANSFERENCIA / REVERIE / MATERIAL CLÍNICO

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [grisr@netgate.com.uy](mailto:grisr@netgate.com.uy)

## SUMMARY

The author attempts to explore the complexities of the transferential-countertransference work where the risk of excess in the interpretation is the mainstay of the analysis. Relating it to the clinic, she takes some examples to show the impossibility of restraining these interpretations with excessive edges, in response to the excess of experiences intensely lived by the patient at the same time, and generally without words. It will be through the analysis, in the times when the analyst can offer an interpretation that aims at the reintroduction of the metabolized contents in the mind of the analyst, that these can be transformed into thinkable elements that contribute to the understanding of what is going on in the mind of the patient, the analyst and the duo.

**KEYWORDS:** INTERPRETATION / PSYCHOANALYTIC FIELD / COUNTERTRANSFERENCE / TECHNIQUE PSYCHOANALYTIC / TIMING / TRANSFERENCE / REVERIE / CLINICAL MATERIAL

## INTRODUCCIÓN

La entusiasta convocatoria de la Comisión de Publicaciones de la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* nos invita a intercambiar sobre las inquietudes psicoanalíticas que nos ocupan. En lo personal, hay varios temas que me resultan estimulantes, retomo uno que en particular me viene interesando en estos últimos años: la interpretación, su espacio de creación y sus efectos en la clínica actual, particularmente cuando incluye un exceso en su transmisión. En el año 2020, en ocasión del 33° Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal), titulado *Fronteras*, escribí algunas reflexiones bajo el nombre de «El exceso de/en la interpretación» (Rebella, 2020), acerca de algunos de los modos de interpretación que los analistas usamos hoy. He seguido pensando en esa línea. Me pregunto hoy: ¿acaso los psicoanalistas hemos

ido cambiando nuestras formas de interpretar? Si es así, ¿eso implica un abordaje de lo inconsciente, diferente al clásico? La posición del analista, en la que muchas veces observamos que se explican en demasía tanto las construcciones como las interpretaciones, ¿responde a una concepción de poco *pañó analítico* en sus pacientes, a un cambio en la frecuencia y técnica o a una necesidad rápidamente *evacuativa*, en detrimento de la espera necesaria en la mente del analista para poder metabolizar contenidos *pesados*?

En cuanto a la interpretación, esta puede resaltar entre un entramado de varias ideas, donde solo algunas alcanzan, en su pasaje por el procesamiento secundario, el nivel de interpretación o de palabras operativas para el análisis. Frente a esas ocurrencias que surgen desde la historia analítica, el paciente asocia libremente, pero el analista también lo hace, y esto parece configurar las peculiaridades de su *atención flotante*. Desde el terreno transferencial, él *opta* entre las posibilidades interpretativas con las que cuenta. Tomaré dos posibilidades, partiendo del caso en el que el contenido ha sido acogido en la mente-continente del analista. En una, este se lo comunica al paciente mediante una intervención que puede ser una construcción o tal vez una interpretación; en la otra, el analista calla, a la *espera* del momento en que ambos, en el espacio del entre dos analítico, estén abiertos al procesamiento que favorecerá al paciente la integración psíquica del contenido. Estas dos ocasiones que a veces se dan a lo largo de la misma sesión, ambas instrumentos y potestades del analista, surgen desde un terreno transferencial determinado y teñido de varios factores.

El tema de la contratransferencia es inseparable del de la interpretación, si la pensamos acompañada de un trabajo intenso por parte del analista para «escuchar-se-la», como instrumento para entender los dinamismos del paciente. Sabemos de los riesgos de proyección, de los que ya nos alertaban Freud y Klein, quienes la veían como un obstáculo. Esta última sostuvo hasta el fin de su vida que era muy difícil determinar cuánto de lo vivenciado por el analista en sesión era del paciente y cuánto de él, sobre todo para los menos experimentados. Si este proyecta en el paciente lo suyo, adjudicándose, entramos ya no solo en el plano de la confusión sujeto-objeto, como muy acertadamente me ha sugerido un colega, sino que estamos en el terreno del exceso.

También, desde otro punto de vista, puede ser excesivo pensar esas emociones solo como respuesta complementaria o en oposición a aspectos del paciente.

Hoy mucho han escrito y fundamentado autores posteriores para dar cuenta de las complejidades del concepto.

López Ballesteros traduce, en las obras completas de Freud, «contratransferencia» como «transferencia recíproca». De esta manera, si la transferencia es de ambos, parece transmitir que el trabajo del analista para despejar los contenidos del paciente discriminándolos de los suyos es permanente. Hay quien lo piensa como una tarea imposible. Freud en *Lo inconsciente* (1915/1992) sostenía que existe una reacción inconsciente al inconsciente del otro, que captamos sin hacerla pasar por la conciencia. De ese modo, somos aliviados de lo abrumador que podría llegar a ser si el contenido latente del otro fuera registrado conscientemente cada vez que él nos comunica manifiestamente sus pensamientos. La contratransferencia también sería mayormente inconsciente.

Desde una concepción de *campo dinámico*, Baranger (1979/1994) parte del concepto de proceso en espiral de Pichon-Rivière y nos acerca el concepto de campo, al mismo tiempo que nos aleja de pensar todo lo que ocurre en él como *contrarrespuesta* al material del paciente, involucrando al analista con intensidad. Él sostiene que «ni el analista, ni el analizado, una vez implicados en una situación analítica y en un proceso, podían ser descritos ni entendidos como personas aisladas, sino en función uno del otro» (p. 360). A la vez, es importante postular a cada uno en su función, sin homogeneizarlas.

¿Es posible utilizar este conocimiento que surge como vivencia *contratransferencial* para el analista? Si es así, ¿cuánto de él es instrumento para favorecer el análisis? Cuanto es comunicable en ese sentido surgirá de las vicisitudes de lo transferencial en juego. Ambos, analista y paciente, tendrían la capacidad de reaccionar al inconsciente del otro, pero, como sostiene Vic Sedlak (2005), utilizar lo que de esa reacción hemos podido entender, en términos contratransferenciales, para el análisis no significa *autorrevelarlo* al paciente. Coincido con él en que «la experiencia del paciente de un analista que puede tolerar su contratransferencia con un mínimo de actuación es muy importante, pero puede lograrse sin autorrevelación» (p. 217). La explicitación cruda al paciente puede volverse

excesiva, en cuanto se podría hacer cargar al paciente con conflictos propios del analista. En ese sentido, las reticencias de Klein a que los afectos y vivencias corporales o psíquicas del analista en sesión sean utilizados para beneficio del paciente, pensándolos como una forma de comunicación de este, al mismo tiempo abren una puerta, al menos para reflexionar sobre ello. Registrar no implica invadir al paciente sin «filtro». Encontramos, entonces, al menos un reconocimiento de que hay un terreno particular que se establece en el análisis, donde ocurren cosas difíciles de discriminar si son del analista, del paciente o una creación propia de «convocar los demonios» en transferencia. Tal vez este punto no sería de gran relevancia si no tuviera consecuencias clínicas y técnicas que hacen a las diferencias entre las distintas escuelas psicoanalíticas y su forma de conceptualizar lo inconsciente y la resistencia. La contratransferencia, pensada como obstáculo o resistencia del analista, es una forma de verla. Si los afectos del analista respecto a su paciente le impiden analizarlo, podrían ser expresiones resistenciales del analista, lo cual no excluye que, una vez resuelta, transformada en unidades pensables, se vuelva un instrumento de entendimiento de parte de lo que ocurre en ese análisis.

Más interesante aun se vuelve la posibilidad de que esos afectos, sentimientos en el analista, develen más de lo que parece, desde una perspectiva que los concibe como puntas conscientes de un iceberg. Explorando bajo «las aguas», podría encontrarse un mensaje disfrazado y enigmático que se ofrece a su significación.

Desde una perspectiva lacaniana, Nadal Vallespir (2000), basándose en ideas de Nasio, reflexiona acerca del concepto de *inconsciente común*, con el cual nos encontramos en un cruce de caminos entre diferentes teorías y concepciones de inconsciente. Sostiene que la interpretación en análisis contiene aspectos inconscientes comunes a ambos integrantes de la dupla. Aspectos en común o complementarios, expresados en ese momento príncipes de la interpretación, nos confrontan con la vastedad y complejidad del tema a tratar. Llegado este punto, debemos hacer un recorte ordenador para elegir un sendero por el que transitar, llevando de la mano la interpretación y los fenómenos transferenciales.

La contratransferencia, siendo inconsciente, pienso que ofrece puntas preconscientes, y se expresa de maneras variadas. En ese momento en el

que el psicoanalista *siente* afectos, eso *sentido*, tal cual nos decía Freud, ya se encuentra en un terreno consciente. Si el analista lo vincula a efectos contratransferenciales, nos transmite que si bien hay aspectos que seguirán siendo inconscientes, desplegados en modos de expresión acordes a ello, otros que pasaron a ser disponibles para él pueden ser mensajeros que permiten inferir lo inconsciente hasta ese momento. Al aprehenderlos, podemos entender parte de lo que en la dupla analítica está ocurriendo, acercarlo al paciente, y en ese marco, eventualmente se vuelven instrumentos.

En ese laberíntico terreno de los fenómenos transferenciales- contratransferenciales -y de *causaciones recíprocas*, al decir de Baranger-, aco- taremos nuestras reflexiones hoy sobre este tema, sin la ingenuidad que puede acarrear pensar la interpretación transferencial como *contra* algo, y teniendo en cuenta, así como nuestros maestros nos transmitieron en su sabiduría, que el psiquismo es sumamente complejo (también el del ana- lista), y esto nos hace trabajar siempre en el espacio de la incertidumbre.

Desde ese lugar, sin saberes cerrados, me interrogo acerca de esos movimientos que, siempre espiralados, permiten un acercamiento parcial a diferentes aristas psíquicas del paciente, que relanzan nuevos acerca- mientos y alejamientos para tomar distancia, y abordar otros lados más o menos iluminados del psiquismo y de lo vincular. En esos vaivenes, en gran parte inconscientes, hay momentos en los que nos encontramos lo suficientemente cerca del paciente como para poder calibrar cuánto de las ocurrencias, de lo percibido o inferido por nosotros es pasible de ser interpretado, y cuánto deberá ser contenido en nuestra mente, a la espera del *timing* en el que la interpretación pueda ser tomada operativamente.

#### DE DISTANCIAS Y CERCANÍAS

La ocasión en la que la distancia entre paciente y analista permite el sur- gimiento de una ocurrencia que toma la forma de una interpretación es un acto privilegiado e inconsciente que ocurre en una sintonía a veces inesperada. Se ofrecerá al paciente una significación en aquel momento «justo» en el que las condiciones sean favorables al ingreso en su psiquis- mo, produciendo un momento de *insight*. La mente del analista en sesión

funciona de un modo propio de cada encuentro con cada paciente. Es importante que lo pongamos en relación con la edad de este y su patología, como otro elemento que pesa para la interpretación verbal o en acto (como es frecuente con la técnica del juego en el análisis con niños), acorde a los diferentes grados de simbolización disponibles para aprehenderla.

Si una interpretación es usada fuera de timing, o surge como evacuativa de contenidos aterradores que el analista no ha podido contener psíquicamente, no solo puede reforzar resistencias, sino angustiar en exceso, generando efectos indeseados, ya que las palabras no son ingenuas y el que se las lleva es el paciente. (Rebella, 2020, p. 703)

Paradójicamente, tratando de aliviar el sufrimiento psíquico, se produce el efecto contrario. Un lazo queda desplegado para explorar lo que el paciente hará con ese exceso que toma la categoría de invasión o de violencia.

Los analistas estamos muy habituados a pensar las expresiones del psiquismo actuales, vinculadas a las marcas que conforman el entramado de cada estructura psíquica. En ese sentido, me gusta cómo Piera Castoridis Aulagnier (1975a) sostiene cuánto de los tiempos primitivos, primeros encuentros con la palabra, son mediados por la madre, que acerca al lenguaje, inicialmente como una serie de «fragmentos sonoros». Estas trazas son atribuidas al primer objeto-pecho bajo la influencia de la fantasía. Formarán luego parte de la argamasa con la que se construye el psiquismo.

Como condición humana, en los orígenes del sujeto, a los sonidos oídos se les otorga un sentido en torno a si son fuente de placer o displacer, y pasado cierto umbral, la intensidad se volverá dolor. ¿Qué determina ese umbral? Parecería que será individual y, a la vez, estará relacionado con el sonido en términos de lo que transmite la madre -en su tono, timbre, intensidad y duración-, quien, acompañando el gesto, hará inferir un contenido.

Acorde a su pensamiento, siendo el objeto primordial el principal dador de gratificaciones y frustraciones, el bebé está muy pendiente de los sonidos que delatan la presencia o ausencia de la madre porque espera la gratificación que ella traerá. Al placer de oír, se unirán las zonas erógenas activadas simultáneamente, y la voz materna se volverá un atributo del pe-

cho, signo del deseo materno, tanto si la zona auditiva experimenta placer como si no (Castoriadis Aulagnier, 1975a). Entrará en juego entonces, para el bebé, el deseo percibido-atribuido al objeto primordial, a través de la voz de la madre, deseo de ofrecer o negar el placer, supuesto en ella, que habilitará o no las funciones de comer, defecar, abrigarse o desabrigarse, dormir o llorar, etc.

El silencio, a su vez, o ausencia del sonido, atribuido a la cercanía o lejanía de la madre, podrá volverse manifestación de una vivencia de displacer, ya que es posible fantasearlo como ausencia, luego *falta*, y también como *la negativa materna de ofrecer el objeto sonoro fuente de placer* y preámbulo de la satisfacción. Estos primitivos anclajes del psiquismo marcarán las características de todo vínculo posterior, cuestión que Vic Sedlak (2005) ejemplifica con un paciente que transmite en sesión cuán cautivado ha quedado al descubrir algo muy valioso: «que la propia vida familiar temprana puede influenciar las relaciones futuras» (p. 214), frase que desplegará un sinfín de asociaciones transferenciales.

#### DESDE LA CLÍNICA

Hace años, un querido amigo y excelente analista, Pedro Gadea, en un intercambio personal me hizo pensar acerca de aquellos pacientes de cierta gravedad para los que nuestras palabras se transforman en un arrullo que, desprendido de su contenido, satisface una necesidad de ser «acunados» por el analista-madre. Luego, en el grupo del Laboratorio de Psicosis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU), con Julio Seigal coordinando, reflexionamos acerca de cómo para algunos pacientes es muy difícil escuchar nuestra voz unida a su valor simbólico de palabras. El sonido de nuestra voz se acerca a la concepción de un objeto-cosa que da placer como rememoración del acto de acunar materno, palabras en las que el contenido que podrían acarrear pierde su relevancia en pos de jerarquizar una antigua paz rememorada en transferencia.

El bebé, según interprete en términos de objetos parciales o totales, percibe los sonidos como signos del deseo del pecho o de su madre en relación con él, como sostiene Piera. ¿Qué ocurre con la reedición de esta forma de acercarse al objeto tan primitiva, en sesión? ¿Vuelve solamente

con esa vivencia arrulladora o arrastra otros contenidos y deseos fusionales? ¿Arrasa transitoriamente con las posibilidades de aprender de la experiencia o la repetición está al servicio de encontrar formas elaborativas de contenidos innombrables? ¿Debemos pensarlo en función de la estructura psíquica de cada paciente?

Así como mamá ordena cuándo es hora de cambiar el pañal, dormir, comer, abrigarse, etc., el paciente puede estar muy pendiente de lo que supone que el analista desea y de la confirmación de su supervivencia. A su vez, este último puede contraactuar ese deseo si no lo identifica como tal y responder con un exceso de intervenciones en esa dirección, bajo la consigna de *ordenar* su psiquismo, prestándole el propio y como forma de mostrarse vital. Los riesgos de aspiraciones pigmaliónicas en el analista solo dependerán de las características de su propia historia personal y analítica. En ese caso, el exceso en la interpretación será una mochila que el paciente cargará hasta que pueda ser desmontada en el mismo espacio analítico.

El anhelo de *oír* el deseo y la presencia del Otro -condición para investir la función de la escucha- acompaña *el deseo de aprehender lo que enuncia la voz* de mamá-analista para *saber* qué preanuncia de lo que se espera de él. Junto con estas peripecias respecto al deseo de la madre, encontramos lo que el bebé arma de lo que él es (Winnicott, 1967/1972).

Reflejado en su *mirada-voz*, se ve él, en lo que es y en lo que no es, proviniendo de la sabiduría supuesta en la madre que *sabe* de él más que él mismo. Podemos pensar que cuando estos estadios se viven traumáticamente por diferentes motivos, cada vez al bebé lo inundará más y más la desconfianza de lo que proviene del otro, y que, unida a condiciones subjetivas, podrá generar su retraimiento. ¿Podremos pensar aquí las raíces de aquellas dificultades que encontramos en algunos pacientes para investir al analista en su lugar como tal? ¿En esos «falsos saberes»?

A ese *deseo de saber* del que hablábamos se puede contraponer lo que Bion ha desarrollado como el «no deseo de saber», propio de funcionamientos primitivos, hasta psicóticos, que pueden asemejarse a lo que él llama «automutilación» de las fuentes perceptivas del displacer, que generan episodios de sordera psíquica (Rebella, 2020).

En sesión, se suma transferencialmente en estos pacientes la urgencia desesperada de recuperar-reencontrar a esa mamá *transparente* en cuanto

a lo que el Otro desea de él, sin lugar a las oscuridades propias de la incertidumbre que caracteriza las aristas neuróticas.

Para algunos pacientes tal vez es demasiado seductora la idea de entrega a lo que el otro quiera hacer de él, que proyecta en el analista y que propicia hacer a un lado su propio pensamiento, posible causa de que muchas propuestas terapéuticas que invitan a dirigir y solucionarle la vida al otro, indicándole o aconsejándole qué hacer con determinados temas, proliferen en algunos sectores y estructuras.

Volvamos a esa percepción del sonido que conlleva tantas cosas, surgiendo desde un *afuera* abierto a las múltiples atribuciones subjetivas y al supuesto deseo del Otro, y que tomará una cualidad placentera o displacentera, acorde a la interpretación de la experiencia. La voz se une a experiencias como ver, tragar, oler, tocar-ser tocado, que refuerzan o apaciguan vivencias persecutorias o gratificantes.

El objeto-voz puede tanto ser objeto restrictivo de la pulsión -y, por lo tanto, perseguidor- como mensajero del amor del Otro -objeto dador de placer-. Esa voz, que llega como pulsión escópica, que anuncia que ya llega la gratificación de una zona parcial, se vuelve un objeto tranquilizador, vehículo de amor y deseo, como preámbulo de palabras creadoras de sentido que aún no son y que nos van incluyendo en la cultura.

Esos primeros tiempos en la vida del *infans* dejan huellas que en sesión surgen de modos no verbales, y en general es el análisis de la contratransferencia, o transferencia del analista, lo que permite identificarlas.

Hay trazas psíquicas que en psicoanálisis han encontrado intentos de conceptualizaciones diversos. Por ejemplo, Marucco (1999) llama «huellas ingobernables» a aquellas que, como marcas psíquicas, pueden hablarnos de dificultades en la represión primaria, que son incapaces de ligadura con la palabra y que, desde otra mirada, Green (2000/2001) plantea que pueden encontrar representación en la contratransferencia. Estas huellas surgen muchas veces en actos que solo en el entre dos del análisis cobran significación. Eventualmente se enlazarían primero en la mente del analista, y al ponerle palabras, se desligarían de su repetición en actos. Así, la interpretación reafirma su lugar fundamental en el trabajo de análisis y nos permite reconducirnos a cuestionamientos acerca del *timing* y exceso evacuativo posible desde el analista.

Son múltiples los ejemplos clínicos de pacientes cuyas primitivas relaciones de objeto se actualizan, expresándose en el sentir del analista en sesión, efectos de situaciones que antaño fueron vivenciados por el paciente sin palabras. En su trabajo *Clínica de las situaciones límite*, Anne Brun (2019) trae un excelente ejemplo. Una paciente adulta genera en ella un impacto contratransferencial intenso, que es identificado para ser procesado por la analista y reconducido a antiguas experiencias de la paciente. Esta y la analista han logrado una conexión transferencial tal que se reactualizan intensas vivencias contratransferenciales de primitivas relaciones de objeto que pueden ser utilizadas en provecho del análisis.

El trabajo con estos aspectos que ponen en tensión nuestras posibilidades de significarlos conlleva el riesgo de exceso si el contenido se vuelve intolerable para nuestra capacidad de hacerle de continente y nos produce evacuar rápidamente en una interpretación lo que necesita ser contenido y metabolizado en nuestra mente para poder ser nombrado. Cual función *rêverie* bioniana (Bion, 1962/2003), a veces cargamos mucho tiempo con los fantasmas aterradores de nuestros pacientes antes de que llegue ese momento en el que es posible significarlo, ya metabolizado en nuestra mente, ofreciéndolo al paciente en una interpretación. Esa capacidad continente y resignificante es peculiar de cada analista y se relaciona con su historia de análisis y sus puntos ciegos.

Recuerdo, como ejemplo, que hace muchos años recibí a un paciente de siete u ocho años que entró por primera vez a la consulta empujado a golpes de la madre en la cabeza. «No quería venir», dijo ella a modo de explicación de su violencia, y se fue rápidamente dejándolo conmigo. El niño entró llorando y gritando, y apenas cerré la puerta, comenzó a patearla clamando por irse. A pesar de los muchos años transcurridos, todavía recuerdo el desconcierto, la angustia y el no saber qué hacer frente a un pequeño desconocido que amenazaba no solo romper la puerta, sino todo vínculo posible. Le interpreté en la línea de que no nos conocíamos, que estaba asustado y enojado con la madre, que así como ella lo golpeó, él quería golpearme a mí y todo lo que nos representaba a ambas, invitándolo a entrar al consultorio. Sin resultado, seguía pateando y golpeando la puerta con furia y desesperación.

En ese momento yo solo tenía la visión del niño vía los padres, y a él no lo había visto nunca hasta ese día. Inmersa en el exceso de efectos transferenciales del momento que ambos vivíamos, violentados los dos por esa entrada a los golpes de la madre y un ataque a todo límite, que representaba la puerta, acerqué una interpretación adelantada, buscando a tientas cómo aliviar ese sufrimiento del niño, sin poder contener en mi mente la intensidad del afecto desbocado y la vivencia persecutoria puesta en mí, le dije: «mamá me contó que siempre estás muy enojado con todos». Obviamente, una intervención que surgió desesperada y transmitió «no es conmigo», «yo no tengo nada que ver», «sos tú el que siempre está enojado» no pudo calmar al niño. Al ver que continuaba pateando la puerta con más fuerza aun, le dije que podía salir, que no estaba encerrado, y abrí la puerta. Salió corriendo en círculos por el jardín y luego cayó cansado en el escalón de la entrada al consultorio. Por muchos meses solo pudimos trabajar en el jardín, hasta que el frío del otoño lo *convenció* de ingresar nuevamente al consultorio. El terreno transferencial ya era otro y primaban aspectos positivos, si bien la violencia del acto a veces era intensa y rompía las flores del jardín, tiraba piedritas hacia la calle y las personas que por allí pasaban, y en varias ocasiones con alaridos decía que nadie lo quería, mientras los vecinos chistaban y nos miraban con disgusto. El acto seguía adelantándose, mientras las palabras seguían demoradas en un panorama donde en el vínculo con la madre primaban los golpes, tiñendo transferencialmente de muchos temores el encuentro conmigo.

Ese relato de nuestro encuentro inicial, en el que recuerdo que pasaron tantas cosas, transcurrió en el breve lapso aproximado de diez minutos de la sesión, según yo recuerdo. El exceso violento campeaba entre nosotros desde antes de llegar, y al recibirlo por primera vez, no se había establecido aún con el niño el terreno transferencial que se iría construyendo entre los dos en el ámbito del análisis. Hoy nos interesa el ejemplo para reflexionar particularmente sobre lo que en ocasiones ocurre en la mente del analista. ¿El impacto que tuvo sobre mí el recibir a este hijo golpeado y humillado por su madre impidió que pudiera hacerle lugar a vivencias violentas, aterradoras y fulminantes del niño, que se sentía no *querido vivo* por una madre compleja? Tal vez me fue imposible tolerar aquello persecutorio masivamente proyectado en mí, cuando

aún mi psiquismo no estaba preparado para hacerle lugar continente a tales contenidos aterradores. Al igual que él, tampoco tuve disponibles las palabras adecuadas para calmarlo. Se produce, entonces, con la interpretación, un fenómeno evacuativo que con su exceso concomitante aumenta la desesperación del niño. Solo posteriormente, con una intervención verbal que acompañó la interpretación simultánea en *acto* al abrir la puerta hacia el jardín y mostrarle que no pretendía encerrarlo, ocurrió cierto alivio entre los dos.

Aun cuando el analista ha desarrollado cierta tolerancia al dolor que le permite no evacuar los contenidos que buscan urgentemente un continente en su mente para lograr cierta transformación, nunca está al resguardo de respuestas excesivas al exceso de demanda desesperada. Estos fenómenos se parecerían a lo que muchos analistas llamarían contraactuaciones por parte del analista.

El riesgo mayor de deslizamiento a estas respuestas es con pacientes graves, que captan con facilidad puntos frágiles en el otro y ponen en juego aspectos transferenciales muy primarios que exigen al analista un permanente recurrir al análisis y reanálisis propio para trabajar con ellos. Justamente en estos casos es necesario cuidar el exceso de significaciones que pueden quedar como perdigones en la mente del paciente.

En un trabajo sobre el dolor, Clara Nemas (2012) sostiene que hoy en nuestra cultura está más que tolerado, es evacuado, *anestesiado, acallado*. Los analistas, con nuestra capacidad continente ampliada, alojamos los contenidos más aterradores de nuestros pacientes, transitando por finos pretilos de diferentes avatares psíquicos.

Son los pacientes más perturbados quienes necesitarán más que los acompañemos en la vuelta de estados emocionales intolerables, en los que falta la palabra, no solo con nuestro entendimiento, sino con nuestra disposición a *escuchar* su dolor en todas las maneras que poseen para transmitirlo. Esto implica muchas veces el compromiso corporal en una reedición contratransferencial, por momentos muy primitiva, en que el sentido de las palabras transformadoras no fue posible, al igual que la capacidad de otorgarles un caudal simbólico operativo (Rebella, 2020). El niño de mi ejemplo anterior solo en el entre dos del análisis logró crear un sentido para el acto violento, dándole palabras a lo vivenciado sin ellas.

Distinto fue el caso de una adolescente que sufría de trastornos digestivos desde la niñez y una gran impulsividad agresiva. Luego de una sesión intensa de gran dolor y vivencias de vacío, yo terminé la sesión literalmente vomitando. Podría haber sido insignificante desde el punto de vista psicoanalítico si las náuseas no se hubieran repetido rigurosamente por dos sesiones más con ella, posteriores y consecutivas. En ese contexto, cuatro sesiones después, escuché, inmersa en plena atención flotante: «¿Te das cuenta que la odio desde mis entrañas?» (Se refería a X, una compañera de clase). El resto del contexto verbal se desdibujó en mi escucha, destacándose el «odio desde las entrañas». Sentí el golpe en «las entrañas», pero no era corporal, como en las sesiones anteriores, sino en mi mente. La experiencia de *insight* fue compartida: a su expresión y mi consternación, siguió el recuerdo en ambas de las mismas palabras, dichas un año antes para referirse a la madre, que la había abandonado cuando era pequeña. «Ya sé, dije lo mismo de mi madre..., pero X no se parece a mi madre... En realidad... es poco afectuosa y agresiva como la recuerdo a ella... cuando me vomitó en lo de mi abuela». Trató de desvalorizar a continuación el *insight*, pero pudo tomar mis siguientes palabras:

Vomitada, abandonada, expulsada y desprotegida. Tal vez ahora podés ver que ese odio que sentís tiene mucho que ver con lo que tuviste que vivir. Seguramente estés muy asustada de ser vomitada y abandonada nuevamente, y volver a sentir ese intenso dolor que desgarrar tus entrañas.

Respondió angustiada y muy bajito: «No sé cómo sacar de mis entrañas el odio, y sale disparado para todos lados... No me vomites... Ella no me quería».

Con su concepto de *rêverie*, Bion pone en relación la capacidad continente del analista para con las experiencias traumáticas, sin palabras, no significadas, con la capacidad del paciente para tolerarlas y su potencialidad de hacer frente a la frustración, significando la experiencia, lo que implica darle palabras. La madre y el analista no solo continentan el contenido sin nombre del hijo-paciente, sino que lo tranquilizan dándole nombre a la experiencia. A veces hay que esperar mucho para llegar al momento en el que es posible darles palabras a estos contenidos en una interpretación

que los signifique. Es importante la capacidad del analista para contener y dosificar la reintroyección de los aspectos proyectados por el paciente en él, como lo describe Bion con su concepto de *rêverie*. Pero si el *rêverie* no es dado con amor..., como sostiene él, el paciente no podrá nutrirse del sentimiento de ser amado. Esa función de la madre con el bebé es hecha suya por el pequeño, interiorizándola. Necesidad humana, presente siempre, pero más en los tiempos tiernos de infancia respecto de las figuras primordiales que representamos en transferencia. Mi paciente adolescente «vivía muerta de miedo» por no sentirse amada, y el odio predominaba en múltiples movimientos proyectivos que afectaban todos sus vínculos. En el fondo, clamaba porque la amaran, porque la quisieran... viva.

Coincido con Winnicott (1950-1955/1979) en que la agresión primitiva es diferente del odio definido así por mi paciente, que es más sofisticado. La agresión primitiva, que él une a la movilidad, está presente en los estadios primitivos porque desde ese comienzo, cuando el crecimiento del yo está en los inicios, no hay nada que dé lugar a la satisfacción completa del ello, ni intencionalidad ni culpa. Los fenómenos del *a posteriori* la instalan igualmente trazando una línea imaginaria dirigida por la fantasía y los primitivos mecanismos proyectivos. Aunque el yo primitivo aún no tiene el desarrollo suficiente ni la integración para desarrollar ira o temor retaliativo, el impulso amoroso primitivo del ello trae en sí un elemento agresivo, destructivo en sí mismo en las primeras experiencias del ello. Para él no hay intencionalidad destructiva en ello, aunque el acto se le figure hostil a la madre.

Posteriormente, mi paciente y yo, juntas, nos acercamos a una fantasía construida en el fragor del análisis o descubierta pronta allí, en ella, pero hoy no importa esto, sino su sentir de haber sido abandonada por la madre a causa de una supuesta agresividad destructiva en ella. Esta pudo ser trabajada y desmontada, en parte con el auxilio de estas postulaciones winnicottianas y mucho de función *rêverie* bioniana, que incluye sostener y significar, dándoles palabras a esas experiencias tan tempranas vividas traumáticamente y sin nombre.

Los trastornos digestivos se atenuaron con el análisis, las entrañas dejaron sus alaridos a medida que las palabras fueron definiendo el dolor y la confianza en mí como analista no abandonica se fue fortaleciendo.

La dosificación es un punto fundamental y artesanal en el momento de pensar no incurrir en sobreinterpretaciones o excesos interpretativos. Con esta paciente debí ir despacio, aun con los riesgos de cargar en mis *entrañas*, por demasiado tiempo de espera, sus fantasmas aterradores. El movimiento que hace de lo contratransferencial inconsciente algo accesible a la consciencia tiene su tiempo y no es posible apresurarlo. En mi experiencia, encontrar las palabras y su límite para acercar al paciente a cierto entendimiento de lo que ocurre en su mente surge del espacio compartido, como creación de una nueva historia entre dos que integre lo que hasta ese momento no podía ser nombrado.

El riesgo de exceso de silencio o de sobreinterpretaciones cuando el analista está conmovido se hace mayor, tal como se ejemplifica anteriormente con el caso del niño.

Anne Brun (2019) pone en relación lo que ocurre en la vida actual del paciente adulto con cierto adelanto del actuar frente al recordar, con experiencias de extrema violencia, viejas y actuales, que escenifican restos o trazas de la relación del bebé con su entorno primario preverbal.

Winnicott (1950-1955/1979) sostiene la importancia en la escena clínica de poder resistir la violencia y agresividad de nuestros pacientes, como una madre lo haría con su hijo, sin pasar factura, sin hacer nada más ni nada menos que soportar el odio propio y del bebé para que puedan ser integrados y diferenciados ambos, amor y odio, al igual que identificados todos los otros afectos que pueblan el sentir de los seres humanos y que agregan riqueza al paciente.

En el vínculo primario con las figuras primordiales, se destaca la idealización que instala al otro como dueño de un saber sobre el niño, más allá de él mismo. Parecería que, en esos tiempos primitivos, hay una dinámica deseante mutua, que hace que los deseos de la madre se confundan con los del hijo, de manera que el bebé no puede distinguir entre sus necesidades y las de la madre. Ese momento mítico y necesario caerá o no acorde a las vicisitudes psíquicas posibles. Si este funcionar permanece excesivamente marcado, esto puede llegar a teñir toda la vida psíquica del niño de aquello innombrable, pero observable por sus efectos, ya que es índice de que la terceridad no ha atravesado ese vínculo primordial

madre-bebé. Es fundamental la presencia del tercero en la mente de la madre para que esos dos se configuren como tales.

En sesión, el terreno transferencial hace que se reediten situaciones en las que por momentos el paciente sentirá que el analista sabe más de él que él mismo, así como vivenció a su madre, y mostrará la repercusión que esto tuvo y tiene sobre él. Ese exceso en la perpetuación de lo que antaño fue indispensable solo puede ser desmontado en el vínculo transferencial del análisis, dándole palabras, significándolo.

Entonces las ideologías del analista acerca de cómo está «bien» o «mal» pensar atravesarán todo el análisis, si es que no ha podido desligarse de los mandatos del «cómo hay que ser» mediante su propio análisis.

Un análisis que funciona como tal permitirá al paciente, al igual que lo hacen las madres «sanas» con su hijo, desarrollar su propio pensar en la diferencia tolerada del otro. Así, el paciente, como antaño su ser niño, podrá ir obteniendo su propia función *rêverie*, su propio instrumento interiorizado de autonomía... a su modo. Tal vez eso implica construir un espacio donde es posible la intimidad, lugar donde el otro no sabe de su pensamiento ni si es aprobado o no por él. Ese espacio se desarrollará si la madre y el analista posteriormente no intervienen con un exceso invasivo de su propio *saber* para acomodar el pensamiento a aquellos lícitos para el saber de ella o del analista. Castoriadis Aulagnier (1975b) sostendrá que los pacientes se someterán o defenderán este espacio de autonomía respecto del deseo del otro, pero el analista sabrá que *transparencia y saber son solo una ilusión*. Una interpretación puede ocasionalmente teñirse de aspectos pigmaliónicos si el analista, sin saberlo, se ubica en el lugar de una madre que decide por su hijo-paciente.

#### DEL EXCESO, PARA FINALIZAR

Los analistas trabajamos todo el tiempo en los territorios del exceso: exceso de dolor, de actuaciones, de pérdidas, etc. La intensidad de las vivencias de nuestros pacientes nos expone al riesgo de responder con desmesura que, a su vez, paradójicamente, terminaría siendo un acto evacuativo a contramano de nuestra intención transformadora de lo traumático, su-friente, en emociones pensables.

Ser continente para contenidos intensamente aterradores y transformarlos, significándolos, nos acerca al límite en el que nos encontramos frente a nuestras posibilidades de tolerancia al dolor, de *rêverie*, de lo que hemos podido analizar de nosotros mismos y de las vivencias transferenciales recíprocas que se generan en el encuentro analítico. Este movimiento es inconsciente, y ponerle pensamiento y palabras que lo definan ya lo transforma, por vía de la simbolización, en material accesible para una ulterior elaboración; así, la contratransferencia se torna un instrumento de captación y entendimiento de aquellos contenidos. Esta posibilidad implica una restricción al propio deseo del analista de darle palabras rápidamente a todo aquello que aún debe ser contenido en la mente de él hasta que, metabolizado y en el tiempo en el que el paciente esté en condiciones de reintroyectarlo, surja entre los dos, con palabras, aquello antes aterrador e innombrable. ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Baranger, W. (1994). Proceso en espiral y campo dinámico. En W. Baranger, R. Zac de Goldstein y N. Goldstein, *Artesanías psicoanalíticas* (pp. 349-370). Kargieman. (Trabajo original publicado en 1979).
- Bion, D. W. (2003). *Aprendiendo de la experiencia*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1962).
- Brun, A. (2019). *Clínica de las situaciones límite: Odios pasionales y transferencia*. Trabajo presentado en reunión Científica de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Castoriadis Aulagnier, P. (1975a). La entrada en escena de la imagen de palabra y las modificaciones que ella impone a la actividad de lo primario. En P. Castoriadis Aulagnier, *La violencia de la interpretación: Del pictograma al enunciado*. Amorrortu.
- Castoriadis Aulagnier, P. (1975b). La violencia de la interpretación: Riesgo de exceso. En P. Castoriadis Aulagnier, *La violencia de la interpretación: Del pictograma al enunciado*. Amorrortu.
- Freud, S. (1992). Lo inconsciente. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 153-214). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Green, A. (2001). *El tiempo fragmentado*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 2000).
- Marucco, N. C. (1999). Recordar, repetir reelaborar: Un desafío para el psicoanálisis actual. En N. C. Marucco, *Cura analítica y transferencia*. Amorrortu.
- Nemas, C. (2012). *Angustia y dolor mental: Algunas reflexiones*. Inédito.
- Rebella, G. (2007). Repetición desde el desamparo. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 105, 213-232.
- Rebella, G. (2020). El exceso de/en la interpretación. En 33° Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis: Fronteras. Viento de Fondo. [http://fepal2020.programacientifico.info/opclibro/FEPAL2020\\_Libro\\_Virtual\\_FRONTERAS.pdf](http://fepal2020.programacientifico.info/opclibro/FEPAL2020_Libro_Virtual_FRONTERAS.pdf)

- Sedlak, V. (2005). El material del paciente como ayuda para la elaboración rigurosa de la contratransferencia y la supervisión. *Libro Anual de Psicoanálisis*, 19.
- Vallespir, N. (2000). La (im)posible neutralidad de un psicoanalista posible. En *La muerte y otros comienzos*. Trilce.
- Winnicott, D. W. (1972). Papel de espejo de la madre y la familia en el desarrollo del yo. En D. W. Winnicott, *Realidad y juego*. Gedisa. (Trabajo original publicado en 1967).
- Winnicott, D. W. (1979). La agresión en relación con el desarrollo emocional. En D. W. Winnicott, *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Laia. (Trabajo original publicado en 1950-1955).

# Problematizar no es estigmatizar



VIVIÁN RIMANO<sup>1</sup>

DOI: 10.36496/N136-137.A12

ORCID ID: 0000-0002-6569-4731

RECIBIDO: MARZO DE 2023 | ACEPTADO: ABRIL DE 2023

## RESUMEN

En este trabajo se intenta pensar, desde la clínica, a los pacientes que presentan malestar con el sexo asignado al nacer. La autora plantea que, en su experiencia con ellos, la han hecho escuchar su sufrimiento escondido bajo su demanda o afirmación de sentirse del «otro sexo». Se cree que hay que «escuchar» qué los lleva a esta afirmación, y esto no es estigmatizarlos, sino problematizar la escucha, tarea de todo analista.

Se hace un breve recorrido por la teoría de P. Aulagnier y de J. Laplanche, quien le dio un estatuto psicoanalítico al concepto de género, resaltando lo inconsciente parental que parasita la asignación de género, y que el *infans* deberá traducir. Se comparte con los lectores dos casos clínicos para pensar la complejidad que infiltra dicho malestar. La interpretación de estos no implica una generalización para todos los casos, que siempre estarán guiados por la problemática personal de cada paciente.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. vrimano@adinet.com.uy

**DESCRIPTORES:** IDENTIDAD DE GÉNERO / IDENTIFICACIÓN / MATERIAL  
CLÍNICO / SUBJETIVACIÓN / SEXO / DESEO / VIOLENCIA PRIMARIA

## SUMMARY

In this paper we try to think, from a clinical point of view, about patients who present discomfort with the sex assigned at birth. The author states that, in her experience with them, she could listen to their suffering hidden under their demand or statement of feeling of the «other sex». It is believed that it is necessary to «listen» to what leads them to this assertion, and this is not to stigmatize them, but to problematize listening, the task of every analyst.

A brief review is made of the theory of P. Aulagnier and J. Laplanche, who gave a psychoanalytic status to the concept of gender, highlighting the parental unconscious that parasitizes the gender assignment and that the infant must translate. She shares two clinical cases with the readers in order to think the complexity that infiltrates the patient's discomfort. The interpretation of the two cases does not imply a generalization for all the cases, which will always be guided by the singularity, which will always be guided by the personal conflicts of each patient.

**KEYWORDS:** GENDER IDENTITY / IDENTIFICATION / CLINICAL MATERIAL  
/ SUBJECTIVATION / SEX / WISH / ORIGINARY VIOLENCE

Tenemos el derecho de ser iguales cuando la diferencia nos inferioriza y el derecho de ser diferentes cuando la igualdad pone en peligro nuestra identidad.

Boaventura de Sousa Santos, 2010

El psicoanálisis se ve convocado a desplegar sus ideas y debates a raíz de la mayor presencia de las denominadas diversidades sexuales y de género en la sociedad actual. Esto no quiere decir que estas no existieran antes, sino que, al ser nominadas y visibilizadas, adquieren otra categoría.

Es obvio que nuestros prejuicios, creencias e ideologías interfieren en la escucha de nuestros pacientes, tanto en la sordera de no aceptar la novedad como en la aceptación acrítica de estas como mandato político-social de «lo correcto» y de lo no estigmatizable, dejándonos paralizados a poder problematizar desde el psicoanálisis.

¿No necesitamos deconstruir desde el psicoanálisis el significado sociopolítico dado a lo *diferente* como «estigmatizante» y a lo *diverso* como lo plural e igualitario?

Es una realidad que hay pocos trabajos psicoanalíticos escritos sobre la clínica con estos pacientes, los problemas que nos plantean, las hipótesis teóricas que nos hacemos en nuestro trabajo, en cuándo apoyamos o no, por ejemplo, la hormonización, y si nos compete hacerlo a nosotros o no, etc. No sé si esto se debe a que estos pacientes acuden poco a nuestra consulta o a que aún no tenemos la experiencia suficiente para escribir sobre ellos, o porque hablar de lo que vemos en la intimidad de nuestros consultorios lo sentimos dentro de un pensamiento estigmatizante frente a estos casos, o a varios de estos factores al mismo tiempo. La experiencia clínica y *las voces de mis pacientes con malestar con el género asignado al nacer me enseñaron que el género funciona en un orden de lo verdadero que excede lo sociopolítico*. ¿Cómo entendemos que esta transformación no sea simplemente un acto sociopolítico, sino una cuestión de supervivencia psíquica? Supervivencia psíquica que alude a que, en muchos casos, el malestar con el sexo asignado obedece a fallas en los vínculos primarios que determinan trastornos en la estructuración psíquica. El sujeto encontraría, como única salida de mantener un precario equilibrio psíquico, la transición de género. El género muchas veces aparece como el depositario

de lo alienante del deseo del otro, y para deshacerse de esto –es decir, el quedar colonizado, indiscriminado con el otro–, el sujeto demandaría la transición o en alguna oportunidad podría llegar a atacar su cuerpo para evitar enloquecer.

Se sostiene que es necesario contar con una explicación más seria de la realidad subjetiva del género, sabiendo que siempre es el caso a caso el que nos debe guiar.

Sin duda que las diversidades de género deben poder desplegarse en equidad, pero ello no implica arrasar con la diferencia sexual ni invisibilizar al sujeto al cual es preciso escuchar más allá del sentido, permitiendo los procesos, los tiempos, el surgimiento del deseo, que de ninguna manera se reduce al «yo quiero» o «yo me siento hombre o mujer». Que cuando un niño o una niña expresan algo con respecto a su género es preciso detenerse a escuchar, ubicando que toda la problemática de la subjetivación no es solo con respecto a la problemática de género, sino que esta está enraizada en el deseo del otro.

Esta es la ética del psicoanálisis que no se adapta a ninguna normatividad.

Es así que en este trabajo se quiere compartir algunos de los muchos interrogantes que me han surgido: ¿Existen vivencias subjetivas que rechazan el género asignado al nacer que *no* obedezcan a una solución, muchas veces la única posible para ese individuo, a fallas en la estructura del psiquismo que desbordan el funcionamiento neurótico? ¿Cuándo pensamos que la posibilidad del «cambio» de género (con acciones médicas sobre el cuerpo o sin ellas) es una solución que puede ayudar al paciente a compensar una falla estructural de su psiquismo? ¿Cómo trabajamos *la idealización y la omnipotencia*, con efectos de desmentida sobre otras problemáticas existentes que los pacientes ponen en la transición?

La transición aparece, en algunos casos, como una solución mágica y omnipotente con la que se resolverían sus angustias y conflictos. El o la paciente viene, muchas veces, con esta urgente demanda al análisis, que es necesario desarmar para echar luz sobre cuál es el sufrimiento que la origina, sin negar la posibilidad de que el paciente elija la transición, pero con otro conocimiento de sí mismo. Esto se analizará en el caso de Sonia-Daniel.

¿Qué postura tomamos en los malestares del género asignado al nacer en la infancia, cuando las investigaciones indican que entre el 61% y el 98%

de los niños resuelven su malestar con el sexo asignado si reciben tratamiento psicológico (Steensma *et al.*, 2011; Singh *et al.*, 2021)? ¿Esto influye en la técnica que empleamos en el análisis de niños? ¿A qué atribuimos este cambio? ¿Qué sucede en el período -la pubertad- en el que se manifiestan muchas veces por primera vez el rechazo al género asignado al nacer?

No debemos olvidar que la identidad de género tiene un estatuto tópicico, como toda identidad, que es su posición en el yo, aunque se la piensa vinculada al inconsciente, donde tenemos lo reprimido de la sexualidad infantil, y que se resignificará posteriormente con la adquisición de la diferencia sexual anatómica y con la elección del objeto sexual.

Sabemos que el género -es decir, «la convicción de ser hombre o mujer»- se establece tempranamente, antes de la adquisición de la diferencia sexual anatómica, hacia los dos años de edad, cuando el yo queda instalado. Es decir que es producto del *proceso de la identificación primaria*, aquella que comienza como una «asignación» de un sexo y un nombre, que son parte de la *violencia primaria* (Aulagnier, 1975/1991, pp. 117-136) que tendrá una función estructurante para el sujeto en ciernes.

La *violencia primaria* de la que habla Piera Aulagnier se refiere al otorgamiento de sentido y a la identificación del *infans* como sujeto, posibilitándole verse a sí mismo (estructuración del yo). Inevitable intrusión humanizante del otro primordial.

Marucco (1999) denominó como «voz pasiva» de la identificación primaria al momento inicial de «ser identificado por» el objeto primordial (pp. 70-73).

La *violencia secundaria* representaría un exceso perjudicial y nunca necesario para el funcionamiento del yo. Se le impone al niño una elección, un pensamiento motivados por el deseo parental. Este exceso, si se consume, anula la capacidad de pensamiento autónomo del niño. Desconoce lo propio del niño, imposibilita reconocer al otro en su dimensión de alteridad; el psiquismo del niño es colonizado.

Se cree que existe un acuerdo entre las diversas teorías sobre que el género es algo construido por el sujeto; algunos (J. Butler) priorizan la acción performativa de lo sociocultural directamente, otros (J. Laplanche) ponen el énfasis en que lo cultural y social vienen mediatizados por el *socius* más cercano, o sea, los padres o cuidadores del *infans*.

Luego se abre la discusión sobre el sexo llamado anatómico. ¿Este es algo construido culturalmente (J. Butler, P. B. Preciado)? ¿O es algo de lo Real, no simbolizable, y por lo tanto imposible de desconstruir (como sostienen F. Héritier, J. Copjec, D. Gil)?

Borrar la distinción entre lo diferente y lo diverso es el argumento mayor para fundamentar que el sexo es solamente una construcción cultural y, de ahí, al alegato de cualquier forma de práctica sexual.

D. Gil (2020) nos dice:

Esto muestra que, en realidad, no se trata de un criterio clasificatorio (simbólico) basado en las diferencias (conceptos), sino de una enumeración de diversas identidades sexuales. En una lista, que de ninguna manera es exhaustiva, encontramos, por ejemplo: género fluido, asexual, intersexual, antrosexual, heteroreflexible, demisexual, pansexual, travesti, etcétera, etcétera).

Esto se complejiza más porque las luchas por la identidad de género han llevado a asociarse, por lo menos tácticamente, con movimientos feministas, VIH, grupos afro, indígenas, migrantes, discapacitados, privados de libertad, jóvenes, viejos, a lo que cabe agregar los levantamientos multitudinarios ciudadanos. (p. 17)

Compara esta clasificación con la Enciclopedia China mencionada por J. L. Borges.

Tanto el género como el nombre asignado constituirán, al decir de J. Laplanche (1999), *mensajes enigmáticos* que transportan algo del inconsciente reprimido parental (pp. 157-173), como dice el autor posteriormente (Laplanche, 2003/2006), con el concepto de *asignación*. Con ello alude a las interrogantes: ¿Qué significa inconscientemente que su hijo sea mujer u hombre para ellos? ¿Con qué está vinculado el nombre elegido? Mensajes que el niño tendrá que traducir y a los que deberá darles su propio significado, quedando siempre un resto intraducible, inconsciente.

Se plantea que es esta consanguineidad entre la asignación de género y la estructuración psíquica la que en algunos pacientes, en los que la violencia primaria relativa al sexo asignado se convierte en violencia secundaria, se podría manifestar como malestar con el sexo asignado.

## EN LA NIÑEZ

En los pacientes niños en análisis que presentaban rechazo del género asignado al nacer, se ha encontrado que, en *su gran mayoría* (lo que no invalida otras situaciones), su madre presentaba un profundo odio, denigración, rechazo por el sexo asignado (en ellos, masculino) a su hijo. *No es el deseo libidinal de tener una hija mujer, sino el ataque a la masculinidad del hijo, masculinidad donde se deposita y anida lo ominoso desmentido de la historia parental.* La feminización consentida, propiciada o forzada activamente *no se debe a que se valore o se ame lo femenino, sino que es el medio para herir, humillar, maltratar, despreciar, sacrificar la identidad (masculina) del otro (otro que queda habitado por lo alienante desmentido).* En la feminización del varón anidarían, pues, muchas veces, los más oscuros deseos tanáticos inconscientes, muchas veces transmitidos en varias generaciones. La *violencia primaria* se transforma aquí rápidamente en *violencia secundaria*.

Recuerdo un pacientito, Pablo, de seis años, que en el momento en el que inició su análisis venía derivado por el colegio, por comportamiento afeminado. Sus padres no lo habían notado..., tan solo trajeron, como motivo de consulta, sus dificultades en la relación con pares, que se burlaban de él (luego me dijeron que le decían «marica», «tarado»), se reían de su apellido (que era el nombre de una flor), no lo invitaban a jugar ni a los cumpleaños. Su madre se hacía eco de la burla de sus compañeros; por ejemplo, se reía también del apellido paterno o le prohibía defenderse de sus pares cuando lo atacaban. Pablo era un excelente alumno, destacaba por su inteligencia, pero era un niño aislado, lleno de temores, cuyo único juego era a las Barbies con su hermana, un año menor que este, y las amigas de esta.

Mucho tiempo después de iniciado el análisis, sus padres me relataron que desde hacía varios años se vestía con ropas de su madre y se ponía una toalla en la cabeza, simulando una larga cabellera. Desfilaba como un modelo frente a la mirada de su madre, la cual se reía a carcajadas. Él llamaba a esta actividad «jugar al show»; su padre, si bien sabía de este «show», prefería no intervenir y no emitía ningún comentario al respecto.

Su madre era la única hija de una fratría de tres hermanos varones. Decía de su infancia:

Mi padre era un hombre agresivo y controlador, él tenía su orgullo solo en sus hijos varones, se le caía la baba por ellos, a mí ni me miraba... Mis hermanos fueron mis ídolos inalcanzables... Mis padres no eran de tener la mirada a la hija mujer... No habían elegido nombre de nena, yo me iba a llamar Roberto. Mi prioridad era ser inteligente... No era femenina... No me interesaban los novios, no los sentía a mi altura..., hasta que decidí que me tenía que casar y conocí a mi marido... Era compañero de clase; él perdía los exámenes, y yo salvaba todos... ¡Pobre! [Se ríe]. Él fue mi única pareja...

El padre era una figura que aparecía como frágil, padecía una enfermedad crónica, callado, con un vínculo distante con Pablo. Se refería a su madre (abuela de Pablo) de esta forma:

Me recuerda cuando ella se burlaba de mi hermano de niño... Luego él se convirtió en homosexual; él se vestía con sus vestidos... Alguna vez ella lo ha hecho con Pablo también... ¡Qué le vamos a hacer! Es la abuela, y hay que respetarla...

#### SESIÓN A LOS SIETE MESES DE ANÁLISIS

Pablo: ¿Me trajiste la brillantina que te pedí?

Pablo me había pedido que le trajera brillantina. Era frecuente que su madre se la comprara para llevar a la escuela, lo que lo hacía blanco de las burlas de sus compañeros. Le dije que el vendedor me había preguntado para quién era y yo le había dicho que para un varón de siete años, ante lo que me había respondido: «¡Pero los varones no usan brillantina!». Pablo me miró fijo, *sorprendido*<sup>2</sup>.

P: Podemos hacer otro monstruo, como la vez pasada. Una bruja..., las que hacen cosas malas... [¿?] Esas que ponen a los niños en una olla...,

2 Sentí que quizás mi intervención tuvo algo superyoico. Hay que tener en cuenta que este material ya tiene cerca de veinte años. Hoy, sin duda, no le hubiera dicho lo mismo... No descarto que en ese momento yo tuviera otros prejuicios... Pero la «sorpresa» de él me dio tranquilidad, tuvo algo del *insight* en acto, que me lo confirmó en el transcurrir de la sesión.

los cocinan y después se los comen. [Dibuja]. Tiene trece ojos, ¡es mala! ¡Mirá si tuviera ochenta ojos!

Analista: ¿Capaz tú te preguntás cómo yo te veo, mis ojos qué ven cuando yo te miro a ti? ¿Veo un monstruo?

P: Tiene nariz con mocos... ¡Qué asco! Dieciséis narices... [Se toca los genitales]. ¡Mirá si se queda sin respirar! ¡Necesita otra nariz! ¡Para que no se muera! Voy al baño...

A: Me preguntás si me da asco, odio, tus cosas de varón..., tu nariz-pito... Si te veo como un monstruo. Sentís que te podés morir como varón y como persona...

P: ¿Sabés que soy el único varón de la clase que usa brillantina? Si yo te digo que las brillantinas son para varones, ¿a quién le creés, a mí o al vendedor?

A: *Yo te creo...*, pero tenemos que entender por qué me pediste la brillantina.

P: Mi hermana hace todo lo que quiere y tiene todo lo que quiere...

Con una tela en la mano, me pidió que lo ayudara a hacerse un vestido. Mientras lo ayudaba, le dije que él necesitaba para poder vivir..., respirar..., no morir, un vestido-mamá que lo envolviera, que lo quisiera, que lo mirara y viera a un niño lindo... Pablo se recostó en unos almohadones, y yo lo envolví en la tela, como un rebozo...

P: ¿Viste la TV? Pasaron un programa que un niño se caía en un arroyo con piedras y lo pudieron rescatar... ¡Mi madre dijo que el niño era un tarado! Si me hubiera pasado a mí, me hubiera muerto...

A: ¡Pero tú no sos tarado! Y me preguntás a mí si yo te puedo rescatar, pues sentís que caíste en un lugar peligroso..., que podés morir...

Pablo en su adolescencia aceptó un género acorde a su sexo biológico e hizo una elección homosexual de pareja. ¿Qué sucedió allí? No lo sabemos con certeza. La hipótesis que se plantea es que la adolescencia es una nueva oportunidad de duelo de los objetos primarios.

Freud (1923/1990) vincula las identificaciones secundarias de la resolución edípica con un sentido ya formado de sí mismo y del objeto, y, por lo tanto, con la posibilidad de renuncia y pérdida del objeto primario:

Si un tal objeto sexual es resignado, porque parece que debe serlo o porque no hay otro remedio, no es raro que a cambio sobrevenga la alteración del yo que es preciso describir como erección del objeto en el yo. (p. 31)

Esta identificación secundaria sería la única condición bajo la cual se puede renunciar definitivamente a los objetos primarios.

Por lo tanto, las identificaciones pueden o no ser producto del duelo. El objeto en vías de ser resignado podrá no ser llorado, se podrá negar su existencia o su pérdida. Puede suceder una cierta fusión con el objeto que niega la separación; esto, favorecido por las fallas en la discriminación entre el Yo y el objeto, ocasionadas, por ejemplo, por *una identificación pasiva primaria muy intrusiva* que deja alienado el yo del sujeto con el objeto, *objeto que no reconoce totalmente al sujeto como otro* («violencia secundaria»; Aulagnier, 1975/1991).

Esto es lo que se cree que sucedió en este caso al inicio del análisis. La madre diría, desde lo inconsciente: «Serás un varón para denigrarte, degradarte, humillarte»; «si ocupas el lugar de varón, mi odio podrá matarte»; «no valés nada, sos un tarado». Ante lo cual el pequeño sujeto siente: «Tengo que ser un niño denigrado en niña para poder vivir».

Por el contrario, la identificación secundaria puede ser un proceso en el cual las relaciones de objeto se transforman en relaciones internas, intrapsíquicas, despersonalizadas, lo que aumenta y enriquece la estructura psíquica. De este modo, *las demandas internalizadas pierden su insistencia arcaica originadas en las expectativas narcisistas parentales de la identificación primaria*. Quizás Pablo pudo alcanzar en algo este último proceso...

## EN LA PUBERTAD

Cuando hablamos de pubertad nos referimos al crecimiento y las transformaciones que se producen y que se manifiestan en el orden del cuerpo y el psiquismo, momento crucial de *metamorfosis*, término este último empleado por Freud (1905/1992, p. 189) en su escrito sobre el tema. Lo real de la pubertad es la aparición de los caracteres sexuales, especialmente los secundarios, es decir, la modificación de la imagen del cuerpo, lo que se da en un doble plano, en el cuerpo como objeto pulsional y el cuerpo como

imagen: la pubertad viene a trastocar y a conmover al sujeto.

En la entrada al mundo de la sexualidad adulta, las cuestiones acerca del *género vuelven con fuerza y reactivan los residuos no traducidos de los mensajes de asignación*. Es un momento de búsqueda de traducciones más elaboradas de los enigmas relativos a la identidad de género, que se manifiestan bajo la forma de una exigencia de trabajo de retraducción de los mensajes de asignación implantados durante la infancia.

En los casos que he tenido la posibilidad de tener como pacientes en análisis a personas que consultan en esta etapa -todos ellos mujeres, anatómicamente-, me encontré en varios casos con que las madres eran muy perturbadas psíquicamente y que sus hijas eran una especie de *espejo narcisista en el cual ellas buscaban un alivio a una imagen de sí traumatizada*.

Tal fue el caso de Sonia, que comenzó su análisis a los quince años, con el pedido manifiesto de que yo *convenciera a sus padres para que la autorizaran a hormonizarse*. Decía llamarse Daniel; tenía un aspecto francamente masculino. Hablaba con un acento con cierta entonación extranjera; esto estaba condicionado, en parte, a que su madre era una inmigrante que le habló exclusivamente en su lengua natal desde su nacimiento, aquí en Uruguay, hasta el momento de la consulta.

Al comienzo del análisis, Sonia-Daniel (S-D) se pasaba las sesiones mirando el celular o dándome explicaciones bizarras de meteorología. Parecía que se distanciaba del contacto conmigo, lo cual le explicité, y ella (él) respondió que no tenía «ninguna expectativa de ser comprendida».

«Solo me puede ayudar la hormonización, con la hormonización resuelvo mi angustia, ¡convencé a mis padres!». Se veía en su discurso la idealización y la omnipotencia puestas en la *hormonización*.

S-D vivenciaba la persecución de no ser la niña que sus padres desearían y, por otro lado, la transición era vivida como un riesgo de represalia por parte de estos. Esto se hacía evidente en el campo transferencial, donde S-D estaba preocupada en que yo mantuviera mi interés por ella (él) solo si ella suprimía su deseo de transición, albergando la creencia de que el éxito de la terapia se mediría en la renuncia a este deseo.

Esto me hacía debatir entre mi necesidad de evitar hablar de la transición para no sentirme como una aliada de sus padres -conllevando esto a su repliegue persecutorio- y mi temor a dejar a un lado el análisis de sus

fantasías omnipotentes («con la transición se arreglan mis conflictos») que anidaban en esta demanda.

Su discurso se fue *humanizando* con el correr del tiempo, así como también perdió en parte el acento extranjero del inicio del análisis; comenzó a hablar con dificultad de sus afectos y de su conflictiva relación familiar.

La madre había quedado embarazada de Sonia-Daniel a los 43 años, después de haber padecido una grave enfermedad, de la cual se había recuperado, aunque los médicos le habían dicho que no iba a poder quedar embarazada; además, padecía una alopecia permanente, como marca de los tratamientos efectuados.

«Sonia es *mi* milagro en la vida... ¡Nunca voy a aceptar llamarla Daniel ni su cambio de género! ¡Eso sería *como si me dijeran que ella tuviera un cáncer!*», gritó, descolocada, en una entrevista.

Durante la infancia de Sonia, esta se convirtió en el espejo narcisista que compensaba a su madre; era «la pupila de sus ojos», «su fetiche», decía el padre. El nacimiento de Sonia desmentía la posibilidad de la muerte de su madre.

Sonia era una brillante estudiante, vestida como «una princesa», con un pelo hasta la cintura que su madre peinaba con gran deleite. Esta la hizo estudiar ballet y tocar el violín, despertándola de madrugada para escuchar su música preferida... Si S se negaba, la madre entraba en pánico, situación que paralizaba de estupor a Sonia, la que terminó por obedecer a sus demandas «locas» en forma automática.

Su padre aceptaba pasivamente esta situación. Las palabras de este transmitían la necesidad de no agredir a la madre, pues esta era muy frágil para soportar cualquier contradicción. Ofrecía así en sacrificio a su hija para «pagar culpas» de su propia historia traumática. De esta forma, S-D inhibió la agresividad saludable y vital necesaria en el desarrollo.

La madre relató que ella fue «la Cenicienta» en su familia, destrutada por su propia madre frente a sus hermanas, que eran prodigios en la danza, y la música. A pedido de su madre, S mantuvo colecho con esta hasta los doce años, momento en el cual S se negó a seguir haciéndolo. Su padre siempre durmió en otro dormitorio.

En su infancia, Sonia era una niña retraída, aislada, sin amigos, que se dedicaba a maquillar a su madre, a danzar frente a ella y a fascinarla con su violín...

En el momento de la menarca, su mundo cambió... Los cambios corporales desestabilizaron su identificación primaria, comenzó a rechazar su cuerpo, que se convertía en mujer, igual que su madre... *Se sentía corporalmente atrapada e indiscriminada en la locura de esta... Cuando se miraba al espejo, decía temer ver en él a un «orco».*

Los aspectos no deseados de su yo parasitado, su cuerpo sexual confundido con el de su madre, vía identificación proyectiva, se vivenciaron en su cuerpo, ahora vivido como monstruoso. *Esto es de lo que reclamaba deshacerse mediante la transición*, como si no pudiera concebir la posibilidad de tener una mente propia mientras habitara un cuerpo con características sexuales femeninas, como el de su madre.

Es en este período cuando comenzó a sentirse un varón, se cortó su «hermoso y largo pelo», se vistió con ropas masculinas, aprendió a impostar la voz grave, sus gestos y manera de moverse se masculinizaron...

¿Cómo no ver en este caso, como un factor en la determinación de su cambio en la vivencia de género, las dificultades que conlleva la adolescencia en duelar los objetos primarios? La voz pasiva de la identificación primaria se incrustó en el Yo de Sonia; la madre diría, desde su inconsciente: «Tú serás una mujer donde yo pueda mirarme y sentir alivio por el desamor de mi madre». ¿Cómo se podrá acceder a una identificación secundaria que implique un verdadero duelo del objeto cuando el Yo quedó tan parasitado por una identificación primaria tan intrusiva? *¿Hasta qué punto la angustia que le provoca el sexo asignado al nacer a S-D no es la única vía que encontró Sonia para discriminarse del vínculo alienante con su madre, y de esta forma impedir una desestructuración de su frágil psiquismo frente a los cambios impuestos por la pubertad? Una forma de supervivencia psíquica...*

Un largo camino de análisis llevó a que Sonia-Daniel pudiera acercarse a un posible sentido de su deseo de transición, y así poder tomar una decisión despojada de la omnipotencia del inicio. ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Aulagnier P. (1991). *La violencia de la interpretación: Del pictograma al enunciado*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1975).
- Freud, S. (1990). El yo y el ello. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 19, pp. 1-66). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (1992). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 7, pp. 109-224). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Gil, D. (2020). *Sobre una de las formas más comunes de degradación de la vida cotidiana: Historias e ideas de un pasado reciente*. El Pago.
- Laplanche, J. (1999). Tres destinos del mensaje enigmático. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 89, 157-173.
- Laplanche, J. (2006). El género, el sexo, lo sexual. *Alter*, 2. <https://revista-alter.bthemattic.com/files/2014/11/2.-El-g%C3%A9nero-el-sexo-lo-sexual-v.-ALTER.pdf> (Trabajo original publicado en 2003).
- Marucco, N. (1999). *Cura analítica y transferencia: De la represión a la desmentida*. Amorrortu.
- Singh, D., Bradley, S. J. y Zucker, K. J. (2021). A follow-up study of boys the gender identity disorder. *Frontiers in Psychiatry*. <https://www.frontiersin.org/articles/10.3389/fpsy.2021.632784/full>
- Sousa Santos, B. de (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Trilce.
- Steensma, T. D., Biemond, R., Boer, F. de y Cohen-Kettenis, P. T. (2011). Desisting and persisting gender dysphoria after childhood: A qualitative follow-up study. *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, 16, 499-516.



**POLEMOS**



# La situación psicoanalítica como campo dinámico



BEATRIZ DE LEÓN DE BERNARDI<sup>1</sup>

«La situación analítica como campo dinámico», de Madeleine y Willy Baranger (1961), se publicó en los primeros números de la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis (RUP)* durante el período en el que ambos autores vivieron en Uruguay (de 1954 a 1966) para contribuir a la formación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU). Casi cincuenta años más tarde, en 2008, «La situación psicoanalítica como campo dinámico» se publica, en inglés, en *The International Journal of Psychoanalysis*, y es hoy en día uno de los diez trabajos más citados de los últimos diez años por autores de distintas regiones y culturas psicoanalíticas. ¿Cómo explicar la relevancia de sus ideas en el pensamiento contemporáneo? ¿Cuál su visión de la teoría del campo y el contexto en que surge esta teoría? ¿Cómo fue el diálogo que establecieron con pensadores de su época a través del tiempo? ¿Y cuáles problemas quedaron abiertos a la reflexión actual?

Madeleine, Profesora de Letras Clásicas, y Willy Baranger, Profesor de Filosofía, ambos de nacionalidad francesa, llegaron a Buenos Aires en 1946 y se incorporaron a la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA). Fue un momento fundacional de los grupos psicoanalíticos de Latinoamérica, de gran pasión por el descubrimiento del conocimiento psicoanalítico y su impacto en la práctica. Ambos se integraron a una segunda generación

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [deleon.bea@gmail.com.uy](mailto:deleon.bea@gmail.com.uy)

de analistas, como Arminda Aberasturi, Luisa Álvarez de Toledo, José Bleger, León Grinberg, Salomón Resnik, David Liberman, Jorge y Teresa Mom, entre otros.

Las teoría del campo de Madeleine y Willy Baranger fue, en parte, el fruto de un conocimiento construido en una red de diálogo con la cultura regional e interregional. En la publicación del tomo 4, número 2 de la *RUP*, W. Baranger (1961) revisa ideas de Heinrich Racker y traduce al español trabajos de Melanie Klein, Paula Heinmann y Roger Money Kirle, a los cuales se agrega el trabajo de J. Carlos Rey sobre queja y envidia. El tema de la contratransferencia aparece como central.

El intercambio de los orígenes del grupo uruguayo fue fermental, en el que se incorporaron pensadores de ambas orillas del Plata, como Pichon-Rivière, integrante de la generación fundadora de APA<sup>2</sup>, quien ejerció importante influencia en los Baranger. Sin embargo, el desarrollo de las ideas de los autores sobre su práctica mostró un pensamiento personal que les permitió la reflexión sobre ideas de distintos autores, profundizándolas de manera original en un pensamiento clínico psicoanalítico que integró de manera discriminada y crítica la experiencia clínica, la interdisciplina y la conceptualización psicoanalítica.

La experiencia se destaca como base de la teorización psicoanalítica en los trabajos sobre el campo, en los que le anteceden y en los posteriores. La experiencia con grupos de psicóticos en el Hospital Vilardebó de Montevideo fue una inspiración, según M. Baranger<sup>3</sup>, para su concepción del campo, dado el carácter grupal de la experiencia y la influencia en ella de ideas de W. Bion sobre el funcionamiento grupal.

Es interesante señalar que la palabra *vivencia* -o *experiencia*- se repite más de sesenta veces en el trabajo sobre el campo (M. Baranger y W. Baranger, 1961). En un trabajo que le antecede, «La noción de “material” y el aspecto prospectivo de la interpretación» (W. Baranger, 1956/1961), presentado en APA en 1956, la interpretación transferencial surge de la captación

2 La Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) fue fundada en 1942 por el grupo de Celes Cárcamo, Guillermo Ferrari Ardoy, Ángel Garma, Marie Langer, Enrique Pichon-Rivière y Arnaldo Rascovsky.

3 Conversación personal.

por parte del analista del centro vivencial urgente de la sesión referido a la angustia del paciente. La validación de la interpretación se da por sus efectos prospectivos de cambio del paciente en variadas manifestaciones ocurridas en el presente de la sesión y su impacto en la transformación de experiencias pasadas, tal cual señalaba Pichon-Rivière con su metáfora de la espiral dialéctica (W. Baranger, 1956/1961). El trabajo de 1961 desarrolla estos aspectos poniendo el foco en el vínculo y en la influencia inconsciente mutua entre paciente y analista, captada a través de las «modificaciones vivenciales», de la relación transferencial contratransferencial (M. Baranger y W. Baranger, 1961, p. 4).

El diálogo con la interdisciplina contribuyó a enriquecer la perspectiva clínica y el marco conceptual psicoanalítico. El concepto de «campo» de Kurt Lewin ofreció una visión estructural de la sesión, pero, en mi visión, fue la perspectiva de Merleau-Ponty desarrollada en *Fenomenología de la percepción* (1945) la que, integrando la teoría de la Gestalt, orientó la teoría del campo (W. Baranger, 1959, 1979; M. Baranger, 1992) hacia un enfoque clínico en el cual se destacaron fenómenos de intercorporalidad (Merleau-Ponty, 1964) en el momento a momento del contacto emocional con el otro (de León de Bernardi, 2008).

Ya en 1959 W. Baranger reflexionaba sobre la importancia de la situación bipersonal y la necesidad de describir e investigar lo ocurrido en el momento a momento de la sesión:

El examen sistemático de lo que ocurre en la situación bipersonal analítica es la única vía de acceso a un ideal de validación de los conocimientos que sea verdaderamente propio del psicoanálisis. Este ideal actualmente concebible está realizado -sin ser formulado- en varios trabajos de los últimos años, que proporcionan una descripción muy exhaustiva de la situación analítica con las interpretaciones y las modificaciones que ocurren en conjuntos temporales limitados» (p. 81)

Las nociones de percepción, observación e intercorporalidad de Merleau-Ponty sobre la experiencia humana adquirieron un sentido profundo referidas a identificaciones cruzadas inconscientes entre paciente y analista, en las que se entrelazaban diferentes registros de la comunicación,

sensaciones corporales, emociones e imágenes en un proceso de metaforización mutua (de León de Bernardi, 1993, en prensa). Ideas de W. Bion sobre el funcionamiento grupal, la noción de contratransferencia entendida como instrumento de Paula Heimann y la noción de fantasía inconsciente de Susan Isaacs resultaron ideas centrales para comprender patrones de reacción primarios actuados en fantasías compartidas de paciente y analista. Estas ideas, provenientes de las teorías de las relaciones de objeto, presentes en el mundo interno del paciente, jerarquizaron el presente de la relación transferencial-contratransferencial en el aquí y ahora del vínculo analítico, contrapuestas, en el trabajo sobre el campo, a la visión clásica freudiana que separaba aspectos intrapsíquicos de analista y paciente, volviendo su mirada hacia el pasado y la atención flotante hacia la asociación libre.

Entre las décadas del cuarenta al setenta, la vertiente kleiniana se enriqueció con aportes originales de distintos pensadores de la región sobre las características de la comunicación analítica, la base empírica de la sesión, la teorización psicoanalítica explícita e implícita, y la relación mundo interno-mundo externo. Distintos conceptos se desarrollaron desde variadas perspectivas. Así, por ejemplo, la noción de dialéctica, de reminiscencias hegelianas y marxistas, fue usada en relación con la práctica psicoanalítica por Pichon Rivère y M y W. Baranger, para quienes el «aquí y ahora» de la interpretación transferencial tiene un carácter dialéctico prospectivo y retrospectivo. A la vez, el mundo interno kleiniano se abre dialécticamente a la relación mundo interno-mundo externo (Bernardi y de León de Bernardi, 2011). La reflexión sobre las formas de la teorización psicoanalítica estuvo presente en David Libermann y José Bleger (1969), quien destacó no solo el carácter implícito de la teoría usada en la práctica, sino también el carácter situacional, dramático y dialéctico de la práctica, ampliando la interrelación dialéctica de las áreas de la mente, el cuerpo y el mundo exterior.

La teoría del campo puso énfasis en los aspectos inconscientes del vínculo y en la importancia dada al contacto emocional contratransferencial preverbal como pista de la interpretación, aspectos desarrollados desde distintas tradiciones psicoanalíticas en la actualidad. También señalaron el carácter multifacético y complejo de la observación y la percepción de la situación analítica en sus aspectos manifiestos y latentes.

La implicación de parte completa del analista supuso simultáneamente un necesario desdoblamiento del mismo para poder percibir los aspectos latentes de su propia participación. «Este campo es nuestro objeto inmediato y específico de observación. La observación del analista siendo a la vez observación del paciente y auto-observación correlativas, no puede sino definirse como observación de este campo» (M. Baranger y W. Baranger, 1961, p. 3). Pero es necesario tener presente que la observación del campo, del entre dos, no excluye la observación de analista y paciente en sus individualidades. En el trabajo de 1961, la noción de baluarte surge de la observación del paciente.

El trabajo de M. y W. Baranger y W. Mom de 1982 propone una ampliación de la visión de los autores recogiendo la experiencia acumulada y la reflexión crítica sobre los alcances de sus primeras ideas. La visión sincrónica del campo se amplía en una visión diacrónica sobre el proceso analítico y la preocupación por el cambio psíquico del paciente. Se parte nuevamente de un descubrimiento experiencial: son los indicadores contratransferenciales del analista durante la sesión los que lo llevan al descubrimiento de fuertes formaciones resistenciales compartidas, baluartes del campo descubiertos en una segunda mirada después de la sesión. La noción de segunda mirada también fue utilizada por Libermann y por Marta Nieto.

La mayoría de los ejemplos tomados en el trabajo de 1982 para fundamentar la idea de baluarte corresponden a supervisiones de analistas experimentados. La segunda mirada del analista postsesión introduce en estos casos un tercero externo a la situación analítica y la posibilidad de reflexión conjunta sobre la particularidad de los casos. En el trabajo de 1982, la experiencia es seguida por la discusión del papel de la transferencia y la contratransferencia en su gran variedad, y las teorizaciones de más alto grado de abstracción, como las de Klein, Freud y Lacan, jerarquizándose la visión dinámica del proceso en su carácter dialéctico prospectivo y retrospectivo, marcado por momentos de interpretación e *insight*.

Además de sus concepciones, los Baranger dejaron como legado una actitud de curiosidad, apertura y libertad de pensamiento ante el conocimiento psicoanalítico que se requiere especialmente hoy en día. Cambios en el contexto social y cultural han llevado a cambios en nuestra práctica. Los momentos fundacionales fueron de instauración del método analítico.

Hoy se hace necesario repensar sus variaciones en relación con aspectos referidos al contexto actual y al pedido de ayuda específico de cada paciente.

La importancia del vínculo analítico mantiene su vigencia, pero es necesario repensar el papel de la interpretación transferencial en las transformaciones ocurridas en el análisis. La experiencia y teorización acumuladas sobre la misma ha mostrado cómo el vínculo analítico se sostiene no solo en la interpretación, sino en momentos de comunicación emocional no directamente interpretativos, pero especialmente significativos para el proceso de análisis (Stern *et al.*, 1998). La modalidad de la interpretación transferencial ha cambiado a través del tiempo en distintas tradiciones psicoanalíticas. Intervenciones múltiples y minimalistas resultan preparatorias de momentos interpretativos referidos a aspectos inconscientes del paciente, en los cuales la captación contratransferencial del analista es relevante. Una segunda mirada con espíritu crítico se hace necesaria para evaluar los efectos de estos momentos y prevenir formaciones resistenciales defensivas.

Para los Baranger (M. Baranger y W. Baranger, 1961), el analista interviene de «parte completa» y en «carne y hueso» (M. Baranger *et al.*, 1982), pero consideraron especialmente su participación inconsciente. Creo que es importante considerar la influencia que sobre el paciente ejerce el analista como persona con sus características particulares, su experiencia vital e ideas de manera de prevenir identificaciones mutuas patológicas. Lo bipersonal no se opone a la consideración de aspectos inconscientes de la comunicación, sino que deben considerarse en relación con estos y los efectos para el paciente, de manera de respetar su idiosincrasia y libertad de pensamiento, aspecto a tener en cuenta especialmente en la transmisión de ideas durante la formación psicoanalítica.

Son múltiples los problemas abiertos a la investigación de la experiencia y las ideas psicoanalíticas en diálogo con la interdisciplina. Esto requiere de una tarea colectiva de diálogo, que en el contexto actual incluya desde una tercera mirada grupal (de León de Bernardi, en prensa), la reflexión crítica sobre los alcances y límites de las concepciones analíticas y sus distintas perspectivas sobre la dinámica y variedad de las transformaciones o no transformaciones ocurridas en el proceso de análisis. ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Baranger, M. (1992). La mente del analista: De la escucha a la interpretación. *Revista de Psicoanálisis*, 49, 223-236.
- Baranger, M. y Baranger, W. (1961). La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 3-54. <http://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/792/654>
- Baranger, M., Baranger, W. y Mom, J. (1982). Proceso y no proceso en el trabajo analítico. *Revista de Psicoanálisis*, 39(4), 527-549.
- Baranger, W. (1959). Métodos de objetivación en la investigación psicoanalítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 3(1), 26-41. <http://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/343/300>
- Baranger, W. (1961). La noción de «material» y el aspecto prospectivo de la interpretación. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(2), 215-251. <http://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/652/555> (Trabajo original publicado en 1956).
- Baranger, W. (1979). Proceso en espiral y campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 59, 17-32. <http://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/632/538>
- Baranger, W. (y colab.) (1980). *Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis*. Amorrortu.
- Bernardi, R. y León de Bernardi, B. de (2011). The concepts of *vínculo* and dialectical spiral: A bridge between intra- and intersubjectivity. *Psychoanalytic Quarterly*, 81, 531-564.
- Bleger, J. (1969). Teoría y práctica en psicoanálisis: La praxis psicoanalítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 11(3-4), 287-303.
- León de Bernardi, B. de (1993). El sustrato compartido de la interpretación: Imágenes, afectos y palabras en la experiencia analítica. *Revista de Psicoanálisis*, 50(4-5), 809-826.
- León de Bernardi, B. de (2008). Introduction to the paper by Madeleine and Willy Baranger: The analytic situation as a dynamic field. *The International Journal of Psychoanalysis*, 89, 773-784.
- León de Bernardi, B. de (en prensa). *Field theory: Transferencial-countertransferencial relationship and second look*.
- Merleau-Ponty, M. (1945). *Phenomenology of perception*. Gallimard.
- Merleau-Ponty, M. (1964). *Le visible et l'invisible*. Gallimard.
- Stern, D. N., Sander, L. W., Nahum, J. P., Harrison, A. M., Lyons-Ruth, K., Morgan, A. C. y Tronick, E. Z. (1998). Non-interpretive mechanisms in psychoanalytic therapy: The «something more» than interpretation. *International Journal of Psychoanalysis*, 79, 903-921.

# Ambigüedad en la situación analítica como campo dinámico<sup>1</sup>



ABEL FERNÁNDEZ FERMAN<sup>2</sup>

Entendemos por ambigüedad esta mezcla inestable y fluida de significados y contenidos simultáneos que permite la movilización de la situación analítica.

M. Baranger, 1969

Las ideas que siguen, producto del esfuerzo de conceptualización de M. Ly W. Baranger, surgen en Montevideo, en la década de los sesenta, a partir de las variadas condiciones vividas en la acción clínica.

Muchos de los conceptos formulados en ese momento fueron evolucionando en la medida en que la experiencia y el estudio de nuevas teorizaciones fueron incorporadas en su praxis, y esto constituye también parte de un legado freudiano.

Las primeras lecturas hechas de la obra de los Baranger, en un seminario de Teoría de la Técnica que dio Beatriz de León, en 1996, me sorprendieron al llevarme a la consideración de un tipo de teorizaciones muy cercanas a la clínica, a diferencia de otras formulaciones metapsico-

1 Ponencia presentada en actividad científica de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, del 5 de mayo de 2023, «Legado de M. y W. Baranger: A 62 años de la publicación de “La situación analítica como campo dinámico”».

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. abelfer@vera.com.uy

lógicas de mayor grado de abstracción, articulables o complementarias con las primeras.

En esta ocasión quisiera detenerme en la consideración del concepto de *ambigüedad*, de alguna manera presente como condición del desarrollo de todo psicoanálisis.

La palabra *ambiguo*, tal como la encontramos en el *Diccionario de la lengua española*, se define como «que puede entenderse de varios modos o admitir distintas interpretaciones» (Real Academia Española, s. f., definición 1).

#### SITUACIÓN ANALÍTICA, ENCUADRE Y AMBIGÜEDAD

La ambigüedad constituye parte de la situación que está delimitada por el encuadre. El campo dinámico se define al menos por tres estructuras simultáneas: una espacial, una temporal y otra funcional. Las mismas coexisten sobre un ternario estructural. El tercero se hace presente por el análisis propio, las teorías, instituciones, etc., siempre presentes, de alguna manera, en el campo, que también podría ser considerado en sí mismo como terceridad. Sin embargo, para que el proceso psicoanalítico se despliegue, será necesaria también una cuota de ambigüedad, aspecto que se enlaza con la imprescindible abstinencia y la interpretabilidad, entre otros.

La necesidad de introducir el concepto de campo en la descripción de la situación analítica surge de las características estructurales de la misma. La misma posee, como dijimos, una estructura espacial, temporal y funcional, y está orientada por líneas de fuerza; tiene su finalidad general y sus finalidades circunstanciales. Este campo es también objeto de observación. La mirada del analista es a la vez observación del paciente y autoobservación. La situación analítica no puede definirse sin la observación de y en este campo. Es lo que será desarrollado por los Baranger como mirada de segundo orden o segunda mirada, de la que la supervisión es un ejemplo príncipes.

El campo analítico no es homogéneo ni se mantiene siempre igual a sí mismo; si bien tiene un espacio, tiempo y funciones establecidas para cada uno de los participantes, acontecen modificaciones «momentáneas» a ser tenidas en cuenta.

El encuadre establece un compromiso que distribuye explícitamente las funciones entre ambos participantes de la situación. Uno se compromete a comunicar al otro, en la medida que le sea posible, todos sus pensamientos, así como a retribuir el trabajo. El analista se compromete a escuchar y tratar de «comprender» al analizando, y proporcionarle, mediante la interpretación, por ejemplo, vías para manejar de manera diferente sus conflictos. Se compromete asimismo a la discreción y a la abstención de todo intervencionismo en la vida real o cotidiana del paciente.

Las consecuencias de la estructuración de este campo en lo funcional son de fundamental importancia. Ubica al analizando en una posición donde la regresión le está permitida y hasta es aconsejable, y al analista en otra distinta, donde la regresión será momentánea, más limitada y parcial, dejando «a salvo» su función analítica. El analista velará por el mantenimiento de las condiciones de trabajo, manteniendo los términos del compromiso si es que el mismo se modificara por efecto de resistencias, siempre compartidas, en un baluarte, por ejemplo, en *impasses*, *actings*, etc.

En lo funcional, la tarea del analista supone un dejarse involucrar, parcialmente, en la neurosis de transferencia-contratransferencia (también en otras estructuras psicopatológicas)<sup>3</sup>. La interpretación, formulada al paciente o no, la podemos considerar un medio de rescate de la función analítica cuando, por ejemplo, la pérdida o el aumento excesivo de distancia defensiva se vuelve obstáculo en analista y paciente involucrados en el campo.

La ambigüedad en lo funcional habilita momentos del proceso en los que el analista puede representar algo o alguien diferente del analista mismo, por ejemplo, el superyó del paciente, sus impulsos reprimidos o cualquiera de las instituciones que se hacen presentes en los participantes involucrados en el campo. El analista resulta siempre otro, múltiple, en su ambigüedad polisémica. No se trata de una situación única, sino de situaciones superpuestas o mezcladas, distintas, nunca claramente delimitadas.

Se podría decir que todo acontecimiento dentro del campo analítico neurótico se vive según la categoría del «como si», sin ser esta la única situación donde se viven las cosas en esta forma. Tratamos al máximo de

3 La idea de campo dinámico pone en entredicho la metáfora del analista como espejo.

dejar de lado referencias y opiniones personales, permitiendo actuar la ambigüedad, promotora de transferencia, en la medida que mantenemos la indefinición -reserva- de nuestras posiciones, más allá de las establecidas en la estructura funcional.

Si el paciente vivenciara a su analista «tal como es» (por ejemplo, considerarlo desde una mirada racional, solo como su analista), cercenaría el fenómeno transferencial, lo que complicaría o suprimiría la posibilidad de análisis.

La ambigüedad es esencial para el procedimiento analítico cuando trabajamos en el campo de la neurosis<sup>4</sup>. *Toda cosa o acontecimiento en el campo es, al mismo tiempo, lo manifiesto y otra cosa*. Si se pierde esta ambigüedad esencial, desaparece también el análisis con sus posibilidades habilitadoras de elaboración y construcción de nuevos sentidos.

Algunos pacientes -y analistas- no toleran la ambigüedad por lo que moviliza, temiendo que esta los lleve a una pérdida de control regresiva. Esto obstaculiza la posible transformación, en un *a posteriori*, tanto de los objetos como del sujeto y su historia vivida. Esta sería una modalidad del baluarte en la que el proceso se torna no proceso.

El análisis se despliega entre dos márgenes de la ambigüedad: la ambigüedad rechazada y la ambigüedad desmedida. En ambas, por la inminencia regresiva, el discurso se puede volver concreto y descriptivo, o tender a un borramiento de los lugares, funciones, de cada participante. En ambos casos habría un detenimiento del proceso que podrá ser transitorio, hasta que el analista lo reconozca y se restituya en su función.

No solamente el analista y los pormenores de la relación transferencial son vividos en el plano de la ambigüedad, sino todos los aspectos del campo analítico.

El aspecto temporal del campo no se parece al tiempo vivido en las situaciones comunes de la vida diaria. El tiempo del análisis es, conjuntamente, presente, pasado y futuro. Es un presente con alguien que adopta una actitud esencialmente distinta a la corriente. También es al mismo tiempo pasado, ya que habilita al paciente a la libre repetición de

4 No se aborda aquí el manejo de la ambigüedad en estructuras graves que desbordan la neurosis.

situaciones conflictivas de su historia. Es esta ambigüedad temporal, esta mezcla de presente y pasado, que habilitará, en el trabajo analítico, el futuro, permitiendo al paciente, no solo tomar consciencia de su historia, sino modificarla (aquí y ahora) retroactivamente, incluyendo la posibilidad de un futuro más abierto. El estado de ambigüedad temporal permite reasumir, en transferencia, los acontecimientos pasados con un significado nuevo que podrá permitir despejar el presente y el futuro de su carga repetitiva pasada.

La temporalidad en el análisis está más cercana a la del sueño que al discurrir del tiempo cronológico.

La ambigüedad también se despliega en el espacio del análisis. «El espacio de la situación analítica se parece [también] al del sueño, ya que, en él, el escándalo geométrico de la ubicuidad [capacidad de estar presente en distintas partes al mismo tiempo] se vuelve la regla» (M. Baranger y W. Baranger, 1961, p. 11). La posición del cuerpo en el diván contribuye a recrear las condiciones regresivas del sueño durante la sesión.

Es en y por el encuadre que el cuerpo del paciente suspende la necesidad de actuar, permitiendo la aparición de vivencias corporales, entre otras, olvidadas o reprimidas. El paciente -neurótico- sabe que puede recuperar en cualquier momento su cuerpo «real» y que efectivamente lo va a recuperar cuando termine la sesión, al levantarse y reintegrarse al espacio-tiempo de las actividades cotidianas.

En la mayoría de los casos, los pacientes proporcionan una gran riqueza de material ambiguo y corporal, como ser malestares, cansancio, alteraciones en la respiración, el ritmo cardíaco, tensiones musculares, etc. Cada paciente llega en esta forma a instituir un lenguaje corporal que podremos significar en el proceso.

La participación del cuerpo en la situación analítica no es tampoco privativa del paciente. Cada analista participa también de la ambigüedad corporal y puede contestar con su propio cuerpo a la comunicación inconsciente del analizando. Elabora él también un lenguaje corporal ante determinadas situaciones inconscientes del campo.

Finalmente, no se deja de lado que la demanda de análisis muchas veces significa el último intento de reorientar la existencia del sujeto. Es en esta condición ambigua donde la polisemia de la palabra dicha, de la histo-

ria vivida, se puede resignificar *-a posteriori-* y abrir nuevas posibilidades de vivir un presente y futuro más libres del peso repetitivo del pasado. ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Baranger, M. (1969). Regresión y temporalidad en el tratamiento analítico. *Revista de Psicoanálisis*, 26(2), 265-299.
- Baranger, M. y Baranger, W. (1961). La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 3-54. <http://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/792/654>
- Baranger, M., Baranger, W. y Mom, J. (1982). Proceso y no proceso en el trabajo analítico. *Revista de Psicoanálisis*, 39(4), 527-549.
- Real Academia Española (s. f.). Ambiguo. En *Diccionario de la lengua española*. <https://dle.rae.es/ambiguo?m=form>

# Un poco de historia, de contexto y de vertientes del campo analítico



---

DAMIÁN SCHROEDER<sup>1</sup>

Willy y Madeleine, de origen francés y formados respectivamente en la filosofía y las letras, pertenecieron a la segunda generación de analistas de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), y con poco más de treinta años, se radicaron en el Uruguay entre 1954 y 1965, para liderar el proceso fundacional de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU). Abordar la obra de los Baranger es como meterse con lo que podríamos denominar «escena primaria institucional», con nuestros padres fundadores, con los cimientos de nuestro prisma transferencial institucional; con el legado de ese texto fundador que hoy nos convoca, así como con las reformulaciones ulteriores a lo largo de más de cuatro décadas<sup>2</sup>.

Es un lugar común señalar que sus aportes están en nuestra escucha, en nuestros intercambios científicos, en nuestras publicaciones. En nuestro Instituto, la obra de los Baranger ha sido trabajada en los seminarios teórico-clínicos, pero no en los seminarios postfreudianos. Junto con Abel Fernández, nos ganó un impulso que podríamos considerar como «descolonizador de la metrópolis postfreudiana» de Lacan, Bion, Winnicott, Klein, Green, etc., y propusimos en 2022 un seminario Postfreudiano de

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [damianschroeder@gmail.com](mailto:damianschroeder@gmail.com)

2 En la bibliografía se consignan los textos de referencia en la evolución de la teoría del campo.

Psicoanálisis en el Río de la Plata, en el que la obra de los Baranger tuvo un lugar preponderante.

No solo es necesario aproximarnos al contexto, sino también a las vertientes que nutrieron la elaboración del concepto de campo dinámico.

Abrevaron en la fenomenología de Merleau-Ponty, en la idea de campo de Kurt Lewin y en la teoría de la Gestalt. Tuvieron una gran libertad para tomar aportes de otras disciplinas, a efectos de conceptualizar la experiencia analítica.

El psicoanálisis de entonces, en los dos lados del río, se caracterizaba por un neto predominio de influencia kleiniana. Como muestra, resulta útil repasar los otros textos que integran la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis (RUP)* en la que aparece este trabajo de los Baranger. Se publica un artículo de Klein sobre los orígenes de la transferencia y dos de Paula Heimann sobre contratransferencia (los tres traducidos por Willy Baranger), otro de Money-Kyrle y una revisión de la obra de Racker realizada por Willy Baranger, entre otros...

Los aportes de Racker fueron fundamentales para pensar el lugar del analista en el campo transferencial. El propio W. Baranger (1961) subraya la importancia de «la rehabilitación necesaria operada por Racker del concepto de contratransferencia como complemento de la transferencia, de igual importancia que esta en el proceso psicoanalítico» (p. 165). El analista y el analizando, una vez implicados en el proceso analítico, no podían ser abordados en forma aislada. Esto evoca el cuento del Talmud citado por Lacan en su seminario *La transferencia* (1960-1961/2003): si el analista y el analizante están juntos en la chimenea, al salir *ambos* deberán ir a lavarse la cara...

Afirma Madé Baranger (2004) que «ningún analista se puede conformar con los escritos técnicos de 1915» (p. 146). Es así que elaboraron un texto instituyente que abrió una perspectiva relacional y en el que las metáforas del ajedrez y del campo de batalla tomaron la delantera con respecto a las del espejo y el cirujano. Conceptualizaron al analista como parte integrante del campo, con su esquema referencial, su experiencia personal y, en especial, la experiencia analítica con su propio inconsciente. Analista y analizante estamos hechos de la misma estofa, pero el primero cuenta con la experiencia de su propio inconsciente, por lo que analista

y analizando no están implicados del mismo modo en el campo. Si bien puede haber momentos de simetrización imaginaria, la movilidad del campo es posible por la disimetría radical entre la función del analista y la del analizando, la disparidad subjetiva que señalara Lacan en el seminario *La transferencia*.

Coincido con Viñar (2020) cuando afirma que

la noción de campo bipersonal que proponen W. y M. Baranger en América Latina y en Europa, los trabajos de D. Winnicott sobre el objeto transicional y la banda de Moebius que formula J. Lacan, abordan desde perspectivas diversas un enfoque que destrona el psiquismo cerrado de un mundo interno, que inicialmente necesitó el freudismo para marcar su especificidad. (p. 72)

Esto tiene que ver con otra vertiente práctica y teórica que provino de las experiencias realizadas con grupos y los aportes de Bion. Se apoyaron en sus experiencias de psicoterapia analítica con grupos, en la que se juegan la depositación y asunción de roles entre los integrantes, y detectaron la creación de formaciones inconscientes compartidas, que no pertenecían a un sujeto en particular. Partieron de la experiencia con lo grupal para conceptualizar lo singular. Se trata del lugar del Otro-otro en la experiencia analítica. A la vez, rompen con una concepción rígida entre lo externo y lo interno, lo que va a evidenciarse en su concepción original acerca de la fantasía inconsciente creada en el entredós de la sesión, al modo de los supuestos básicos de Bion. Esta fantasía creada en el campo, que solo tiene sentido en la sesión, que es cocreada, supuso un punto de inflexión en la concepción del inconsciente, de plena vigencia. Se trata de un objeto analítico que se constituye en el encuentro de dos discursos e implica al inconsciente de ambos participantes (Sopena, 2012, p. 439).

En un homenaje que se hizo en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* a Pichon-Rivière, Willy Baranger reconoce a su maestro desde el lugar de analizante, discípulo y amigo. Consigna que alrededor de Pichon existía toda una corriente psicoanalítica activa, creativa, en un ambiente de gran efervescencia cultural y artística, en un contexto en el que el psicoanálisis se ubicaba entre las vanguardias. La invención del campo dinámico de

los Baranger tiene, entre una de sus vertientes principales, el concepto de proceso en espiral de Pichon-Rivière.

En la evolución de las ideas de los Baranger se observa lo que calificaría como una «deconstrucción» de una concepción kleiniana del proceso analítico como una alternancia de identificaciones proyectivas y reintroyecciones pasibles de modificar el mundo interno del analizado. Advierten y cuestionan esta especie de superposición entre transferencia e identificación proyectiva, así como entre contratransferencia y contraidentificación proyectiva.

Resulta apasionante acompañar, en ulteriores trabajos, cómo ellos critican y reformulan sus propias ideas. Los Baranger dieron cuenta de una libertad de pensamiento plasmada en las sucesivas reformulaciones de sus conceptos, lo que constituye parte de su legado. Así como rescataron conceptos fundamentales freudianos, sin perjuicio de apartarse al mismo tiempo de algunos de sus postulados, sorprende cómo, habiendo sido profundamente kleinianos, deconstruyeron sus conceptos, creando nuevos.

No se trata solo del «aquí-ahora y conmigo», en cuyo énfasis se pierde la dimensión histórica del sujeto, sino también del allá, entonces y con otros y más adelante y en otra parte. Subrayan así la importancia de la resignificación de la *Nachträglichkeit*, así como la prospectiva del futuro. Se trata de ubicar a Edipo en la historia<sup>3</sup>. La interpretación debe incluir la historia singular, familiar, grupal e institucional del sujeto. Es imprescindible diferenciar entre

las interpretaciones «dentro de la transferencia» -en un sentido la regla fundamental instituye el análisis como un proceso que se desarrolla dentro de la transferencia- y las interpretaciones de la transferencia, que, ellas sí, suponen una referencia explícita al analista. (W. Baranger, 1979, p. 29)

3 Título de uno de los capítulos del libro *Arqueología del trauma*, de Roberto Beneduce.

La interpretación psicoanalítica permite romper el círculo vicioso de la repetición en transferencia, en un movimiento conjunto entre la profundización en el pasado y la apertura a la construcción de futuro en el proceso analítico.

El «aquí y ahora», que cambia con la inclusión de la espiral pichoniana, es un momento único en el sujeto y en el entredós. Es irrepetible, pero no contiene solo al analista, sino también algo de la resignificación que la transferencia habilita y que incluye la historia de ese sujeto sorprendido en la repetición.

Esta capacidad de reformular sus propias ideas se observa también en relación con los conceptos de baluarte, segunda mirada y lo bipersonal.

El baluarte es considerado en 1961 como un refugio omnipotente solo del analizante, pero adquiere luego un carácter relacional. Se trata de una neoformación inconsciente, creado por analizante y analista. Clínicamente, lo que importa es la movilidad o la cristalización del campo.

Diferencian entre dos tipos de mirada en la sesión. Permanecemos en la primera, mientras la movilidad del campo y el trabajo analítico prosiguen. La segunda mirada, que no figura en el trabajo que hoy nos convoca, conceptualizada a partir de la elaboración de los atascamientos en el trabajo analítico y las experiencias en las supervisiones, hacen a la posibilidad de desdoblamiento, de función tercera, del analista en la sesión. Si el obstáculo se cronifica, se produce el baluarte, constituido con elementos del analizante y el analista, concepto inventado para abordar las situaciones de *impasse*, de reacción terapéutica negativa, de los límites del análisis.

Ya en 1979 Willy Baranger cuestiona lo bipersonal a partir de su interlocución con las ideas de Lacan. Más que dos personas, lo que hay son dos sujetos divididos, división que es efecto de una triangulación inicial. Y se pregunta entonces: ¿es posible introducir el concepto de sujeto, manteniendo la herramienta del mecanismo de identificación proyectiva? (p. 30).

Esta pregunta, como muchas otras, indica un legado abierto a nuevas reformulaciones, pasibles de ser observadas también en desarrollos contemporáneos del psicoanálisis. ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Baranger, M. (1992). La mente del analista: De la escucha a la interpretación. *Revista de Psicoanálisis*, 49, 223-236.
- Baranger, M. (2004). La teoría del campo. En L. Glocer Fiorini (comp.), *El otro en la trama intersubjetiva*. APA.
- Baranger, M. y Baranger, W. (1961). La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 3-54. <http://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/792/654>
- Baranger, M., Baranger, W. y Mom, J. (1982). Proceso y no proceso en el trabajo analítico. *Revista de Psicoanálisis*, 39(4), 527-549.
- Baranger, W. (1961). Notas sobre el aporte de Heinrich Racker al conocimiento de la contratransferencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 164-176. <http://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/838/694>
- Baranger, W. (1979). Proceso en espiral y campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 59, 17-32. <http://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/632/538>
- Lacan, J. (2003). *El seminario de Jacques Lacan, libro 8: La transferencia*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1960-1961).
- Sopena, C. (2012). El campo dinámico del psicoanálisis. *Revista de Psicoanálisis*, 69(2-3), 431-446.
- Viñar, M. (2020). Pensando con Freud en el siglo XXI: Yo y el otro en la formación analítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 130-131, 68-75.

# La vigencia de un legado. «La situación analítica como campo dinámico»: Revisitando el concepto de «baluarte»



---

STELLA YARDINO<sup>1</sup>

**M**i interés en esta reflexión es poner a trabajar el grado de vigencia de un concepto central de este trabajo, en especial en nuestra praxis actual. Me refiero al «baluarte», peligroso obstáculo que, tal como destacan los autores, aunque diverso en cada analizando, nunca deja de existir.

Partiendo del entredós transferencial y el par inseparable transferencia-contratransferencia, que supone un analista participando en el campo bipersonal con todo su psiquismo disponible, este se vuelve actor en igual medida que el analizando. Ya no solo observa al analizando, sino que ejerce también la autoobservación y la observación del campo en su conjunto, tensando por igual las líneas de fuerza del mismo, aunque resguardado por la asimetría. Deberá acompañar los movimientos regresivos del paciente y atender, a la vez, su –también– necesaria aunque acotada regresión en una comunicación de inconscientes que favorezca la movilidad continua de este campo, ya que, si se estancara, detendría el proceso analítico en sí mismo.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [stellayardino@gmail.com](mailto:stellayardino@gmail.com)

En una primera formulación (M. Baranger y W. Baranger, 1961), el baluarte es referido al paciente y comprende aquello que este no quiere poner en juego porque el riesgo de perderlo lo pondría en un estado de extremo desvalimiento, vulnerabilidad y desesperanza. En esta línea, representaría una condensación de los aspectos más omnipotentes del analizando.

En un segundo momento de su teorización (W. Baranger, 1979), el fenómeno se extiende al analista, que no es ajeno a ese fenómeno defensivo, ya que, a través de aspectos contratransferenciales inconscientes, puede quedar enlazado a él.

Si este anudamiento inconsciente se cronifica, se produce el baluarte, entendido como una zona defendida, coagulada, que incluye aspectos resistenciales de ambos participantes y escapa a la movilización del campo, a la verbalización y la elaboración, creando una situación que limita el alcance del análisis, llevándolo, en ocasiones, al fracaso.

En este campo bipersonal (o pluripersonal, dado que contiene los objetos internos de ambos integrantes), se juega también la presencia, habitualmente quieta y silenciosa, del cuerpo, ritualizada en función del encuadre que prioriza la importancia del discurso. Cabe destacar, sin embargo, la importancia de lo paraverbal, en especial en aquellos momentos en los que se actualizan situaciones traumáticas -ya sea en patologías no neuróticas como en momentos límite de pacientes neuróticos- que no han logrado enlace en la trama simbólica.

Refiriéndose a la «segunda mirada» o «mirada de segundo grado», W. Baranger sostiene que la misma surgiría cuando aparece en nosotros «algo raro, un sentimiento definido, *una reacción corporal*, una fantasía extra-temporánea» (p. 15) que nos advierte de una dificultad o interferencia. Es en esos momentos cuando el cuerpo de ambos integrantes de la díada se vuelve un signo a descifrar.

De igual modo, los duelos atraviesan la escena analítica como momentos clave para abordar la cuestión de la falta, no solo del objeto, sino de las pérdidas y renunciaciones que enlaza y que permitirá cercar, en el mejor de los casos, la aceptación de la incompletud y la castración, metonimia de la muerte.

En última instancia, se trata del núcleo mismo, tan esencial como imposible, del trabajo analítico, trabajo de aproximación -nunca pasible de

ser completado- a «la roca dura» del psiquismo. De ahí la importancia de desmoronar los baluartes para reintegrar los sectores clivados al conjunto de la vida del paciente y restablecer la movilidad del campo.

¿Cómo pensaríamos este concepto en nuestra praxis hoy? ¿Continúa sosteniendo su vigencia teórico-clínica? En lo personal, lo considero una herramienta de gran valor y, para ponerla a trabajar, tomaré una viñeta que me parece elocuente.

La paciente es una mujer joven, neurótica, que consulta por problemas de fertilidad. Es una «buena» paciente, respetuosa del encuadre y de la regla fundamental. Sin embargo, la analista se ha descubierto pensando que se trata de un análisis poco profundo, en el cual el trabajo con la transferencia es escaso y monocorde. Tiene la impresión de que la fuerte tendencia de la paciente a la racionalización impone una distancia afectiva que evita la aparición tanto de la angustia como de la hostilidad.

En el momento elegido, a dos años de proceso analítico, la analista se encuentra tramitando una situación de duelo y el encuentro ocurre, por ello, luego de una suspensión de diez días. La sesión transcurre sin alusiones manifiestas a la interrupción. Lo único llamativo es la actitud postural de ambas, no habitual: mientras que la paciente mantiene un pie fuera del diván, la analista se aferra a los apoyabrazos de su sillón.

Sigue el relato de una caída en el cual las palabras *muerto*, *enterrando*, *desamparo*, *engaño* se imponen con fuerza, impactando a la analista. Son palabras que siente que le pertenecen y se pregunta, confusamente, de quién será «el muerto». Angustiada, cruza por su mente la fugaz ocurrencia de interrumpir la sesión. Mientras escucha, recuerda de repente un dato de la historia de la paciente, traído muy al comienzo y nunca retomado: la muerte de un hermano varón a los ocho meses de gestación. Este se enlaza con una imagen de su propia infancia temprana, en la cual aparecen sus padres, y desde allí ofrece a la paciente una construcción tentativa:

Analista: ¿Engaño? ¿Tendrá que ver con su madre?

Paciente: Ella me decía Pepe, a mí me enojaba, ¡pero nunca se lo pude decir! [Llora, muy conmovida]. No me acordaba. Siempre fue un tema tabú, no se podía hablar porque la alteraba mucho a mi madre... Él era el hijo varón que ella deseaba... y no llegó.

A: Tal vez el engaño fue tener que ser Pepe para su madre, el muerto con el que siente que ha tenido que cargar.

La paciente llora en silencio. Su intervención, no pensada, impacta a la analista. Imagina que puede haber retraumatizado a la paciente al introducir, de manera forzada, la muerte silenciada en el discurso. La necesidad de integrar «al muerto» bien podría pertenecerle.

P: ¡Siento una bronca con mi madre! [Llora con rabia] Porque ella nunca pudo hablar del sufrimiento, de la muerte... Nunca pudo llorar... por eso me engañó.

La analista percibe, con sorpresa, que han transcurrido cinco minutos por fuera de la hora, y pone fin a la sesión.

Podríamos pensar en este caso, la detención de ciertos aspectos del proceso analítico, como un baluarte que capturaba a ambos participantes de la diada en la repetición, manteniendo clivados tanto los aspectos hostiles como los depresivos. De este modo, lo que «alteraba» a la madre permanecía inaccesible a la trama discursiva, en una repetición de aspectos silenciados de su historia infantil. La analista, por su parte, ubicada en función materna continente, esperaba pacientemente la aparición del lado hostil, creyendo habilitarlo, pero quizá de un modo no suficientemente incisivo.

Este fragmento de sesión mostraría el juego de identificaciones, tanto concordantes como complementarias, que se generaron en el escenario transferencial: con la paciente y su desamparo (la caída de las dos), con aspectos abandónicos de la figura materna (la fantasía de interrumpir la sesión), con el padre vivo del recuerdo infantil (el engaño).

Siguiendo a Baranger, la resistencia del analizando generaría una resonancia en el analista y se produciría un enganche que podría paralizar, parcial o totalmente, el proceso.

En la primera parte de la sesión, tanto el cuerpo de la paciente como el de la analista se hicieron particularmente presentes en la escena analítica, denunciando la presencia de un obstáculo: la pérdida inaccesible a la trama discursiva. Desde la percepción de este protagonismo corporal surge, en

mi visión, la puesta en acto contratransferencial en sus diversos matices. La intervención-ocurrencia que alude al hermano muerto podría ser conceptualizada como una interpretación en acto, mientras que la extensión inadvertida de la sesión representaría también una puesta en acto, ambas a ser significadas solo *a posteriori*.

En ese momento difícil y fecundo, el trabajo de duelo presente en el campo generó la posibilidad de una nueva resonancia a la separación y a la ausencia, que habilitó la emergencia de ciertos estados mentales y vivencias que aún no habían podido ser experimentadas (Bollas, 1987/1991).

La fantasía inconsciente bipersonal se vincularía así a la vivencia de hallarse «habitadas» por un muerto del que habría que deshacerse para dar lugar a la vida. Asimismo, cabría pensar que la fantasía de encarnar al hermano varón deseado por la madre gratificaba a la paciente en sus aspectos más omnipotentes, denunciando el contenido profundamente narcisista del baluarte. ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Baranger, M. (1992). La mente del analista: De la escucha a la interpretación. *Revista de Psicoanálisis*, 49, 223-236.
- Baranger, M. y Baranger, W. (1961). La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1). <http://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/792/654>
- Baranger, W. (1979). Proceso en espiral y campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 59. <http://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/632/538>
- Bollas, C. (1991). *La sombra del objeto: Psicoanálisis de lo sabido no pensado*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1987).
- Freud, S. (1991). Recordar, repetir y reelaborar. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12, pp. 145-158). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).



**PSICOANÁLISIS,  
COMUNIDAD  
Y CULTURA**



# Inquietudes en el psicoanálisis brasileño<sup>1</sup>



ALICE BECKER LEWKOWICZ<sup>2</sup>, DENISE VIVIAN LAHUDE<sup>3</sup>,  
DIONELA PINTO TONIOLO<sup>4</sup>, FLÁVIA FRIEDMAN MALTZ<sup>5</sup>, JOYCE GOLDSTEIN<sup>6</sup>,  
MAGALY WAINSTEIN<sup>7</sup>, ROSANGELA COSTA<sup>8</sup>, SUZANA DEPPERMAN FORTES<sup>9</sup>  
Y ANDIARA BARBEDO FONTANA<sup>10</sup>

Sí, creo que hay un pueblo múltiple, un pueblo de mutantes,  
un pueblo de potencialidades que aparecen y desaparecen,  
encarnadas en hechos sociales, en hechos literarios, en hechos  
musicales.

Rolnik y Guattari, 1986

- 1 Becker Lewkowicz, A., Vivian Lahude, D., Pinto Toniolo, D., Friedman Maltz, F., Goldstein, J., Wainstein, M., Costa, R., Deppermann Fortes, S., & Barbedo Fontana, A. (2022). Inquietudes na psicanálise brasileira. *Revista De Psicanálise Da SPPA*, 29(2), 225–239.
- 2 Miembro asociado de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre. [aliceblew@gmail.com](mailto:aliceblew@gmail.com)
- 3 Miembro aspirante de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre. [denielahude2011@gmail.com](mailto:denielahude2011@gmail.com)
- 4 Miembro aspirante de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre. [toniolodp@gmail.com](mailto:toniolodp@gmail.com)
- 5 Miembro asociado de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre. [flamaltz@gmail.com](mailto:flamaltz@gmail.com)
- 6 Miembro asociado de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre. [joygold@terra.com.br](mailto:joygold@terra.com.br)
- 7 Miembro aspirante de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre. [magalyy9967@gmail.com](mailto:magalyy9967@gmail.com)
- 8 Miembro aspirante de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre. [costasulrosa@gmail.com](mailto:costasulrosa@gmail.com)
- 9 Miembro asociado de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre. [suzanadfortes@gmail.com](mailto:suzanadfortes@gmail.com)
- 10 Profesora de la Rede Municipal de Porto Alegre. [suzanadfortes@gmail.com](mailto:suzanadfortes@gmail.com)

## INTRODUCCIÓN

¿Por qué pensar en un psicoanálisis brasileño? La vertiente que abordaremos en este trabajo, a partir de una propuesta de la revista de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre (SPPA), número temático: «Psicoanálisis brasileño», es describir la clínica psicoanalítica a través de nuestra experiencia de trabajo de dieciséis años (Lewkowicz *et al.*, 2010, 2016, 2017) realizada en la comunidad educación inicial, con poblaciones vulnerables en términos socioeconómicos, localizada en el municipio de Porto Alegre.

Consideramos oportuna la invitación de los editores a reflexionar sobre las formas de ampliar la clínica psicoanalítica, que tensan y plantean la necesidad de dialogar y reconocer un psicoanálisis brasileño, implicado y democrático.

Cuando nosotros, psicoanalistas, intervenimos en algunos campos fuera del consultorio, somos llevados a revisar nuestros marcos conceptuales y estrategias de intervención. El pensamiento psicoanalítico nos permite revisar los paradigmas y conceptos ligados a una biopolítica de reproducción de lógicas patriarcales, sexistas, heteronormativas, binarias y racistas (septiembre de Wald, 2022). Como psicoanalistas, ¿cómo lidiamos con esta distancia entre las teorías y las singularidades con las que nos encontramos? Por supuesto, las teorías necesitan ser permanentemente deconstruidas, y es en el campo del dispositivo analítico, relativo a nuestro trabajo, que esto ocurre. Las elaboraciones teóricas en el campo analítico son como cartografías de formaciones del inconsciente o de situaciones donde estas se nos presentan y de las que no se puede hacer un mapa o una teoría general. Debemos estar siempre dispuestos a crear una nueva cartografía dentro de la situación en la que nos encontramos. ¿No es esto lo que hizo Freud en el período creativo que dio origen al psicoanálisis?

¿Sería interesante mantener un psicoanálisis erigido epistémicamente por una Europa colonizadora, que reproducimos en nuestras prácticas en la consulta, sin considerar la diversidad de saberes que surgen de nuestra existencia real como país continental, poblado por individuos y grupos singulares que poseen sus propios saberes y formas de obtener conoci-

miento? ¿Estaríamos en concordancia con estas prácticas que alienan el conocimiento y el propio reconocimiento de otras existencias que conforman la múltiple y compleja subjetividad de nuestro pueblo?

Así, podemos considerar como primera figura de modelización la presencia de una actividad de interpretación creativa de los hechos subjetivos, desde un ángulo diferente, en lugar de forzar y controlar todo en un esquema de interpretación que pretende ser estricta y rigurosamente científico.

En este artículo, nos centramos en una experiencia llevada a cabo en una escuela municipal de educación básica en la modalidad de Educación de Jóvenes y Adultos (EJA), ubicada en la periferia de Porto Alegre, establecida en un barrio donde la población es predominantemente negra y vulnerable en términos socioeconómicos, un barrio conocido por la violencia y el tráfico de drogas.

#### SOBRE LAS RONDAS DE CONVERSACIÓN COMO HERRAMIENTA CLÍNICA

Hasta el inicio de la pandemia, nuestro contacto con los sujetos se hacía a través de las Rondas de Conversación (RC), donde la escucha psicoanalítica ofrecía la oportunidad de crear espacios para pensar las angustias surgidas de las relaciones entre psicoanalistas, educadores, los alumnos y sus familias. En estos encuentros, se hizo evidente la alternancia entre momentos de apertura y de cierre, ya que la dimensión de los problemas enfrentados producía efectos perturbadores en todo el grupo y, en muchas ocasiones, la conversación no fluía, provocando rupturas, tensiones y desánimo. En los momentos de cierre, solo podíamos sentir y pensar en nuestra impotencia, cuando muchas veces éramos sorprendidos por manifestaciones de tolerancia en el discurso de algún educador, señalando un rastro de luz que conducía a salidas alternativas, momento en el que la conversación volvía a fluir y proporcionaba una lógica de esperanza al trabajo realizado (Lewkowicz *et al.*, 2020).

La exposición de los psicoanalistas a las diferencias derivadas de la desigualdad social y de la diversidad de territorios no fue tan evidente en el espacio institucional, cuando las reuniones tuvieron lugar en la sede de la SPPA. Con la llegada de la pandemia y el consecuente cierre de los espa-

cios públicos, que propiciaban la posibilidad del encuentro de los cuerpos, pasamos a realizar las actividades posibles *online* (Lewkowicz *et al.*, 2020).

¿Qué se exteriorizó o desveló con la salida de sus cuerpos de nuestro campo y la apertura de ventanas, a través de cámaras y pantallas, al interior de los espacios vitales de nuestros compañeros?

En muchos momentos se hizo evidente nuestra precariedad en el acceso a esta población, pero lo mismo sucedió para ellos en relación con nosotros; una vez más, operó la exclusión de esta población que está al margen de la sociedad interconectada por las redes sociales. Algunos sujetos están conectados, pero la «conexión» es frágil e inestable (Lewkowicz *et al.*, 2020).

#### RONDAS DE CONVERSACIÓN DE LA EDUCACIÓN DE JÓVENES Y ADULTOS

Después de la pandemia del Covid-19, cuando volvimos a las escuelas, encontramos un escenario diferente. Los equipos de dirección de las escuelas de la periferia de Porto Alegre empezaron a enfrentarse a situaciones de extrema violencia, tanto entre los alumnos como entre el grupo de profesores, así como entre profesores y alumnos. Ante esta situación, respondimos a una solicitud de la orientadora de una escuela de un barrio de la periferia de Porto Alegre para mantener debates con el grupo de profesores, el grupo de alumnos, y entre estos con el grupo de profesores.

Entre los muchos problemas a los que se enfrentaba el profesorado, estaba el uso excesivo de teléfonos móviles en el aula, que eran herramientas de aprendizaje en el escenario de la pandemia y ahora se convertían en factores de dispersión y propagación de agresiones en la comunidad escolar. Ante este panorama, se puso en marcha un proyecto piloto para dar respuesta a la demanda surgida en este centro escolar concreto.

Traemos aquí material clínico obtenido de Rondas de Conversación realizadas con educadores y alumnos de la escuela primaria municipal de Educación de Jóvenes y Adultos.

Consideramos las realidades sociales de nuestro país, la desigualdad racial, económica y de género, que encontramos también en el perfil de las clases de la EJA, mayoritariamente compuestas por personas negras y trabajadores. En este sentido, la EJA tiene especificidades, problemas y

metodologías propias, que no solo deben ser visibilizadas, sino que también pueden inspirar prácticas pedagógicas y estrategias de gestión en todo el sistema educativo, especialmente en el actual contexto de crisis económica y sanitaria.

La invitación a pensar en torno a una EJA de población negra y popular nos exigió, por lo tanto, la capacidad de desnaturalizar las desigualdades y asimetrías sociorraciales históricas que se centran, especialmente, en los jóvenes, adultos y ancianos negros, residentes en asentamientos (favelas) y aglomeraciones de centros urbanos o regiones rurales, que han sido desatendidos en sus derechos sociales, educacionales y humanos (Silva, 2020).

Fue teniendo en cuenta esta complejidad inherente al trabajo con la EJA que propusimos Rondas de Conversación con alumnos y profesores, coordinadas por psicoanalistas, que se realizarían en el turno vespertino, en las instalaciones de la escuela que solicitara el servicio.

Ronda de Conversación se entiende aquí como un método de resonancia colectiva que consiste en la creación de espacios de diálogo, un momento en que los participantes pueden expresarse y, sobre todo, escuchar a los demás y a sí mismos. El objetivo es estimular la construcción de la autonomía de los sujetos a través de la problematización, el intercambio de información y la reflexión para la acción, posibilitando el intercambio de experiencias, la conversación, la discusión y la difusión de conocimientos (Mansione *et al.*, 24 de octubre de 2021).

#### PRIMERA RONDA DE CONVERSACIÓN: EL APAGÓN

Inicialmente, se intentó llevar a cabo las Rondas de Conversación de forma híbrida: presencial para profesores y alumnos y con la participación virtual de los psicoanalistas. Sin embargo, la precaria y frágil conexión a internet de la sede demostró que este formato era inviable: en el momento más álgido de la RC, la conexión de la escuela «se cayó», como si representara una sobrecarga de tensión «en una red eléctrica», dejando a los psicoanalistas fuera: un apagón.

Al final de la primera reunión, uno de los alumnos mayores se quejó de que los jóvenes eran ágiles en la realización de las tareas escolares y,

tras terminarlas, perturbaban el ritmo de los mayores. Tras la finalización de la RC, sin conocimiento de los psicoanalistas, se estableció un enfrentamiento generacional entre los alumnos a través del grupo de WhatsApp en el que se encontraban alumnos y profesores, que se prolongó, tras la finalización de la reunión, hasta altas horas de la madrugada. Los ánimos se caldearon, se profirieron insultos y obscenidades. Al día siguiente, en la escuela, el desacuerdo continuó, por lo que la siguiente RC tuvo que ser cara a cara.

#### SEGUNDA RONDA DE CONVERSACIÓN: EN EL TERRITORIO DE LA ESCUELA

En el segundo encuentro de la Ronda de Conversación, esta vez realizado en persona, este fue el relato de los psicoanalistas sobre su llegada:

Era invierno en Porto Alegre. Estábamos en un momento de la pandemia de Covid-19 que todavía requería atención, al mismo tiempo que crecía el brote de dengue. Ir al encuentro de los alumnos cara a cara era desafiante y desalentador. La escuela, situada, como se dijo, en un barrio periférico, nos dejó en estado de alerta. El camino recorrido iba acompañado de múltiples sensaciones... la distancia parecía larga... por el camino, la conversación se alternaba con miradas y silencios. No queríamos ir solos, así que pedimos un «aventón» al orientador escolar, acostumbrado a este viaje entre dos mundos.

Nada más llegar, nos fijamos en la pequeña verja amarilla con el nombre del colegio.

Al entrar por la puerta, la sensación es la de un universo en expansión... grandes espacios, pasillos con obras de colores a ambos lados de las paredes, dibujos de niños, alertas para el cuidado del dengue, hojas de horarios, las aulas iluminadas con alumnos en clase... voces, risas, gritos... ¡era un entorno que transmitía belleza y vida!

En este encuentro cara a cara, la sala estaba abarrotada y todos se sentaron en círculo. Los psicoanalistas, que no sabían nada de los desencuentros que se produjeron tras la primera RC, se presentaron, teniendo

en mente la idea de un calentamiento inicial distendido. Se dieron cuenta, paradójicamente, de la propia extrañeza que experimentaban al entrar en este territorio aún poco conocido y vivido como amenazador para ellos. Tras identificar quién había participado en la reunión anterior y quién venía por primera vez, recapitularon la conversación de la primera reunión.

Uno de los psicoanalistas comentó entonces sobre un alumno adolescente y su forma de participar, incluso cuando no quería hablar, escondiéndose a veces dentro de su camiseta. El joven se sintió criticado y sacó a relucir que los mayores le acusaban de venir a «trabar». Se sintió ofendido porque solo mencionaron su nombre, exclamando: «¡Por eso el tipo mata!», palabras que funcionaron como detonador para volver a sacar a relucir el desacuerdo, desbordando la agresividad latente del grupo. El hecho de que fuera un encuentro cara a cara con los psicoanalistas en la escuela, sumado a la proximidad física de los cuerpos, también funcionó como continente, contribuyendo para que el humor exaltado aflorara nuevamente.

Llamó la atención de los psicoanalistas que el alumno que se sentía ofendido parecía oficiar como «chivo expiatorio» de la clase, destacándose por sus gestos obscenos, al mismo tiempo que contrastaba su ropa, bien vestido, con la de la chica que estaba a su lado, en chancletas y desprotegida del frío.

Una de las adolescentes dijo agresivamente que se sentía incómoda con Anahy<sup>11</sup>, que mantenía la cabeza gacha todo el tiempo, jugando con el móvil y con el sonido alto.

Anahy se enojó, no aceptó apagar el móvil y rebatió enfáticamente al grupo: «¡Que se vayan los que molestan!». Una profesora también se enfadó, diciendo que era ella la que debía irse.

En ese momento, uno de los psicoanalistas pidió que nadie abandonara la sala porque se estaban incluyendo en el orden del día temas importantes para debatir. Aunque la reunión era tensa y difícil, también estaban surgiendo los malestares de todos y, para resolverlos, era necesario hablar.

11 Todos los nombres fueron cambiados para proteger la identidad de los participantes.

Con este comentario, el psicoanalista dio a entender que el uso de los teléfonos móviles estaba relacionado con la descarga de la tensión del grupo mediante escapadas a la realidad virtual a través de juegos de desahogo.

Tras oír esto, Anahy bajó el volumen del móvil y siguió jugando con la cabeza gacha. Los demás jóvenes se sintieron molestos por su actitud y dijeron que, precisamente porque estábamos hablando de esto, todos debían prestar atención. Otro psicoanalista dijo que Anahy representaba un aspecto presente en todos los jóvenes, que había sido comunicado por muchos de los presentes en la última RC. Este comentario tuvo un efecto continente para Anahy, que se desarmó y lloró porque se sentía «anulada» y el centro de las críticas de otros colegas.

El llanto de Anahy fue un punto de inflexión, cuando se aflojaron las defensas, revelando el dolor y el sufrimiento de todo el grupo. Ella pudo continuar en el grupo y su tristeza fue reconocida. La agresividad, las peleas y los móviles serían mecanismos para evitar la aparición de estas emociones. Anahy no abandonó el grupo y demostró, a través del móvil, lo que sentía. Tecleó algo en el aparato y alcanzó a los psicoanalistas para que lo leyeran. Escribió que no se sentía comprendida por sus compañeros; dijo que iba a dejar la escuela y que la habían malinterpretado, porque quería decir otra cosa. Otra alumna, Emilia, acusó a Anahy de haberse expresado mal. Los psicoanalistas subrayaron entonces la importancia de que hubiera sabido expresarse. Por último, una tercera alumna dijo que tanto Emilia como Anahí se habían equivocado y que podían disculparse mutuamente.

Los psicoanalistas señalaron que el grupo se había organizado un poco y había conseguido hablar, lo que dio lugar a la aparición de nuevos acuerdos. Realmente se produjo un nuevo acuerdo, transmutando la configuración del grupo, sobre todo porque se comprendió que lo que faltaba era que las personas se escucharan y se conocieran para empatizar más unas con otras.

Vale la pena mencionar que uno de los psicoanalistas también hacía uso de un teléfono móvil para grabar las conversaciones durante la reunión, colocando así de manera explícita la participación de los psicoanalistas en el funcionamiento del grupo.

El uso de teléfonos móviles en esta RC del grupo parecía funcionar como una especie de cerrojo para atenuar el impacto emocional que la

agresividad en las comunicaciones ejercía sobre cada miembro, lo que no era diferente para los psicoanalistas.

Se evidenció un importante movimiento vinculado al uso del teléfono móvil, inicialmente como vehículo de violencia, luego como alternativa para escapar de las emociones y, finalmente, como objeto que facilitaba su transformación.

Otro aspecto a destacar fue la postura del profesor que, tras enfadarse, permaneció de pie en la puerta de la sala, escenificando, con su propio cuerpo, la ambivalencia de todos.

Siguió una pausa de tres semanas.

### TERCERA RONDA DE CONVERSACIÓN: DESARME

La RC comenzó tímidamente. Había madres muy jóvenes, cuya edad media era de dieciséis años, con niños pequeños de entre tres meses y dos años, que veían la escuela como un lugar especial y la clase como el único momento del día para ellas, en el que podían relajarse y jugar. Otros, mayores, con hijos más grandes, hablaban de estar cansados por la noche, al venir de lejos, y de un día de trabajo tenso, pero no por ello dejaban de ir a la escuela por la noche. Otros querían estudiar para organizar su vida financiera y poder pensar en tener hijos.

Estas emociones, risas y dolor entremezclados en las conversaciones mostraban que una operación de desmontaje había dado paso a la exposición de cada persona con su historia única.

El ambiente de la RC era de «bromas», risas y alguno «tapando al otro» para contar lo suyo.

Una auxiliar contaba su sueño de ser maestra; un electricista hablaba de sus dos hijos; unas chicas contaban su trabajo con la joven aprendiz. Joaquim, el adolescente que siempre estaba muy alterado, pero que disfrutaba mucho con las RC, dijo que parecía que solo él no trabajaba, porque no sabía buscar trabajo, no podía levantarse temprano por la mañana y tampoco se llevaba bien con su madre, ya que su relación con ella no evolucionaba. Sin embargo, quería trabajar y salir de casa. Todo esto entre los murmullos y risitas del resto del grupo para disimular la fragilidad de cada uno.

Sin embargo, la estrella de la noche fue una señora con vistosas rastas que, al principio de la RC, dijo que le costaba hablar de sí misma, que poco a poco se fue soltando (es importante señalar que cuando ella hablaba, los demás se reían y entablaban conversaciones paralelas). Contó sus primeros tiempos de sufrimiento en la escuela, marcados por la indiferencia y la vara de los castigos.

Dijo que le gustaba nuestra presencia, que ahora la escuela era una oportunidad y que era importante no renunciar a los sueños ante los obstáculos, la disciplina para conseguirlos y que las cosas saldrían bien. Fue aplaudida, y todo el grupo estaba visiblemente emocionado.

#### CUARTA RONDA DE CONVERSACIÓN: EL PODER PARALELO

La sala estaba llena. Al principio de la RC, Joaquim, el alumno adolescente que siempre estaba muy agitado, tomó su móvil y el de la compañera que estaba a su lado, se acercó a la silla de una de las psicoanalistas y le dejó ambos aparatos. Fue un acto rápido de su parte, que sorprendió a todos. Interrumpiendo el silencio tras este momento, los analistas señalaron que Joaquim estaba expresando algo importante con este acto y que manifestaba el deseo de participar en el espacio acogedor de la conversación, prescindiendo del uso de los teléfonos móviles. ¡Todos aplaudieron a Joaquim!

Hubo otro momento de silencio en el grupo.

Luana, una estudiante extrovertida de sesenta años, con largas trenzas y una gorra en la cabeza, que había venido a la RC por primera vez, habló con un tono alto y autoritario. Dijo que había venido a escuchar y a saber lo que se dice en la RC. Subrayó que, para hablar de sí misma o de cualquier cosa, primero necesitaba saber cómo eran las reuniones. Los psicoanalistas se sintieron intimidados por su presencia, sobre todo por el tono de su discurso.

¿Representaría una «autoridad» de la comunidad para comprobar que la RC de la escuela era segura?

Siguieron conversaciones paralelas, intercaladas con silencios, y el ritmo de la RC se volvió lento. Luana, en tono amenazador, dijo entonces que iba a hablar. Dijo que estaba en la escuela porque no había tenido la oportunidad de estudiar antes; criticó a los jóvenes que no quieren saber

nada de nada y no ayudan a sus mayores. Sabe lo que es ser humillada. En tono amenazador, dijo, mirando a los psicoanalistas, que veía muchas cosas en la escuela: «Los estoy mirando a los ojos...», haciendo un gesto hacia los psicoanalistas. El clima era difícil de manejar, y los psicoanalistas tenían la sensación de estar acorralados.

En este momento, un profesor, el mismo que se había emocionado en la otra RC, propuso la realización de una ronda para hablar de los miedos en la escuela. Este profesor evocó e hizo funcionar la caja de herramientas psicoanalíticas, nombrando la contratransferencia emergente, proponiendo reproducir en palabras las sensaciones de miedo presentes en el grupo.

Y así se hizo. Los miedos predominantes eran el de no aprender bien, el de no graduarse, el de no conseguir trabajo, el de equivocarse, el de no saber, el de no ser escuchado, en resumen, el de no respetar a los demás y no sentirse respetado. Fue un momento de integración.

El profesor también propuso terminar la RC con otra ronda, esta vez con expresiones de valentía: enfrentarse a los propios miedos, no abandonar los estudios, intentar mejorar la propia vida, ser feliz y divertirse a pesar de las numerosas dificultades.

Es importante subrayar que este mismo profesor, que había rechazado e intentado desterrar del grupo al alumno disonante, tras la intervención del psicoanalista para que nadie abandonara el grupo, se situó en la frontera entre el acto de descarga y el pensamiento, con un pie fuera y otro dentro de la sala. Aceptó el desafío y se identificó con la función psicoanalítica; en la ronda siguiente, percibiendo las tensiones del conflicto, fue capaz de acoger, nombrar y proponer al grupo que cada uno presentase la coloración singular de su miedo.

Ya a la salida, en el pasillo, Joaquim se acercó, y uno de los psicoanalistas le comentó: «Las cosas están difíciles para ti, ¿verdad Joaquim? No te rindas, tienes buena cabeza, tu participación es muy importante. Incluso cuando no hablas, sé que estás muy atento».

Joaquim respondió entonces, emocionado: «¡Ah, *profe!* ¡Nadie ha dicho en mi vida que mi cabeza servía para algo! ¡Muchísimas gracias, *profe!*».

Vivimos allí, en ese breve instante, toda la posibilidad transformadora de nuestros encuentros.

Tras el final de la RC, los psicoanalistas se enteraron de que la estudiante de sesenta años que había «monopolizado» el grupo con sus modales autoritarios era «la señora del pueblo» y jefa del tráfico de drogas.

#### ¿CÓMO LIDIAR CON LAS TENSIONES DE ESTE PSICOANÁLISIS A LA BRASILEÑA?

Las RC en la EJA revelan aspectos de los vínculos sociales brasileños de forma muy explícita, incluso con la «la señora del pueblo», que llegó a ver de qué se estaba hablando en estas RC.

Desde la primera RC, había un ambiente tenso, en el que la posibilidad de escuchar y el espacio para la palabra hacían surgir conflictos difíciles de ser reconocidos y enfrentados.

Hubo un campo transferencial/contratransferencial en el que tuvimos que lidiar con angustias al «filo de la navaja» que involucraban a todos los integrantes: docentes, alumnos y psicoanalistas.

Una de las psicoanalistas, que utilizó un teléfono móvil para registrar la rueda, fue criticada por los alumnos por tal actitud. Aunque su intención era registrar lo que ocurría, también pudo haber servido como cerrojo para los analistas, ante la angustia suscitada.

Nos gustaría destacar el concepto de escucha activa (Mansione *et al.*, 24 de octubre de 2021), una escucha que necesariamente se refiere a la intervención desde una interpretación comprensiva del contexto y del sujeto en el contexto, siendo activa en el sentido de disminuir los prejuicios al entrar en contacto con la alteridad. Esta escucha requiere no solo un entrenamiento para captar el inconsciente, sino también una práctica sobre los procesos colectivos.

Es una escucha realizada en la práctica con los educadores, los alumnos y sus familias, cuyo objetivo se materializa en torno al cuidado colectivo de la salud. La escuela podría pensarse como colectivo, en su inserción y pertenencia a la comunidad. La escucha activa es de fundamental importancia en entornos socioeconómicos desfavorables, situación que requiere un trabajo de elaboración muy intenso y desgastante para los profesionales involucrados en estos procesos.

Ser testigos de los efectos de los vínculos sociales marcados por la crueldad resultante de organizaciones sociales perversas nos llama a una acción colectiva más amplia. En nuestra experiencia con educadores y alumnos, sentimos la necesidad de una interlocución constante con los colegas involucrados en esta actividad para que las ansiedades provocadas durante la interacción puedan encontrar la posibilidad de ser pensadas y transformadas. De lo contrario, el riesgo de esa modalidad clínica es caer en un asistencialismo desmotivado, sin creatividad, no contribuyendo en nada para reactivar la potencia inherente a los sujetos involucrados en esos procesos.

Cabe destacar también la importancia de poder identificar las teorías implícitas sobre los orígenes del sufrimiento emocional impuesto por los vínculos sociales, tanto en nosotros, psicoanalistas, como en otros actores sociales. Dentro de esta misma línea, es necesario estar atentos a mantener una postura para comprender que el aporte del psicoanálisis es uno más de los saberes a ofrecer para enfrentar problemáticas tan complejas.

Podemos pensar la escucha activa en las RC como una forma de abordar las invisibilidades que experimentan los actores de la comunidad escolar frente a la violencia estructural y multidimensional que los afecta en diferentes niveles, especialmente a quienes viven en zonas socialmente vulnerables.

En el grupo, según Ditolvo *et al.* (2019), el esfuerzo está guiado por la recuperación terapéutica del encuentro humano. Los participantes están doblemente expuestos: las relaciones se sanan, mientras que la función terapéutica se propaga. Son atendidos, empoderándose para cuidar de sí mismos y de los demás. Podemos llamar prevención primaria el trabajo que busca desarrollar las capacidades y aptitudes de los individuos. La escucha debe dirigirse a lo que está latente, contenido en la demanda explícita. Psicoanálisis y educación deben unirse para dar un nuevo sentido a lo que están viviendo, recuperando la confianza de los educadores en su propia capacidad para soportar, acoger y gestionar las turbulencias de los alumnos.

Entre estos aspectos latentes, queremos destacar la presencia del racismo estructural que envuelve los lazos sociales en Brasil. Según el antropólogo Kabengele Munanga (2010), profesor de la Universidad de San Pablo (USP) y uno de los principales estudiosos de las relaciones étnico-raciales en la

sociedad brasileña, es en la educación donde se construyen las imágenes estereotipadas y discriminatorias del sujeto y de la población negra, de modo que solo la práctica educativa tiene el poder de deconstruirlas. Solo la propia educación es capaz de deconstruir los monstruos que ha creado y posibilitar la construcción de nuevos sujetos que valoren y convivan con las diferencias.

El trabajo de cartografía en psicoanálisis nos permite estar en sintonía con la complejidad de las poblaciones marginadas. Así, consideramos que la educación es central, tanto para la reproducción del racismo como para su enfrentamiento.

¿Cómo podría contribuir el pensamiento psicoanalítico a romper el silenciamiento del racismo?

¿Nuestras instituciones psicoanalíticas han estado dispuestas a desarrollar herramientas teórico-clínicas que permitan escuchar el racismo estructural? ¿O también nuestras «escuelas de psicoanálisis» están insertas en el circuito de una educación (de los psicoanalistas) que favorece el silencio sobre estas perversas relaciones étnico-raciales?

En este sentido, es importante el concepto de «cuidanía» propuesto por Denise Najmanovich (3 de septiembre de 2021). La propuesta de «cuidanía» es visibilizar la vulnerabilidad de la vida y, al mismo tiempo, su potencia, especialmente cuando promovemos prácticas colaborativas basadas en redes de apoyo mutuo y democratización del cuidado.

Denise Najmanovich cita a Laura Kravetz: «La salida no es solidaria, es colectiva». Ya no necesitamos héroes ni resistentes, sino personas capaces de habitar la experiencia compartida.

Son estos pequeños grandes gestos los que hacen a la convivencia.

Pensar una propuesta conceptual sobre el papel del psicoanálisis en el campo social no es aplicar o adaptar los llamados postulados universales; la práctica analítica consiste en una posición frente a lo plural, que requiere una reflexión sobre la complejidad a ser pensada.

Son preocupaciones en el psicoanálisis brasileño que nos sitúan, en las palabras dichas por Joaquim en la RC, entre «por eso el tipo mata» y el «nunca me dijeron que mi cabeza servía para algo». ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Ditolvo, H. H. S., Gorayeb, R. y Deroualle, S. M. (2019). Interfaces da psicanálise e da educação. *Revista Brasileira de Psicanálise*, 53(4), 285-297.
- Guattari, F. y Rolnik, S. (2005). *Micropolítica: Cartografías do desejo*. Vozes. (Trabajo original publicado en 1986).
- Lewkowicz, A. B., Wolff, M. P., Bassols, A. M., Keidann, C. E., Lahude, D., Spinelli, E., Iankilevich, E., Goldstein, J., Freitas, M. de F., Cimenti, M. E., Wenzel, M. P., Araújo, M. S., Sordi, R. y Costa, R. (2010). Entre a psicanálise e a educação: Diálogos e experiências. *Revista Brasileira de Psicoterapia*, 12(1), 118-129.
- Lewkowicz, A. B., Fuhrmeister, A. V. Álvares, Lahude, D. V., Munhoz, J. H., Brandão, L. d'Ávila y Fortes, S. (2017). Impactos que geram impasse frente à vulnerabilidade. *Revista de Psicanálise da SPPA*, 24(2), 327-339.
- Lewkowicz, A. B., Wolff, M. P., Bobassaro, M. C., Leaes, G. M., Fuhrmeister, A. V. Á., Brunstein, C., Ferrari Filho, C. A., Keidann, C. E., Bergmann, D. S., Lahude, D. V., Goldstein, J., Secco, L. A., Freitas, M. de F. L. de ., Wenzel, M. P., Sordi, R. O., Costa, R., Fortes, S. D. y Araujo, J. M. (2016). Rodas e conversa entre a educação e a psicanálise. *Revista de Psicanálise da SPPA*, 23(2), 361-375.
- Lewkowicz, A., Keidann, C., Lahude, D., Goldstein, J., Fischer, M., Cimenti, M. E., Costa, T. y Fortes, S. (2020). Psicanalistas nas fronteiras da desigualdade. 29. En *Fronteras* (pp. 1917-1924). Viento de Fondo. [http://fepal2020\\_programacientifico.info/opc/libro/FEPAL2020\\_Libro\\_Virtual\\_FRONTERAS.pdf](http://fepal2020_programacientifico.info/opc/libro/FEPAL2020_Libro_Virtual_FRONTERAS.pdf)
- Mansione, I. (coord.), Manica, R. B., Solari, J., Marcellino da Silva, E., Canteli, M., Oñate, C. y Viñar, M. (24 de octubre de 2021). *La escucha y el sujeto en las intervenciones en la comunidad*. Mesa del 33° Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis: Fronteras, virtual, Federación Psicoanalítica de América Latina.
- Munanga, K. (2010). Estudos africanos da USP: Teoria social e relações raciais no Brasil contemporâneo. *Cadernos PENESB*, 12, 169-203.
- Najmanovich, D. (3 de septiembre de 2021). *Pensar la subjetividad en lo siglo XXI*. Conferencia inaugural, virtual, de la Cohorte 2021, Universidad de la República.
- Passos, J. C. y Santos, C. S. (2018). A educação das relações étnico-raciais na EJA: Entre as potencialidades e os desafios da prática pedagógica. *Educação em Revista*, 34. <https://www.scielo.br/ij/edur/a/dsQgRT7Lzd7zM84DtrgB6jv/?lang=pt>
- Silva, N. N. (2020). Educação popular negra: Breves notas de um conceito. *Educação em Perspectiva*, 11, 1-15.
- Wald, A. (septiembre de 2022). *Formas y figuras de la violencia*. Trabajo presentado en la Asociación Psicoanalítica de Córdoba.





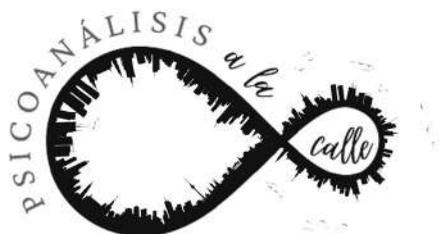
**CONVERSACIÓN  
EN LA REVISTA**



# Dialogando con el grupo Psicoanálisis a la Calle



SILVINA GÓMEZ PLATERO<sup>1</sup>, STELLA PÉREZ<sup>2</sup> Y ROSA PICCARDO<sup>3</sup>



Un jueves de marzo, a la noche, todos quienes componen Psicoanálisis a la Calle<sup>4</sup> nos recibieron en el Club de bochas Rincón del Parque. Compartimos un tiempo de diálogo, recorriendo sus inquietudes, su historia y sus proyectos. Sus palabras transmiten con entusiasmo el interés por el psicoanálisis y las formas que fueron creando para seguir formándose.

REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS: Nos gustaría saber cómo se origina este grupo. ¿Cómo surge Psicoanálisis a la Calle?

PSICOANÁLISIS A LA CALLE: Fuimos compañeros en Facultad de Psicología. Habíamos compartido algunas materias y después algunos hicimos juntos la pasantía en la Clínica Psicoanalítica de la Unión, y todo eso

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [sgp@internet.com.uy](mailto:sgp@internet.com.uy)

2 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [perez.stella61@gmail.com](mailto:perez.stella61@gmail.com)

3 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [rosa.piccardo@gmail.com](mailto:rosa.piccardo@gmail.com)

4 Mariam Szwec Luzardo, Agustina Laborda, Lucía Olivera, Alejandro Prieto, Michelle Alborés, Késia Veiga Muniz, Marie Gleville y Tamara Correa.

nos permitió compartir distintas vivencias. A partir de la pandemia, se perdieron espacios, y la facultad era un lugar de encuentro, compartíamos materias, prácticas, pero con la pandemia habíamos perdido ese punto de encuentro con otros colegas, con amigos, que estuvieran pensando cosas diferentes, novedosas, y siempre quisimos abrir el campo para seguir estudiando y tener en cuenta lo que está pasando y lo que se está pensando en la vuelta. Cuando planteamos los primeros temas, estábamos empezando nuestras primeras prácticas clínicas ¡y eran muchas las preguntas! Con los primeros temas que proponíamos nos decían ¡esto es bien de gente que recién se recibe, que está comenzando su práctica! Por ejemplo, nos preguntábamos: ¿Quién habilita al analista? ¿Cómo se da la transferencia?

P. A LA C.: Hubo un hecho que nos unió y es que armamos un grupo de lectura, antes de la pandemia, en el 2019, a partir de una optativa que cursamos; en ese momento fue el seminario 2 de Lacan, hablamos con un profesor, Gonzalo Grau, y ahí se formó el grupo nuestro. Todos los miércoles nos juntamos a leer.

RUP: ¿Y Psicoanálisis a la Calle?

P. A LA C.: El nombre Psicoanálisis a la Calle surge de un encuentro en la Clínica de la Unión, hablando de Lacan, del mayo del 68, y él toma un grafiti: «Las estructuras no bajan a la calle», y al estar haciendo pasantía en la policlínica y estudiar Lacan y el recuerdo de ese grafiti, fue como un armado que nos impulsó a pensar el psicoanálisis a la calle, por fuera de las instituciones, y ahí empezó. Porque es como que a veces, por momentos, parece que las instituciones se cierran sobre sí, entonces la idea es que sea un espacio a la calle, abierto, para que puedan venir de distintas instituciones y poder dialogar. Ese es el espíritu, habilitar el diálogo. Una invitación para que, a partir de las diferencias, se enriquezca el psicoanálisis, y salir a la calle.

RUP: ¿Cómo comenzó la difusión de esta propuesta?

P. A LA C.: Al principio fue más el boca a boca, y nos sorprendimos de la cantidad de gente que se arrió, amigos, amigas que estaban estudiando psicoanálisis y se recoparon y tenían las mismas interrogantes que nosotros. También había algo generacional ahí, de que todas esas interrogantes eran nuestras, pero también compartidas con otras per-

sonas de otras generaciones, y eso hizo que quisieran venir a participar. Empezamos a conversar con profesores, a contarles esta idea, y la gente se empezó a copar, nosotros pensamos que íbamos a hacer algo más íntimo, chico...

- P. A LA C.: Armamos un Instagram para compartir la propuesta, pero fue más el boca a boca, amigos, compañeros, a los que también les interesó. En el grupo compartíamos muchas interrogantes, inquietudes sobre el trabajo, y comenzamos a trabajar sobre esta idea de buscar psicoanalistas con quienes pudiéramos dialogar.
- P. A LA C.: Así comenzamos a pensar en los temas que nos interesaban, los trabajábamos en el grupo primero, y siempre surgían más interrogantes entre nosotros, y buscábamos psicoanalistas con quienes compartir y dialogar sobre lo que nos preguntábamos.
- RUP: ¿Cómo se organizan las actividades, los temas?
- P. A LA C.: La idea, al principio, fue buscar un tema común para cada encuentro, y quedó pautado, como fecha, los últimos jueves de cada mes; surge el tema de interrogantes. Y también lo que se va dando es que los temas van surgiendo de los encuentros anteriores, hacemos una convocatoria y tratamos de formular el tema como pregunta y escribimos entre nosotros algo, pero más desde el lado de plantear preguntas. Este concepto: ¿cómo se ha pensado?, ¿qué efectos tiene en la clínica? Ese ha sido el hilo conductor de las preguntas. Buscar personas que estén trabajando en ese tema e invitarlos como oradores.
- P. A LA C.: Cuando surge el tema que nos interesa, averiguamos a quién le puede interesar. Antes de venir acá, tenemos intercambios con los oradores en diferentes lugares, por Zoom, en los consultorios, en un bar, y hablamos sobre cómo pensamos el tema, sobre cómo lo ven ellos, pero la actividad, el encuentro abierto, siempre es acá. La propuesta que hacemos es de libertad total para el intercambio, tanto para los oradores como para el público que participa.
- P. A LA C.: Muchas veces no es fácil coordinar los horarios de todos y de los invitados para poder juntarnos antes, pero buscamos la manera, nos gusta tomar decisiones en conjunto y queremos estar todos cuando hay una entrevista, una reunión.

P. A LA C.: Eso es muy importante, porque nosotros decidimos funcionar como colectivo; entonces, hasta en cuestiones mínimas -decidir, no sé, si, por ejemplo, esta frase la vamos a pensar por este lado, si es algo problemático-, pensamos: ¿estamos todos de acuerdo? Nos importa mantener esa impronta colectiva, que no quede cristalizado en una persona, sino trabajarlo como colectivo.

RUP: ¿Qué los convocó a salir de las instituciones, a salir a la calle?

P. A LA C.: Tomando contacto con las distintas perspectivas que hay dentro del psicoanálisis, las distintas tradiciones, nos entramos a preguntar por las diferencias. ¿Por qué surgen las diferencias en la manera de abordar el mismo fenómeno? ¿Qué pasaría si dialogamos al respecto? Para conocer más qué y cómo pensar conceptos predefinidos, queremos tomar contacto con cómo se trabaja, y tiene que ver con seguir formándonos.

P. A LA C.: Hemos tenido el pasaje por distintas instituciones, y la idea es no seguir una línea que obture el intercambio, sino ver cómo funciona el intercambio, porque en el grupo de lectura tenemos recorridos distintos.

RUP: ¿Y cómo llegan acá, al club de bochas?

P. A LA C.: Este es un club social, de barrio; alguno de nosotros somos socios, y las bochas son un deporte que quedó con un corte generacional, los hijos no se engancharon con el deporte, y en un momento notamos que en la parte social había decaído mucho. Un amigo es el encargado de la cantina y, hablando con él, le planteamos que podíamos proponer algo desde el psicoanálisis y empezamos a venir acá, y así nos fuimos apropiando del lugar. [risas]

RUP: Hace menos de un mes, realizaron la actividad en Cabo Polonio ¿Cómo les fue?

P. A LA C.: ¡Divino! Aprovechamos lo último del verano y fueron unos días espectaculares.

RUP: Pensando en el grupo de ustedes, en cómo se forma y esta actividad en el Cabo, yo los veía en Instagram y pasaban de ser treinta a ser cincuenta, a setenta y, de repente, pasaron los cien. ¿Qué pasó con ustedes con esa convocatoria, con lo que esperaban y con lo que se generó?

P. A LA C.: [risas] ¡Fue increíble! O sea, nosotros cuando, lo empezamos a planificar, pensamos «Irán algunos, los más íntimos, algunos amigos...».

P. A LA C.: Sí, pensábamos en veinte personas, ¡y contándonos a nosotros!

RUP: ¿Siempre psicólogos? ¿Estudiantes de psicología?

P. A LA C.: Se terminaron arrimando muchas personas que no eran del ámbito de la psicología y se sumó gente del Cabo.

RUP: Y ustedes ¿convocaron también de distintas disciplinas para las presentaciones?

P. A LA C.: En realidad, lo que surgió fue más el acercamiento del otro lado, cuando empezamos a invitar a participar, nos sorprendimos de la cantidad de personas que quisieron presentar.

RUP: ¡Qué bueno eso!

P. A LA C.: ¡Sí! Fue una convocatoria abierta, y fue muy linda la experiencia, y se acercó gente que nos decía «Yo no soy psicoanalista, pero soy artista plástico, ¿puedo ir?». «¡Por supuesto!». Esa era la idea, lo que nosotros queríamos. Es una experiencia hermosa.

P. A LA C.: ¡Fue todo muy increíble! Nosotros habíamos reservado una posada, y la mitad estaba ocupada por nosotros, o sea, ese era nuestro nivel de optimismo, o sea, quince, veinte personas, y después pila de gente nos empezó a escribir, y reservamos otra posada y otra, y entonces necesitamos un lugar físico para sostener todo eso, y pensar «¿Si llueve? ¿Cómo hacemos?». Y, claro, fue como todo un despliegue que al principio no teníamos pensado. Sí hacía tiempo que teníamos ganas de hacer algo en el Cabo, y de las ganas pasamos a «¿Y si lo hacemos?». [risas] Obviamente, fue una organización con mucha más anticipación.

RUP: ¿Son como las primeras organizaciones que empiezan a andar más fuera del grupo de ustedes?

P. A LA C.: En realidad los jueves acá hay setenta personas, ochenta personas; en el Cabo, nos desbordó porque llegamos a más de cien, y nosotros realmente no imaginábamos esa cantidad de personas, y fueron tres días, con todo lo que suponía, el desplazamiento, el alojamiento, la logística. Sin embargo, se dio así...

P. A LA C.: También, los días en el Cabo fueron aumentado, porque al principio pensábamos en dos.

P. A LA C.: Claro, pensamos dos días, capaz, pero pasó eso que se nos acercó pila de gente a decirnos «¡Quiero participar!», y llegó un punto que

dijimos «¡*Ta!* No tenemos más días para más presentaciones, o sea, cerramos por acá el cronograma». [risas] Hubo veintitrés presentaciones.  
 RUP: Se transformó en una tarea diferente, más compleja, organizar, quiénes exponen, en qué modalidad.

P. A LA C.: Sí, fue un trabajo igual al que hacemos siempre, pero amplificado, y se sumó el traslado, el hospedaje, los lugares para las presentaciones, más inversión de tiempo de todos nosotros y de trabajo. Pero ya, de por sí, todos los meses organizar acá, los últimos jueves, pensar los temas, los oradores, entrevistar a las personas, las convocatorias, es un trabajo que venimos haciendo.

P. A LA C.: ¡Y manejar las reservas de acá! ¡Eso jamás lo imaginamos! ¡¿Manejar reservas?! Porque el lugar es esto, no es muy grande, entran una cantidad limitada de mesas, y la idea es que la gente va tomando algo, comiendo una pizza, vienen en grupos grandes, y eso también está bueno, tener un lugar, y la gente comenzó a anotarse con tiempo, y nos pasó, en un momento, ¡que dejamos de tener lugar adentro! Hacíamos todo el esfuerzo del mundo: «Hasta setenta personas. Bueno, una más, setenta y una, *ta*, no entra más gente». [risas]

P. A LA C.: Y lo que pasa es que siempre viene más gente de la que estaba con reserva, y en el Cabo pasó lo mismo, trascendía lo que estábamos previendo.

RUP: ¿Y de todas estas actividades van llevando registro de las exposiciones, de los encuentros?

P. A LA C.: De los temas, sí, pero de lo que sucede acá, no tenemos un registro... Decidimos no grabar y no lo transmitimos por internet. Nos han planteado «¿Porqué no lo pasan por Instagram?», y fue una decisión de que quede lo que sucede acá, en cada encuentro.

P. A LA C.: Los oradores, algunos, dejan sus presentaciones, es opcional, los que quieren compartir sus presentaciones las comparten antes con nosotros, pero nosotros no lo exigimos...

RUP: Desde esta perspectiva, de apertura, de diálogo, la tarea psicoanalítica ¿cómo la ven? ¿Cómo la piensan? ¿La clínica?

P. A LA C.: Como una tarea constante de lectura y relectura, y por eso es la invitación para los encuentros acá, que son encuentros divergentes, y con ese compromiso de estar ligado a la teoría y a la clínica.

- P. A LA C.: Un poco de todo lo que se da en los encuentros. Este espacio es un espacio más de aprendizaje para nosotros, hacemos preguntas, sacamos apuntes, estamos ahí con el público, haciendo lo mismo, porque es también un espacio de formación.
- P. A LA C.: Sí, claro, es súper rico. Tener la posibilidad de decir: nos interesa un tema, conversemos sobre esto, comuniquémonos con gente que está en ese tema, que lo trabajó. Es por nuestro propio interés formativo.
- RUP: Me quedé pensando en lo que decían de los cambios y cómo también acá, con este lugar, es un espacio que estaba y que con las actividades de ustedes cobra una nueva vida...
- P. A LA C.: A partir de esta actividad, otras personas quisieron usar este espacio para otras propuestas psicoanalíticas, surgió como que el espacio está y puede ser usado, no solo por nosotros, y se abrió a distintas actividades...
- P. A LA C.: Sí, por ejemplo, comenzó un taller de yoga, actividades con niños, hubo presentaciones de libros, vinieron autores argentinos a presentar, también, es como que esto impulsó y les gustó el club de bochas para hacer otras actividades, y es como que está tomando un tono cultural que está muy bueno.
- RUP: ¿Siguen la teoría lacaniana?
- P. A LA C.: Sí, pero también freudiana...
- RUP: ¿Cómo piensan la transmisión del psicoanálisis?
- P. A LA C.: ¡Esa fue una de nuestras preguntas! Hubo un encuentro que hicimos con esa pregunta.
- P. A LA C.: Antes hay que pensar si hay transmisión del psicoanálisis... Me gusta algo de, no me acuerdo si fue de Ferenczi, y de Freud, claro, que habla de una práctica artesanal, que tiene en el análisis personal el lugar central... Es una falta grande de las instituciones de acá la parte de práctica clínica, social, que también sostenía Freud en su momento; como que quedó un poco de lado. Y eso de que a los que estamos en el psicoanálisis nos tratan mucho de que es una práctica burguesa y que solo se da en los consultorios privados, y creo que ahí también hay mucho de la transmisión, de qué y cómo se transmite el psicoanálisis.
- P. A LA C.: Y nos pasó, en el Cabo, que gente de allí nos preguntó si íbamos a atender en el Cabo, en la calle, como que esa necesidad está, en el imaginario estaba como una posibilidad.

RUP: Como decían ustedes, una de las actividades propuestas fue pensar sobre la transmisión. ¿Qué cosas quedaron de esa actividad? Tú decías que, para ti, sí es posible transmitir el psicoanálisis, pero ¿no lo ves como la posibilidad de la transmisión del psicoanálisis en una institución?

P. A LA C.: Sí vemos la posibilidad de transmisión del psicoanálisis en una institución, lo que no lo vemos es como una clase, que venga alguien y te diga «El psicoanálisis es esto». Nos parece que no es así.

P. A LA C.: Eso es muy interesante y toca un punto que hoy quise como transmitir, que es quizás problemático, en tanto nos obliga a pensar y repensar la transmisión. Lo que nos quedó, y que lo estuvimos discutiendo durante el encuentro y después, fue que había distintas posturas; unos decían que sí, que existía la transmisión, y lo argumentaban de distintas maneras, y otros, que no, que ellos creían que no existía la transmisión, y que en realidad lo que se da es otro tipo de intercambio, que hace que el psicoanálisis se practique, se teorice, pero no pasaba por la transmisión. Entonces, haciendo de vocera de lo que nos quedó de esas discusiones, veo que hay distintas perspectivas y que lo más interesante es poder argumentar y pensar con cuál nos adherimos y por qué, y qué esperamos.

RUP: ¿Y tiene una perspectiva en conjunto Psicoanálisis a la Calle?

P. A LA C.: Sí, la idea de encontrarnos es poder generar un espacio más de transmisión, de interlocución, que el psicoanálisis siga en movimiento en nosotros y afuera... En las instituciones psicoanalíticas hay transmisión, claro que sí, hay distintas formas de transmisión...

P. A LA C.: Es un punto problemático para seguir pensando. Lo que armamos acá lo pensamos, lo charlamos, nos encontramos con puntos de vista distintos, dialogamos y surgen preguntas nuevas, surgen distintos textos y se va generando un debate. Todo tratando que se dé en un ambiente distendido. Las propuestas para los oradores son flexibles en tiempo y en estilo, es como que cada uno lo hace de una forma libre. No vemos que las instituciones dialoguen entre ellas. Lo rico del encuentro es conocer las distintas perspectivas, que haya diálogo, escuchar todo; no es ir contra las instituciones, sino que dialoguen. Aunque las personas que vienen acá no vienen solamente en nombre de una institución, aunque pertenezcan a alguna de ellas.

RUP: Lo que ustedes decían es que no alcanza con una transmisión solamente teórica.

P. A LA C.: Y teórica y de una forma de enseñar, de un enseñante, de un maestro...

RUP: Es muy interesante todo esto porque el desafío, también aquí en los encuentros, es no quedar en una cuestión expositiva, sino que haya lugar para el intercambio...

P. A LA C.: Sí, claro, y por eso intentamos tener espacios de intercambio antes de los encuentros acá, con los oradores. Lo que nos sorprendió bastante es que ellos nos preguntaban a nosotros: «¿Ustedes cómo lo están pensando?» Y en esa interlocución, en ese intercambio, se iba creando un tema que se iba pensando y repensando.

RUP: ¿Y modificando?

P. A LA C.: Sí, sin duda, modificado, y a veces nos juntamos a conversar y elegimos tal tema y pensar por dónde lo tomamos para abarcar algún aspecto en una convocatoria, porque la idea es que la convocatoria sea una invitación a pensar, y nos sentamos y lo charlamos, y nos damos cuenta que tenemos perspectivas redistintas: «Y ahora, ¿cómo plasmamos todo esto?» Nosotros tampoco tenemos una única forma de pensar cierto tema porque están los diferentes caminos que hemos transitado cada uno de nosotros y sus particularidades, y experiencias diferentes, entonces, es más, juntémonos, veamos qué nos interesa abarcar, qué preguntas tenemos sobre lo que queremos dialogar.

P. A LA C.: Incluso ese momento es súper enriquecedor porque somos nosotros, juntos, pensando qué nos interesa, qué preguntas hay, y es un momento de aprendizaje.

P. A LA C.: Es algo que se va generando, es en el grupo que aparecen, debatiendo entre todos, y después, hablando con el orador y cuando venimos al espacio de acá, ya venimos con un recorrido de pensamiento, de diálogo.

RUP: ¡Vienen con un precalentamiento!

P. A LA C.: [risas] ¡Tal cual! Y nos recomendamos textos. Es un ida y vuelta que nos ayuda a seguir pensando, haciéndonos preguntas y compartiendo.

P. A LA C.: ¡Y después, el debate que se genera en la segunda parte del encuentro! Si bien es verdad que hay una primera parte que es más expositiva, después está el debate entre los oradores y el público.

RUP: Porque las exposiciones son como disparadores de los temas.

P. A LA C.: ¡Y las conversaciones que se dan en el intervalo entre las exposiciones y el debate! Los diálogos son interesantísimos, y eso genera preguntas para hacer después, en el momento del debate.

P. A LA C.: ¡Y en el después del después! Porque termina el debate, y la gente se sigue quedando hasta las doce de la noche, y decimos «¡Ta, hay más preguntas, pero cortemos por acá!» Y después, afuera, ves a distintos grupitos que siguen conversando sobre diferentes cosas, y eso está muy bueno.

P. A LA C.: Sí, es un ambiente súper distendido, uno puede hablar con sus amigos, se dan otras cosas, los exhortamos a un tiempo de quince, veinte minutos, pero no cortamos a quienes se van de tiempo.

P. A LA C.: Hay gente que prepara un texto, hay gente que conversa en el momento, también es súper libre en eso, en cómo lo quiere exponer, si es una vivencia más personal, un recorrido teórico, un caso.

P. A LA C.: Nos pasa en el intercambio previo que nos dicen « No sé si voy a preparar un texto o voy a ir con lo que conversamos». El estilo de presentación y el manejo del material es distinto, y esto también trae que no terminan siendo monótonas las presentaciones, en un mismo encuentro se pueden ver los distintos estilos.

RUP: Les hago una pregunta de algo que a mí no me queda muy claro porque pienso todo como ustedes en esto de la apertura, en esto del intercambio entre las instituciones y abrirse, el psicoanálisis a la calle, ahora, la pregunta es: ¿Les pasa algo con las instituciones?

P. A LA C.: No, al contrario, conversamos, varios hemos pasado por instituciones.

RUP: ¡Todos pasamos por las instituciones! ¡Fuimos a la facultad!

P. A LA C.: Sí, claro, capaz que lo que nos movió principalmente es como que no había muchas instancias donde las instituciones dialoguen entre ellas, digamos; la idea era esa, sí, salir de las instituciones, pero para que dialoguen todas entre todas. Invitamos a instituciones, como también hay gente que no está en ninguna institución y también par-

tipica. Está de más si vienen personas de instituciones diferentes, que piensen desde perspectivas diferentes; lo rico del encuentro es eso. A veces, vas a una institución, y un poco uno conoce cómo es la perspectiva, digamos, por más que, dentro de la institución, cada uno tiene sus particularidades, pero como que a veces generar ese diálogo permite ver que hay cosas interesantes de todas las perspectivas. ¡Quiero escuchar todo el campo!

P. A LA C.: Sí, incluso en la presentación, cuando los presentamos -vos sos, nombre y apellido-, no hacemos recorridos de trayectoria o si participan en una institución ni si es maestrando. Nada, que cada uno cuente lo que quiera contar.

RUP: ¿Qué se viene para este año? ¿Con qué ideas están para los próximos encuentros?

P. A LA C.: ¿Se podrá *spoilear*? [risas]

RUP: Igual, tranquilos, porque la revista va a salir por junio, julio...

P. A LA C.: Iba a decir que el Cabo movilizó mucho, y por ahí se pueden abrir algunas puertas de distintas cosas que puedan surgir.

P. A LA C.: Estuvimos conversando a raíz de lo que se discutió en el Cabo, pensar el psicoanálisis relacionado con la literatura específicamente uruguaya, arte y psicoanálisis es sumamente amplio, y surgió mucho la literatura, con referencias extranjeras, pero también uruguayas, y nos interesó eso, poner la lupa ahí y hacer una invitación más específica para pensar la relación del psicoanálisis con la literatura uruguaya. Y otro tema que estuvimos conversando es el caso clínico, el lugar y la función del caso clínico en el psicoanálisis; también tiene que ver con la transmisión y con lo que queda y sucede en el después, en esas conversaciones paralelas de los encuentros acá. Es un tema que quedó como inquietud para pensarlo, y para este año se viene este tema.

RUP: ¿Cómo sería eso del caso clínico? ¿Qué lugar se le da? ¿Si es válido? Porque hay mucha discusión en relación a este tema.

P. A LA C.: Sí, eso, en ese sentido ¿Es necesario transmitir a través del caso clínico? ¿Cómo se hace? ¿Se deja por escrito? En realidad, también hay como una discusión que surgió en un encuentro, y el tiempo queda corto para seguir...

RUP: ¡Todo es muy estimulante!

- P. A LA C.: ¡Sí, totalmente! El año pasado también hicimos psicoanálisis a cielo abierto, afuera, en la tribuna del club de bochas, una noche de noviembre, calorcito, entra más gente, y capaz estaría bueno repetir este año. Seguimos reinventando.
- RUP: A mí me transmiten esta idea de que son un grupo fermental y encontraron una manera de seguir formándose, y no sé si ya no son una institución... [risas del grupo] ¡psicoanálisis a la calle! Tienen un lugar, un modo de funcionamiento particular, y la inquietud por seguir formándose...
- P. A LA C.: Tampoco es que no consideremos a las instituciones y que estemos en contra y no nos formemos en instituciones, porque la mayoría de nosotros hemos ido, vamos, participamos de cursos, seminarios de distintas instituciones, pero la idea de esto fue más que nada poner a conversar, por ejemplo, la transferencia, y poder poner algo en común, porque muchas veces se dice eso de que para que dos psicoanalistas no se pongan de acuerdo, solo se necesitan dos psicoanalistas, y no, y tiene que poderse hablar. Escuchás que se dice: se juntan un freudiano y un lacaniano, y no se pueden entender porque son idiomas distintos, y no pueden ser idiomas distintos. Quizás acá tratamos de producir otra cosa, buscar eso, la potencia de que podamos hablar desde diferentes lugares.
- P. A LA C.: Sin ánimo de llegar a un consenso, tampoco; eso también es lo que pasa al finalizar los encuentros, ¡de acuerdo en estar en desacuerdo! Eso tiene muchos efectos en la clínica, en la formación, es muy potente y nos permite conocer más.
- P. A LA C.: Creo que también está la idea de aportar algo además o junto con la formación personal, haber podido generar un encuentro, y bueno, eso es algo que creo que todos lo hemos podido percibir a lo largo de este año, ya festejamos el primer año, ¡en setiembre del 22 fue nuestro primer año!
- RUP: ¡Qué bien! ¿Cuántos son?
- P. A LA C.: ¡Los que estamos acá!
- RUP: ¡Presentes todos! ¡Qué bien! ¡Un año y medio súper productivo!
- P. A LA C.: Pensando en este año... Nosotros al principio no nos planteamos. Escribíamos una convocatoria, después fue «¿No estaría bueno escribir una convocatoria para transmitir cómo lo vamos pensando nosotros?»

Entonces, ya en el primer encuentro lo hicimos.

RUP: Cuando hacen un logo que los identifica son como acciones que marcan.

P. A LA C.: Tenemos una diseñadora muy buena! [risas]

RUP: No sé si ustedes quieren compartir algo más...

P. A LA C.: A mí se me ocurre una pregunta: ¿Por qué a ustedes se les ocurrió hacer esta entrevista? ¿Qué les dio curiosidad?

RUP: No solo curiosidad, y hablo personalmente. Cuando vinimos con Stella y Ana Chabalgoity, realmente, e independientemente de los oradores, vimos una efervescencia tan importante... Como docente de la facultad durante muchos años siempre me encantó la efervescencia del estudiante que te hace volver a pensar lo que creías que sabías, y eso fue pensar «¡Qué bueno que esto siga con esta fuerza de la pregunta, de la ida y vuelta con ustedes!» Y el título que es muy seductor, uno puede pensar cosas diferentes. Lo que sí más me interesaba era conocer por qué Lacan.

P. A LA C.: Pero no es Lacan, igual; al principio, quizá, por el grupo de lectura de Lacan, y que capaz quedamos muy enredados en eso y nos costó también movernos de ahí... Me considero freudiano; me gusta, sí, la lectura de Lacan, pero creo que la mayoría de nosotros leemos mucho Freud...

RUP: Claro, para leer a Lacan tenemos que leer a Freud, y me estoy acordando que el día que vinimos, los oradores eran casi todos con una fuerte impronta lacaniana.

P. A LA C.: Igual, hemos tratado de abrir, si bien es cierto que partimos de ese grupo de lectura de Lacan. Nos unió y es un punto de partida, pero no de llegada...

RUP: Son como las marcas de origen y qué podemos hacer con ellas.

P. A LA C.: Sí, transformar... Un punto de partida, pero no de llegada.

P. A LA C.: Han venido de otras disciplinas, y eso siempre es enriquecedor.

P. A LA C.: Recuerdo cuando vino Sonia Wolf. ¿Cómo va a poder hablar ella con los psicoanalistas? Porque ella tiene una formación de base psicoanalítica, pero no es, no se identifica con el psicoanálisis y no trabaja desde allí, y pudo presentar y estuvo buenísimo.

P. A LA C.: Llegó a hacer un taller del que participamos todos, un taller vivencial, y lo repitió en el Cabo.

P. A LA C.: También fue Carmen de los Santos al Cabo, de psicodrama; también ha participado Ana María Araújo.

P. A LA C.: Y la filosofía es otro de los temas que hemos pensado que también puede llegar a ser para este año.

P. A LA C.: También surgió psicoanálisis y salud mental, qué pasa cuando choca un saber psicoanalítico con un saber médico, trabajan en dispositivos juntos, pero con distintas prácticas, requieren un diálogo constante.

RUP: La respuesta a tu pregunta sobre esta entrevista va un poco por el camino de Rosa. Nos despertó mucho interés poder conocerlos y compartir la experiencia de ustedes, y nos tocó nuestra historia como docentes de la facultad, nuestros recorridos de la formación, y nos pareció importante compartir lo que han creado, porque si pensamos que hace un año y medio que están en este proyecto, y en el contexto que surgieron, en la pandemia, y le dieron vida a este proyecto, también a este lugar, al psicoanálisis, nos parece muy valioso que se pueda compartir.

RUP: Sí, es un legado, y que se conozca más, lo atractivo de la ebullición, del entusiasmo, y que a veces, cuando se habla del psicoanálisis, se dice que en realidad está muy cerrado. Es una crítica que puede ser válida, entonces, esta apertura nos parece muy rica, y este entusiasmo, que no está muerto el psicoanálisis. A veces llega un paciente al consultorio y ve el diván y dice «¿Qué es esto? ¿Siguen usando el diván?» El diván como elemento del psicoanálisis, entonces, que se hable y se difunda con esa juventud y seriedad ¡está muy bueno! Muy agradecidas de que nos hayan recibido.

P. A LA C.: ¡Y a Darío [de la cantina], que nos abrió hoy especialmente!

DARÍO: ¡Todo lo que sea para la cultura, bienvenido! ♦



## **RESEÑAS**



## RESEÑA DEL LIBRO

# *Dear candidate:* Cartas a un analista en formación<sup>1</sup>



DANIEL CASTILLO SOTO<sup>2</sup>

Suele decirse que el tránsito por la formación analítica resulta en una experiencia de vida única, que a diferencia de cualquier otro estudio académico, no se queda exclusivamente en el aprendizaje teórico de nuevos conceptos o paradigmas, sino que resulta transformadora para quien la cursa, movilizándolo toda una serie de inquietudes, angustias y cuestionamientos, no solo profesionales, sino también personales: dudas, inseguridades, desazonas, pero también momentos de gran satisfacción y la sensación de acompañamiento grupal forman parte casi ineludible de todo el recorrido.

Al comenzar esta travesía, que muchas veces inicia con el deseo de ser analista más que con el ingreso formal al Instituto (al cual arribamos casi siempre con más incertidumbres que con ideas claras), solemos idealizar a nuestros docentes y supervisores (y, ¿por qué no?, ya previamente, a nuestros analistas), al punto que casi parecíamos olvidar que, en algún momento pasado, ellos también atravesaron por su propia formación, siendo *candidatos* en una época en la cual posiblemente las cosas eran más complejas y la brecha entre psicoanalistas y nóveles estudiantes resultaba mucho más marcada que en la actualidad, e incluso en la que la infantilización y el no lugar todavía eran un lugar común.

¿Qué tendrían para decirnos de su vivencia? ¿Qué podrán transmitir de este tránsito tan personal quienes, habiendo sido *candidatos* entonces, hoy en día son docentes, supervisores, directores de insti-

1 Busch, F. (2022). *Dear candidate: Cartas a un analista en formación*. APA. (Trabajo original publicado en 2021).

2 Analista en formación del Instituto Universitario de Postgrado en Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Miembro de la Organización de Candidatos de América Latina y de la Organización Internacional de Estudios Psicoanalíticos. danielcastillo.psyco.uy@gmail.com

tuto, y hasta ocupan o han ocupado recientemente cargos directivos institucionales de mucho prestigio?

Editado por Fred Busch<sup>3</sup> y traducido al castellano por APA Editorial, *Dear candidate: Cartas a un analista en formación* (2021/2022) recoge lo que tienen para decir, con mucha calidez y cercanía, 42 analistas con mucha trayectoria, de distintas partes del mundo -incluidas las tres regiones de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA, por sus siglas en inglés)- a un analista en formación imaginario, que bien pudo haber sido cualquiera de nosotros cuando dábamos nuestros primeros pasos. Allí, y partiendo de la propia experiencia, suelen narrar qué los motivó a querer formarse, las particularidades del inicio de los seminarios, los primeros trabajos, el análisis personal y las supervisiones curriculares, además de alguna que otra experiencia muy singular. Algunos destacan la importancia de participar de los espacios grupales propios de los analistas en formación (locales o internacionales) como una for-

ma de pertenecer y compartir entre pares. Cada uno con su estilo, trata de abrirse y mostrarse en lo personal, y transmitir, acompañar y aconsejar, a la vez que en conjunto nos permiten, por una parte, nutrirnos de sus palabras, mientras que, por otra, podemos contrastar sus relatos con nuestra propia experiencia, modelo y estilo formativo, por más que se trate de momentos y lugares distintos.

Si bien podríamos decir que el libro logra su cometido, no deja de ser un recorte, una selección muy parcial de lo que puede ser la experiencia formativa, en este caso, expresada por un conjunto de analistas *senior*, como les ha llamado el editor, algo que, al igual que lo inagotable del inconsciente, pienso que resulta muy difícil de delimitar y expresar por completo. Y, en este sentido, aunque nos podemos quedar con la sensación de haber querido saber lo que tendría para decirnos tal o cual analista de determinado Instituto o Sociedad, considero que tenemos en nuestras manos páginas muy ricas en cuya lectura podemos tener el agrado de sumergirnos, siendo testigos de una idea muy original, donde la teoría, la técnica o la clínica dan paso a aspectos de lo más personal del *ser y convertirse en analista*, de los que muy pocas veces se habla en público. En palabras de Busch: «las cartas abordan las ansiedades, las ambigüedades, las complicaciones y los placeres a los que nos enfrentan estas tareas» (p. 7).

3 Fred Busch es psicoanalista en funciones didácticas como docente y supervisor del Instituto Psicoanalítico de Boston. Forma parte del cuerpo docente del Instituto de Los Angeles, California, y de la Sociedad de Estudios Psicoanalíticos. Ha publicado numerosos artículos psicoanalíticos y cuatro libros sobre el método en psicoanálisis, siendo los más recientes *Creating a psychoanalytic mind* (2013) y *The analyst's reveries: Exploraciones en el concepto enigmático de Bion* (2019).

Son escritos muy valiosos, algunos incluso de carácter inspirador, que sin duda hubiese agradecido tener en mis manos en los años que inicié el trayecto «¿terminable?» de mi formación...

El libro, disponible para consulta en la Biblioteca de la Asociación psicoanalítica Argentina (APA), puede adquirirse a través de la página web de la tienda: [www.tienda.apa.org.ar](http://www.tienda.apa.org.ar) ♦

## RESEÑA DEL LIBRO

# Coreografías inconscientes: Escrituras erógenas del cuerpo<sup>1</sup>



DIEGO SPEYER<sup>2</sup>

«Los textos aquí reunidos fueron escritos a lo largo de muchos años y, en su momento, no fueron pensados como parte de un libro». Esto es lo primero que leemos en las «Palabras preliminares» que Javier García Castiñeiras elige para presentar su obra. Coincido con Javier: este libro no fue premeditado; es el fruto, la decantación de una experiencia, de su praxis analítica.

Recorrer estos veintitrés textos es transitar más de dos décadas de presentaciones en jornadas, simposios, congresos y revistas psicoanalíticas de nuestro país y el extranjero.

El libro es, en mi lectura, testimonio *de vida* en tanto psicoanalista y, luego de su realización, obra *debida*. Subversión tem-

poral (*nachträglich*) que nos es familiar en nuestro oficio.

No sigue un orden cronológico, sino temático; luego de «Palabras preliminares» y «o cero/uno», articula cinco áreas conceptuales: Relatos, Erogeneidad y muerte; Cultura, erogeneidad y apremios; Coreografías inconscientes y Posliminal, que contienen los veintitrés capítulos.

Es un libro que admite –o, mejor, facilita– múltiples accesos, no solo a la manera tradicional, del principio al final, sino entrar y salir de él, de acuerdo a los intereses y las preocupaciones de cada lector. De hecho, pienso que nos «llama» a distintas entradas y relecturas... Nos invoca y nos provoca.

Creo, y espero, que sea de consulta, referencia y también discusión en el llamado campo analítico.

Una reseña, por definición, exige brevedad y resaltar lo más significativo del texto.

Javier García presentó su libro, editado por Letra Viva, en la última Feria Internacional del Libro de Buenos Aires (realizada del 27 de abril al 15 de mayo de 2023).

- 1 García Castiñeiras, J. (2023). *Coreografías inconscientes: Escrituras erógenas del cuerpo*. Letra Viva.
- 2 Analista en formación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. dspeyer@netgate.com.uy

Voy a destacar lo que me parece más significativo, por supuesto, en un recorrido singular que inevitablemente es parcial, especialmente difícil por la variedad de propuestas, la riqueza conceptual y los aportes que nos propone.

El eje, la vía regia que recorre la praxis de Javier, resalta la especificidad del psicoanálisis. La episteme psicoanalítica, según el autor, descubre, investiga y trabaja con un *cuerpo propio erógeno* que se distingue de otros cuerpos: los de la medicina (biología, anatomía, fisiología), la antropología, la sociología, entre muchos otros.

El título del libro lo atestigua: *Coreografías inconscientes: Escrituras erógenas del cuerpo*. Para Javier, «el cuerpo se hace; es una construcción múltiple y para el psicoanálisis se trata de un armado entre lo erógeno de lo real de la pulsión parcial (*reiz*) y el significante» (p. 268). Postula un cuerpo construido por escrituras erógenas inconscientes, con los otros significativos, en el desarrollo libidinal. «Es a estas escrituras, que son la matriz del cuerpo erógeno, a lo que he llamado Coreografías Inconscientes (1995), y al acto de la inscripción: represión originaria» (p. 235).

Según el autor, la pulsión parcial, la excitación (*reiz*) es del orden de lo Real, no del «mito propio» (Freud) o metafórico, como señalan muchos analistas.

Son múltiples los autores que nutren el pensamiento de Javier; dan testimonio de ello las citas y la bibliografía de los tex-

tos. De los referentes psicoanalíticos, destacan Freud y Lacan; otro pensador que lo «hace trabajar» es el filósofo Jacques Derrida. Lo destacable es cómo incorpora estos tres nutrientes en su elaboración personal. En Javier, teoría y práctica van juntas. Hay una continuidad entre su experiencia clínica y sus aportes metapsicológicos; práctica y teoría se retroalimentan. Tiene además un pensamiento crítico que lo resguarda de tomar a los autores como «palabra sagrada». No se autoriza desde los decires, sino que lo impulsan a utilizarlos como herramientas de su pensamiento y quehacer.

El libro despliega, en múltiples derroteros, la insistencia en una episteme específica del campo analítico. Un cuerpo erógeno propio de nuestra disciplina, que une, en el acto de la inscripción (represión originaria), inconsciente, *naturaleza* (excitación pulsional) y *cultura* (significantes).

Creo que este es un aporte esencial y original del autor, que permite, entre otras cosas, evitar (¿superar?) la tan manida discusión sobre la discriminación o preeminencia entre lo biológico y lo social.

Javier García considera esta escritura -esta «yunta» o «engarce» cultural-erógeno- el zócalo del acto analítico. Es, también, el zócalo de su pensamiento, que se desarrolla en múltiples aportes y conceptualizaciones. Testimonio de casi treinta años (1995 a la fecha) comprometido con su quehacer de psicoanalista, este bienvenido libro es testigo fiel de ello.

Hasta aquí intenté esbozar lo que a mi juicio es lo nuclear que engarza los textos. Por supuesto que cada uno podrá abordarlo desde sus variadas facetas, de acuerdo a sus inquietudes.

Esperando provocar a los lectores para incursionar en el libro, señalaré algunos de los tópicos que desarrolla en profundidad en los diversos capítulos:

- Práctica analítica
- Transferencia
- Represión originaria
- Reacción terapéutica negativa
- Pulsiones
- Presentaciones clínicas
- Goce y deseo
- Falo como lazo erótico y social
- Puesta en acto, *acting* y pasaje al acto
- Crítica a la anatomía como destino y, por lo tanto, una perspectiva distinta para pensar y trabajar analíticamente con la diversidad sexual.
- Psicoanálisis y política
- Horizontes en psicoanálisis

Para finalizar (¿?) por el principio, es de destacar la hermosa y sugerente tapa ilustrada por Pablo García Press.♦

## NORMAS DE PUBLICACIÓN

# REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

### REQUISITOS DE PUBLICACIÓN

Los artículos para publicar en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (RUP) deberán cumplir con los siguientes requisitos:

- Deberán tratar sobre un tema psicoanalítico u ofrecer interés especial para el psicoanálisis.
- Deberán ser originales e inéditos (no deben haber sido publicados en español) y ser de responsabilidad exclusiva del autor.

### 1. PRESENTACIÓN

Los artículos serán sometidos al sistema de revisión anónima con características de doble ciego por la Comisión Editorial y por la Comisión de Lectores Nacionales e Internacionales.

Se enviarán dos archivos a la dirección: [revistauruguayapsi@gmail.com](mailto:revistauruguayapsi@gmail.com)

El **primero** incluirá el artículo con los datos identificatorios del autor: nombre completo, institución a la que pertenece y dirección electrónica.

El **segundo** incluirá el artículo identificado con seudónimo; se cuidará que el nombre del autor no figure en el cuerpo del texto ni en la bibliografía.

### 2. FORMATO Y ESTILO

Cada artículo deberá tener una extensión máxima de 8000 palabras en letra Times New Roman, tamaño 12. En la extensión estará incluida la bibliografía, que deberá ajustarse, en lo que hace a citas y referencias bibliográficas, a la última versión de las normas internacionales de la American Psychological Association (apa). Se recomienda el uso de *Estilo APA: Guía con ejemplos y adaptacio-*

*nes para Uruguay*. Disponible para usuarios del portal Timbó en: <https://foco.timbo.org.uy/home>

Se incluirá un resumen en español y en inglés con un máximo de 200 palabras.

### 3. ENTREGA

En ocasión de la entrega del artículo, el autor deberá firmar o enviar un formulario de autorización firmado por el cual:

- a. Cede gratuitamente y de manera no exclusiva los derechos de comunicación pública, reproducción, edición, distribución y demás acciones necesarias a los efectos de la difusión del artículo a través de la rup y/o la web, en soporte papel, electrónico o telemático, amparado en la licencia Creative Commons, en su modalidad Attribution Non-Commercial Share Alike, lo que implica que no podrá ser utilizado con finalidad comercial ni modificado.
- b. Afirma y garantiza que el artículo no ha sido enviado simultáneamente a otro medio de publicación, que los derechos no han sido cedidos de forma exclusiva con anterioridad y que su publicación en la rup no viola ni infringe derechos de terceros.
- c. Se hace responsable frente a la Asociación Psicoanalítica del Uruguay de la autoría del artículo enviado para su publicación.

### 4. PUBLICACIÓN

El artículo será aceptado o no para su publicación. La Comisión Editorial tendrá la responsabilidad de definir en qué número de la *Revista* será publicado. La Comisión Editorial no estará obligada a devoluciones respecto de los artículos recibidos para su ponderación.

NO SE ADMITIRÁN LOS TRABAJOS  
QUE NO CUMPLAN  
LOS REQUISITOS MENCIONADOS

Por mayor información, consultar  
[www.apuguay.org](http://www.apuguay.org)  
o contactar a través de  
[revistauruguayapsi@gmail.com](mailto:revistauruguayapsi@gmail.com)

## TABLE OF CONTENTS

EDITORIAL .....	13
Paternal presence in a changing world.....	19
<i>Heribert Blass</i>	
Listening to the processes of renunciation and mourning in current family configurations that are the result of medically assisted reproduction.....	40
<i>Katy Bogliatto</i>	
A clinic “engenerada”. Towards a psychoanalysis that pushes forward.....	52
<i>Elina Carril</i>	
Validity of psychoanalysis in working with vulnerable populations .....	71
<i>Denise Defey</i>	
Aging is human.....	86
<i>Silvia Flechner</i>	
An irreverent comment. Traces and beginnings of a psychoanalytic talk in Uruguay.....	111
<i>Fernando García</i>	
The cerno of psychic structuring.....	127
<i>Susana García</i>	
Bringing female passion closer .....	137
<i>Alicia Leisse</i>	
Strokes from the body to the paper. The creation of the drawing of the human figure in the child.....	147
<i>Corina Nin</i>	

Neurotic and social debts.....	160
<i>Leonardo Peskin</i>	
Fair interpretation.....	182
<i>Griselda Rebella</i>	
Problematizing is not stigmatizing.....	201
<i>Vivián Rimano</i>	

#### POLEMOS

Legacy of Madelaine and Willy Baranger 62 years after the publication “The psychoanalytic situation as a dynamic field” .....	217
<i>Beatriz de León</i>	
Ambiguity in the analytic situation as a “dynamic field” .....	224
<i>Abel Fernández</i>	
Commentary on the work “The analytic situation as a dynamic field” of W. and M. Baranger.....	230
<i>Damián Schroeder</i>	
The validity of a legacy. “The analytical situation as a dynamic field”. Revisiting the concept of “bulwark” .....	236
<i>Stella Yardino</i>	
Psychoanalysis, community and culture Concerns in Brazilian psychoanalysis .....	243
<i>Alice Becker Lewkowicz, Denise Vivian Lahude, Dionela Pinto Toniolo, Flávia Friedman Maltz, Joyce Goldstein, Magaly, Wainstein, Rosangela Costa, Suzana Deppermann Fortes, Andiará Barbedo Fontana</i>	

CONVERSATIONS IN THE JOURNAL

Psychoanalysis to the street .....261  
*Silvina Gómez Platero, Stella Pérez, Rosa Piccardo*

REVIEWS

Dear candidate .....277  
*Daniel Castillo Soto*

Unconscious choreographies: erogenous writings of the body .....280  
*Diego Speyer*

GUIDELINES FOR AUTHORS.....283





136  
137

RUP | MONTEVIDEO, URUGUAY,  
AGOSTO DE 2023

TABLA DE CONTENIDOS

Presencia paterna en un mundo cambiante

*Heribert Blass*

La escucha de los procesos de renuncia y duelo en las configuraciones familiares actuales que son el resultado de la reproducción médicamente asistida

*Katy Bogliatto*

Una clínica engenerada. Hacia un psicoanálisis que empuje hacia adelante

*Elina Carril*

Vigencia del psicoanálisis en el trabajo con poblaciones vulnerables

*Denise Defey*

Envejecer es humano

*Silvia Flechner*

Un comentario irreverente. Trazas e inicios de un discurso psicoanalítico en el Uruguay

*Fernando García*

El cerno de la estructuración psíquica

*Susana García*

Aproximando la pasión femenina

*Alicia Leisse*

Trazos del cuerpo al papel... La creación del dibujo de la figura humana en el niño

*Corina Nin*

Las deudas neuróticas y las sociales

*Leonardo Peskin*

La interpretación justa

*Griselda Rebella*

Problematizar no es estigmatizar

*Vivián Rimano*

POLEMOS

Legado de Madelaine y Willy Baranger a 62 años de la publicación «La situación psicoanalítica como campo dinámico»

*Beatriz de León*

Ambigüedad en la situación analítica como campo dinámico

*Abel Fernández*

Comentario al trabajo «La situación analítica como campo dinámico de W. y M. Baranger»

*Damián Schroeder*

La vigencia de un legado. «La situación analítica como campo dinámico». Revisitando el concepto de «baluarte»

*Stella Yardino*

PSICOANÁLISIS, COMUNIDAD Y CULTURA

Inquietudes en el psicoanálisis brasileiro

*Alice Becker Lewkowicz, et al.*

CONVERSACIONES EN LA REVISTA

Dialogando con el grupo Psicoanálisis a la calle

*Silvina Gómez Platero, Stella Pérez, Rosa Piccardo*